

VARIACIÓN LINGÜÍSTICA, FASES Y EXTERNALIZACIÓN

Desde los macroparámetros hasta líneas de investigación emergentes

Trabajo final de grado

Javi Ramírez Fernández

(Dirigido por el Dr. Francesc Roca Urgell)

Universitat de Girona
Facultat de Lletres
Grado en lengua y literatura españolas
Septiembre de 2013

*A mi hermano, él sabe por qué
A mis padres, por empujarme hasta aquí y a seguir avanzando
A mis tías, por hacerme creer en mí mismo
A mi abuela, por ser el pegamento entre todos nosotros
Lo más valioso del trabajo son estas líneas*

*Gracias a Francesc Roca por su dedicación y por descubrirme este mundo
Gracias a Cedric Boeckx por sus atentas respuestas y por su inspirador trabajo
Gracias a todos los demás lingüistas que desde clase, el despacho, un congreso o un libro me
han guiado en lo que espero que sea un largo camino*

Tabla de contenidos

Prefacio	V
Abreviaturas	VI
1 Introducción	1
1.1 ¿Qué son los parámetros?	1
1.2 Pruebas de variación lingüística (algunos parámetros conocidos)	2
1.3 Propósito y estructura del estudio	6
2 Macroparámetros	8
2.1 Introducción	8
2.1.1 La forma de los parámetros. Infraespecificación vs sobreespecificación	12
2.1.2 Capacidad de inferencia	13
2.1.3 La consistencia en la manifestación de los parámetros	16
2.1.4 Parsimonia	17
2.1.5 Conclusión	18
2.2 Macroparámetros y tipología lingüística	19
2.2.1 Lenguas inarmónicas y la periferia	21
2.2.2 El peso de la estadística y la falta de continuum	23
2.2.2.1 El parámetro de concordancia de Baker	23
2.2.2.2 Los principios de la concordancia	23
2.2.2.3 Los parámetros de la concordancia	31
2.2.2.4 Consistencia intralingüística	34
2.2.2.5 Consistencia translingüística	35
2.2.2.6 Macrovariación y lenguas cercanas	37
2.2.2.7 Problemas del análisis	39
2.2.2.8 Conclusión: “quien mucho abarca, poco aprieta”	42
2.2.3 La jerarquía de parámetros	44
2.3 Macroparámetros y adquisición del lenguaje	47
2.3.1 El problema de Platón	47
2.3.2 La inferencia a partir de datos positivos	48
2.3.3 Comparación vs deducción: infraespecificación o sobreespecificación del sistema	48
2.3.3.1 Rastros de funcionalismo	50
2.3.3.2 El modelo de Yang	51
2.4 Conclusión: no hemos acabado de emanciparnos de la idea de lengua-E	56
3 La existencia de los parámetros a la luz del minimismo	59
3.1 Introducción	59
3.2 “Nor are they affected by lexical parameters” (versión 1)	62
3.2.1 Conclusión	64
3.3 Uniformidad de LF y uniformidad estructural	65
3.3.1 Desaparición del movimiento encubierto	66
3.3.2 Cambios en el punto de <i>transfer</i>	71
3.3.3 Conclusión	72
3.4 Nuevo Locus	74
3.4.1 Introducción	74

3.4.2	La sintaxis no se adquiere	75
3.4.3	La desaparición de los parámetros y el objeto de estudio del generativista	78
3.5	Conclusión	81
4	Conclusión: no sabemos bastante de lo universal. Un punto y seguido	85
5	Anexo 1: Variación lexicosintáctica y fases	87
5.1	El lexicon	87
5.1.1	Introducción. El léxico y su irrupción en el proceso de adquisición	88
5.1.2	Los rasgos formales	93
5.1.2.1	Los rasgos formales desde el tercer factor: un primer apunte	97
5.1.3	Los rasgos formales, las categorías funcionales y la variación sintáctica y semántica	98
5.1.4	A favor de los rasgos fonéticos en los ítems léxicos	102
5.1.5	El rasgo del borde	104
5.2	Fases chomskyanas	105
5.2.1	Chomsky (2000)	105
5.2.2	Chomsky (2001)	109
5.2.3	Chomsky (2004)	114
5.2.4	Chomsky (2005)	117
5.2.5	Chomsky (2007)	119
5.2.6	Chomsky (2008)	121
5.3	Fases, rasgos formales y variación lingüística. Un primer apunte	123
5.4	Mayor apoyo teórico a la existencia de fases	127
5.5	La extensión de las fases a otras categorías: D/N, P, A, más un poco de variación	134
5.5.1	D /N como núcleo de fase	136
5.5.2	N como núcleo de fase	137
5.5.3	P como núcleo de fase	138
5.6	Movimiento, fases e islas	139
5.6.1	Conclusión: “If you want to reconstruct it, you must destroy it first”	148
5.7	Las fases y la variación. Prueba empírica	150
5.7.1	Teoría de fases en Gallego (2010)	150
5.7.2	<i>Phase Sliding</i> y “macrovariación”	155
5.8	Conclusiones e insuficientes teorías; las medias tintas; esto no son microparámetros	159
6	Anexo 2: Variación postsintáctica o en la externalización	163
6.1	Introducción	163
6.2	Asimetría en la conexión entre FLE y FLA, o STMF	163
6.2.1	Conclusión	167
6.3	Morfología distribuida	168
6.4	Nanosintaxis	177
6.4.1	Nanosintaxis y variación lingüística	182
6.5	MD vs nanosintaxis. Carencias	187
6.6	Merge- α	190
6.6.1	Introducción. El lexicocentrismo	190
6.6.2	Formación de ILs y consecuencias para la variación. “Nor are they affected by lexical parameters” (versión 2)	194
6.6.3	Variación postsintáctica	195
6.6.4	Variación y adquisición. El <i>superset bias</i>	199

6.6.5	El léxico	201
6.6.5.1	El léxico cartográfico no es verdaderamente minimista	201
6.6.5.2	Un lexicón mínimo y biológicamente plausible	202
6.6.6	La simetría	205
6.6.7	Fases y asimetría	206
6.6.7.1	Desmantelar las fases “tradicionales”. Las fases desde necesidad conceptual	206
6.6.7.2	Fases reformuladas	208
6.6.7.3	Asimetrías	214
6.6.8	Rasgos formales y herencia	216
6.6.9	Conclusiones	218
6.7	<i>To be continued...</i>	219
7	Bibliografía	220

Prefacio

Supongo que cuando llevamos a cabo alguna investigación -comoquiera que sea en cuanto a ambición-, son dos las fuerzas que nos mueven: una profesional/académica, otra de índole más personal. En mi caso, esta última se encuentra tan descompensada para con la primera, que he necesitado abrirle una especie de respiradero en este prefacio. Para precisar en qué objeto de estudio se ha concretado mi curiosidad, y para hacer con ello lo que buenamente pueda, están la introducción y el resto de páginas.

Hará cosa de un año que, tras algo de bibliografía y un intercambio de e-mails, decidí, con la ayuda de Roca, cuál podía ser el tema del trabajo final de grado: “parámetros”, algo... así de vago, tanto como raro me sonaba el “palabro”. He dedicado, desde entonces, muchas horas a la cuestión, y prácticamente, como ya me olía desde el comienzo, sólo he ganado en dudas; ahora bien, mejor encaminadas.

Aparte de posibles limitaciones propias, un horizonte tan oscuro, sin embargo, no me ha llevado, ni mucho menos, al pesimismo, sino que lo considero en plena correspondencia con el síntoma más saludable que puede ofrecer una materia: ser susceptible de debate.

Confiando en que son las preguntas las que hacen avanzar la ciencia, la intuición de que sobre los parámetros iba a poder discutir, e intentar aportar, por consiguiente, algún interrogante, fue lo que más me motivó a elegirlos entre tantísimos temas.

Por el momento, cuando hablo de debate al respecto, lo hago, por descontado, de debate conmigo mismo: he tenido que replantearme hasta las ideas más básicas y que daba, sin más, por sentadas -sin haber concluido mucho todavía-. Pero tengo la esperanza de que lo que, gracias a Roca, he iniciado casi como autodescubrimiento, acabe, en un futuro algo lejano, dando algún fruto.

Espero poder impregnar el trabajo de parte del espíritu crítico que he embebido leyendo a esos autores con quienes siento haber contraído una deuda indirecta pero poderosa, manteniéndome, al mismo tiempo, lo más apartado posible de una actitud como la de quien -pido disculpas por la licencia-, no hace mucho, me prescribió escribir todas las frases en el orden SVO. Fue aquel un día clave: descubrí que mi lugar no podía estar fuera de la ciencia, sino donde ninguna subjetividad tiene cabida, y donde, libre de cualquier impureza, sólo puede ganar el mejor argumento -el que mejor refleje el objeto de estudio y con mayor profundidad lo explique-, nos guste o no.

Abreviaturas

Por un lado, el hecho de que este sea un trabajo de corte eminentemente teórico ha hecho indefectible el uso de abreviaturas -sin las cuales la lectura podría resultar innecesariamente lenta-; por otro, que la lengua usada sea el español -expresión esta que no deja de desentonar en unas líneas al abrigo del generativismo- podría provocar alguna que otra confusión terminológica -pues la literatura científica con que estamos familiarizados es, en su mayoría, en inglés-. Ofrezco, pues, un listado al que volver en caso de que surgiera cualquier ambigüedad, con el formato: traducción al español – versión en inglés – abreviatura empleada en el trabajo.

- Argumento externo – *External Argument* – (AE)
- Axioma de correspondencia lineal – *Linear Correspondence Axiom* – (ACL)
- Categorías funcionales principales – *Core Functional Categories* – (CFP)
- Condición de dominio de extracción – *Condition on Extraction Domain* – (CDE)
- Condición de impenetrabilidad de fase – *Phase Impenetrability Condition* – (CIF)¹
- Conjetura Borer-Chomsky – *Borer-Chomsky Conjecture* – (CBC)
- Constricción al movimiento de núcleos – *Head Movement Constraint* – (CMC)
- Datos lingüísticos primarios – *Primary Linguistic Data* – (DLP)
- Especificidad del *M(erge) I*(interno) – [formulación propia] – (EMI)
- Estado mental – *Mental State*– (E)²
- Estructura profunda – *Deep Structure* – (EP)
- Estructura superficial – *Surface Structure* – (ES)
- Facultad del lenguaje – *Faculty of Language* – (FL)
- Facultad del lenguaje amplia – *Faculty of Language Broad* – (FLA)
- Facultad del lenguaje estricta – *Faculty of Language Narrow* – (FLE)
- Forma fonética – *Phonetic Form* – (FF)
- Forma lógica – *Logical Form* – (LF)
- Gramática universal – *Universal Grammar* – (GU)
- Hipótesis de la causa de la variación – [formulación propia] – (HCV)
- Hipótesis del disparador de las operaciones sintácticas – [formulación propia] – (HDOS)
- Ítem léxico -*Lexical Item*- (IL)
- Lengua externa – *External Language*– (lengua-E)

1 Para la versiones 1 y 2 de la CIF se empleará: CIF1 y CIF2.

2 Se usará acompañado de un subíndice: E₀, E₁, etc.

Lengua interna – *Internal Language*– (lengua-I)
Lexicalización cíclica exhaustiva – *Cyclic Exhaustive Lexicalization* – (LCE)
Marcado excepcional de caso – *Exceptional Case Marking* – (MEC)
Merge externo – *External Merge*– (ME)
Merge interno – *Internal Merge*– (MI)
Morfología distribuida – *Distributed Morphology* – (MD)
Movimiento motivado por *spell-out* – *Spellout driven movement*– (MMO)
(Lenguas) indoeuropeas – *Indo-European*– (IE)
(Lenguas) Níger-Congo – *Niger-Congo* – (NC)
[sin traducción al español]– *No Tampering Condition* – (NTC)
[sin traducción al español] – *Object shift* – (ObS)
Objeto sintáctico – *Syntactic Object* – (OS)
Parámetro de direccionalidad del núcleo – *Head Directionality Parameter*– (PDN)
Parámetro del objetivo de la concordancia – *The Target-of-Agreement Parameter* – (POC)
Parámetro de polisíntesis – *Polysynthesis Parameter* – (PdP)
Parámetro de sujeto nulo – *Null Subject Parameter* – (PSN)
[sin traducción al español] – *Person Licensing Condition* – (PLC)
Piscina de direcciones conceptuales – *Pool of Conceptual Addresses*– (PDDC)
Principio de interpretación plena – *Full Interpretation Principle* – (PIP)
Principio de proyección extendido – *Extended Projection Principle* – (PPE)
Principio de uniformidad – *Uniformity Principle* – (PU)
Principios y Parámetros – *Principles and Parameters*– (PyP)
Programa minimista – *Minimalist Program* – (PM)
Rasgo del borde – *Edge Feature*– (RB)
Segunda tesis minimista fuerte – [formulación propia] – (STMF)
Sintagma adjetival – *Adjectival Phrase* – (SA)
Sintagma complementate – *Complementizer Phrase* – (SC)
Sintagma determinante – *Determiner Phrase*– (SD)
Sintagma nominal – *Nominal Phrase*– (SN)
Sintagma nominal tradicional – *Traditional Noun Phrase* – (SNT)
Sintagma preposicional – *Prepositional Phrase* – (SP)
Sintaxis estricta – *Narrow Syntax* – (SE)
(Sistema) conceptual-intencional – *Conceptual-Intentional* – (CI)
(Sistema) sensoriomotor – *Sensorimotor* – (SM)

Spell-out cíclico – *Cyclic Spell-Out* – (SOC)

[sin traducción al español] – *Structural Condition on Person Agreement* – (SCOPA)

Teoría estándar – *Standard Theory* – (TE)

Tesis de uniformidad fuerte – *Strong Uniformity Thesis* – (TUF)

Tesis minimista fuerte – *Strong Minimalist Thesis*– (TMF)

1. Introducción

1.1 ¿Qué son los parámetros?

Si hubiera una pregunta fundacional en este estudio, debería ser, con toda seguridad, esta: ¿qué son los parámetros? No sé si me estoy precipitando en demasía al aventurar que, en un sentido estrictamente sustantivo, los parámetros “no son”.

Tal respuesta podría prestarse a varios malentendidos: no deniego que exista, en algún nivel, variación lingüística; pero tampoco circunscribo la respuesta a la asunción, bastante generalizada en la actualidad, de que los macroparámetros que formulara la teoría de Principios y Parámetros (PyP) son, empíricamente, muy cuestionables. Cuando afirmo que los parámetros no tienen entidad, lo que pretendo expresar es que no son más que una relación intelectual entre fenómenos lingüísticos que divergen de una lengua a otra -de modo que, efectivamente, existe nuestra idea sobre algo que llamamos *parámetros*, sin que esto implique para nada que los parámetros sean reales en sí-.

Creo que una metáfora puede sernos útil para ilustrar la cuestión. Pensemos en dos coches, uno desplazándose a 50 km/h y el otro haciéndolo a 100 km/h. Deducción inmediata: algo del estilo “uno va al doble de velocidad”. ¿Existe, sin embargo, esa diferencia en la velocidad? Intellectualmente la concebimos -pues gracias a esa capacidad y a cómo la han explotado las ciencias nuestro mundo es hoy como es-, pero carece de cualquier correlato en el mundo físico: no hay más que dos coches en movimiento. ¿Qué estudia el físico? Puede que se base en relaciones abstractas como la diferencia -de hecho, puede que las necesite para comprender lo que se le presenta ante los ojos-, sin embargo, cualquier principio que descubra va a ser sólo sobre el movimiento, e igualmente aplicable tanto a uno solo como a infinidad de coches.

Si esto que podría parecer un juego dialéctico lo extrapolamos al generativismo, debería ponernos en pie de alerta: investigamos las lenguas como cualquier otro objeto natural del mundo, y buscamos, por lo tanto, sólo lo universal que hay tras ellas. No obstante -y este es un error en que la tradición ha incurrido de continuo-, de los mismos principios universales puede emerger variación una vez entran en juego las variables -como la presión que ejerza uno sobre el acelerador, que, por otra parte, no va a afectar, en absoluto, a las fuerzas que gobiernan el coche ni cualquier otro objeto con masa-.

Esta reflexión irá cobrando pleno sentido -o eso proyecto- a medida que se avance en la lectura del trabajo, pero estimo que una advertencia desde buen principio contribuirá a mantener sobre aviso al lector de los cauces que va a ir tomando el estudio: debemos dejar de llevarnos a engaño,

pensando que nuestra forma de hacernos inteligible la variación lingüística tiene un *locus* independiente de la propia variación, porque, simplemente, no está en ninguna parte; debemos dejar de preguntarnos qué forma tienen los parámetros, porque no pueden tener forma. Eso sí, como científicos no podemos darle la espalda a la realidad y debemos, por consiguiente, precisar cuáles son las causas de la variación -las variables mencionadas- e inquirir cómo responden a ellas las lenguas; de hecho, ese va a ser mi objeto de investigación.

Con todo, los parámetros han sido -y para muchos siguen siéndolo, en una forma u otra- el aparato teórico con que el generativismo ha formalizado el componente de las lenguas que parecía escaparse de lo invariable que todas ellas tienen en común. De hecho, creo que los parámetros han sido, por mucho tiempo, la forma más sencilla que uno tenía de salvar las premisas generativistas cuando discutía con cualquier conocido o colega acerca de la facultad del lenguaje (FL). Y no sólo eso, sino que han constituido el paso intermedio indispensable para que llegemos a conclusiones como las de este trabajo.

Así las cosas, no puedo ir al grano sin un amplio -en la medida de lo posible- análisis de la tradición -ni debo, por rigor científico, pues podría estar equivocándome y omitiendo deliberadamente una teoría superior-, de modo que arrancaré en el punto siguiente atestiguando la existencia de la variación lingüística desde un enfoque paramétrico, y la analizaré desde el mismo a lo largo del capítulo segundo. El prolegómeno siguiente es, asimismo, un paso insoslayable: por muy convencidos que algunos estemos de que sólo hay una lengua, la humana -en cada uno de nosotros-, la variación está ahí, y no puedo discutirla teóricamente sin dar antes algún que otro ejemplo.

1.2 Pruebas de variación lingüística (algunos parámetros conocidos)

Por lo que hace a parámetros, la literatura es ciertamente prolífica, tanto que en este punto no puedo sino ofrecer un sumarísimo retazo. Para ello, recurriré a Baker (2001), dado que recoge una selección de algunos de los parámetros que más han captado la atención de los estudiosos y que, al mismo tiempo, mejor pueden ilustrar -a estas alturas tanteadoras de la exposición- la variación que se da sistemáticamente entre las lenguas y que parece concordar, poco más o menos, con observaciones tipológicas.³

Por lo que respecta al orden de las palabras, Baker (2001) recoge que, en lenguas como el

³ Siendo esto no más que una introducción, voy a pasar por alto cualquier punto controvertido para abordarlo en el apartado correspondiente.

navajo y el japonés, el objeto sigue al sujeto y precede al verbo (1); los sintagmas determinantes (SD) preceden a las adposiciones (2); y el sintagma que expresa el poseedor precede al nombre de lo poseído (3).

- (1) John-ga Mary-o butta. (japonés)
John-SU Mary-OB hit.
- (2) John-ga Mary to kuruma da Kobe ni itta. (japonés)
John-SU Mary with car by Kone to went.
“John went to Kone by car with Mary”
- (3) John-no imooto-ga sinda. (japonés)
John-'s sister-SU died. (Baker 2001: 28-29)

El edo y el inglés, por el contrario, presentan el orden de palabras inverso: los objetos siguen al verbo; los SD siguen las adposiciones y el poseedor sigue a lo poseído -aunque en inglés esta última no sea la única posibilidad-. En principio, uno esperaría encontrar lenguas mixtas, en que se combinaran, verbigracia, objetos postverbales con postposiciones. No obstante, este no parece el caso -o las excepciones son exiguas-, como predirían los universales 2, 3 y 4 de Greenberg (1963). Los lingüistas, en consecuencia, agruparon este conjunto de características de variación -o *cluster*- en lo que pasó a conocerse como el parámetro de direccionalidad del núcleo (PDN).

Además, las lenguas parecen diferir, y de forma regular, en el marcado de caso/concordancia. Baker (2001) hacer notar que el japonés marca consistentemente el sujeto con el sufijo *-ga*, mientras que añade *-o* al objeto -véase (1)-; aun manteniendo intacto el orden de las palabras, al intercambiar esos afijos el significado de la frase cambiaría. El mohawk, en contraste, consigue el mismo efecto en función del prefijo que adjunte al verbo:

- (4) Sak Uwári shako-núhwe's.
Jim Mary he/her-likes
“Jim likes Mary”
- (5) Sak Uwári ruwa-núhwe's.
Jim Mary she/him-likes.
“Mary likes Jim”. (Baker 2001:33)

En atención a que esos morfemas -verbales o nominales- son llamados *marcadores de concordancia*, y considerando que el verbo es el *núcleo* de la frase del que *dependen* a su vez los nombres, habrá *dependent marking languages*, como el japonés, y *head-marking languages*, como

el mohawk. Lo de que nuevo es notable es, por una parte, que el comportamiento sintáctico de esas lenguas es uniforme transcategorialmente, de manera que en construcciones posesivas, pongamos por caso, el japonés marcará el poseedor -el dependiente- y el mohawk lo hará con lo poseído -el núcleo-; y, por otra parte, el que las lenguas mixtas están lejos de abundar. Puede que estemos, en suma, ante otro parámetro.

Otra de las observaciones que se han hecho sobre la variación lingüística en que un conjunto de fenómenos parecen operar a una viene, principalmente, de la mano del trabajo comparativo de Kayne y Rizzi. Lenguas como el italiano permiten sujetos posverbiales (6); la realización nula del sujeto -siempre que pueda recuperarse/deducirse contextualmente- (7); y evaden el efecto *that-huella* -a saber, legitiman la presencia de un complementante en la frase subordinada de la que se extrae por movimiento-q un sujeto-(8)⁴. En contra, lenguas como el inglés muestran el comportamiento sintáctico opuesto.

(6) a. Verrà Giani

b. *Will come John

(7) a. Verrà

b. *Will come

(8) a. Chi credi que verrá?

b. *Who did you say that saw Chris in the park? (Baker 2001:36-40)

Baker (2001) arguye, en favor de un análisis unificador de estos fenómenos, que todas las propiedades vistas guardan relación directa con los sujetos, y son compartidas, asimismo, por las lenguas románicas, si no sincrónicamente, sí cuando menos desde una perspectiva diacrónica. Es más, estas parecen propiedades vinculadas a la obligatoriedad de un sujeto explícito en todas las frases con valor temporal en lenguas como el inglés -lo cual obliga a la inserción de expletivos-, frente a la legitimación de un pronombre vacío fonéticamente en posición de sujeto, así en el italiano como en gran parte de las lenguas romances. En efecto, fue por medio de tal pronombre que se explicaron todas las diferencias entre lenguas *pro-drop* y *no pro-drop*. De todo ello se sigue que este *cluster* se constituyera formalmente en parámetro, y lo hiciera bajo la representativa etiqueta de parámetro de sujeto nulo (PSN).

Por último, Baker (2001) propone el parámetro de polisíntesis (PdP). Si las lenguas sintéticas son aquellas que tienden a expresar relaciones gramaticales mediante cambios en la forma de las palabras, las lenguas polisintéticas serían las que radicalizan esta propiedad, al extremo de codificarlo prácticamente todo en la morfología verbal, como hace el mohawk:

4 Hay más fenómenos asociados que se tocarán en otros puntos pero que ahora, por razones expositivas, obvio.

(9) Washakotya'tawitsherahetkvha'se'.

(10) He made the thing that one puts on one's body ugly for her (Baker 2001:87)

Estas diferencias, a simple vista extremas, pueden explicarse fácilmente si aceptamos que en lenguas polisintéticas los verbos deben incluir alguna expresión de cada uno de los participantes principales en el evento descrito por el verbo (Baker 2001:111) y que la forma de satisfacer este requisito -o parámetro- es, a lo mohawk, ora con algo como una incorporación masiva de categorías -lo que en otras lenguas suele restringirse a nombres-, ora con una morfología flexiva rica -teóricamente, un emparejamiento muy sugerente-. Las lenguas no polisintéticas, como el inglés, se desentenderían, sin más, de ese requisito.

Pero esto no es lo más curioso, sino que, aparte, Baker (2001) relaciona la característica del mohawk con varios parámetros independientes: el de la configuracionalidad, que en uno de sus valores permite que el orden de constituyentes de la lengua sea bastante libre; el PSN, cuya opción de sujetos posverbales, extendida a los objetos -habida cuenta de que se legitiman pronombres nulos tanto de objeto como de sujeto-, junto a posibles dislocaciones... podrían explicar esa aparente libertad de orden; y el PDN, respecto del cual el mohawk se corresponde con el inglés en el orden núcleo-complemento, aunque sólo a cierto nivel de incorporación de morfemas.

Baker (2001) hace así explícito algo que de entrada pudiéramos pasar por alto: no sólo los fenómenos de variación múltiples podrían depender de causas individuales, sino que puede ser que, en virtud de la interacción de parámetros en una misma lengua, suframos el espejismo de una variación translingüística demasiado amplia -cuestiones de este tipo se acometerán con más detalle en el cuerpo del trabajo-.

Hay otros muchos parámetros que se han estudiado pero que omito aquí: el parámetro de configuracionalidad, visto muy someramente; el parámetro del movimiento-q implícito, conforme al cual -tal y como se concebía en sus orígenes- las lenguas variarían, *grosso modo*, en el punto de la derivación en que se desplazarían constituyentes interrogativos; el parámetro de movimiento de núcleos, que capturaría la conocidísima diferencia del ascenso de V a T de, por ejemplo, el francés en oposición al inglés; etc. La lista se nos alargaría más y más; sin embargo, creo haber elaborado un entrante suficiente para poder enfrentar -con unas ganas de datos mínimamente saciadas- el aspecto más teórico de la materia en el capítulo siguiente.

1.3 Propósito y estructura del estudio

El propósito del estudio es desandar -recorrer, pues, a la inversa y con cierta coherencia cronológica- los pocos pasos que acabamos de dar: explicar la variedad lingüística del punto 1.2 sin recurrir a los parámetros, como adelantaba en el punto 1.1, para empezar un proyecto de investigación personal enmarcado, sobre todo, en las propuestas de Gallego y Boeckx, a cuya discusión, en ciernes, están reservados los anexos.

Es palmario que Gallego y Boeckx no comparten la misma visión de la variación lingüística, pero, a mi juicio, el espacio que los separa no es tanto: a grandes rasgos -y reservando lo más técnico para los capítulos correspondientes-, Gallego (2010) -a pesar de algunas características conservadoras a las que voy a renunciar- aproxima, más sólidamente que ninguna propuesta de cuantas he leído, la explicación del PSN a la teoría ideal de la FL enmarcada en el programa minimista (PM), cuyo máximo desarrollo se encuentra, también en mi opinión, en Boeckx (2010/en progreso). En otras palabras, quedo tan suspenso al ver cómo, a partir de poco más que *Merge* y la asimetría exigida por los sistemas de actuación de la mente, Boeckx (2008b y ss) construye tan completa teoría, que no puedo menos que creérmela; no obstante, luego vuelvo a los datos, y apenas imagino cómo pueden explicarse con menos complicaciones de las que usa Gallego (2010). Digo *apenas* porque, aunque en las antípodas de poder conciliar ambos enfoques -algo imposible sin ejecutar notables sacrificios-, acabaré dándome una orientación hacia cómo podría hacerse.

Así pues, en el capítulo 2 presentaré la teoría de parámetros desde PyP, me preguntaré por su forma, los relacionaré con la tipología lingüística y con el proceso de adquisición, y haciendo, finalmente, un balance, llegaré a la conclusión de que no hemos acabado de emanciparnos de la idea de las lenguas-E.

En el capítulo 3 haré un análisis de la existencia de los parámetros a la luz de PM; de cuán susceptibles son los principios de ser afectados por los parámetros o la variación; de la relación entre uniformidad de forma lógica (LF), semántica y uniformidad estructural; apuntaré al nuevo locus al que se ha de ver desplazada la variación, e introduciré las dos únicas vías por las que me parece razonable seguir con la investigación: variación estructural causada por variación en un léxico presintáctico -anexo 1-, variación postsintáctica -anexo 2-.

En el capítulo 4, por lo tanto, realizaré una valoración global de la teoría expuesta en los capítulos precedentes y delinearé un programa personal de investigación. Habida cuenta del carácter altamente programático del mismo y de que, naturalmente, es sobre todo un estado de la cuestión

con multitud de preguntas abiertas, he considerado que unos anexos serán el espacio más apropiado. Ello no significa que su contenido sea accesorio; de hecho, me parece la parte más sustanciosa e interesante del estudio. Tal división, sin embargo, permite cerrar unas primeras reflexiones, de acuerdo con lo se esperaría de un trabajo final de grado, y mostrar, al mismo tiempo, que la discusión no puede darse por finalizada ahí.

En el anexo 1 afrontaré más de cerca cómo es el lexicon de las lenguas; destacaré su irrupción en el proceso de adquisición; y daré un papel prominente a los rasgos formales. Esto conectará directamente con la teoría de fases, de la cual haré primero un repaso bastante exhaustivo, para proponer, a continuación, ampliaciones teóricas. Por último, intentaré que rasgos formales, fases y variación cuajen en la que creo que es la forma más acorde con el PM de explicar la variación translingüística, siempre que sostengamos la existencia de un léxico rico, sujeto al proceso de adquisición y, por consiguiente, variable, que alimentaría las derivaciones sintácticas.

El anexo 2 lo dedicaré a la alternativa plausible del anexo 1: la variación postsintáctica -al estilo de la morfología distribuida (MD), la nanosintaxis, etc.-. Aun así, advertiré la confrontación entre el proyecto cartográfico y el enfoque verdaderamente minimista en que se ha escindido la teoría, postulando que este último es el que más convincente resulta. Hecho esto, analizaré una teoría de fases a partir de un léxico mínimo y exploraré posibles conexiones con la variación dentro de la propuesta de Merge-*a* de Boeckx (2010/en progreso).

Vaya por delante que no es mi objetivo actual proponer ninguna teoría -evidentemente, fundada en la bibliografía-, y que es razonable no haberla alcanzado todavía. Como expongo arriba, para un análisis cerrado de determinada cuestión están los capítulos; para lo abierto, los anexos.

2. Macroparámetros

2.1. Introducción

Empezaré por abordar la variación lingüística desde el marco generativista: corriente que, promovida y acaudillada ya en la década de los cincuenta por Chomsky, en los ochenta sería representada por el modelo de PyP. PyP formalizó la variación como la diferente fijación de un conjunto de alternativas inespecificadas -o parámetros-, preferiblemente binarias y en relación de uno a uno, asociadas a los principios de la gramática universal (GU).

Alertado por Mendivil (2008) de cuán fácil es identificar, erróneamente, la GU con la FL, y de cómo parte del fracaso atribuido al modelo macroparamétrico se debe a una lectura demasiado literal del mismo, estimo inexcusables algunas puntualizaciones antes de seguir adelante. Para ello, contemplaré, muy sumariamente, ciertas propuestas minimistas; bien que posteriores, creo justificada su inserción aquí porque -aparte las razones expositivas- el modelo macroparamétrico, reformulado, podría tener cabida, para determinado sector, en el PM, como demuestran los trabajos de algunos autores contemporáneos.

La FL sería la dotación innata que, en condiciones normales, hace de nosotros seres hablantes. Dentro del PM, esta se ha dividido (Fitch, Hauser y Chomsky 2002) en la facultad del lenguaje estricta (FLE); la que es privativamente humana, la sintaxis en su forma más pura; y la facultad del lenguaje amplia (FLA), que incluye sistemas, comunes a otras especies y a otras facultades mentales, con los que se relaciona, directamente o por medio de interfaces, la sintaxis⁵ -como mínimo, los sistemas sensoriomotor (SM) y conceptual-intencional (CI)-.

Nótese, sin embargo, que para existir propiamente, la FL se ha de materializar, en la mente/cerebro, en una lengua interna (lengua-I): es este el objeto natural -con fronteras cada vez más difusas⁶- que, como científico, estudia el lingüista generativista, siempre con miras a desentrañar lo que hay de universal en él: la GU.

La GU estaría constituida -obviando los rasgos y complejidades irrelevantes a la discusión- por principios que constriñen y modelan el desarrollo de la FL -producto todo ello, haya sido mayor o menor el hincapié que hicieran las diferentes etapas, de los límites naturales: genéticos, físicos, etc.-. Estos límites, a la sazón, se creía que se localizaban, de forma exclusiva, en un módulo específico del lenguaje en la mente/cerebro, pero, progresivamente, se han ido desplazando a

5 Alternativamente, podría no existir tal FLE y ser que el lenguaje se debiera a cierta configuración particular entre los demás sistemas.

6 Aunque en frontal oposición a abstracciones sobre lenguas externas (lengua-E).

condiciones impuestas por capacidades cognitivas generales o de eficiencia computacional.

A ojos minimistas, y sobre todo, a la luz de los tres factores del diseño del lenguaje de Chomsky (2004, 2005), uno podría, por lo tanto, diferenciar los principios de la GU pertenecientes al primer factor: producto de la dotación genética, capaces de interpretar la experiencia como lingüística, y a los que, por ser conceptualmente imprescindibles, no se ha podido renunciar⁷, de los principios que se atribuyen al tercer factor: que, pese a no pertenecer a una capacidad específica del lenguaje, pueden explicar la causa de propiedades que anteriormente se habían buscado en el primer factor -la binariedad, la localidad, etc.-. Estos últimos son principios generales de procesamiento de la información y constricciones del desarrollo de la FL conforme a un sistema computacional eficiente, en el sentido de que conecta de forma óptima con los sistemas de la FLA -hipótesis que se conoce como la Tesis Minimista Fuerte (TMF)-.⁸

De acuerdo con lo esbozado, no todo lo universal del lenguaje lo constituye la GU, sino que hay otros principios que juegan un papel determinante en el desarrollo de la FL. Tal división implica un desajuste con teorías actuales difícil de salvar si interpretamos demasiado literalmente la breve descripción de los parámetros propuesta arriba: cuando PyP hablaba tan sólo de principios de la GU, era porque, simplemente, el generativismo no estaba aun maduro para contemplar el tercer factor -al que, sin embargo, hoy nos parece que estaba abocado por fuerza-. Creo que debemos entender, pues, que los principios de PyP a los que se asocian los parámetros son todos aquellos que definen las propiedades de la FL, con independencia de reformulaciones posteriores. Gallego (en Boeckx et al. 2011) lista los módulos en los que regirían: *X-bar Theory*; *Bounding Theory*; *Government Theory*; *Theta Theory*; *Binding Theory*; *Case Theory*; y *Control Theory*. Para el subsistema de la teoría del ligamiento, por ejemplo, los principios serían las Condiciones A, B y C.

En teorías del PM, en cambio, la GU sólo da cuenta de la infinitud discreta o recursividad -fruto del *merge* que proyecta *label* (Hornstein 2009) o del *merge* de piezas con *edge feature* (Boeckx 2010a)-; mientras que se deja la explicación del resto de propiedades de la FL -o así se pretende- en manos del tercer factor. Con todo, si la lógica original del modelo macroparamétrico era “parametrizar” todo principio, para integrar dicho modelo en el PM tampoco se deberían llevar a cabo distinciones según la tipología de los principios -al menos, por este motivo-. Entonces, los principios a contemplar sumarán los de la GU y los del tercer factor, que recoge Gallego (en Boeckx et al. 2011): *Inclusiveness*; *Minimality*; *No tampering Condition*; *Phase Impenetrability Condition*; y *Full Interpretation*.

Como, llegados a este punto, la asociación de la GU a la FLE se desprende naturalmente -pues

⁷ Por qué eso es lo deseable es algo que se abordará en el capítulo 3.

⁸ El segundo factor, a su vez, sería donde entra en juego la experiencia y, por ende, candidato idóneo a la causa de la variación -que no al *locus*, a menos que se reformule ligeramente como trataré de hacer en el punto 4.3-.

la GU determina justo la propiedad que caracteriza el lenguaje humano frente a otros sistemas de comunicación animal-, cabe hacer otra puntualización: el hecho de que los principios de la GU estén, en efecto, operando sobre el órgano de la FLE no implica que constituyan la misma FLE -cómo podrían estar integrados biológicamente es una pregunta a la que ni siquiera la ciencia actual está en disposición de dar respuesta-, como tampoco se sigue que, por actuar sobre la FLA -más precisamente, en lo que hace al lenguaje, en su interacción óptima con la FLE, y, parece sensato creer, en otros muchos sistemas de conocimiento- el tercer factor sea el constituyente de, por ejemplo, el sistema CI.

Si aceptamos estas premisas, y que en el modelo macroparamétrico los principios están indisolublemente ligados a los parámetros y que estos también restringen el desarrollo de la FL, podemos afirmar que:

(1) En el modelo macroparamétrico, la variación responde al grado de flexibilidad, altamente limitado, con que los principios actúan sobre la FL.

Hay dos interpretaciones para tal afirmación (cf. Mendivil 2008):

(2) la variación se debe a opciones predefinidas en los propios principios de la GU, a las cuales llamamos parámetros

(3) la variación se debe a que los principios no condicionan el desarrollo de la FL de forma lo suficientemente determinante como para que haya completa uniformidad en todas las gramáticas particulares: es sólo a la sistematización de ese margen de variación, hartamente restringido, a lo que llamamos parámetros.

La de (2) es una interpretación más clásica y fiel a PyP; la de (3), en cambio, va más en la línea del PM. Entre una y otra es tan significativo lo que comparten como aquello en lo que se diferencian: si bien la variación es siempre gramatical, sólo en el primer caso se puede hablar de parámetros como de elementos con cierta entidad real, y podemos tenerlos “localizados”, por así decirlo, en la GU.

Es, pues, en ese “entorno natural” de la GU -y el tercer factor- que la FL del aprendiente, en su proceso de adquisición/creación de la lengua-I, partiría de un estado mental 0 (E_0) -tradicionalmente

atribuido a la GU, a despecho de las matizaciones de arriba⁹; valiéndose de un proceso deductivo, aunque inconsciente, sobre los datos lingüísticos primarios (DLP) -o segundo factor-, el niño iría fijando los valores de los parámetros -soslayemos, por ahora, la cuestión del léxico-. Una vez fijados en su totalidad, se consideraría que la FL ha llegado a un estado relativamente estable, E_L , y que el aprendiente, por lo tanto, domina ya su gramática particular¹⁰.

Subrayemos que de este margen de variación no puede derivarse una variación del tipo irrestricto que defendiera Joos (1957:96) a mediados del siglo pasado, y que, en buena medida, sigue propugnando el formalismo, sino al contrario: ante determinado input lingüístico, sólo podrá madurar determinada lengua-I posible (Chomsky 1986:83). De esta relación directa entre la experiencia lingüística y la lengua-I resultante se concluye que la variación o el cambio lingüístico deben achacarse a diferencias en el segundo factor.

A la vista de que ciertos fenómenos de variación operan a una y no individualmente -y con ánimo de agruparlos a fin de eliminar redundancias- los sintactistas asociaron los parámetros a los llamados efectos de *cluster*: la fijación de un único valor paramétrico puede desencadenar todo un complejo de variación en las expresiones, como es el caso del PSN, que legitima: realización fonéticamente nula del sujeto; inversión libre en frases simples; movimiento-*qu* del sujeto a larga distancia; pronombres reasuntivos vacíos en frases subordinadas; aparente violación del efecto *that*-huella (Chomsky 1981).

Así, en lugar de postular una gran cantidad de parámetros -lo cual iría en detrimento de la adecuación explicativa que consiguió PyP, al reducir tanto los puntos de variación como los principios y aventajar, con mucho, el sistema de reglas casi *ad-hoc* de la Teoría Estándar (TE)- se pudieron explicar las dramáticas diferencias translingüísticas por la fijación de unos pocos valores. Incluso en el caso de un *cluster* ciertamente limitado o sistemático¹¹, un único parámetro como, por ejemplo, el PDN, se podrá hacer manifiesto en todos los constituyentes y, por consiguiente, las expresiones que se deriven podrán ser muy diferentes de una lengua-I a otra.

Esta escasez de parámetros no sólo es deseable por redundar en adecuación explicativa de la teoría: es lo único posible si los parámetros se circunscriben a unos principios pobres en número. Semejante asociación comporta un problema teórico -no por ello empírico-: cada reformulación de los principios, por mínima que sea, conlleva otra en los parámetros, y viceversa.

Los macroparámetros y los *clusters* auguraban una potente herramienta para realizar predicciones tipológicas y -aún más importante- explicarlas desde la sintaxis. Esta, sin embargo, no

9 En palabras de Mendivil (2008), hablar de E_0 es lo mismo que hablar de un “no estado”, como hablar de un estado cero del páncreas.

10 El enfoque es generativista, así que manténgase siempre presente la distinción entre lenguas-I y lenguas-E.

11 A no ser que entendamos por separado cada proyección, siendo el *cluster* uno de los más amplios.

fue la única ni la mayor de sus virtudes: con una dotación innata lo bastante rica como para que contuviera en sí misma una variación basada en “decisiones” simplísimas durante la adquisición, PyP parecía estar resolviendo el problema lógico de la adquisición del lenguaje -conocido como problema de Platón-: cómo, a despecho de la pobreza del estímulo, los niños acaban teniendo un dominio tan sólido de la lengua-I. A estos avances se dedicarán, respectivamente, los apartados 2.2 y 2.3; pero antes creo oportuna una caracterización más detallada de cómo podría ser un parámetro, al menos, en PyP.

2.1.1 La forma de los macroparámetros: infraespecificación versus sobreespecificación paramétrica

Cuando se discute, por lo que hace a PyP, cómo de rica debería ser la GU para dar respuesta, sobre todo, al problema de Platón, se está discutiendo, asimismo, cuánto espacio puede dejar tal riqueza al aprendizaje o la deducción¹². Es en esa encrucijada donde se ha de apostar por un sistema sobrespecificado: E_0 supera E_L en cantidad de datos -sin contar el léxico-; o bien por uno infraespecificado: E_0 es más pobre en datos que E_L ¹³.

Entonces, uno puede incurrir en dos errores. El primero es asignar, por defecto y en términos absolutos, a PyP la idea de una gramática sobrespecificada. Aun siendo incontestable, desde una postura minimista, que PyP atribuyó demasiado a la GU, generalizar esto a todos los componentes de la teoría, eludiendo el esfuerzo de aceptar por un momento su lógica interna, no deja de ser simplista.

El segundo error puede producirse cuando concretamos el grado de especificación en lo que a macroparámetros se refiere: no es inusual que se intente resolver, de una vez (Baker 2005), tanto la forma de los parámetros -objeto de análisis de este apartado- como la forma de toda la GU. Con esto último me refiero al problema que se ha planteado de si la lengua-I está por construir en E_0 o si, por el contrario, la GU incorpora todas las lenguas-I posibles y la adquisición se basa en identificar la que mejor se ajusta a la experiencia -a lo que dedicaré el punto 2.3.3.2-.

Ambas cuestiones, sin duda, tratan de infraespecificación y sobreespecificación, pero las soluciones pueden ser independientes: aunque sea un contrasentido hablar de un sistema sobrespecificado con parámetros infraespecificados, la forma sobrespecificada de los parámetros

12 Llevada a cabo por un dispositivo del tercer factor capaz de reconocer los datos como lingüísticos o por otros sistemas, una discusión que ahora no procede.

13 Sería posible que los datos entre E_0 y E_L fueran los mismos, pero, entonces, estaríamos descartando que hubiera proceso de adquisición alguno -cosa que no me parece tan descabellada viendo los rumbos más actuales de la ciencia-.

es compatible con un sistema cuya lengua-I definitiva esté sin formar en E_0 .

Hecho este apunte, cuestionémonos las dos formas posibles de los macroparámetros: que el valor esté abierto a la espera del aprendizaje, o que la GU determine explícitamente los valores posibles del parámetro, para que uno de ellos sea fijado positivamente. Si lo llevamos a la práctica con, verbigracia, el PDN, obtendremos:

(4) Versión sobreespecificada:

“When a word is combined with a phrase to make a larger phrase, the added word comes first *or* it comes last” (Baker 2005:9)

(5) Versión infraespecificada:

“Form a new phrase by adding a word to a phrase” (Baker 2005:9)

Salta a la vista el correlato de (4) con (2): en la versión sobreespecificada se encuentran predefinidos los dos valores del parámetro; y el de (5) con (3): en la versión infraespecificada no tenemos, en puridad, más que una suerte de principio -sospechosamente similar a la operación *merge* – que delega en el aprendizaje la fijación de la cuál será la posición del núcleo. Estamos, en fin, volviendo a enfrentar la doble lectura del modelo macroparamétrico. Bien que, aplicando a la teoría la navaja de Occam, (3) y (5) debieran resultar favorecidas, son varios los argumentos que pueden darse a favor de cada una de las posiciones teóricas; a un análisis parcial están dedicados los apartados siguientes, inspirados en Baker (2005).

2.1.1.1 La capacidad de la inferencia o del aprendizaje

En pro de la sobredeterminación, alega Baker (2005) que no todos los parámetros parecen aprehensibles a partir de la pura inferencia o por capacidades cognitivas prelingüísticas. Sírvannos de ejemplo las dos formulaciones que propone del parámetro del objetivo de la concordancia (POC):

(6) Parámetro sobreespecificado:

" The Target-of-Agreement Parameter (TAP): The “subject” agreement affix associated with a verb must match either: (a) the noun phrase on which it licenses nominative case, or (b) the phrase that immediately precedes it.” (Baker 2005:12)

(7) Parámetro infraespecificado:

“The tensed verb must agree in person (gender) and number with some phrase in its environment.”

(Baker 2005:12)

Según Baker, parece poco creíble que de (7) el aprendiente pueda deducir, sean cualesquiera los mecanismos, que son sólo dos las maneras en que puede establecerse la concordancia, y menos aun que esta sólo pueda establecerse con el sintagma que mande-c asimétricamente al verbo finito o con el sintagma con que coteje caso nominativo. Sabemos, sin embargo, que no es así cómo funciona el lenguaje: por lógicas que pudieran ser esas construcciones en un lenguaje artificial, la lengua-I no generará ninguna de ellas salvo la más eficiente, que se habrá de dar obligatoriamente; en otras palabras, no existe la opcionalidad en el lenguaje.

Es difícil estar en desacuerdo con que (7) no basta para explicar que el hablante concuerde gramaticalmente los verbos finitos. Ahora bien, es crucial notar que quien asume esto no tiene por qué asumir que la de (6) sea la única forma de hacer accesible la información precisa al hablante, por varias razones:

(i) La formulación de (6) no es, ni por asomo, tan potente como para explicar el fenómeno de la concordancia; esto es, se omiten muchos de los factores a tener en cuenta, de modo que pueden ser otros principios de la gramática -o diferencias léxicas, de rasgos, morfológicas... teorías que todavía no hemos introducido- los que determinen la concordancia con tal o cual constituyente, y no un parámetro.

(ii) Hay teorías (Gallego (2010)) que proponen, bastante convincentemente, que a la vez que el SD valúa los rasgos-*phi* no interpretables del verbo desplazado a T, T valúa los rasgos temporales no interpretables del SD, cuya manifestación morfológica es el caso -nominativo- fonéticamente realizado en algunas lenguas, pero también morfemas explícitamente temporales en otras. En consecuencia, y en contra de lo que predice (6), no habrá ninguna frase en que un SD valúe los rasgos-*phi* del verbo finito sin cotejar rasgos de “tiempo nominativo” -al margen de la realización fonética o casos, improcedentes en la discusión, en que T sea defectivo-.

(iii) Otra teoría, controvertida en la actualidad, defiende que la concordancia sólo puede darse en una relación de localidad muy estricta, tradicionalmente conocida como la relación de núcleo-especificador: todo SD que concuerde con el verbo finito, en algún momento de la derivación, habrá mandado-c asimétricamente a T desde Espec-T -o, en términos minimistas, se habrá fusionado a él

por *merge* interno (MI)-, por lo que este no sería un criterio diferenciador del POC. El uso del término “precedencia” en la descripción -se estaría, en realidad, prohibiendo movimientos ulteriores de T- puede ser una escapatoria a la objeción, pero esa es una noción laxa en extremo, dado lo impreciso de caracterizar las relaciones sintácticas linealmente y no estructuralmente.

(iv) Las dos opciones de (6) se formulan de forma excluyente. Sin embargo, el mismo Baker (2008a:155) las considera parámetros independientes,

“The Direction of Agreement Parameter (preliminary)
F agrees with DP/NP only if DP/NP asymmetrically c-commands F.¹⁴

The Case-Dependency of Agreement Parameter
F agrees with DP/NP only if F values the case feature of DP/NP or vice versa.”

de forma que los valores de (6) podrían estar fijados simultáneamente como positivos o como negativos, mereciendo cada uno explicación propia. Extraer, pues, conclusiones tan potentes de formulaciones tan sujetas a imprecisiones parece un tanto arriesgado; o, vayamos incluso un paso más allá: tal vez -y este podría ser uno de los problemas de la teoría por lo que se hace tanto énfasis en el carácter abstracto de los principios y la disociación entre GU y la FL materializada en lengua-I-, la formulación verbal de los principios y los parámetros nos haya oscurecido la concepción adecuada de los mismos, que no serían sino, en palabras de Lorenzo (2006), una predisposición innata “a desarrollar una estructura cerebral altamente sensible” a determinadas propiedades. Tanto o más relevador es Mendivil (2008:63):

“la idea de una GU consistente en principios gramaticales específicos (con o sin parametrización) es insostenible. No sólo porque los genes especifican proteínas y no propiedades gramaticales, sino porque está claro que si una lengua expresa una noción morfológicamente y otra lo hace sintácticamente, la GU no tiene nada que decir al respecto”

Creo, en definitiva, que profundizando más en el funcionamiento de la capacidad del lenguaje quizás se descubra que son más los principios que intervienen en esas “decisiones” de parámetros

14 Esta no es la formulación definitiva, pero por razones expositivas, y por ser de más utilidad en la comparación, omito esta:

“The Direction of Agreement Parameter

(i) F agrees with DP/NP only if DP/NP asymmetrically c-commands F, or
(ii) F agrees with DP/NP only if F c-commands DP/NP, o
(iii) F agrees with DP/NP only if F c-commands DP/NP or vice versa.” (Baker 2008:215)

infraespecificados -o que son más potentes-, de modo que, al lidiar con ellos, es muy poco -o nulo- lo que tiene que deducir el niño.

Otro contraargumento es que bastaría que el hablante fuera capaz de identificar con qué elemento se está estableciendo sistemáticamente la concordancia para que concuerde con el sintagma adecuado y no otro.

Tal capacidad de análisis parece menos extraordinaria cuando se trata de parámetros más sencillos¹⁵ como el PDN. Ahora bien, estando infraespecificado, ¿qué impediría que el hablante situara, poco menos que aleatoriamente, el núcleo delante en algunas construcciones, y, en otras, detrás, siendo posibles las dos opciones? A este interrogante, extensible a cualquier otro parámetro, se dedicará el siguiente apartado.

2.1.1.2 La consistencia en la manifestación del parámetro

Obviemos la hipótesis de que no exista tal opcionalidad -si no, aquí zanjaríamos el asunto-. De acuerdo con Baker (2005), parece que la consistencia o la regularidad en la realización de los parámetros es inexplicable estando estos infraespecificados. Retomando el caso práctico del PDN: en (4) hay una disyunción explícita - “the added word comes first *or* it comes last”- con la que se explica automáticamente la consistencia del parámetro, pero de la que carece la versión infraespecificada, sin garantizar, por lo tanto, que el valor del parámetro sea uno único. De nuevo, son varios los contraargumentos:

(i) La solución más directa, no sé si dogmática pero lógica -aunque a medio caballo entre sobreespecificación e infraespecificación paramétricas-, es que un parámetro no pueda fijarse doblemente.

(ii) Aparte, la regularidad podría explicarse por tendencias a la generalización durante el aprendizaje, que facilitarían, por economía, la adquisición y participarían del diseño óptimo que se supone a FL. Este peso del tercer factor es el que propone, de alguna manera, Boeckx (en Boeckx y Di Sciullo (2011:217)) al formular el *superset bias* -siendo uno de los opositores más acérrimos a la existencia de los parámetros-:

15 Aquí hay que andar con pies de plomo, porque es en un terreno meramente especulativo donde se habla de la sencillez de parámetros, siendo inconsciente el análisis que haríamos de ellos y difícilmente mesurable en cualquier dimensión.

“I would like to add to this a bias by which the child strives for parametric value consistency, a Superset bias with which the child processes the data, and which she abandons only if there is too much data contradicting her initial hypothesis.

(7) *Superset Bias*

Strive for parametric-value consistency among similar parameters

For example, if the child learns that V precedes its complement and T precedes its complement, she will be inclined to hypothesize that the next head she encounters will also precede its complement, and will only reject her hypothesis if she finds enough positive counterevidence.”

(iii) En cuanto a fijación, Baker vuelve a basar que el parámetro no sea disyuntivo en cómo lo formula; sin ánimo de poner en entredicho la competencia que demuestra más que sobradamente su trabajo, no sé hasta que punto hipótesis de este tipo son demasiado ficticias. Incluso aceptándolas, en (5) el orden parece irrelevante: ahora, ¿y si lo fuera?

(iv) Puede que la linearización no dependa de un parámetro sino de algún principio que Kayne (1994) intentó formalizar con el axioma de correspondencia lineal (ACL), de modo que las diferencias de orden serían producto de movimientos adicionales.

(v) Otra posibilidad es que la linearización no intervenga en la sintaxis estricta y sea un fenómeno de la externalización -lo cual no obsta para una versión del ACL, véase Boeckx (2008b)-.

(vi) Puede que sea un deseo más que nada teórico, pero añadir especificaciones de orden a una operación tan sencilla como *merge* parece una involución teórica.

De nuevo, el vacío que deja el principio infraespecificado a la deducción puede reducirse drásticamente mediante una explicación más penetrante de los principios que operan en la FL.

2.1.1.3 Parsimonia

Otra reflexión de Baker (2005) combina la TMF con abstracciones de corte biolingüístico¹⁶: en función de la representación mental de los parámetros, no siempre la opción sobreespecificada será

¹⁶ En biolingüística, como veremos más adelante, la parsimonia es importante porque parece más plausible que, dado el poco tiempo que hace que emergió la FL, esta consista en la menor cantidad de elementos posibles -problema de Darwin- y que el genoma no codifique tanta información.

menos parsimoniosa.

Pensemos, de nuevo, en el PDN. Si la representación mental de los constituyentes fuera tridimensional, del tipo de los móviles de Calder, cualquier condición de orden -ese “or” crucial de (4)- complicaría el diseño del sistema; si, por el contrario, los constituyentes se procesaran como objetos en una o dos dimensiones, al estilo de los procesadores de texto, el orden lineal se daría por sí mismo: para infraespecificarlo el sistema tendría que complicarse.

Aunque estudios en otros campos, como el visual, parecen indicar que hay razones para pensar que las relaciones de una o dos dimensiones son, normalmente, significativas en el medio neuronal; la validez de este argumento queda pendiente de falseamiento, a la espera de avances en la biolingüística. Notemos, sin embargo, que Baker no está “proyectando” mentalmente un parámetro, sino un constituyente -más difícil aun sería abstraer a X dimensiones otros fenómenos sintácticos como el PSN- y recordemos, por último, lo dudoso de que la linearización se lleve a cabo conforme a un parámetro.

2.1.1.4 Conclusión

Sin renunciar a que la causa de la variación sea gramatical, una teoría de parámetros infraespecificados -igualmente compatible con el modelo macroparamétrico como se intenta defender- parece preferible, pues está exenta de tres malentendidos que aquejan la defensa de los parámetros sobreespecificados:

(i) Cuando se habla de sobreespecificación paramétrica, se asume tácitamente que la realización de las dos opciones -o más- del parámetro es posible para cualquier lengua-L, sin tener en cuenta ni el proceso de adquisición -véase la teoría de Mendivil (2008) en 2.2.3- ni cuáles sean su morfología, su léxico, etc. No obstante, hay razones para pensar que la opcionalidad no tiene validez en la sintaxis.

(ii) El espacio de inferencia que dejan los parámetros infraespecificados al aprendizaje podría ser mucho menor del que muestra una valoración incompleta del fenómeno -o ser nulo-.

(iii) La formulación verbal de los parámetros no es más que un artefacto, del que una interpretación literal da pie a confundir cómo los hacemos inteligibles teóricamente con cómo puedan ser en el medio neuronal.

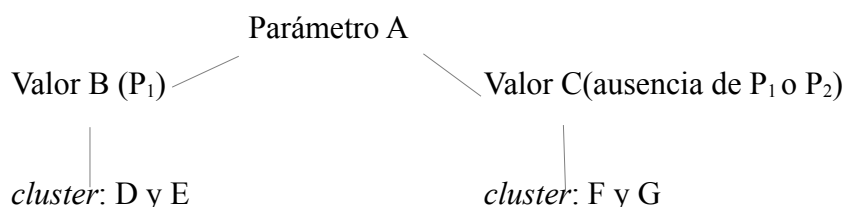
2.2 Macroparámetros y tipología lingüística

La teoría macroparamétrica prometía casar con la tipología lingüística y secundar las observaciones de Greenberg y sus seguidores: los universales absolutos implicativos y las tendencias implicativas -cuya naturaleza “no absoluta” plantea ya un problema de base- podrían, en principio, explicarse mediante la fijación y la interacción de parámetros, en el intento de resolver lo que Fasanella (2009:12) denomina el Problema de Greenberg:

“Una teoría de la variación, respaldada en la estadística, tiene que dar cuenta de los límites de la divergencia lingüística, descartando los sesgos geográficos e históricos”

Con todo, cuando nos apeamos de abstracciones y se observan las lenguas de cerca, no tarda en advertirse que prácticamente todas son inarmónicas, en mayor o menor medida, en relación a los parámetros que se les suponen, y que algunas ni siquiera fijan los parámetros en obediencia a las observaciones tipológicas -véase 2.2.1-. Usemos un esquema rudimentario:

(8)



La hipótesis, que los datos refutan, sería: dado un parámetro A con opciones B y C, toda lengua que fije positivamente B fijará negativamente C, y, en consecuencia, generará las construcciones coherentes con B -*cluster* D y E- y nunca las de C -*cluster* F y G- por serle desde entonces imposibles -es claro que sucederá lo mismo, aunque a la inversa, si fija positivamente C-. Si fijar B o C no es aleatorio y depende de cierta propiedad P₁, toda lengua que muestre P₁ deberá fijar la opción B; mientras que toda lengua que esté falta de P₁ -o, lo que es lo mismo, muestre una propiedad alternativa P₂- fijará C.

Esta idealización parece, en detrimento del modelo, de escaso correlato en la realidad. Ejemplifiquémoslo con la observación de Biberauer (2008:15) -quien se basa, a su vez, en Gilligan (1987)-: contrariamente a lo que predice el parámetro de sujeto nulo (PSN), lenguas morfológicamente ricas, como el islandés y el ruso, fijan negativamente el PSN, mientras que otras,

de morfología pobre, como el chino, parecen fijarlo positivamente¹⁷. Asimismo, el *cluster* del valor positivo del PSN parece distribuirse de forma parcial entre lenguas con independencia de cómo hayan fijado el PSN: lenguas bantúes exhiben sujetos nulos pero no inversión libre; el islandés no es *pro-drop*, pero muestra el efecto *that*-huella, etc.

Superpongamos el islandés a (8): a pesar de tener P_1 , estaría fijando C. Y no sólo eso, aun habiendo fijado C, estaría generando D -lo que, después de todo, no es tan exótico si tiene P_1 -. Si el islandés fuera un caso aislado, tendría sentido plantearse que estuviera mal analizado -si se confirmara que el análisis es correcto, esto es ciencia y el método empírico nos obliga a invalidar la hipótesis-; pero el recelo hacia la teoría va en aumento a medida se nos multiplican los casos, y cabe preguntarse si (8) es fiel a la variación o sólo es fiel a cómo, desde un punto de vista teórico, nos gustaría que fuera.

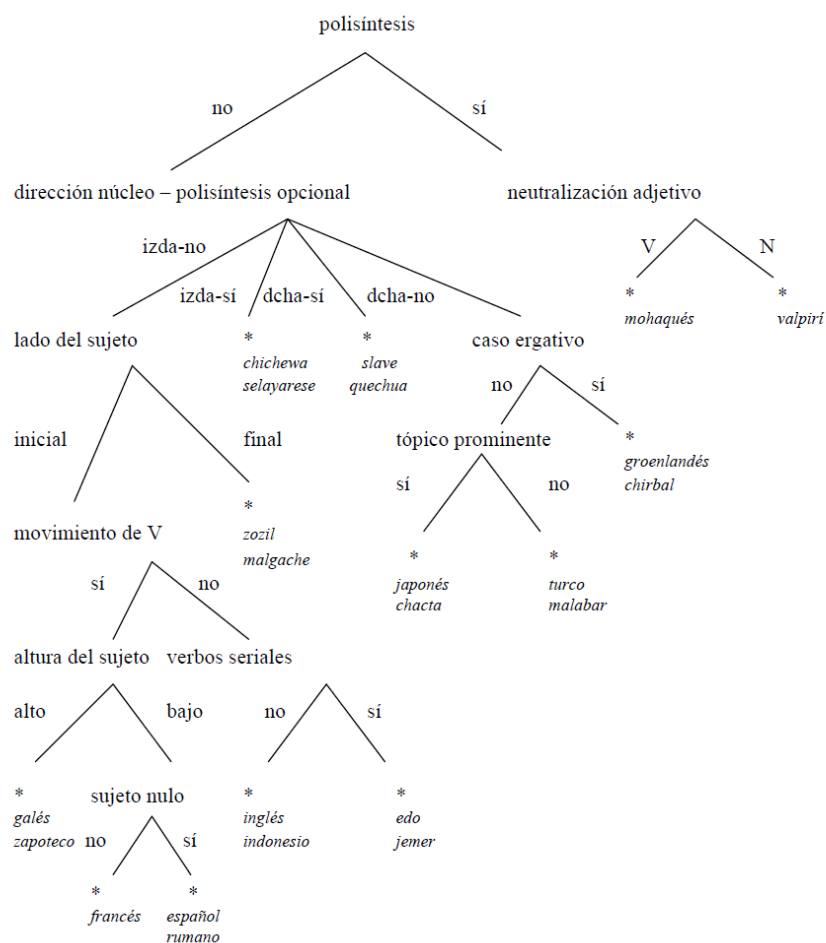
Pese a la falta de armonía, la estadística llama poderosamente nuestra atención sobre ciertas correlaciones en la variación. Si, de forma sesgada, rechazáramos lo significativo de esa evidencia y la atribuyéramos a mera casualidad, quedaría sin explicar la falta de continuum en la variación, y nada nos impediría trasladar la misma lógica a los principios y achacar, asimismo, lo universal del lenguaje -base de toda la teoría- a la casualidad, como si un buen día el patrón de lo invariable de todas las expresiones que genera el hombre pudiera disolverse en el mayor caos lingüístico imaginable. Puede que se reduzca a un asunto de fe, pero como no comparto esa suerte de descreimiento, reservo un espacio para la cuestión en 2.2.2, ilustrada con el análisis de Baker (2008a) de los principios y los parámetros de la concordancia. Su extensión, algo dilatada, queda doblemente justificada porque un capítulo sobre variación macroparamétrica que no incluyera un ejemplo detallado cojearía notablemente, y porque esta es la única forma de poner de manifiesto un problema del enfoque que abordaré en la conclusión -punto 2.2.2.8-; la elección del trabajo de Baker y no de otro se debe a que parece guiado por una máxima que he aprendido de las conversaciones con Roca: la teoría se construye sobre los datos con el propósito de explicarlos; darle cierta autonomía contribuye a impulsar la ciencia adelante, pero independizándola corremos el riesgo de desviar esa teoría a la filosofía¹⁸ -con todos los respetos a esa disciplina-.

Como corrobora Mendivil (2008), Baker (2001) afronta el problema de Greenberg con una teoría -bastante paralela al esquema de (11)- de un poder explicativo tal que no debiera descartarse tan a la ligera como parecen hacer ciertas propuestas, así que, por último, dedico 2.2.3 a la Jerarquía de Parámetros (JP):

17 Un caso, el de las lenguas asiáticas, que se ha relacionado con la realización nula no de sujetos, sino de tópicos, cuyos efectos se solaparían, en apariencia, con los del PSN.

18 De lo cual no debe deducirse que se comulgue con Baker.

(9) [gráfico extraído de Mendivil 2008, adaptado a su vez de Baker 2001:183]



2.2.1 Lenguas inarmónicas y la periferia

Puesto que ni siquiera en los orígenes del modelo macroparamétrico se pasó por alto que había variación que escapaba de lo que predecían los parámetros, en PyP se recurrió a la división del lenguaje en núcleo y periferia (Chomsky 1986) el núcleo estaría sometido a los principios y los parámetros, de forma que la variación que se derivaría de él tendría carácter gramatical y estaría altamente limitada; la periferia, en cambio, sería el campo de las reglas idiosincrásicas, asimiladas una a una y casi conscientemente, al margen del desarrollo de la gramática particular.

Las reglas de la periferia serían las responsables de crear ruido u oscurecer la manifestación clara de los principios y parámetros. Aunque en cierta relación con el núcleo del lenguaje y con la posibilidad de presentar cierta regularidad, estas reglas serían excepciones y, como tales, no tendrían que respetar siquiera los principios de la GU. Esta variación “de bajo nivel” se ha relacionado, por ejemplo, con la morfología irregular, pero su alcance sería mucho mayor: habría de

abarcando toda la inarmonía de cada lengua. Ahora bien, lo que en una lengua puede parecer una idiosincrasia, en otra puede ser un fenómeno de lo más común, en total consonancia con cierto parámetro: asumir, por lo tanto, que un mismo fenómeno puede estar situado, en función de la lengua, tanto en la periferia como en el núcleo, que se defiende universal, parece contradictorio.

La periferia comporta serios problemas a la teoría de PyP, amenazando el retorno a la arbitrariedad de reglas particulares de cada lengua de la TE. Postular que hay reglas capaces de imponerse a los principios y los parámetros debilita a muerte el sentido mismo del enfoque macroparamétrico y, me atrevería a decir, el de la gramática generativa. La frecuencia de los fenómenos y el alcance de la variación, además, pasan a jugar un papel decisivo, es decir: ¿qué línea divisoria establecemos entre núcleo y periferia? A nivel teórico es muy sencillo, pero en la práctica obliga a basarse en qué es lo más común, en opciones marcadas frente a no marcadas -las cuales, según Newmeyer (2005), no son más que un juicio acientífico- y a preguntarnos si la estadística ha de monopolizar la teoría.

Otro problema se deriva de admitir la existencia misma del ruido. Por ser difícil de cuantificar y deslindar, podría ser que una acumulación de idiosincrasias hiciera parecer el valor de un parámetro contrario al que en verdad es; aunque esto podría explicar de alguna forma el cambio paramétrico, los DLP dejarían de ser una fuente fiable de donde el niño no debería tener demasiados problemas para obtener evidencias con que fijar los parámetros.

Una reformulación más reciente -y elaborada- de la periferia es la de Baker (2008b): la fuente del ruido no son reglas arbitrarias, sino variación de carácter léxico -microparamétrica-. Aun siendo mucho más admisible esta teoría que la de la periferia, tras ella subyace la idea, ciertamente discutible, de que los macroparámetros o parámetros gramaticales determinan grandes tipos de lenguas, mientras que la variación de carácter léxico no puede ser de gran alcance y establecer tipos -sin necesidad de achacar los tipos a una acumulación de microvariaciones-.

Otra posibilidad que se ha manejado es achacar la inarmonía a la “interacción” de parámetros entendida como que se contradicen entre sí, lo cual parece dudoso: si los parámetros se asocian a los principios, ¿no sería raro que estos se impusieran los unos sobre los otros? Sin duda, todos los principios operan interactuando en las construcciones, pero nunca se contradicen; si lo hicieran, primeramente habría que descartar, cuando menos, uno de ellos de la teoría; de ser válidos, la frase habría de ser, por fuerza, agramatical. Dar más libertad de acción a los parámetros en este sentido, estando tan vinculados a los principios, parece interesado.

2.2.2 El peso de la estadística y la falta de continuum

La decisión de un modelo macroparamétrico frente a un modelo de carácter más regular o de variación en los ítems léxicos parece tener a su favor datos estadísticos -y en contra, aspectos teóricos-: una teoría que trate de forma independiente cada fenómeno de un *cluster* -o parte de ellos- estará dando la espalda a la realidad. Esta puede ser una de las principales lagunas que ve Baker en los nuevos cauces teóricos que está tomando la variación, aunque, como defenderé en los capítulos siguientes, haya contraargumentos y soluciones incluso.

2.2.2.1 Los parámetros de concordancia de Baker

Baker (2008a) es un trabajo representativo de cómo compatibilizar lo que parecen aciertos de PyP con postulados del PM: sin renunciar a que la variación sea gramatical, el autor tiene una “manera de hacer” minimista en su aproximación al fenómeno.

En la investigación, Baker (2008a) se emplea, además, tan a fondo con los principios como con la variación, poniéndolos de continuo en relación. Tras esa metodología subyacen dos ideas fundamentales: si los parámetros están sujetos a principios, es un error hablar de los primeros a la ligera, es decir, sin el conocimiento previo y más apurado de los segundos; a la vez que, como sintetiza Mendivil (2008:26), “el estudio de la diversidad lingüística estructural es la ventana de acceso más adecuada para modelizar adecuadamente la propia FL”.

Esto justifica la impresión que uno suele tener al abordar estudios sobre la variación: y es que lo que se nos revela, en última instancia, son propiedades de la FL invariable. Llevado de esa idea, que, entre otros, tan especialmente me ha infundido Kayne, dedico 2.2.2.2 a la teoría de la concordancia -de la que no entraré a discutir más que posibles problemas teóricos que me parecen esenciales-, dejo para 2.2.2.3-2.2.2.7 la discusión de los parámetros de concordancia y, finalmente, en 2.2.2.8 trato de extraer algunas conclusiones.

2.2.2.2 Principios de la Concordancia¹⁹

La concordancia es ciega a las categorías²⁰ y depende de condiciones estructurales: las

¹⁹ Las ideas de este punto, sin explicitarlo en cada una de las frases por no caer en ser reiterativo, son todas de Baker; los malentendidos, míos.

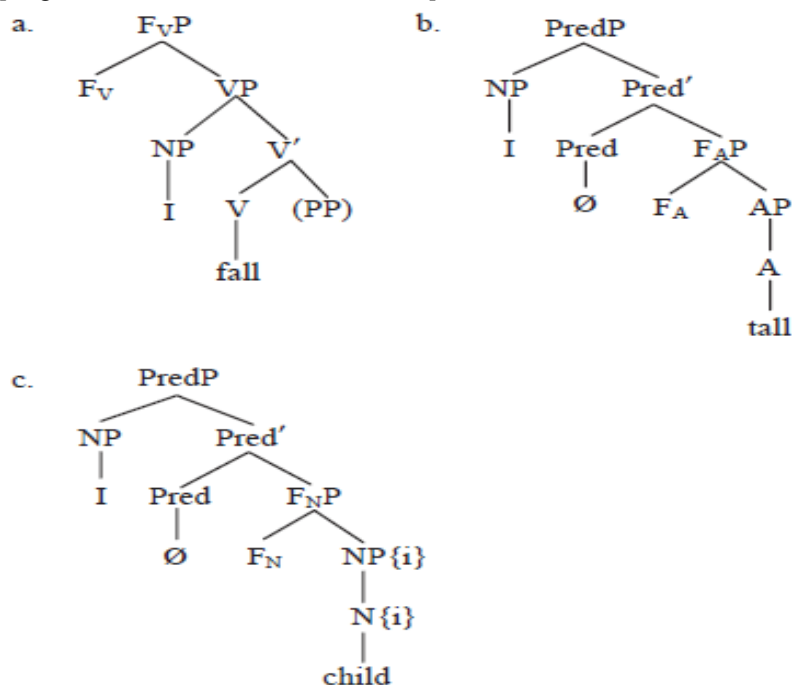
²⁰ Véase, en apoyo del principio, la concordancia no canónica de adjetivos y verbos en los apartados 3.1-3.3 de Baker

diferencias -al menos en cuanto a concordancia- que muestran verbos, adjetivos y nombres se explican porque son categorías que ocurren sistemáticamente en diferentes estructuras. La concordancia es, por lo tanto, un fenómeno sintáctico, no postsintáctico: es sensible a más detalles de estructura que otros fenómenos de Forma Fonética (FF) y parece alimentar otros procesos sintácticos y semánticos .

Hablar, sin embargo, de concordancia en esas piezas léxicas es inexacto -aunque por razones expositivas siga empleando la expresión-: lo que concuerda son las categorías funcionales que las dominan inmediatamente y coinciden con ellas en rasgos categoriales.

Las diferencias estructurales entre las principales categorías léxicas son:

(10) [diagramas extraídos de Baker 2008a:37]



(11) “a. Verbs are lexical categories that license a specifier.²¹

(2008).

21 (11a) será una diferencial fundamental. En su favor podemos alegar que el edo, una lengua nigeriana, muestra que incluso en cláusulas reducidas donde el tiempo no juega ningún papel, los verbos pueden fusionarse con el sujeto directamente, pero los adjetivos y los nombres sólo pueden predicarse de un sujeto si son complementos de una partícula copulativa -aunque en lenguas Indo-Europeas (IE) esto es difícil de apreciar porque la partícula suele ser nula-.

a. a. U' y' i ya' [e'ma'to'n pe'rhe'].
Uyi made metal be.flatV

'Uyi made the metal be flat.'

b. U' y' i ya' [e'ma'to'n *(ye') pe'rhe'].
Uyi made metal pred flatA

'Uyi made the metal flat.'

c. O' zo' ya' [U' y' i *(re') o'khae'mwe'n].
Ozo made Uyi pred chief

- b. Nouns are lexical categories that have a referential index.
- c. Adjectives are lexical categories that have neither a specifier nor a referential index.”(Baker 2008a:28)

Combinando (11) con los principios más generales de (12) y (13), las diferencias en la concordancia según la categoría léxica se explican por sí mismas, como veremos poco después.

(12) “a. All the θ -roles of a head must be coindexed with a maximal projection immediately dominated by a projection of that head.

b. *The Noun Licensing Condition (NLC):*

A referential index must be coindexed with a dependent element that it c-commands (a θ -role, a bound pronoun, or a trace of movement).²²

c. *The Reference-Predication Constraint:*

No syntactic node can have both a referential index and a specifier” (Baker 2008a:28)

Baker, además de las asunciones anteriores, toma como punto de partida Chomsky (2000), para revisar las condiciones de la concordancia como sigue:

(13) “ F agrees with XP, XP a maximal projection, only if:

- a. F c-commands XP or XP c-commands F (the c-command condition).
- b. There is no YP such that YP comes between XP and F and YP has ϕ -features (the intervention condition).
- c. F and XP are contained in all the same phases (the phase condition).
- d. XP is made active for agreement by having an unchecked case feature (the activity condition).”²³ (Baker 2008:40)

No pueden pasarse por alto algunas innovaciones respecto a lo comúnmente aceptado en el PM (Chomsky (2001)):

‘Ozo made Uyi a chief.’ (Baker 2008)

Una prueba más para la existencia de una categoría funcional Pred sobre los adjetivos y nombres podría ser que en inglés -y otras muchas lenguas- los únicos predicados capaces de flexionar en tiempo son los verbos; los nombres y adjetivos no podrían porque Pred nulo intervendría -violando la condición de minimalidad-.

22 Los papeles temáticos se asignarían bajo coindexación, y los nombres podrían interpretarse como anáforas ligadas:

- a. Italy_{i} destroyed_{<Ag{*i*}, Th{*k*>}} Albania_{k}
- b. *Italian destroyed_{<Ag{*i*}, Th{*k*>}} Albania_{k}

Otra prueba a favor es un principio según el cual se cree que un SX puede tener valores-phi intrínsecos sólo si tiene un índice referencial que le permita ser correferente. La correferencia es, en definitiva, un juicio de identidad, y por eso es lógico que tal SX tenga el rasgo de persona valuado porque este también expresa identidad.

23 Aunque la *activity condition* pueda derivarse de la *phase condition*: el SX no se congelará hasta que coteje caso con un núcleo de fase que no sea débil.

(i) en términos chomskyanos, la *probe* puede sondear la *goal* tanto hacia arriba como hacia abajo en la estructura -siempre respetando la condición de impenetrabilidad de fase (CIF)-;

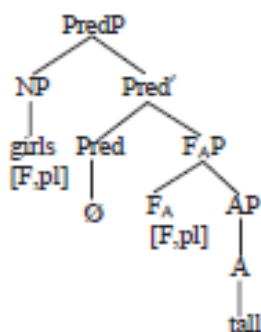
(ii) la concordancia en primera y segunda persona de F con SX está sujeta a una condición de localidad más estricta²⁴ que la impuesta para la concordancia en género y número: el *merge* entre SX y F; y

(iii) es, pues, diferente. Llamaré al primer tipo concordancia-p y al segundo concordancia-gn. Formalmente, la concordancia-p se considerará del tipo operador-variable y estará por lo tanto sujeta a una versión de la *person licensing condition* (PLC) distinta según se trate de proyecciones máximas o mínimas²⁵.

(iv) *probe* y *goal* no coinciden -*match*- en rasgos predefinidos por valuarse entre sí, sino que todas las categorías funcionales son concordantes potenciales con cualquier rasgo de su entorno.

La de (i) es quizás la innovación más chocante, pero es clave y parece tener argumentos a favor. Dada la estructura

(14) (Baker 2008a:45)



el sujeto *girls* nunca será mandado-c por la *probe* FA, el núcleo funcional que domina al SA y que es el que concuerda con el sintagma nominal (SN) -el movimiento hacia abajo es antiderivacional y va, como mínimo, contra la *no tampering condition* (NTC)-. Si no cambiamos el análisis de la predicación adjetival, nos veremos forzados a permitir que la *probe* busque hacia arriba. Esto podría escamar desde una concepción vírica de los rasgos no interpretables -inadecuadamente restrictiva- según la cual deberían valuarse nada más entrar en la derivación;

²⁴ Informalmente conocida como *Structural Condition on Person Agreement* (SCOPA).

²⁵ Tampoco es este el lugar de entrar a discutir ese estatus de las proyecciones en PM ni si es arbitrario o no el uso que se hace en Baker (2008a).

aunque, por otra parte, tiene sentido que, sin haber llegado al núcleo de fase que provoque el *spellout*, los rasgos sigan accesibles.

Para (ii) Baker postula que concordancia-p de un núcleo funcional sólo se dará si hay una relación de *merge* entre *probe* y *goal*: esta simplificación respecto de la relación núcleo-especificador casa con la *bare phrase structure* de Chomsky (1995) y tiene mayor alcance empírico, por ejemplo, en el caso de las preposiciones. En términos más tradicionales -y en aras de recuperar la relación núcleo-especificador- podemos aducir que en el caso de los verbos, su categoría funcional -seguramente T- presenta un rasgo de principio de proyección extendido (PPE) que requiere el MI con el SN sujeto.

No obstante, (ii) parece estipulativa sin (iii). Ya que en el ligado pronominal se da una relación de concordancia en rasgos de persona, Baker adopta la hipótesis nula de que la concordancia-p es siempre del tipo operador-variable, justificando la intuición tradicional de que algunos morfemas de concordancia tienen un carácter pronominal.

- (15) “a. Every boy_k hopes that he_k (*she_k, *they_k, *I_k) will pass the test.
 b. Only the Yankees_k think that they_k (*he_k, *we_k) will win the championship.
 c. Every girl_k told every boy about her_k troubles with her_k parents” (Baker 2008a:121)

En (15) vemos que para una interpretación ligada por los cuantificadores, los pronombres han de coincidir con ellos en rasgos-*phi*. Habida cuenta de que la concordancia-gn parece un requisito previo, se puede considerar que es justamente la concordancia-gn lo que crea el contexto adecuado a la concordancia-p; esto es, la concordancia-gn de un SX con un núcleo funcional F hace a F referencialmente dependiente del SX, y es entonces cuando F puede, y debe, ser ligado²⁶. Si llegados a este punto no se impusieran restricciones, todo sintagma que concordara lo haría en todos los rasgos-*phi*. Es aquí cuando entra en juego la PLC:

- (16) “a. A phrase X is first person only if it is locally bound by an S or another element that is first person, *and there is no other S that c-commands X but not its local binder*.
 b. A phrase X is second person only if it is locally bound by an A or another element that is second person, *and there is no other A that c-commands X but not its local binder*.
 c. Otherwise, X is third person.” (Baker 2008a:142)

26 Baker nota que la concordancia operador-variable no parece sujeta a las mismas restricciones formales de la concordancia-gn: en (15) no parecen respetarse ni la CIF, ni la activity condition, ni la intervention condition. Si esto chirría ya de entrada, lo hace aun más cuando la concordancia-gn es el requisito previo a la concordancia-p y se da, por lo tanto, en el mismo contexto. ¿Cómo salvarlo? Por la distinción entre el ligado de proyecciones máximas y proyecciones mínimas -o sintagmas vs núcleos-. Una solución podría ser la de Kayne (2005), que genera tanto operador como variable en un mismo constituyente del que uno termina por desplazarse.

Pasemos a conocer un poco mejor la concordancia-p. Baker alega que la diferencia entre los pronombres de primera y segunda persona respecto de los de tercera es que aquellos son variables dependientes de una suerte de operadores en el sintagma complementante (SC) que los ligan: en concreto, habría en la periferia oracional una categoría vacía E[misor] que, de no ser ligada por otro pronombre de una cláusula subordinante, designaría el hablante y ligaría las variables de primera persona; de la misma forma que un operador R[ceptor], siempre y cuando no estuviera ligado desde la cláusula superior, se identificaría con el receptor y ligaría los pronombres de segunda persona. Esto, en combinación con la relación de localidad de la PLC, pone de manifiesto que los rasgos de los operadores cuentan como interventores según la posición sintáctica que ocupen: de acuerdo con la minimalidad y la CIF, un operador E_1 , pongamos por caso, de una cláusula subordinada, bloqueará el ligado de un pronombre en tal dominio por parte del E_2 de la cláusula principal -de forma que el pronombre sólo será correferente con E_2 si este, a su vez, liga E_1 -²⁷.

Ahora que entendemos el funcionamiento general de la concordancia-p, veamos qué se necesita para nuestra restricción de localidad más estricta de (ii): que la categoría Pred intervenga en estructuras con adjetivos y nombres bloqueando la concordancia-p. Esto se puede conseguir fácilmente si consideramos diferente el nivel de proyección de los núcleos funcionales F y los pronombres: los pronombres son proyecciones máximas sujetos a la versión de PLC de arriba, los núcleos F son núcleos funcionales sujetos a una versión de la PLC, digámoslo así, más estricta, pues de acuerdo con (iv), al no estar predefinidos los rasgos *unvalued* en los núcleos, cualquier núcleo contará como interventor:

(17) “Person Licensing Condition (Head Version):

- a. A head X is first person only if it is locally bound by an S or another element that is first person, and there is *no other head* that c-commands X but not its local binder.
- b. A head X is second person only if it is locally bound by an A or another element that is second person, and there is *no other head* that c-commands X but not its local binder.
- c. Otherwise, X is third person.” (Baker 2008a:143)

Esta distinción entre núcleos y sintagmas se inspira en las diferencias en el movimiento de unos y otros: mientras que el MI de sintagmas está limitado por la CIF y, en principio, es capaz de aterrizar en el borde de la fase saltando otros especificadores internos a la misma, los núcleos

27 Por ejemplo, de la frase siguiente

(i) [S_i , A_k [S_{imonn} say [S_n [you_k hit me_n /* $_i$]]]]

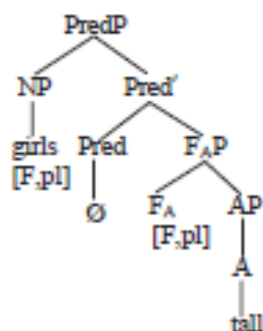
Baker (2008a:142) afirma que el operador S inferior bloquea el ligado de *me* por el operador S superior, bien que no interfiere en el ligado de *you* por parte de A de la cláusula superior -la ausencia de operador A en la subordinada es indeseable teóricamente, pero para la exposición de la cuestión el ejemplo es suficiente-.

parecen desplazarse adjuntándose de forma sucesiva al núcleo inmediatamente superior -e incorporando los núcleos a los que ya se haya adjuntado- conforme la constricción del movimiento de núcleos (CMC). Una forma de entender la CMC es que cualquier núcleo es capaz de contar como interventor.

En suma, de esta última versión de la PLC se deduce que en el caso de los núcleos no puede haber una sola categoría funcional por medio de acuerdo con (ii).²⁸

Llegados a este punto nos encontramos con un problema de la teoría nada desdeñable que, si mi lectura ha sido correcta, pasa inadvertido a Baker (2008a) o estipulamos que la concordancia-gn se establece con la proyección máxima de la categoría funcional y la concordancia-p con la proyección mínima, o no veo forma de salvar que también la concordancia-gn deba darse en una relación de *merge* a fin de evitar que otros núcleos intervengan. Recuperemos la estructura de (14) para verlo con más claridad:

(14)



La categoría Pred, que justamente nos permitía capturar las diferencias de nombres y adjetivos frente a verbos, ha de disolverse si se quiere mantener la concordancia-gn entre Fa y *girls*, a no ser que estipulemos que, a diferencia de la concordancia-p, la de género y número opera a nivel sintagmático y no a nivel de núcleos. Esa asimetría es más conflictiva aun a la vista de que, como afirmábamos, la concordancia-gn es un requisito de la concordancia-p. Si nos deshacemos de Pred, sin embargo, nada parece prevenir que los adjetivos, cuando menos, también concuerden en persona con su sujeto, ya que todo núcleo funcional tendría el mismo potencial respecto de la concordancia y sus limitaciones sólo podrían achacarse a la estructura en que se halla -para los nombres se podría alegar una violación de la *intervention condition* dado su índice referencial-. Cuando traslademos esta apreciación a los parámetros, los problemas irán en aumento; sin embargo, lo postergo por

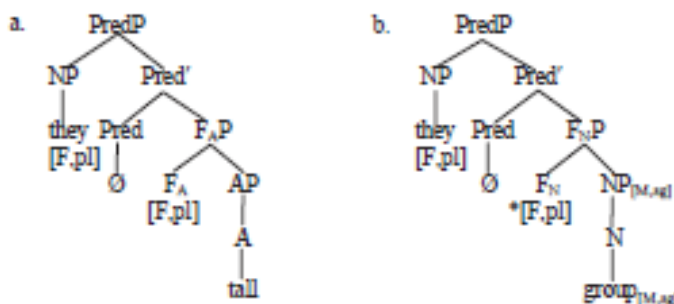
²⁸ Un ejemplo muy ilustrativo es el de por qué T no puede ser ligado por los operadores E o R de la periferia oracional: y es que por medio estaría interviniendo el núcleo C.

ahora y acabo de exponer la teoría de Baker, no sin apuntar que hasta lo invariable de la concordancia parece depender de esa morfología que tan lejana de la sintaxis considera Baker.

Por último, Baker defiende que los núcleos no tienen rasgos predefinidos por valorar porque si no, no se captura la diferencia sistemática respecto a la concordancia de verbos, adjetivos y nombres: no es que los verbos vengan dotados con rasgos-*phi*, sino que en Fv son posibles dos operaciones de concordancia frente a la única que permiten las demás categorías, dado el especificador donde se genera el sujeto y que le permite entrar en contacto por MI con Fv.

Ahora que estamos en conocimiento del funcionamiento de la concordancia de Baker (2008) -ignoremos puntos conflictivos- podemos explicar los contrastes entre las categorías léxicas.

(18) (Baker 2008a:49)



Los nombres, por ser la única categoría con rasgos-*phi* intrínsecos e índice referencial, concuerdan con Fn, cosa que no sucede con los adjetivos. Como el SN manda-c la categoría funcional -al núcleo-, y es mandado-c por el sujeto, cuenta como categoría que interviene y bloquea la concordancia entre *they* y *group* en (18). En cambio, como en el caso del adjetivo el complemento de Fa -el sintagma adjetival (SA) *tall*- no tiene rasgos por su cuenta, no impide la concordancia entre Fa y el SN sujeto *they*.

Nótese también -volviendo sobre (10) si fuera necesario- que sólo se da una relación de mando-c entre el predicado -si lo consideramos la categoría léxica- y el sujeto en los verbos: adjetivos y nombres no tienen esa relación directa, sino que la establecen por mediación de un núcleo funcional predicativo. Supongamos que la categoría funcional sobre V es T -aparte de v -²⁹. La diferencia entre adjetivos y verbos en la concordancia de persona con el sujeto se explicaría porque sólo los verbos pueden establecer el *merge* directo tras el ascenso del sujeto, ya que el sujeto del adjetivo queda demasiado alto desde el principio y la concordancia-p queda bloqueada por la versión para núcleos de la PLC donde Pred interviene.

²⁹ La categoría funcional de encima de los nombres podría ser número, por estar debajo de D, y la de los adjetivos una por debajo de grado, pero es irrelevante ahora.

2.2.2.3 Parámetros de la concordancia

Baker distingue dos tipos de variación en lo que respecta a la concordancia: una de tipo gramatical, donde la sintaxis decide qué núcleo concuerda con qué constituyente en qué rasgos; y otra de tipo morfológica, que a un nivel postsintáctico determina cómo van a realizarse en morfemas los rasgos con que opera la sintaxis. La variación gramatical equivale a los macroparámetros -siempre y cuando tienda a manifestarse en la mayoría de lenguas de una forma consistente frente a inarmonías menores en importancia-; mientras que la morfológica parece puramente idiosincrásica; en esta última, sin embargo, creo que Baker coloca en pie de igualdad fenómenos que son indudablemente arbitrarios con fenómenos de otro tipo que el estudio microparamétrico ha demostrado que tienen una explicación tanto o más sintáctica que los macroparámetros. No quisiera pasar adelante sin una consideración que en temas posteriores discutiré por extenso: que el morfológico sea, sólo en cierta medida, un componente arbitrario del lenguaje no implica que no juegue ningún papel en la sintaxis ni que por ello la computación sintáctica deje de operar de una forma totalmente rigurosa y universal.

Es incontestable que cada lengua escogerá una cadena cualquiera de sonidos para los morfemas con que manifieste la concordancia: *mos* en español, *yakwa* en Mohawk, *tu* en kinande, etc. A pesar de ello, cuesta creer que sea igualmente arbitrario o, al menos, ajeno a la sintaxis que una lengua tenga determinados núcleos funcionales; que los especifique o no como *probe*; que determine la cantidad de veces que esa *probe* concordará; que realice unos morfemas como prefijos y otros como sufijos -sobre todo a la vista del *Mirror Principle* del mismo Baker (1985)-; que determine cómo se dará el sincretismo... aun cuando la causa de todos estos fenómenos de variación se deba a los diferentes rasgos que contengan los morfemas, concebidos como parte del léxico con que alimentemos el sistema computacional.

Ignorando el último paréntesis, de la dimensión morfológica de la variación emergerá un abanico de lenguas entre dos extremos: desde lenguas donde la concordancia sea clave en la expresión de las relaciones gramaticales -como las polisintéticas- a otras en que esté ausente o sea altamente “peripheral to the expression of grammatical relationships” -como las “isolating languages”- (Baker 2008a:153). Ahora bien, y esto es crucial, estas lenguas emergerán formando un continuum, esto es, conforme la distribución estadística que cabría esperar si el fenómeno es arbitrario.

“Of the 108 languages surveyed below, 26 have no agreement, 9 have agreement on one functional head (T or in one case D), 30 have agreement on two heads (T and v or D),

26 have agreement on three heads (T, v, and one other), 12 have agreement on four functional heads, and 4 have agreement on all five functional heads considered (T, v, D, P, and C). This looks like a normal distribution, centered on languages in which about 50% of the functional heads are agreeers, plus an unexpectedly high number of languages that have no agreement at all” (Baker 2008a:153)

Baker considera que la frontera entre los dos tipos de variación es suficientemente clara. El criterio para discriminar la variación sintáctica de la morfología, siempre basado en la consistencia -inter y translingüística-, será doble:

(19) Desde un punto de vista más sintáctico, la variación deberá comportarse de forma consistente al parámetro en un *cluster* de categorías o de propiedades, sin ser un fenómeno puntual de determinada pieza léxica.³⁰

(20) En lo tocante a distribución estadística, se observará lo opuesto al continuum: predominarán las lenguas en que la variación sea consistente frente a las inarmónicas.

Estos criterios se nos harán mucho más visuales mediante una metáfora. Para (19), imaginemos que estamos a una gran altura, con un único cubo de agua de dimensiones considerables. Vertemos el contenido por un conducto amplio y totalmente oscuro. Si el agua cae de forma dispersa e irregular, tenderemos a pensar que nada se ha interpuesto en su caída -como mucho, un colador-; si, por el contrario, nos encontramos con que se han formado unos cuantos charcos diferenciados, por más que alguna que otra gota salpique el espacio entre ellos, tenderemos a pensar que ha habido algún filtro que, de forma muy determinada, ha canalizado el líquido.³¹

Supongamos, de acuerdo con Baker, que se nos han formado charcos: afirmar que esto se debe a determinada configuración del conducto y, además, que esta está presente en cualquier otro, podría parecer aventurado a muchos. Pongamos, pues, en práctica (20): imaginemos que somos uno entre miles de millones que están vertiendo otros tantos cubos; creamos que tenemos el tiempo y la capacidad de comparar los resultados. Sólo si la mayor parte de los charcos se parecen al nuestro, podremos afirmar, y con menor margen de error, que nuestro conducto, y el de todos, es de determinada manera.

Aunque parezca de menor importancia, (20) es la única forma de justificar que no ha sido mera

30 Aunque una única característica léxica, como veremos en el anexo 1, puede originar todo un *cluster*.

31 Ahora bien, considerar por fuerza que las cañerías invisibles han de ser de un material sintáctico y no léxico es algo ciertamente discutible.

casualidad el que en determinada lengua el comportamiento de las categorías funcionales de la concordancia, por ejemplo, haya sido consistente. Una vez confirmados los dos tipos de consistencia, Baker se cree en disposición de refutar lo que denomina la conjetura Borer-Chomsky (CBC) -objeto de estudio en capítulos posteriores-, la cual podría haber sido formulada y haber guiado de antemano los trabajos comparativos sin suficiente apoyo empírico, sólo gracias a su atractivo conceptual.

(21) *“The Borer-Chomsky Conjecture*

All parameters of variation are attributable to differences in the features of particular items (e.g., the functional heads) in the lexicon.” (Baker 2008:156)

Así, la sintaxis filtrará y determinará los grandes tipos de lenguas y cobrará pleno sentido la palabra “macroparámetros” -un significado al que, a despecho de los refinamientos, muchos autores siguen apegados-, mientras que la variación léxica será indigna de atención del lingüista por ser tan poco reveladora de la FL como mostraría el hecho de que está repartida equitativamente entre las lenguas.

Para Baker, la verdadera variación en la concordancia obedece (19) o, en otras palabras, actúa sobre toda una lengua de forma unitaria; al tiempo que es sintáctica porque depende de las configuraciones como mando-c y las de asignación de caso en (22) y (23). Baker establece los parámetros siguientes

(22) *“The Direction of Agreement Parameter”³²*

- (i) F agrees with DP/NP only if DP/NP asymmetrically c-commands F, *or*³³
- (ii) F agrees with DP/NP only if F c-commands DP/NP, *or*
- (iii) F agrees with DP/NP only if F c-commands DP/NP or vice versa.

(23) *The Case-Dependency of Agreement Parameter*

F agrees with DP/NP only if F values the case feature of DP/NP or vice versa.”
(Baker 2008)

(22) y (23) serían, pues, “estrechamientos particulares de lenguas” de las condiciones de la concordancia del punto 2.2.2.2, que no determinarían cuándo se da esta, sino cómo debe hacerlo en caso de producirse. (22) sería una versión más específica de la condición de mando-c que establecía

32 La de (22) es una revisión necesaria de la formulación original del parámetro: “F agrees with DP/NP only if DP/NP asymmetrically c-commands F” a la que obligan lenguas como el burushaski. Parece mejor que la original e indica que una lengua puede concordar hacia arriba y también hacia abajo, o ser indiferente. Sin embargo, no se han encontrado lenguas que distingan (22ii) de (22iii).

33 Para la necesidad de mando-c asimétrico véase Baker (2008:186-187).

la posibilidad de buscar hacia arriba y hacia abajo; (23) puede ser visto como una versión de la *activity condition* de Chomsky, que establece que un SN no está congelado para la concordancia mientras tenga el caso sin valor.

Cuando se evalúa el comportamiento de las lenguas, los datos parecen apoyar esta teoría conforme (19) y (20). Baker se centra en el contraste entre dos grandes familias de lenguas: las Niger-Congo (NC) y las Indo-Europeas (IE), si bien corrobora la hipótesis con datos de un centenar de lenguas extraídos del *World Atlas of Language Structures* (Haespelmath et al. 2005), que abarcan lenguas tipológicamente distintas -en el orden de constituyentes, el sistema de caso...-. Esta amplitud del análisis permite confirmar lo esperable desde un punto de vista lógico: la variación no se restringe a dos familias de lenguas, y (22) y (23) no están, efectivamente, en distribución complementaria: aunque más escasas, hay lenguas que fijan positivamente ambos parámetros, como también las hay que son insensibles a ambos.³⁴

2.2.2.4 Consistencia intralingüística

En apoyo de (19), Baker analiza el comportamiento de la concordancia entre las lenguas IE y NC para las categorías funcionales en complementantes, determinantes, adposiciones, *v*, *linker heads* y en construcciones auxiliares. Las lenguas bantú obedecen sistemáticamente (22) pero no (23): por ejemplo, T concuerda con el sintagma preposicional (SP) que lo manda-c y no el SD sujeto posverbal en frases con inversión locativa; las lenguas IE funcionan al revés, y la concordancia depende de la fijación positiva de (23) y negativa de (22): T debe concordar con un SD que mande-c y del que valide el caso nominativo.

Este comportamiento se extiende de forma general al resto de categorías funcionales. Ilustrémoslo, por ejemplo, con el caso de los complementantes: en el contexto de un *speech verb*, el complementante de la oración subordinada parece concordar con el sujeto de la oración principal en algunas lenguas NC:

(24) ‘a. Mo-ba-nyi-bw-ire ba-ti Kambale mo-a-gul-ire eritunda.
aff-2S-1sO-tell-ext 2S-that Kambale aff-1S-buy-ext fruit
‘They told me that Kambale bought fruit.’ Baker (2008:179)

34 Lo cual parece conducir a vías muertas en la jerarquía de parámetros.

mientras que en lenguas IE concuerda con el sujeto de la oración subordinada:

(25) “a. Kvinden dan die boeken te diere zyn. (West Flemish)

I.find that.pl the books too expensive are

‘I find that those books are too expensive.’ (Carstens 2003:393)” Baker (2008:179)

Sin entrar en detalles, Baker considera que C en, por ejemplo, kinande, concuerda con un operador logofórico -pensemos en algo similar a nuestros E y R- que desde el Espec-C manda-c asimétricamente al complementante y que hereda los rasgos-phi del sujeto de la oración principal -al que el pronombre logofórico estaría ligado-. Este comportamiento, en fin, es consistente con (22) e insensible a (23).

En cambio, en las lenguas IE se observa el comportamiento esperado, consistente con (23) e insensible a (22). Si aceptamos, como proponen muchos estudios, que C contribuye a la asignación de caso nominativo con T, no sólo explicaremos que C concuerde con los SX a que se asigna caso nominativo, sino que entenderemos por qué es imposible que muestren rasgos de primera o segunda persona cuando el sujeto está, por ejemplo, en tercera: la concordancia de C con los operadores E y R es imposible dado que no coteja caso con ellos; es solo indirectamente, por medio del sujeto, que obtiene sus rasgos.

El análisis de otras categorías funcionales parece mostrar que la consistencia se extiende a la concordancia de las mismas. No obstante, hay algunas para las que (23) parece irrevelante. En el caso de los determinantes, no se sabe de lenguas que tengan caso manifiesto discordante entre N y D, por lo que Baker asume que una y otra categoría comparten universalmente un mismo rasgo de caso. Asimismo, las adposiciones P, similares a los D en cuanto a tomar la categoría con que concuerdan como complemento, siempre parecen cotejar el caso del SD, de forma que (23) volverá a ser incapaz de diferenciar entre lenguas.

La tipología que predicen los parámetros queda completa al observar lenguas en que (22) y (23) están fijados positivamente y lenguas en que ambos parámetros están fijados negativamente: en burushaski, verbigracia, se concuerda con el sujeto temático, con indiferencia a que presente caso acusativo o ergativo y sin importar el orden de los constituyentes.

2.2.2.5 Consistencia translingüística

La distribución estadística de la tipología no es tan homogénea como cabría esperar si la

elección de los parámetros fuera libre -aunque se puedan aducir causas historicogeográficas-. A pesar de que las lenguas sujetas a (23) son un 33% más comunes que las que no lo están -algo que incongruentemente no se va a corresponder con la estadística que en seguida contemplaremos-; de que las que permiten (22ii) y (22iii) -indistinguibles en la práctica- están en una ratio casi de 3 -53 a 19- frente a las de (22a); de que que las lenguas sujetas simultáneamente a (22) y (23) son muy raras, así como aquellas sobre las que no interviene ni una ni otra condición; a pesar de todo esto, digo -que juzgue cada uno hasta qué punto se está omitiendo aquí una generalización y si a veces hacemos un uso interesado de la estadística-, Baker (2008a:222) opina:

“It would be nice to understand these asymmetries in the distribution of language types. But for now I take them to be relatively insignificant to the point at hand. There is no strong expectation that both values of a binary parameter are equally distributed in the languages that are currently spoken in the world. The world is too small a place, and the way that languages diffuse through it and interact with one another is too nonrandom to expect complete statistical independence.”

Lo verdaderamente significativo para Baker a este respecto es el hecho de que los cuatro tipos de lenguas se hayan encontrado por todo el mundo y que incluso los casos de lenguas más raras se han documentado en cuatro continentes y seis familias distintas, muy en consonancia con la tipología -fruto, por ejemplo, del orden de los constituyentes- que observaran Greenberg y sucesores.

Concretando el asunto en (23) -concordancia dependiente del caso-, Baker se encuentra con un problema para el recuento estadístico: no todas las lenguas presentan una morfología suficientemente rica como para observar el valor del parámetro³⁵; de las 16 que sí lo permiten, hay -pese a la pobreza relativa de evidencias- más lenguas consistentes que inconsistentes:

- (26) a. Consistently case-sensitive: 7
- b. Consistently insensitive to case: 7
- c. T case-sensitive, v not: 1?
- d. v case-sensitive, T not: 1 (Baker 2008a:223)

En relación a (22) -el parámetro de la dirección de la concordancia- la pobreza morfológica también oscurece los resultados, por lo que Baker se ve obligado a “generalizar” un tanto: una lengua será considerada consistente en la concordancia hacia arriba -(22i)- si como mínimo tiene dos núcleos funcionales que sólo concuerdan con el SN que los manda-c asimétricamente y el resto de

35 Lo que plantea problemas desde el punto de vista de la adquisición.

núcleos no funcionan en sentido contrario; en cambio, una lengua se considerará consistente en la concordancia hacia abajo -(22ii) y (22iii)- si como mínimo dos núcleos funcionales concuerdan con un SN que ellos manden-c y los demás núcleos tampoco actúan en sentido contrario; las lenguas que no se correspondan con estos dos requisitos se tendrán por inconsistentes. La distribución es la esperada por Baker:

- (27)“a. Consistent up languages: 16
 b. Consistent down languages: 43
 c. Inconsistent languages: maybe 2” (Baker 2008a:224)

Sin mojarme a contender sobre por qué justamente 2 es la cantidad de núcleos funcionales que indican la consistencia de una lengua en cuanto a concordancia -y menos si damos por válido que los proyectos cartográficos, las teorías con categorías submorfémicas o con categorías equivalente a un sólo rasgo, etc. han mostrado cuánto puede crecer la estructura a causa de la proliferación de las categorías funcionales-, Baker, sopesadas las cifras, cree que evidencian que las lenguas tienden a ser uniformes en la concordancia de núcleos funcionales y que claman, consecuentemente, la restauración de la noción clásica de los parámetros originada en PyP.

2.2.2.6 Macrovariación y lenguas cercanas

Según Baker, la prueba de fuego a la que se puede someter la macrovariación es su aplicación a los dialectos o lenguas muy cercanas entre sí. Supongamos que, a través de un proceso histórico donde una acumulación de idiosincrasias léxicas han oscurecido el valor original, una lengua ha cambiado el valor de determinado parámetro, distinguiéndose así del resto de lenguas de la que había sido su familia. La teoría macroparamétrica predice que los efectos de tal cambio sintáctico se dejarán sentir en diferentes áreas de la lengua; para la teoría microparamétrica, donde sólo cambiaría un ítem -o un rasgo del mismo-, esa expectativa parece, según Baker, incongruente.

Baker (2008a) echa mano del makhuwa -entre otras-, una lengua bantú que, a diferencia de las NC, no ha fijado (22i), por lo que el verbo concuerda con la clase del nombre in *tethic clauses* con orden verbo-sujeto y con el sujeto posverbal en frases que presentan el orden SP-V-S -en contraste con el kinande y el chichewa, donde la concordancia se da con el SP-:

(28) a. O-ho'o-khw'a mwan'amw'ane.

1S-perf.disj-die 1a.child

'There has died a child.'

b. A-n'a'a-tt'onny'a ma'atsi.

6S-pres.disj-drip 6.water

'There is water leaking out.'

(29) Watar'at'u a-r'1 a-kwaat'u.

16.roof 2S-be 2-cats

'On the roof are cats.' (Baker 2008a:237)

Si hay una diferencia macroparamétrica entre esta lengua y las otras NC, se espera ver efectos en otros aspectos de la concordancia de la lengua. Este es, efectivamente, el caso del marcador de objeto, que, frente a otras lenguas, se ha ido empobreciendo morfológicamente, de forma que lo que sólo persiste la concordancia para las clases 1 y 2 de objetos. Estos marcadores concuerdan obligatoriamente, aunque el objeto permanezca en posición posverbal:

(30) a. Ki-n-'in-th'um'a namarokol'o.

1sS-pres-1O-buy 1a.rabbit

'I am buying a rabbit.'

b. O-hi-n-thel-'e nth'iy'an'a oowo'otha

2sS-neg-1O-marry-opt 1.woman 1.lying

'Don't marry a lying woman.' (Baker 2008a:238)

Así, *v* concuerda también hacia abajo, comportándose consistentemente en relación al parámetro tanto la concordancia de objeto como la de sujeto -la lengua no muestra concordancia ni en C ni en P, por lo que no hay evidencias en contra de que se haya producido tal cambio paramétrico en relación a (22)-. El makhuwa, por otra parte, no parece comportarse de forma diferente, en comparación con otras lenguas bantú, por lo que respecta a (23): que un *cluster* no afecte al otro corrobora que sean parámetros independientes.

En definitiva, ahí donde la macrovariación debería fracasar, parece erigirse en mejor candidata incluso para variación dialectal o la que se produzca en el seno de una misma familia lingüística: un sólo cambio macroparamétrico evita recurrir a múltiples de índole microparamétrica, incrementándose el poder explicativo de la teoría -si nada ratifica esa pluralidad de cambios léxicos-.

2.2.2.7 Problemas del análisis

(i) Hay un problema con la idea de que puede haber concordancia-p hacia abajo y a distancia: a menos que el SD sea el complemento de la categoría funcional -lo cual no puede aplicarse, como mínimo, ni a T, ni a C, ni a v^* - habrá núcleos que intervengan si no se ha producido ningún desplazamiento. Dado pues, que la relación imprescindible tiene que ser siempre de *merge*, la posición del SX para con F será invariable y el parámetro (22) perderá toda validez.

Para muchas de las categorías funcionales sólo existiría la posibilidad de que se dé concordancia-p desde un mando-c asimétrico desde la posición de especificador de F; el español nos provee de contraejemplos:

(31) “Vendremos nosotros”
 “Comeréis Juan y tú”.³⁶

En suma, a la luz de la misma teoría de Baker de la concordancia, (22), que parecía un parámetro hasta de mayor solidez -provista por los datos- que (23), queda invalidado.

(ii) Como ya se ha apuntado, hay teorías que, aventajando algunas más tradicionales, consideran el caso un fenómeno de pura concordancia en que un SD obtiene rasgos de tiempo. Baker, sin embargo, asume implícitamente que el caso se obtiene por un proceso independiente y previo a la concordancia misma: si para las lenguas IE el caso nominativo es, en cierta manera, un requisito previo a la concordancia entre F y SX, el caso está presente en SX antes de que esta se produzca. Esto deja huérfano de explicación el cómo llega un rasgo no interpretable a un núcleo léxico -o a su categoría funcional superior-, más cuando extendemos la afirmación de Baker de que los rasgos sin valor de los núcleos funcionales no vienen predefinidos.

Podríamos evitar lo conflictivo que originan tales asunciones inspirándonos en el mismo Baker (2008a). En lenguas bantú, habría SP concordantes sin caso nominativo: si considerásemos que T es -en esos contextos- defectivo, el SD complemento de P valorará los rasgos-phi de T sin poder hacer lo mismo con sus rasgos de caso/temporales. Así, podríamos justificar que P -cuya inserción posterior en la derivación también defiende Baker a la vista de la CIF- asignara al SD un caso oblicuo, sin lo cual la derivación fracasaría en FL o en el sistema CI dado el principio de

³⁶ Las frases de (31) podrían ser susceptibles de controversia porque la lectura que se obtiene es contrastiva, dando pie a suposiciones sobre desplazamientos a posiciones de tópico o foco que alterarían el orden no marcado. No obstante, hay teorías que apuestan por que las diferencias interpretativas se sigan de las posiciones resultantes del MI, motivado sólo por movimiento-A para valorar, por ejemplo, un rasgo de caso; en otras palabras, las piezas léxicas no pueden ser tan “inteligentes” como para contener rasgos de tópico y foco que desencadenen desplazamientos.

interpretación plena (PIP).

Más difícil aun es asumir, por contraste con toda una tradición generativista para la que lo visible en las relaciones sintácticas de una lengua será universal en todas, que el caso no sea una propiedad universal del lenguaje como se insinúa en algún momento. Puede que la tradición esté efectivamente equivocada, pero el análisis de Baker me parece insuficiente para demostrarlo.

Si el caso es universal, omitirlo en algunas lenguas en virtud de sus propiedades morfológicas va contra el mismo análisis de Baker de un nivel postsintáctico donde tiene lugar la inserción léxica arbitraria. Decir, por otro lado, que una lengua fija negativamente (23), cuando el sistema no incluye el caso, es contradictorio o un grave golpe a la optimización, puesto que habría que negar explícitamente todo lo imposible.

Por todo lo dicho, el otro parámetro de la concordancia, (23) podría quedar también invalidado.

(iii) A pesar de que Baker aboga por la sobreespecificación paramétrica, no queda nada claro a qué principio universal de los asumidos en 2.2.2.2 podríamos asociar (22) y (23), de forma que tendría más sentido una visión del parámetro similar a la de (3).

Si volvemos sobre los principios de 2.2.2.2 notaremos que muchos sobrepasan las constricciones del lenguaje al fenómeno de la concordancia y no guardan, por ende, relación específica con él. La *c-command condition*; la *intervention condition*; la *phase condition*; la *activity condition*; la *noun licensing condition*, etc. ¿qué pueden decir estas constricciones sobre la concordancia, más allá de imponerse sobre su estructura -y cualquiera que se genere- para filtrarla? La PLC parece el principio más específico y, sin embargo, no está sujeto a parametrización.

Podemos usar la fuerza bruta y parametrizarlos, pero, entonces, habrá que añadir la lista de opciones predefinidas a cada principio que tenga alguna intervención -esto es, a todos-: parámetros para el movimiento-A y A'; parámetros sobre el caso; y un largo etcétera. Enseguida viene a la mente un contraargumento: esos fenómenos no tienen libertad de acción; a lo cual yo lanzo una pregunta: ¿y por qué la concordancia debería tenerla?

Otros coletazos con que salvar la sobreespecificación paramétrica irían en la línea de crear un principio adicional: “existe la concordancia entre F y SX, y puede darse de tal o de tal forma”. Afirmar, no obstante, que la concordancia existe me parece más una descripción de cómo interactúan los rasgos y la morfología que un principio en sí.

Creo que a Baker no le pasa desapercibido este problema y por eso, como afirmábamos, (22) sería una restricción sobre el mando-c y (23) sobre la activity condition. Volvamos a (13a) y (13d)

(13) a. F c-commands XP or XP c-commands F (the c-command condition).

d. XP is made active for agreement by having an unchecked case feature (the activity condition).”

De entrada, la condición de mando-c es una descripción de la relación estructural, un artificio -cuyo origen tiene sentido rastrear en la CIF-. La condición de actividad, de nuevo, podría ser una consecuencia de la CIF -núcleos defectivos, caso, *phase-sliding*... nada de esto se considera aquí- o del surgimiento de islas por creación de cadenas A -véase anexo 1-, y ya sabemos lo poco que tiene que especificar esta condición sobre la variación -o lo muchísimo que especificar si lo hiciera-.

En conclusión, lo ideal sería tener un principio específico para la concordancia y que este fuera el que estuviera parametrizado. No obstante, a medida que eliminamos redundancias, esta posibilidad se va reduciendo a 0, y todo va induciendo a pensar que los macroparámetros sólo tienen sentido en la interpretación de (3).

(iv) (22iii) va contra el carácter excluyente de los parámetros tal como lo formulábamos en el esquema del punto (8) del punto 2.2. De hecho, la lengua que lo fijara sería simplemente insensible al parámetro.

(v) (22) no presenta la binariedad preferible teóricamente y que, sin exigirla en cuanto a parámetros, tan asumida parecía tenerse.

(vi) (22) y (23) no son excluyentes y, sin embargo, están relacionados con un mismo fenómeno: la concordancia. No se me ocurre una forma de encajarlos en la JP del mismo Baker que se analizará en 2.2.3 a menos que sea un único parámetro con toda una retahíla de opciones para escándalo de quienes crean en la binariedad.

(vii) Otro grave problema de Baker es que omite microvariación que puede tener una explicación sintáctica, y no porque le pase desapercibida, sino porque la considera aleatoria. Que permitamos un léxico aleatorio no suponen ningún problema para la teoría; cuando, sin embargo, hacemos que el léxico aleatorio tenga consecuencias sintácticas igualmente impredecibles ponemos en entredicho parte del generativismo.

“that it is not possible to predict in a principled way whether or not there will be agreement in a given configuration in a given language. Rather, the emphasis for syntactic theory must be on what a given head agrees with and in what features it can agree, given that the head is present and can agree at all.” Baker (2008a:39)

Por ejemplo, otro caso es que considera, a la vista del nahuatl, que en una lengua un núcleo de fase puede buscar algo con lo que concordar cierto número de veces -o no hacerlo-. Este tipo de diferencias las considera dependientes quizás de diferencias en los rasgos-*phi* de la lengua o de generalizaciones acerca de cómo son materializadas. Incluso se apunta un parámetro al respecto:

(32) “A particular functional head F can search the phase for something to agree with:

- i. zero times, or
- ii. one time, or
- iii. two (or more?) times.” (Baker 2008a:100)

Para Baker (2008a), la gramática puede “estipular”, muy importante la palabra, que determinado núcleo funcional pueda ser una sonda o no, sin asumir que sea igualmente estipulable la estructura particular de los rasgos de esa sonda. Entonces, ¿de qué se hace depender? De la aleatoriedad no podría esperarse sino inconsistencia; parte de la explicación, sin embargo, parece sintáctica:

“There is an arbitrary component to the theory (does a language have two or two-and-a-half agreement?) but also a principled component (all languages have two-and-a-half agreement rather than three agreement)” (Baker 2008a:100)

Ante estos problemas, uno tiene la impresión -aparte de cuán poco lo convenzan- de que las explicaciones van a la carta, por conveniencia, y que se entremezcla el componente morfológico con el sintáctico, frontera sacrosanta poco ha -para Baker (2008a)-; de que nos quedamos, en fin, en vaguedades, se evitan generalizaciones, y nos atrevemos a hablar, sólo ocasionalmente, de, por ejemplo, movimientos extra postsintácticos -que pueden tener sentido en teorías como las del anexo 2, pero que aquí no se traen a colación ni por asomo-.

2.2.2.8 Conclusión: “Quien mucho abarca, poco aprieta”

El motivo por el que he expuesto con cierto detalle la teoría de Baker (2008a) y he señalado posibles problemas no es discutir cómo de acertado anduvo, a mi juicio, el autor; tampoco se trata de un rodeo con que allanar el terreno para una alternativa más plausible -evidentemente, mía no-; el motivo es abordar un problema metodológico que apunta Kayne (2005).

No quisiera generalizar el dudoso éxito de la teoría de Baker (2008a) a todo el enfoque macroparamétrico, ni afirmar, en la línea de Haespelmeth (en Biberauer et al. 2008), que la

investigación generativista, en lo tocante a macroparámetros, se ha mostrado tan infructuosa y falta de consenso que es imperativo, prácticamente, volver a empezar -aunque aquí haya un poco de todo esto, en 2.4 resumiré lo mucho, bueno y fértil que ha aportado el enfoque macroparamétrico-.

Si no es el caso de que todo se debe a un malentendido de la obra, uno se pregunta cómo es posible que un autor de la talla de Baker cometa incongruencias visibles a un estudiante de grado, y sólo se le ocurren dos respuestas interconectadas: las incongruencias son el precio que pagar cuando se generaliza; las incongruencias son inevitables cuando el trabajo es titánico -y, por consiguiente, inhumano-.

Las incongruencias con la teoría abren una segunda posibilidad: la teoría podría estar mal -y no me extrañaría que en unos años se confirmara-; sin embargo, cuando es sobre la misma esencia de esa teoría que se está construyendo toda una hipótesis, picotear, según convenga, entre lo variado de propuestas alternativas, sin argumentación suficiente, parece poco riguroso.

Cuestionémonos algo totalmente profano si se quiere: ¿es Baker, o cualquiera, capaz de comprender los entresijos de la concordancia -y, en consecuencia, todos los fenómenos que se ven involucrados en ella- de más de 100 lenguas, cuando otras mentes preclaras emplean años para explicar, y sólo parcialmente, el funcionamiento de elementos tan concretos -o más concretos- como, por ejemplo, los clíticos del español?

La respuesta negativa a tal pregunta trae aneja una propuesta muy de la microvariación y de Kayne: comparar lenguas conocidas y cercanas puede ser la mejor manera -o la única- de conseguir análisis fehacientes sobre con qué margen de variación se manifiesta lo universal. Kayne (2005) afirma que observar lenguas que varíen en un grado mínimo reducirá las posibles inexactitudes al establecer relaciones entre determinadas propiedades, y que este método es el que más aproxima al lingüista a un experimento ideal que pudiéramos llevar a cabo en un laboratorio donde las lenguas fueran manipulables.

Esta propuesta, aunque implica presuposiciones como una variación de tipo léxico... no parece del todo incompatible con los macroparámetros; si bien es cierto que el grado de variación sería mayor, puede que las generalizaciones que se le superpusieran consiguieran, de ser cierto el enfoque, eludir gran parte de las incongruencias con la teoría que trabajos actuales no han logrado soslayar.

Esto no es un llamado a un sistema en que investigadores con procedencias y lenguas maternas de todas partes del mundo cooperen para reunir y comparar los análisis más detallados de cada variante para derivar la mejor teoría, ni mucho menos manifiesta oposición a que esto se consumara; esto es sólo relativizar los resultados de empresas, quizás, demasiado ambiciosas.

2.2.3 La Jerarquía de Parámetros

No hay duda de que la JP de Baker (2001) adolece de una cobertura empírica deficiente: excepción hecha del parámetro de polisíntesis opcional -ciertamente controvertido, aunque explicaría la idea de lenguas que son mezclas de otras-, no contempla lenguas inarmónicas y omite, como censuran Biberauer (2008) y Boeckx (2008a), niveles de complejidad -en relación, por ejemplo, a *serial verbs* o lenguas *pro-drop*- que conducirían a una JP bastante más intrincada, quién sabe de cuantas ramificaciones o subparámetros.

No obstante, Mendivil (2008) rescata la JP para una variante basada en la variación léxica, pues el planteamiento de la JP, aunque informal, parece válido en tanto que refleja observaciones estadísticas sobre la variación sintáctica y refuerza la teoría macroparamétrica en la medida en que permite mantener la idea de una variación muy restringida, alejada de la proliferación de reglas de la TE a la que amenazan volver -salvando distancias teóricas- propuestas minimistas que abordaremos más adelante.

Si, como prueban los *clusters* y otras observaciones³⁷, los fenómenos de variación interactúan entre sí, es lógico que las decisiones gramaticales que se tomen en cierto punto -parámetros- influyan en las siguientes. Así, la JP viene a ser como un algoritmo del proceso de construcción de la lengua-I: adoptando una metáfora de Mendivil (2008), la gramática particular, en su desarrollo, irá tomando varias decisiones -en los puntos inespecificados de (3)-, en virtud de las cuales se abrirán caminos posibles por donde continuar, a la vez que se cierran -o vuelvan irrelevantes- los alternativos. De la dirección que tomemos en las encrucijadas emergerán los tipos.

Así pues, la JP viene a apoyar la hipótesis de que la variación está constreñida al extremo de verse limitada por ella misma, superando una concepción más tradicional de los parámetros como una serie inordenada de variación -la trillada imagen de los interruptores-, bajo la que subyacería la idea, probablemente falsa, de que todas las opciones estarían disponibles en todo momento.

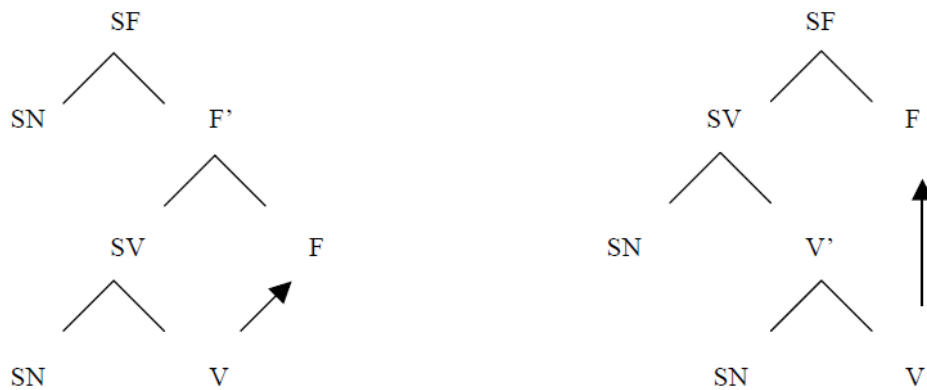
Otro apoyo empírico para la JP procede de que, al parecer, es capaz de hacer predicciones sobre la frecuencia con que encontraremos ciertas lenguas, en función de la posición, más o menos enraizada, que ocupen en la jerarquía: cuanto más abajo se sitúe, más rara será la lengua. Mendivil (2008) nota que tales predicciones parecen cumplirse, por ejemplo: al orden VSO -como el del galés- se llega mediante la combinación de tres parámetros, mientras que para el orden SVO -como el del inglés- basta fijar uno solo. Los datos confirman lo que predice la JP: las lenguas VSO representan sólo de un 9% del total, mientras que las SVO representan un 42%. La frecuencia de

³⁷ Hay lenguas imposibles a causa de cierta propiedad que, sin el modelo macroparamétrico entendido como la agrupación de la variación, quedarían inconexas.

este valor del PDN, sumada a la del 45% del valor contrario -el de las lenguas SOV como el japonés-, muestra que el PDN se reparte el 87% de lenguas sensibles al orden “de base”. Esta falta de continuum -el de un porcentaje equitativo para cada opción de orden- no puede explicarse si situamos todos los parámetros al mismo nivel.

La JP no sólo predice qué lenguas encontraremos, sino las combinaciones de opciones gramaticales imposibles. Como también remarca Mendivil (2008), si el galés -orden VSO- es como una variante del inglés -orden SVO- en que el verbo asciende, debería existir la variante opuesta del japonés -orden SOV- en una lengua donde el verbo ascendiera, lo cual es imposible. Veamos por qué:

(33) (Mendivil 2008:39)



Los diagramas de (33) se corresponderían a una lengua que tuviera fijado el PDN como el japonés, con el orden complemento-núcleo. Supongamos que, si bien siempre estaría a la izquierda, hay un parámetro que dispone dos posiciones para el sujeto: una alta, en que se sitúa en una categoría funcional por encima de SV -figura de la izquierda-, otra baja, en que se sitúa en el interior de SV -figura de la derecha-. Si el verbo asciende en una lengua como el galés -y el sujeto se encuentra en la posición baja-, dado que el PDN está fijado como núcleo-complemento, el verbo predecerá linealmente al sujeto y al objeto. Si, por el contrario, el verbo asciende en una lengua como la que representaría cada opción de (33), el movimiento no podrá apreciarse en el orden superficial: este seguirá mostrando el núcleo a la derecha desde la posición que ha alcanzado por MI -manteniéndose, por lo tanto, el orden SOV-. En conclusión, una vez se ha fijado el PDN con el valor de núcleo a la derecha, tanto el parámetro de la posición del sujeto como el parámetro de ascenso de V devendrían irrelevantes en lo que atañe al orden de los objetos sintácticos (OS) y, al menos en ese sentido, dos “camino cerrados”.

Aunque la jerarquía predice que no habrá lenguas con núcleo a la derecha y sujeto a la derecha, el hixcariana parece una excepción. Como representa, sin embargo, sólo un 1% de las lenguas contempladas, podríamos plantearnos que esté mal analizada, antes de descartar el modelo, de cuya validez general, demasiado radicales y cómodos, no daríamos ninguna explicación.

En cuanto a los problemas empíricos, Mendivil (2008) salva además la posible falta de cobertura mediante la CBC. Sin entrar en detalles de teorías que explicaré más adelante, el error de la JP puede estar en que une lenguas y no fragmentos de categorías funcionales relevantes. Así, la tipología holística estaría mal entendida: no serían las lenguas las que escogen determinadas opciones, por ser objetos demasiado complejos y poco homogéneos en sus rasgos tipológicos. Las pautas de correlación entre propiedades gramaticales, son, con todo, palmarias.

Con la combinación de la JP y la CBC, se evita que se fijen a la vez dos valores de un parámetro, pues son sólo fragmentos de la gramáticas los que seleccionan tipos. Si la variación depende de categorías funcionales, las lenguas no están obligadas a ser uniformes, y las propiedades se distribuirían con diferente intensidad entre las lenguas. Habrá variación en categorías funcionales y las lenguas serán más o menos consistentes conforme a tipos.

Para los niveles de complejidad que se omitían según Boeckx, Biberauer, etc. Mendivil (2008) propone que para la variación más, digamos, tipológica o localizada en núcleos de la jerarquía, se definirán los parámetros, y las subramas quedarán para los microparámetros de los dialectos. Por consiguiente, habría categorías funcionales más relevantes -entiéndase, más altas en la jerarquía-.

Así, además, puede mantenerse la JP teniendo en cuenta la variación en el curso de la historia, y, por lo tanto, considerar la relación con la distribución geográfica -factores que otros enfoques parecen omitir-. En resumen, en ciertas zonas se habrán tomado ciertas opciones a lo largo del tiempo -que se manifestarán en el segundo factor-, de tal forma que será más difícil que estas cambien de forma significativa de repente; los tipos emergerán como mera consecuencia de un encadenamiento temporal de selecciones que irán dejando huella en el desarrollo de lenguas-I de individuos en contacto, de perfecta reversibilidad -aunque improbable a corto plazo-.

Una primera impresión que debiera descartarse es que habrá lenguas con poquísimo en común: en toda lengua-I operan los mismos principios y los puntos de variación estarán asociados a la interacción de las mismas propiedades gramaticales -coincidan o no con principios con parámetros sobreespecificados- o léxicas, por difíciles que sean de apreciar en las expresiones de lenguas muy lejanas en la JP.

Un problema de investigación es identificar si todas las categorías funcionales son igual de sensibles a la variación o hay algunas más sensibles, como los núcleos de fase... y son otros muchos los puntos por resolver, que sin embargo que una JP lo suficientemente articulada y avances en el

estudio del proceso de adquisición podrían solventar. Veamos alguna de estas cuestiones:

(i) La JP, para mostrarse válida, debería evitar que haya fenómenos de variación que se den en varios niveles pero que estén separados en la jerarquía y, por ende, se excluyan, como en el caso del islandés del punto 2.2, que generaba construcciones del *cluster* que no le correspondía. Es decir, hay que precisar cómo de cerrados están ciertos caminos y granular la variación.

(ii) Resulta más fácil y rápido adquirir las lenguas de arriba que las de abajo. Esto necesitaría apoyo de estudios sobre la adquisición del lenguaje y desmentiría la idea tan extendida de que la adquisición de cualquier lengua se lleva a cabo de la misma forma.

(iii) Los parámetros han de fijarse en cierto orden. La teoría de la adquisición debe mostrar que los parámetros de abajo no se fijan hasta que se fijan los de arriba -a no ser que cambiemos el formato de la jerarquía, no sé cómo sin que siga habiendo las mismas relaciones de dominio-: si se demuestra que los de arriba son más fáciles de adquirir por manifestarse más frecuentemente, sería un punto a favor.

(iv) El jerarquizar parámetros comporta jerarquizar principios en un modelo que conciba la variación como en (2) -opciones predefinidas integrada en los principios de la GU-. Así, la JP habría de renunciar a (2) en favor de (3), lo que tampoco tiene por qué ser un problema por lo decíamos en 2.1.5.

2.3 Macroparámetros y adquisición del lenguaje

2.3.1 El Problema de Platón

Los *clusters* presentan otra ventaja desde el punto de vista de la adquisición del lenguaje: aunque, por lógica, los parámetros hayan de ser accesibles al niño, no tienen por qué serlo en todas las manifestaciones del *cluster*, esto es: bastará una evidencia robusta sobre un único fenómeno del *cluster* -el orden de unas cuantas construcciones para el PDN, o la morfología verbal para el PSN- para que el aprendiente generalice y pueda generar, de forma automática -y exclusiva-, todas las expresiones posibles, aun cuando la evidencia de parte de ellas sea muy infrecuente en el input lingüístico.

El de la frecuencia no es un requisito baladí: el niño ha de poder tolerar cierto ruido, sobre todo, a la vista de la pobreza del estímulo: de lo fragmentario y “erróneo” -aparte de lo insuficiente- de las expresiones a que está expuesto. De nuevo, podemos invocar el *superset bias* de Boeckx (2008a) -punto 2.1.1.2 - o teorías como la de Yang -punto 2.3.3.2-.

2.3.2 La inferencia a partir de datos positivos

Cabe remarcar que se cree que la adquisición de la lengua es sólo a partir de datos positivos: no se puede fijar un parámetro ni a partir de la corrección -ni se corrige a los niños ni, si se hace, resulta efectivo- ni por la ausencia de determinada estructura: “lo que no puede ser” es potencialmente infinito, y ¿cuántas veces se necesitaría notar la ausencia de algo para certificar que la lengua carece de ello? Es más, ¿cómo notar la ausencia de algo que no esperamos encontrar?

Esto implica que para explicar que haya gramáticas más “restrictivas” que otras haya que recurrir a parámetros sobreespecificados y a valores fijados por defecto como defiende “el principio de subconjunto” de Berwick (1982). Chomsky (1986:146) afirma que puede haber principios que determinen cómo se fijan los parámetros, y el del subconjunto parecería una condición necesaria, aunque suficiente, para fijar parámetros independientes desde evidencias positivas.

La idea es: tenemos dos gramáticas, G_1 y G_2 . G_2 sólo es capaz de generar un subconjunto de las expresiones de las que es capaz G_1 ; el hablante, por defecto, fija el valor G_2 , porque si desde el comienzo tuviera fijada G_1 o no tuviera fijada ninguna, generaría tanto las expresiones gramaticales como las agramaticales de G_2 , sin posibilidad de percatarse de su agramaticalidad basándose sólo en evidencias positivas. Ahora bien, esto funciona con gramáticas enteras, pero ¿y con parámetros? Chomsky intenta aplicarlo pero no es así como yo los concibo: a la vista del esquema de (8), no funcionaría porque, en principio, las dos opciones del parámetro debieran excluirse mutuamente, de modo que nunca un subconjunto de un parámetro pertenecerá al otro. Entonces, hay que llevar el principio del subconjunto a con un modelo como el de Yang, que enseguida analizaremos.

2.3.3 Comparación vs deducción: infraespecificación o sobreespecificación del sistema

Una alternativa a la fijación de los parámetros es que el aprendiente, en lugar de deducirlos y fijarlos uno a uno, seleccione toda la gramática particular de una vez, de entre todas las posibles que inherentemente incorporaría su GU -extremadamente enriquecida al lado de lo poco que le

habíamos atribuido hasta ahora-, mediante su comparación con el segundo factor.³⁸

Como nota Chomsky (2004), las lenguas vendrían ya con todos los parámetros valuados, y la experiencia entrante distribuiría la probabilidad que tendría cada lengua-I de encajar con los DLP, de acuerdo con una función de aprendizaje que podría ser bastante general. En cada estadio, todas las lenguas estarían, en principio, accesibles, pero sólo las que tuvieran un índice de probabilidad suficientemente alto podrían ser usadas.³⁹ Este índice de probabilidad, incrementándose o disminuyendo en función del input, permitiría explicar la tolerancia a cierta cantidad de ruido.

Aunque no del todo exacto, pero sí muy ilustrativo, el lema del modelo, en síntesis de Boeckx (2008a), sería: *learning (a little) is forgetting (a lot)* -pues más que olvidar se deja en desuso-. Esta no es, sin embargo, la única propiedad desconcertante:

(i) Almacenar tantos datos sobre frecuencia parece exigir una memoria descomunal, a menos que se utilicen índices o contadores asociados a cada gramática.

(ii) La existencia de índices en las gramáticas parece poco plausible: literalmente, no concibo mi mente como una tabla en que junto a cada gramática se especifique algo como un “numerito”.

(iii) El número de gramáticas posibles, según Kayne (2005), se estima en millones. Sin una JP, y aun con ella, se necesita una capacidad casi sobrenatural para comparar al ritmo del habla tantas y tantas construcciones.

(iv) El proceso de adquisición no se acaba de estabilizar por completo nunca, a no ser que recurramos a una causa biológica en que el estado mental llegue a estabilizarse.

(v) Dado que muchas gramáticas tendrán mucho en común, sólo una pequeña parte de la experiencia lingüística permitirá descartar entre algunas de ellas -sería cuestión de detalles, pero este nivel de detalle va contra el enfoque macroparamétrico y la resistencia al ruido de, por ejemplo, el *superset bias*-.

38 De este diseño sobreespecificado del lenguaje, la fonética, señala Baker (2005), nos ofrece un paralelismo: un neonato es capaz de distinguir los pares de sonidos de cualquier lengua. Al cabo de unos seis meses -cf. Pinker (1994: 253-64)-, se habrá ido especializando en los fonemas perceptibles en los DLP a que se halle expuesto y habrá perdido la capacidad de diferenciar fonológicamente entre el resto de sonidos, de forma que, digámoslo así, el niño está capacitado para distinguir más sonidos con relevancia fonológica. De esto, sin embargo, no creo necesario concluir que el niño conozca los sonidos de antemano.

39 Una teoría que podría ser útil para explicar dificultades de aprendizaje de lenguas extranjeras.

(vi) Desde el punto de vista del problema de Darwin -que se apuntó en la nota 16 y se abordará en capítulos posteriores-, extraña que de un cambio sutil en el cerebro brotase tal cantidad de gramáticas, o bien que genéticamente hayamos sufrido desde entonces tantos cambios como para que emerjan.

2.3.3.1 Rastros de “funcionalismo” en la teoría

Desde el punto de vista del problema de Darwin, según Baker (2005) estas gramáticas descartadas no juegan ningún papel en la vida cognitiva del niño tras cierta edad, así que no parece haber ninguna ventaja evolutiva que beneficie tener una GU sobreespecificada. Es más, los mismos parámetros parecen antievolutivos si suponemos que la GU tiene la función de dotarnos para aprender un lenguaje.

Con todo, Baker (2005) aporta un argumento adaptacionista, ya apuntado en Baker (2003), basado en la función de los parámetros en el lenguaje. El hombre adulto habla una o dos lenguas, no cientos -ni millones-, por lo que la sobreespecificación habría de resultar perpleja en la medida en que esas gramáticas adicionales no sirvan a ningún propósito. No obstante, bajo la hipótesis de que los parámetros son códigos con la función de mantener la confidencialidad de la información dentro de la comunidad -véase la paradoja de los *Code Talkers* en Baker (2001)-, la vastísima cantidad de lenguas-I disponible supondría una ventaja estratégica, y la variación, en fin, lejos de ser un accidente evolucionario o una imperfección residual, devendría clave en la adaptación de la especie.

Sin entrar a discutir cuán útil haya podido ser el lenguaje en la supervivencia de la especie, este argumento de Baker presupone dos errores: que el lenguaje tiene función y que la función determina la estructura del lenguaje o la de cualquier otro componente del mundo natural. Para desmentirlo, toquemos el plano de la biolingüística.

Como explica Mendivil (2008), según el neodarwinismo, todos los cambios son debidos a selección natural. Los antineodarwinistas, en cambio, dicen que la adaptación es incapaz de explicar toda la morfología, de tal modo que tras ella hay leyes físicas más generales o principios de autoorganización. Hay, pues, ciertos rasgos de la morfología que no se generan como consecuencia de una adaptación funcional, sino que, surgidos para otro fin o para ninguno en particular, se acaban adaptando a determinada función. En última instancia, si ese cambio resulta ser útil, podría mantenerse -o aun sin serlo-. Este es el que se conoce como proceso de exaptación -para una visión de la consolidación del cambio lingüístico en relación a la exaptación véase San Segundo (2013)- y evita que, en cierto sentido, la evolución sea demasiado inteligente.

Los estudios de biolingüística apuntan a que el lenguaje se originó tras un pequeño cambio cerebral sobre estructuras mentales preexistentes, que esto aconteció hace relativamente poco, que la externalización es sólo un accidente -véase el anexo 2-, etc. no tiene, por lo tanto, demasiado peso defender un enfoque sobreespecificado, sino al contrario.

Hay, sin embargo, otros argumentos contra Baker de menor peso: aunque parezca extralingüístico, se basa en que el hombre está diseñado para vivir en comunidades, y que estas comunidades están destinadas a aislarse. Si pensáramos que el hombre ha nacido para comunicarse a lo global y las comunidades para colaborar, el argumento se desmonta. Hablar de códigos de comunidades da, de alguna manera, la impresión de hablar de lenguas-E; esto se aleja con mucho de PyP. Los códigos vecinos tienden a semejarse, ¿la rivalidad no habría de ser más “feroz” entre vecinos -y, por ende, las lenguas más dispares- que con gente que no vas a ver nunca? Para tener una gramática distinta de la del vecino, el hablante tendría que comparar y escoger una versión distinta, si no, ¿qué te garantiza que escogerás un código diferente? ¿la probabilidad? La adquisición de parámetros vendría a ser como consciente. Además, ¿cómo comparas gramáticas si la de cada comunidad es una lengua cifrada que, en principio, no puedes entender?

2.3.3.2 El modelo de Yang

Yang (en Boeckx y Di Sciullo 2011) relaciona estrechamente la variación lingüística a procesos de aprendizaje, a la vez que la distingue entre variación del núcleo de la gramática y de la periferia. A juicio del autor, los parámetros han acabado siendo arrinconados teóricamente porque se ha dado por sentado que adultos y niños comparten el mismo sistema gramatical, o, en su defecto, que los parámetros se fijan demasiado rápido: la diferencia ostensible entre ambos sistemas se ha enfocado a menudo desde el rendimiento, alegando que las limitaciones del niño responderían tan sólo a un estado inmaduro del desarrollo cognitivo general, o a discontinuidades en el sistema gramatical. No obstante -incluso si aceptáramos parte de esas hipótesis-, una teoría de la adquisición seguiría requiriendo la contemplación de algún tipo de aprendizaje, a la vista de una evidencia tan simple como que un niño de Pekín va a adquirir un sistema gramatical diferente del de otro que se críe en Nueva York -aunque sólo parcialmente-.

Empezando por la variación del núcleo, Yang (2011) apuesta por que el aprendiente selecciona entre las gramáticas en competición con que vendría dotado; que se impone la más armónica con los DLP; y que esto se lleva a cabo mediante mecanismos de naturaleza probabilística y comunes a los que actuarían en otros sistemas cognitivos y perceptivos -de hecho, han sido propuestos también

para animales-, de forma, en fin, que los tres factores se ven integrados en el proceso de adquisición -y la consiguiente variación-. Puede que las gramáticas codificadas en la dotación genética sean lo más controvertido, pero es esta una forma simplísima de dar cuenta de que los niños, antes de adquirir sólidamente su lengua-I, generen expresiones cuya estructura no está presente en el input, pero que es gramatical en otras lenguas ⁴⁰.

En la fijación del núcleo, el mecanismo probabilístico permite a Yang (2011) incorporar el factor temporal que, alertábamos, se estaba desatendiendo, puesto que, simplemente, el cotejo entre gramáticas requiere datos, y hacer acopio de ellos requiere tiempo.

- (34) For an input sentence s , the child
- a. with probability P_i selects a grammar G_i ,
 - b. analyzes s with G_i
 - c. if successful, reward G_i by increasing P_i
otherwise punish G_i by decreasing P_i (Yang 2011:183)

Nótese que bajo este esquema, el ascenso de una gramática depende directamente de la probabilidad de éxito de corresponderse G_i con una muestra del input, al tiempo que ello implica el fallo en la correspondencia del resto de gramáticas. Así pues, esta dinámica, que Yang (2011) compara a la selección en un sistema evolutivo, donde hay gramáticas en competición, se muestra bastante fiel a la impresión de que la adquisición de las lenguas se realiza gradualmente.

Como apuntábamos, tal gradualidad depende directamente de una cantidad de datos suficientes: a más datos, menor tiempo de fijación; a mayor pobreza en el input, más tiempo se requerirá para que, acumulados datos suficientes, una de las gramáticas deje significativamente atrás a las demás. Yang estima que una frecuencia de determinada construcción en torno al 7% en el input bastaría para fijar los parámetros con la celeridad que suele creerse. No obstante, si atendemos a la adquisición del aprendiente, somos capaces de ver en acción cómo unos parámetros se fijan antes que otros, por lo que ese 7%, es decir, esa cantidad de input robusta, no es igual para todas las construcciones.

Consideremos, para ilustrar lo anterior, el PSN en inglés. Se ha creído, erróneamente, que el sistema fija tan pronto el que cierta lengua-I sea no *pro-drop* como lo hace con cualquier otra, mas si analizamos la omisión de sujetos en niños que están adquiriendo el inglés, se aprecia que, antes de los 3 años, se dejan un gran número de sujetos sin realización, de forma bastante discordante en relación a la gramática que presentarán de adultos.

40 Hablo de estructura y no de expresiones porque el aspecto creativo del lenguaje ciertamente nos da la capacidad de generar expresiones que nunca hayamos oído -un argumento esto último contra la idea de la tabla rasa-.

Contraponiendo ese hecho a cómo fijan, por ejemplo, los niños italianos el PSN, el contraste es palmario: entre los 2 y 3 años, omiten “adecuadamente” el 70% de los sujetos, que es, más o menos, la ratio en que lo hacen los adultos. La conclusión es igual de evidente: hay, translingüísticamente, un asincronismo palpable en la valuación del PSN, cosa que, siguiendo la lógica del modelo, ha de ocurrir en virtud de una diferencia cuantitativa por lo que respecta a las estructuras relevantes en el input.

Si las estructuras que permiten identificar sin ambigüedades una lengua como *pro-drop* o no, son, respectivamente, aquellas en que hay sujetos nulos en frases interrogativas de objeto y las que contienen un sujeto expletivo, la frecuencia en el input diverge bastante en la comparación entre los DLP del niños inglés y del niño italiano:

[-topic drop, +pro drop] (Italian): Null subjects in object *wh*-questions (10%)

[-topic drop, -pro drop] (English): expletive subjects (1.2%) (Yang 2011)

La predicción teórica, pues, se manifiesta plausible y el asincronismo se explica casi por sí mismo.

Sin embargo, también según Yang (2011), parece que no tiene sentido atribuir toda la variación a opciones de la GU -como demuestra la inarmonía que hemos analizado previamente-, porque resultaría poco creíble que todo estuviera innatamente especificado, y porque el espacio de búsqueda y el tiempo resultante del aprendizaje crecerían exponencialmente con el número de parámetros, tanto que se perdería la adecuación explicativa que estos ofrecen. Es entonces cuando Yang (2011) echa mano de la periferia, que podría identificarse con la de Chomsky (1981:8), las construcciones marcadas, etc.

La variación en la periferia estaría causada por generalizaciones que durante la adquisición de una lengua específica se harían sobre el segundo factor, en obediencia a principios generales de eficiencia de la computación -a saber, la otra cara del tercer factor-. Estas generalizaciones devendrían reglas, para las cuales el niño haría frente a un problema similar al que, en el caso del núcleo, salvábamos con la probabilidad: las construcciones presentan excepciones.

Para que el aprendiente pueda decidir si lo observado casa con una verdadera regularidad que se extiende más allá de la experiencia inmediata, o bien constituye sólo una excepción léxica que debe ser almacenada en la memoria como tal, Yang (2011) invoca, en el espíritu de la *evaluation measure* de Chomsky (1955), un mecanismo de evaluación del tiempo de procesamiento que conlleva manipular cada estructura lingüística. En otras palabras, se decide que un proceso es productivo cuando se computa más rápida y fácilmente que otro.

Es sabido que los aprendientes sobrerregularizan lo que serían reglas productivas, mientras que nunca irregularizan las excepciones léxicas -sólo podemos llevarnos esa impresión si, en estadios iniciales, se fija como productiva una regla que no terminará siéndolo-. Yang (2011) propone que la productividad/eficiencia sobreviene una vez se da el equilibrio óptimo entre normas productivas y normas léxicas.

En el terreno menos sintáctico, Yang (2011) traslada la teoría a la adquisición de la regla *add-d* para conjugar los verbos ingleses en pasado, que, independiente por completo de la GU sobreespecificada, se aprendería directamente de los datos.

Pese a excepciones para formar el pasado, como *ring/rang* y *sing/sang*, que, tempranamente, podrían causar la norma “cambiar *i* por *a* cuando T sea pasado”, el niño, cuando crezca suficientemente su vocabulario, acabará fijando la norma *add-d* en la periferia. Habrá, en consecuencia, un momento en que la norma de *add-d* devendrá productiva en la mayoría de verbos y se consolidará, bien porque supere con mucho la cantidad de irregularidades léxicas, bien porque suponga un número de excepciones que alcance masa crítica frente a una antigua norma a la que reemplace. Ahora la pregunta es, ¿en qué momento se dice basta o, equivalentemente, cuántas excepciones puede tolerar un sistema productivo de normas?

Yang (2011) recurre a la *elsewhere condition* de Kiparsky (1973) y Halle (1990), que requiere la aplicación de la norma más específica cuando hay múltiples candidatos posibles, en una suerte de proceso de búsqueda en serie. Desde la más excepcional a la de mayor alcance, se irá evaluando y descartando la aplicabilidad de las normas léxicas y, agotadas estas, se aplicará la regla productiva de la periferia.

En este punto, Yang (2011) recurre a explicaciones matemáticas que enrevesarían innecesariamente la exposición -basadas en la frecuencia de los ítems, el ranking en un algoritmo conforme a su frecuencia y el tiempo de computación, etc.-, así que, en esencia, podemos decir que para un conjunto de ítems léxicos (ILs), el número de excepciones tiene que ser ligero en comparación al número de ILs que siguen la norma. Sólo así el tiempo de computación se verá reducido y la productividad garantizada: en el caso que nos ocupaba, el sistema regularizará *add-d* cuando el conjunto de verbos regulares superen notablemente la cantidad de irregulares que se agrupe conforme a normas léxicas, de forma que se tarde menos en buscar si un IL forma parte de las excepciones y, si no es así, aplicar por defecto la norma, que considerándolo todo producto de irregularidades léxicas.

Hasta aquí, podría parecer que la periferia no nos revela nada de la variación sintáctica, pero Yang (2011) extrapola este mecanismo de adquisición, acorde a la computación eficiente, al aprendizaje de, por ejemplo, los dativos. Considerando que las expresiones idiomáticas se computan

más rápido que las que obtienen su semántica composicionalmente, y suponiendo que, así como para la morfología irregular, hay un dominio de expresiones almacenadas, puede que en terrenos más bien sintácticos gobierne algo como la *elsewhere condition* y el uso de ciertas estructuras, en lugar deberse privativamente a principios universales, dependa al mismo tiempo de reglas. De hecho, esta teoría permite a Yang (2011) algo de trabajo comparativo entre el inglés y el coreano; la idea capital sería que la sintaxis provee de estructuras de doble objeto y con dativo preposicional:

- (35) a. Double object: NP CAUSES NP_{theme} TO HAVE NP_{goal}.
 b. To dative: NP CAUSES NP_{theme} TO GO TO NP_{goal}. (Yang 2011: 200)

- (36) a. Double object: I give John the book.
 b. To dative: I give the book to John.

Los hablantes, sin embargo, no las regularizan hasta que han asociado a cada una de ellas una cantidad suficiente de verbos -lo que luego desemboca en sobrerregularización-, con independencia, hasta cierto punto, de los rasgos semánticos que podamos presuponerles. En consecuencia, las construcciones de doble objeto, por abundar en el segundo factor, devienen productivas en un lapso menor de tiempo en inglés que las de dativo preposicional; y unas y otras, a causa de un menor número de evidencias en los DLP, escasean en coreano, donde, más que obtenerse derivacionalmente, se interpretarían como expresiones idiomáticas -por ser óptimo hacerlo así-.

En conclusión, Yang (2011) llama la atención sobre que el hecho de ser difíciles de deslindar, no implica que periferia y núcleo no existan. De ser una distinción correcta, en la adquisición de la lengua intervienen dos tipos de aprendizaje: uno en que se accede a conocimiento interno, donde los DLP sólo sirven de elementos comparativo; otro en que el conocimiento se deriva del entorno y es sensible al tipo de frecuencia -escuchar mil veces *walked* no sirve para fijar *add-d* antes-. En ambos tipos, no se generaliza -en un sentido u otro- hasta haber suficientes datos, y entonces, se hace bajo imposiciones de buen diseño: o por sistemas de aprendizaje, o por evaluación de eficiencia computacional.

En contra de la impresión de que el léxico le otorga un carácter arbitrario, la periferia reserva espacio a la inducción y está sometida a reglas, como si parte de la fuerza del núcleo pudiera irradiarla y evitar generalizaciones prematuras. La periferia, además, descarga parte de la variación y de la adquisición de la GU en habilidades prelingüísticas del aprendiente, de forma que la dotación genética, aun siendo rica, es menor de lo que se pudiera esperar de un sistema sobreespecificado.

He de admitir que la propuesta de Yang (2011) queda lejos de persuadirme, pero no es esto lo

que quiero destacar, sino que, así y todo, es uno de los pocos textos fundamentalmente teóricos -de cuantos he leído- que se han atrevido con pormenores de la adquisición. Por supuesto que habrá mucha más literatura que verse sobre la materia y ni siquiera llegue a pasar por mis manos, pero leer a Yang (2011) me ha puesto sobre aviso de lo menesterosa que podría andar la teoría de correspondencias de cierta exactitud con observaciones sobre la adquisición de lenguas; puede, en fin, que sea demasiado fácil mover inquisitorialmente el dedo señalando insatisfacciones teóricas aquí y allá, muchísimo más fácil que dar del paso de Yang (2011), que si no es el más firme, sí va en una dirección muy benéfica.

2.4 Conclusión: no hemos acabado de emanciparnos de la idea de lengua-E

No soy ningún fetichista de las citas, pero hacen muy al caso unas palabras de Stendhal que, por sobadísimas que estén, no quiero dejar de utilizar: “No permitas que el árbol no te deje ver el bosque”. A lo largo del capítulo se han señalado algunos problemas puntuales del enfoque macroparamétrico; se tocarán otros desde una perspectiva minimista en capítulos posteriores. Asimismo, se han recogido algunas ventajas teóricas de la variación entendida en PyP y de algunos desarrollos. No pretendo tachar nada de eso de superficial -de considerarlo así, no lo habría incluido en el trabajo-, pero si nos quedáramos ahí, sin tratar de ver lo más básico -y por consiguiente, lo esencial- que nos ha legado la teoría macroparamétrica, la valoración -positiva o negativa, que cada cual decida- de la misma no sería nada justa.

Tras la comprensión de los macroparámetros hay un error y un hallazgo proporcionados en magnitud, y esta es mucha: en la práctica, pese a que Chomsky (1986) sentó tan claramente las diferencias teóricas entre lengua-I y lengua-E, la variación no se ha afrontado sin habernos emancipado completamente de la creencia en lenguas-E. Por otra parte, PyP nos abrió los ojos, y debería mantenérnoslos así -o entreabiertos-, en cuanto a que la variación, relacionada de alguna manera con la sintaxis, existe. Me explicaré.

Cuando afirmo que el enfoque macroparamétrico sigue bajo la sombra de la lengua-E no hablo de que el español y el inglés estén, como cantaba Yong sobre el amor, en el aire, y tampoco hablo de normativa; ni yo lo hago, ni ningún autor generativista que he leído ha concebido las lenguas ni el lenguaje en esos términos. Ahora bien, ¿de qué hablamos cuando los macroparámetros definen tipologías o lenguas posibles? Los macroparámetros se consideran limitados y, en consecuencia, son limitadas las lenguas que permiten; pero más limitadas, y esto es crucial, que toda la variación que

se registra.

Si defendíamos que la GU -con las matizaciones del punto 2.1- constreñía el desarrollo de las lenguas, hay lenguas que pueden existir y lenguas que no, siempre que las constricciones actuales sobre la FL no desaparezcan. Supongamos que tenemos el don -que haría aburridísimo el trabajo del lingüista- de descubrir con todo detalle esas lenguas posibles -tengan o no su correlato en el mundo ideal-, y colocarlas en una tabla o una lista, numeradas, o que nos remontamos a un mundo platónico donde las lenguas están en su forma más pura. Digamos, sin rigor alguno, que son 10.000. Lo esperable es que si nuestra lengua-I es humana, ha de ser la copia de una de esas lenguas, por lo que si fuéramos caminando de la mano con ella por el mundo de las ideas, se reconocería exultante como ante un espejo en su hermana gemela. Ahora bien, como hemos dicho antes, los datos sobre lenguas-I son más amplios que las lenguas que se suponen posibles según los principios y parámetros, y aquí llega el primer desajuste. Nuestra lengua-I, o se corresponde casi milagrosamente con ella, o resulta que, terrenal como es, resulta una copia imperfecta de la lengua-I ideal: a esos defectos se los ha llamado idiosincrasias, periferia, morfología, léxico, regla particular... La pregunta ahora es, ¿en qué medida podemos seguir considerando la lengua que permiten los principios y los parámetros según esta concepción una lengua-I y no una lengua-E?

Pensemos en la lista que decíamos: no es que el español exista como tal, ni es esa suerte de ser orgánico que se nos ha vendido, es que las propiedades de nuestras lenguas-I que se consideran gramaticales se corresponden, puro azar, con el número 1324 de la lista; a esa relación la llamamos español, como podríamos haberle dado cualquier otro nombre. ¿Cómo llamamos a lo que se escapa de 1324 y de todos los demás? Idiosincrasias; la pregunta ahora es otra: ¿hasta qué punto esas idiosincrasias no se basan en la frecuencia de uso, lo que se considera marcado o no... y que es, en definitiva, lo que trata de fijar la normativa?

Los problemas no terminan aquí; y es que lo que en mi lengua es una idiosincrasia, resulta ser un rasgo facial muy característico de la lengua, digamos, 4502. Y en este punto, yo, como allegado muy cercano de mi lengua-I, me niego a creer en cruces extravagantes entre sus parientes y a aceptar que mi lengua-I es la hermana gemela fea de las dos, escociéndome que la de otro se considere el prototipo y resulte ser más 1324 que la mía, es decir, que tenga puramente lo gramatical y nada o lo mínimo de idiosincrasias.

La exposición ha sido informal en cierta medida, pero el contenido creo que refleja un error de todo el enfoque macroparamétrico, al querer generalizar y permitir que entren en juego unas idiosincrasias ajenas a la sintaxis. No creo que mi apreciación se base en una concepción errónea de lenguas-I ni lenguas-E, sino que, aun estando la frontera muy clara en la teoría, la influencia de cómo se perciben las lenguas “a pie de calle” se ha filtrado en la teoría y, aun haciendo uso de toda

la terminología... quizás haya faltado interiorizarla más.

Ahora es el turno del aplauso. Lo más valioso que nos ha legado la teoría de PyP es -como, sin buscarlo, muy oportunamente me ha recordado Roca en nuestras conversaciones- que la variación existe, y que existe, de una forma u otra, relacionada con la sintaxis. En relación a esto mismo, PyP nos ha enseñado que lo universal no es incompatible con lo variable y que el conocimiento de lo uno y lo otro lleva a un enriquecimiento mutuo; que lo variable está limitado, se puede predecir, y se puede explicar, es más, debe hacerse. Todo esto parece estar perdiéndose de vista en algunas investigaciones del PM, y aunque haya razones para seguir esos nuevos derroteros, me parece una involución querer olvidar ciertas cosas, por molestas que sean a nuevas teorías.

3. La existencia de los parámetros a la luz del minimismo

3.1 Introducción

Los parámetros, de acuerdo con la concepción más clásica de (2) -“la variación se debe a opciones predefinidas en los propios principios de la GU, a las cuales llamamos parámetros”-, no encajan en el PM. En 2.1 aclaramos -o parece mejor entenderlo así- que los parámetros debían asociarse, de una forma más o menos laxa, a todos los principios que constriñen el desarrollo de la FL: no sólo a los del primer factor, sino también a los del tercero -obviamente, sin que esto suponga parametrizar el tercer factor-.

Con todo, desde PyP no siempre se han seguido, por lo que hace a la variación, las directrices interpretativas que se han defendido en el capítulo 2, ni estas tienen por qué ser, a priori, las convenientes. Es por esto que haremos notar, a la luz del minimismo, algunos problemas teóricos de la concepción “más al pie de la letra”, digámoslo así, de los parámetros, para acabar viendo cómo (3)⁴¹ parece el único camino viable por el que habrían de continuar los estudios más afines a los macroparámetros, o, con algunas precisiones, sobre variación lingüística en general.

Todas las propuestas en el seno del PM siguen una máxima: atribúyase lo menos posible, esto es, nada más que lo imprescindible, a la GU; si se pueden eliminar de ella los parámetros, descargando la variación en otro componente del lenguaje, bienvenido sea -enseguida sabremos por qué-. Chomsky (2007) condensa ese cambio metodológico en los siguientes términos: en PyP, se abordó la FL “from top down”, preguntándonos cuán rica y articulada debía ser la dotación de la GU para que pudiera generar las expresiones posibles y, sobre todo, para que el Problema de Platón recibiera una respuesta satisfactoria; el PM, en cambio, se acerca a la FL “from bottom up”: sin sacrificar la explicación de la variación entre lenguas-I, se trata de exonerar la GU de cuanto podamos, siempre que la explicación desde el tercer factor sea, al menos, igual de convincente.

“seeking to close the gap between SMT and the true nature of FL. *UG is what remains when the gap has been reduced to the minimum, when all third factor effects have been identified.* UG consists of the mechanisms specific to FL, arising somehow in the course of evolution of language.” (Chomsky 2007: énfasis mío)

41 La variación se debe a que los principios no condicionan el desarrollo de la FL de forma lo suficientemente determinante como para que haya completa uniformidad en todas las lenguas particulares: es sólo a la sistematización de ese margen de variación, harto restringido, a lo que llamamos parámetros.

Este giro ha producido un adelgazamiento progresivo y marcadísimo de la GU. A pesar de la posible renuencia a eliminar los parámetros de la GU -entendidos conforme a (2)-, se obtiene el mismo resultado de forma indirecta al suprimir todo principio que escape a “necesidad conceptual virtual”: los parámetros que pudieran haberse atribuido a los antiguos principios de la GU han quedado, simplemente, desamparados, esto es, han perdido el locus. Un intento, a la desesperada y del que no tengo constancia, de salvar (2) sería trasladar aquellas “opciones predefinidas” a principios no específicos del lenguaje, lo cual equivaldría a relacionar cierto fenómeno de variación lingüística con el desencadenante de una propiedad de, por ejemplo, la capacidad visual.

La preponderancia del tercer factor podría parecer artificiosa o no acabar de comprenderse si no contemplamos preguntas del PM que para Chomsky (2004) van “más allá de la adecuación explicativa”, sintetizadas en la de por qué el lenguaje es como es; y que han provocado la irrupción de un problema que, de alguna forma, es el heredero natural del de Platón: el problema de Darwin.

Boeckx (en Boeckx y Di Sciullo. 2011) pone de manifiesto la gran similitud entre ambos problemas: así como para el de Platón se reduce el papel que juega el entorno en el proceso de adquisición, en el de Darwin se minimiza el papel que hayan jugado pasos adaptativos o la evolución misma en el surgimiento o desarrollo de la FL en la especie. Si para que la adquisición resultara factible se tomaba como punto de partida la GU, consiguiendo explicar la rapidez y la uniformidad del proceso pese a la complejidad de las lenguas-I; para un desarrollo factible de la FL desde una perspectiva evolutiva, teniendo en cuenta su reciente surgimiento -hace entre cien mil y doscientos mil años- y la robusta uniformidad que presenta, se toma otro punto de partida: los demás sistemas de la FLA sobre los que gobierna el tercer factor existían previamente y “el gran salto” evolutivo no fue más que el surgimiento de la FLE -gobernada por los principios de la GU-, un pequeño cambio, tan simple, quizás, como la posibilidad de dotar “conceptos” procedentes de otros sistemas de un *edge feature* -rasgo del borde (RB)- y unirlos por *merge*, que permitió poner en relación esos otros sistemas (Boeckx (2010b)).

Es, por lo tanto, lógico que muchas de las propiedades del lenguaje sean determinadas por el tercer factor, siendo esta la mejor forma de conciliar el problema de Darwin con el de Platón; si bien cuesta imaginar que esos principios prelingüísticos tengan algo que decir en la variación.

La FLE -se defiende desde, por lo menos, Chomsky (2001)- conectaría con los demás sistemas de forma óptima, lo cual es comprensible -aunque no la única posibilidad lógica- si los recursos son mínimos y no han tenido apenas tiempo de cambiar⁴². Este postulado, apuntado muy someramente en el tema anterior, se conoce como TMF, y condujo al Principio de Uniformidad (PU), primero

42 Pensemos, por ejemplo, que tenemos que unir dos puntos y como único material se nos da una cuerda: nos dejaría algo perplejos que conectáramos mal o con intrincados nudos.

(Chomsky 2001), y a la Tesis de Uniformidad Fuerte (TUF) de Boeckx (2008a) finalmente: desde el problema de Darwin parece poco creíble que haya “multiple solutions to design specifications”. Hecho este recorrido, vayamos paso a paso.

Según la TMF de Chomsky (2001), la sintaxis sería un sistema computacional perfecto que conectaría de forma óptima los sistemas CI y SM -para una revisión de la TMF véase, especialmente, el anexo 2-; las aparentes imperfecciones deberían achacarse a condiciones de legibilidad: bien de las interfaces FF y LF, bien de los sistemas. Esta imperfección hace pensar de inmediato en la variación: forma óptima de conectar los sistemas no puede haber, por definición, más que una -a no ser que cambiemos los “materiales” con que se establece tal conexión, como veremos en el anexo 1-. La variación, por lo tanto, debería atribuirse a condiciones ajenas a la sintaxis estricta, restringirse todo lo posible y, siempre que no hubiera evidencias en contra -y muy accesibles al aprendiente durante la adquisición-, eliminarse. Así pues, se formula el PU:

“In the absence of compelling evidence to the contrary, assume language to be uniform, with variety restricted to easily detectable properties of utterances”. (Chomsky 2001)”

Por todo lo dicho, parece razonable creer que los principios tanto del primer como del tercer factor habrían de aplicarse de forma ciega e invariable sobre toda derivación: por ser, en su mayoría, anteriores al desarrollo de la FL; por haber tenido poco tiempo de evolucionar desde entonces; porque la optimidad sólo puede conseguirse, en principio, de una forma; porque está en la misma naturaleza de ser un principio la condición de ser invariable, etc. Así pues, a partir del PU y la TMF de Chomsky, Boeckx (2008a) formula la hipótesis más radical de la TUF:

“Strong Uniformity Thesis
Principles of narrow syntax are not subject to parametrization; nor are they affected by lexical parameters.”

Según Boeckx (2008a), los parámetros, *grosso modo*, quedarían relegados a un léxico situado a un nivel postsintáctico, a un nivel morfofonológico del estilo de la MD -anexo 2-; sin embargo, creo posible una lectura de la TUF más abierta en función de qué entendamos de “nor are they affected by lexical parameters”, y es en este punto donde rescatamos (3):

(3) La variación se debe a que los principios no condicionan el desarrollo de la FL de forma lo suficientemente determinante como para que haya completa uniformidad en todas las gramáticas particulares: es sólo a la

sistematización de ese margen de variación, hartamente restringido, a lo que llamamos parámetros.

¿En qué medida (3) contradice la TUF? Si consideramos, más en la línea de Boeckx, que la TUF presupone completa uniformidad estructural, porque los principios, junto con el léxico que alimenta la derivación, son, además de invariables, suficientemente potentes como para no permitir variación sintáctica, (3) no tiene cabida. Si, sin embargo, consideramos el margen de actuación de los principios menor, podemos seguir desarrollando (3). Esta doble lectura nos llevará a la distinción entre los dos tipos de variación que parece razonable seguir desarrollando en la actualidad -anexos 1 y 2-; sin embargo, debemos tratar de comprender antes en qué medida un principio puede ser afectado por parámetros, del tipo que sean, ajenos al principio mismo.

3.2 “Nor are they affected by lexical parameters”

Para explicarlo, voy a recurrir nuevamente a una metáfora. Trasladémonos del pequeño reducto de nuestra mente/cerebro a una escala mucho mayor, planetaria -aunque sobre el órgano de la facultad del lenguaje gobiernen las mismas leyes-. Pensemos en dos fuerzas, básicas y cuya interacción sea visible: la fuerza de la gravedad y la resistencia, en nuestro caso, aerodinámica. Entendemos esas fuerzas por medio de fórmulas matemáticas, que nos permiten analizar y predecir su comportamiento; su esencia, sin embargo, reside en la materia misma.

Imaginemos que repetimos el experimento de Galileo que los tripulantes del Apolo XV realizaron en la Luna: a suficiente distancia del suelo como para sernos visible la actuación de las fuerzas, soltamos en el aire dos objetos, un martillo y una pluma. Entonces, la fuerza de la gravedad y la resistencia que a su vez oponga el aire determinarán la aceleración con que el objeto caerá; y comprobaremos que la pluma tarda mucho más en alcanzar el suelo que el martillo -no así en la Luna, donde, por no haber atmósfera, además, ambos objetos acelerarán más en proporción a la gravedad Lunar-

¿Podemos decir -aparte de las deformaciones- que la gravedad y la resistencia aerodinámica han afectado de forma diferente a cada objeto? De ninguna manera, las fuerzas se han mantenido constantes, sólo que la forma y la densidad de cada objeto han hecho que se nos hagan visibles de forma distinta. ¿Podemos, más radicales, decir que la gravedad y la resistencia han sufrido algún cambio o han sido “afectadas”, según si soltamos un objeto u otro? Una respuesta afirmativa

parecería aun más descabellada que la anterior -incluso aunque cada objeto cree su propia curvatura en el tejido espacio-tiempo, la gravedad seguirá siendo en esencia la misma fuerza-.

Con todo, es evidente que algo ha cambiado: aun si consideramos que la aceleración no es más que un epifenómeno de la interacción de las fuerzas primarias con el objeto, que se comporta de forma diferente cuando entra en relación con todos los condicionantes físicos, la aceleración no ha sido la misma. Esto no significa que tal variación nos obligue, ni mucho menos, a variar las fórmulas matemáticas: si estas son válidas, deberán predecir cuál será la aceleración, al mismo tiempo que su diferencia corroborará la hipótesis.

Ahora pongamos en relación el experimento de Galileo con el lenguaje: la FLA y la FLE equivaldrían a dos fuerzas que interaccionan entre sí, la gravedad y la resistencia; los principios del primer y tercer factor a las fórmulas matemáticas con que analizamos su comportamiento. Pero, ¿qué es el martillo o la pluma? Si seguimos aceptando que la FL y sus principios son invariables, lo único variable es el elemento que los conecta: el léxico⁴³, y las consecuencias que se deriven de su morfología. Que esto no nos despiste, sin embargo: ¿en qué medida podemos decir, como ocurría con el martillo y la pluma, que el insertar determinado IL entre la FLA y la FLE afecta a cómo operan esas facultades? ¿en qué medida una y otra dejan de actuar de forma “perfecta”? Yo creo que la respuesta es, en ambos casos, que en ninguna. No obstante, esta no parece ser la tesis que se defiende en parte de los estudios vanguardistas de la variación y que no puedo dejar de contemplar: la variación sintáctica estaría conectada directamente a variación en los principios. ¿Qué tipo de variación tenemos, pues?

Si queremos eliminar la variación sintáctica, por considerar que “afecta” a los principios, ¿cuál es la forma de que las lenguas-I -más concretamente, las derivaciones que posibilita el E_L de cada hablante- o su correlato en la imagen, la aceleración, sean siempre la mismas? En el problema de Galileo, o bien tirando siempre el mismo objeto, siempre el martillo o siempre la pluma -en determinada posición, sin viento y bajo la estabilidad de otros muchos factores...- o bien yéndonos a la Luna. Podríamos pensar que en nuestro satélite se está omitiendo una de las fuerzas: la resistencia, pero no tiene por qué ser así: las leyes físicas que la rigen están tan presentes allí como en la Tierra, es sólo la ausencia de atmósfera que hace alguna invisible. Esta ausencia de la atmósfera, deformando un tanto nuestra metáfora, nos lleva a otra cuestión: la asimetría en la conexión del sistema computacional respecto del sistema CI y el SM -anexo 2-.

Lo que se defiende en esa línea es que el medio en que opera el lenguaje no es la Tierra, sino la Luna, y que allí sólo actúa la fuerza de la gravedad en la caída del objeto, resultando la aceleración/derivación invariables. Trasladándolo a términos lingüísticos, el lenguaje es la conexión

43 Que Mendivil (2008) considera propiamente una interfaz, menos abstracta que nuestras LF y FF.

óptima entre la FLE y el sistema CI; la conexión con el sistema SM y, por lo tanto, con la fonética y la morfología, es accidental -lo que se conoce como la antimodularidad del lenguaje-.

Además se asume que no hay distintas plumas, ni distintos martillos, sino que lanzamos unos objetos universales. ¿Por qué habría de ser esto así? Si la única propiedad del objeto que nos interesa es el hecho de que tenga masa, ninguna otra propiedad del mismo -sin complicarnos con objetos móviles- habría de intervenir en su comportamiento. Si, lingüísticamente, sólo nos interesa que los objetos sean susceptibles de ser combinados por la operación *merge*, gracias al rasgo RB, para explicar nada más que la infinitud discreta del lenguaje, su morfología pierde igualmente toda relevancia: en otras palabras, los rasgos semánticos y fonéticos deberían ser opacos al sistema computacional, o, en el mejor de los casos, inexistentes -anexo 2-.

Ahora bien, ¿cómo explicar que, observando la caída, la aceleración sea, en apariencia, diferente? Nos vemos obligados a crear distancia, de forma que mientras los objetos caen en la Luna, nosotros los observamos desde la Tierra. En términos físicos, se sabe que la curvatura del tejido espacio-temporal causada por los planetas provoca alteraciones en la trayectoria de la luz, que, a su vez, crea ilusiones ópticas, haciéndonos creer que un objeto en el espacio está en determinada posición cuando en verdad ocupa otra. Algo parecido, un efecto óptico, vendría a ser lo que se defiende para esta concepción de la variación: la variación sintáctica es un espejismo, causado por una morfología postsintáctica -que, y esto ya no parece objetable, tiene que variar-.

3.2.1 Conclusión

En esta dicotomía de la variación, uno tiene que decidir en qué astro lanza los objetos. Hacerlo en la Luna, nos desdoblaria de alguna forma, como se desdobra el léxico; hacerlo en la Tierra parece más creíble -y mucho más económico, o no-.

Ahora bien, creo que deberían evitarse asociaciones muy inmediatas a expresiones como “estar en la Luna”. Hasta que no se desmienta completamente todo lo de ventajoso que hay en esa teoría, cualquiera de las dos posiciones es en parte tendenciosa, un asunto de fe o de intuición científica si se quiere. Incluso los más aferrados a la Tierra no deben olvidar que se han descubierto tantas o más cosas de nuestro planeta con la mirada en el espacio, como con la vista en aquel; incluso mirar al cielo nos ha servido para desengañarnos de espejismos que sufríamos aquí mismo. Es decir, si nuestros antepasados no hubieran alzado la vista, no habrían descubierto que la Tierra no era plana, sino mucho más semejante a la Luna de lo que se creía. Tal vez, en la lingüística ha llegado el momento de emularlos, o, tal vez, ya lo hayamos hecho demasiado.

3.3 Uniformidad de LF y uniformidad estructural

Decía que para desmentir la variación no sintáctica, que, a partir de ahora, conoceremos como variación postsintáctica o en la externalización, hay que descartar todo lo ventajoso que la teoría parezca tener. Hasta ahora el PU y, sobre todo, la TUF en el sentido más radical pueden parecer un tanto arbitrarios, poco más que un deseo teórico, pero se apoyan en una característica paralela del lenguaje, sencilla y, para algunos, difícilmente objetable: todas las lenguas tienen, en principio, el mismo potencial expresivo y todos los hablantes parecen comprender de igual forma los enunciados: hay, en fin, uniformidad semántica o en la LF. Ya Chomsky (1986:156) llamó la atención sobre que una LF sujeta a variación paramétrica planteaba problemas para la adquisición, por no saber qué tipo de evidencias podrían estar disponibles para el aprendiente; y más tarde, Chomsky (1995:61) defendió que la variación debería reducirse a parámetros de orden y a propiedades de elementos funcionales, “LF being the outcome of and invariant computational process that maps D-Structure to S-Structure and the to LF.”

Esta uniformidad es lo esperable si consideramos el sistema CI independiente de la FLE y, por ende, necesitado de interpretar una LF, en principio, uniforme translingüísticamente (Chomsky 2001), y si los principios que gobiernan las lenguas y los rasgos de las piezas léxicas son siempre los mismos, con independencia de cómo aparezcan superficialmente las estructuras que tengan como origen una misma numeración -esto es, se deriven de la unión de los mismos ítems léxicos (IL) que se seleccionarían del lexicón-. Chomsky (2001) sigue fomentando la uniformidad al señalar que hay variación sin consecuencias más allá de fenómenos de FF:

“The interpretive burden is reduced if, say, verbs are interpreted the same way wheter they remain in situ or raise to T or C, the distinctions that have received much attention since Pollock 1989. As expected under (1), verbs are not interpreted differently in English versus Romance [...]. More generally, semantic effects of head raising in the core inflectional system are slight or nonexistent, as contrasted with XP-movement, with effects that are substantial and systematic.”

Llegados a este punto hay, sin embargo, otro problema: la uniformidad de la LF parece un criterio clave con que deslindar los límites de la variación, pero, aunque siempre se ha vinculado a la semántica, la LF, demasiado deudora, en algunas etapas, de modelos de gramática aparatosos y redundantes, no siempre se ha relacionado a una única estructura que resultara del proceso derivacional y que se “mandara” por igual a todos los sistemas de la FLA: hablo, en fin, del

movimiento encubierto. No podemos enfrentarnos a la cuestión sin contemplar, aunque a flor de agua, cómo han variado, por etapas, los modelos de gramática, en cuanto a qué niveles de representación e interfaces los han constituido, y tampoco sin ver cómo ha cambiado la formalización del movimiento a través de tales niveles. Esto es así porque la variación entre lenguas podría definirse mínimamente como variación en la realización fonética o en los movimientos de OSs; ahora bien, ese movimiento y, en consecuencia, la variación que lleva aparejada, se han explicado de múltiples formas

3.3.1 Desaparición del movimiento encubierto

Primero, debo precisar que todo el análisis de este punto parte de la premisa de que el movimiento tiene lugar en el componente sintáctico, y no a un nivel postsintáctico. Esto me parece lo más coherente con la concepción actual del movimiento en, por lo menos, gran parte del PM: la operación *merge* es la única que ensambla ILs y constituyentes, y es insensible al origen de estos -siempre que contengan RB, etc.-. *Merge* puede, por consiguiente, ensamblar la estructura que se está derivando con una pieza procedente del lexicón, lo que se conoce como *merge* externo (ME); o bien, puede ensamblar a la estructura una copia de un elemento que ya esté presente en ella⁴⁴, lo que se conoce como MI. Así pues, formulo lo siguiente:

La especificidad del MI (EMI)

El movimiento no es más que MI, y si *merge* tiene lugar en el componente computacional, el movimiento se produce en la sintaxis misma -y en ningún caso fuera de ella-.

Puntualizado esto, entremos en materia.

Hasta hace bien poco era muy fácil conseguir uniformidad en la LF y, por consiguiente, uniformidad en la interpretación semántica -es claro que no en la fonética-: para que fueran las mismas en todas las lenguas, bastaba con postular que cualquier movimiento que se realizara en una lengua-I se produciría asimismo en todas las demás, si no de forma explícita, sí de forma encubierta en el nivel de interficie de LF. A la LF, pues, llegaba la estructura final del proceso de derivación, apta para interpretarse en el sistema CI, pero casi siempre -y, si no fuera porque me faltan evidencias, quitaría el *casi*- asimétrica en relación a otra estructura, la de la FF, que se mandaba al

⁴⁴ Extraerlo totalmente de su origen violaría la NTC.

sistema SM⁴⁵.

Pensando en el proceso derivacional de acuerdo con el complejo modelo-Y de la gramática en PyP, y asociando el movimiento a la presencia de determinados rasgos en núcleos o constituyentes, que deben cotejarse o valuarse en determinada posición -sin entrar en detalles, pues se darán en el anexo 1 en relación a una teoría de fases-, veámos cómo se ha distinguido el movimiento explícito del encubierto y, por lo tanto, gran parte de la variación translingüística.

Una primera opción fue distinguir entre rasgos fuertes y débiles de los ILs o los constituyentes, que presentarían exigencias morfológicas dispares⁴⁶. Así, los rasgos fuertes obligaban a que determinado elemento se moviera antes de alcanzar la FF: en la ES o previamente a la operación de *spellout* en términos más minimistas, de forma que se realizaba fonéticamente en la posición final en que aterrizará. Los rasgos fuertes, además, parecían inducir efectos de ciclicidad y bloquear violaciones de la *Relativized Minimality* que no parecían respetarse en el movimiento encubierto (Chomsky 1995: 233)⁴⁷. Los rasgos débiles, por el contrario, postergaban el movimiento al nivel de LF.

Chomsky (1995:138) explica con rasgos fuertes o débiles la observación de Pollock respecto a un posible parámetro de ascenso verbal de V a T. Los verbos se combinarían con afijos en la ES, para tener la forma correcta en FF: el afijo flexivo [+finito] en francés sería fuerte, obligando a la adjunción del núcleo, y el [-finito] en inglés sería débil, produciéndose el movimiento -a saber por qué razón más allá de la uniformidad- en LF⁴⁸.

La explicación basada en la fuerza de los rasgos y del carácter obligatorio del movimiento explícito, muy al arrimo del *Last-Resort*, se condujo a condiciones de interpretabilidad de las interfaces: ya el mismo Chomsky (1995:197-198) considera que el movimiento podría ser un requisito para evitar que la derivación fracase. Este fue un avance que permitía resolver dos aparentes imperfecciones del lenguaje en un mismo fenómeno: el movimiento sería la forma de eliminar los rasgos no interpretables, esto es, rasgos no computables en determinada interfaz o sistema, pero necesarios y presentes en la derivación hasta determinado punto. Así, se entendió que, una vez cotejados, ciertos rasgos desaparecían de la derivación, siendo esta la única forma, de

45 En la TE no se concebía exactamente así la sintaxis, pero conociendo los orígenes de la teoría, los desarrollos posteriores se mostrarán más inteligibles. En la TE, simplemente, la interpretación semántica se asociaba a la Estructura Profunda (EP) y la fonética a la Estructura Superficial (ES), de forma que la variación de posiciones no afectaría nunca a lo que, en términos más actuales, entenderíamos como LF; tendríamos, sin embargo, dos estructuras: la sintaxis generaría la EP como base sobre la que las transformaciones -a saber, el movimiento, cuyas motivaciones no estaban del todo claras a la sazón- generarían la variación en cuanto a posiciones en el componente de la ES, la cual sería, además, el producto final de la derivación.

46 Como notan Bosque y Rexach (2009), es un poco raro hablar de un rasgo de un rasgo.

47 Aunque esto es problemático desde el punto de vista teórico; mucho más fácil es asumir que en esos casos no hay movimiento.

48 Nótese que este añadido es superfluo -así que suprimible- porque podría bastar la distinción del valor de tiempo para motivar el desplazamiento.

acuerdo con el PIP, de que la construcción fuera gramatical.

Supongamos, volviendo sobre el parámetro de Pollock, que los rasgos fuertes son “visibles” -entiéndase no interpretables- en FF -no así los débiles-: si V no asciende de forma visible a T, el rasgo fuerte permanece y la derivación fracasa:

“These features are not legitimate objects at PF; they are not proper components of phonetic matrices. Therefore, if a strong feature remains after Spell-Out, the derivation crashes. In French raising is a prerequisite for convergence; in English it is not.” (Chomsky 1995:197-198)

De resultados de ese refinamiento en el análisis de los rasgos de los ILs, así como del mayor peso sintáctico que iba recayendo sobre ellos, el movimiento encubierto pudo ir recibiendo explicaciones un tanto más sofisticadas en términos de eficiencia computacional o de economía, tan relevantes en el PM: la teoría del *Move-F* de Chomsky (1995) postulaba que, de no haber un requisito morfológico, la sintaxis sólo desplazaba los rasgos formales; el movimiento explícito no era más que el mismo movimiento que, por razones morfológicas, arrastraba consigo los rasgos fonéticos del IL. Así pues, la presencia de los rasgos fonéticos en determinada posición, siempre tras los pasos de movimientos de LF, seguía sin tener repercusiones, ni semánticas ni estructurales, a nivel de LF, pero la teoría estaba avanzando hacia la pérdida de la distinción entre movimiento explícito y encubierto: dejando de verse como dos ciclos independientes, cualquier movimiento cumplía un requisito formal o interpretativo.

En paralelo a estos cambios, se fue produciendo una pérdida progresiva de niveles de representación o interfaces: primero cayeron, por ser redundantes las condiciones que tenían que cumplir, la ES y la EP; ahora, se ha puesto en duda la existencia de la LF y la FF, sobre todo a la vista de que los sistemas CI y SM podrían realizar la operación de filtrar derivaciones no interpretables por ellos mismos. Tal simplificación en el modelo de gramática ha ido mordiéndole espacio a la tipología del movimiento y a la explicación de la variación que se hacía depender de él: en otras palabras, al concebir la sintaxis como un único ciclo que podría conectar por vía directa con los sistemas de la FLA en cuanto se da la operación de *spellout* o materialización, se han perdido los puntos de la derivación que hasta ahora habían permitido fijar la frontera entre el movimiento explícito y el encubierto.

Como todavía se conserva el punto de materialización, uno podría pensar que el movimiento encubierto se produce tras la materialización, pero se va a topar con un problema: la materialización se ha convertido en una operación de *Transfer*; que, totalmente neutra, se limita a enviar por igual

una estructura a los sistemas de la FLA. Entonces, cabe pensar que la estructura transferida ya no puede sufrir ninguna alteración sintáctica, puesto que, simplemente, ha abandonado el sistema computacional donde, como señalábamos al comienzo con la EMI, estamos ubicando el movimiento. En otros términos, tengo serias dudas acerca de cómo podría apañárselas el sistema SM para mover por sí mismo nada más que el sistema articulatorio, y de cómo el sistema CI podría hacer algo más aparte de derivar el significado de la estructura sintáctica.

A pesar de la contribución, clave en tanto que parece poco menos que un paso obligado para haber llegado a los desarrollos actuales, de tales teorías a la comprensión de cómo podría operar la sintaxis, Chomsky (2000) introdujo la idea de una operación de transferencia cíclica, que se aplicaría en cuanto los rasgos no interpretables en el sistema CI⁴⁹ -para una teoría completa véase el anexo 1- fueran valuados al entrar en una relación de concordancia, y que, al producirse, eliminaría esos mismos rasgos -evitando así reconstrucciones, pues, una vez valuados, si no se retienen en la memoria, los rasgos interpretables en un IL serán idénticos a los no interpretables en otro IL-. Esta innovación es una de las ideas más felices de la gramática generativa: las fases -centrales en el anexo 1, relevantes en los siguientes-

Las fases han permitido reforzar la neutralidad que achacábamos a la operación de transferencia

“On very weak assumptions about efficient computation, there should be no linguistic levels beyond those that are imposed by interface conditions: that is, the interface levels themselves. *In fact, it is not even obvious that these exist. Thus, one can imagine, say, a computational process that sends parts of generated objects to the SM systems in the course of derivation (say, certain but not all phonetic properties), not just at its final stage; and the same on the meaning side. Though such proposals have never been explored, to my knowledge, they could turn out to be correct.*” (Chomsky 2004: énfasis mío)⁵⁰

y han asestado un golpe mortal al movimiento encubierto: han redefinido la ciclicidad y la localidad, las han, prácticamente, igualado -para una discusión extensa sobre fases e islas véase el anexo 2-, de modo que, en lo referente a la concordancia, se ha relegado al pasado la relación de núcleo-especificador sobre la que descansaba, en gran medida, la teoría del movimiento. Así, para valuar rasgos no interpretables, *probe* y *goal* pueden concordar a cierta distancia y se nos abren vías a una mejor comprensión de movimientos como el Movimiento-A' o el exigido por PPE -anexo 1-:

49 Si bien es cierto que al principio los criterios se basaban más en subnumeraciones y en el contenido proposicional, o sea, enfocados hacia las interfaces... ahora todo se está desplazando hacia una motivación más interna a la sintaxis estricta o a demandas de los sistemas de la FLA.

50 Aunque Chomsky (2004) apunta una distinción entre movimiento encubierto y explícito en términos de fases que no puede convencernos a este punto de la discusión: el MI deja copias que se transmiten al componente fonético, si este MI se produce antes de que la fase sea transferida, el movimiento es explícito y puede proseguir en fases siguientes, si no, es implícito: la estructura ya ha sido transferida, pronunciándose, en consecuencia, la copia inferior.

los constituyentes escaparían de una fase a la siguiente, a través del borde, porque hasta ese punto de la derivación no podrían valuar ni, por ende, eliminar, todos los rasgos no interpretables.

Hay, sin embargo, otra posibilidad de distinguir entre el movimiento explícito y el encubierto y que, por razones expositivas, he estado reservando: nada parece obligarnos a que el punto en que la estructura sea transferida a los sistemas de la FLA sea idéntico translingüísticamente. Este tipo de variación, como ya nota Chomsky (1995:25-26; 68), si podría repercutir sobre las posiciones en que aparecen los elementos:

“Languages may also differ, as noted, with regard to the placement of S-Structure in the derivation of LF from D-Structure, that is, the point of branching to PF.” (Chomsky 1995:68)

Así pues, se ha sostenido que podría no haber variación en el movimiento, en tanto que las posiciones por las que pasan los elementos son uniformes para toda lengua-I, y sería sólo en función del punto en que se produce el mapeo de la estructura a FF, más temprano o más tardío, que parte de esa trayectoria se llevaría a cabo encubiertamente, pues el sistema SM, ajeno a lo estaría por suceder en la derivación, pronunciaría la última copia -entiéndase, más elevada en la jerarquía- que recibiera de cada pieza.

Llegados a este punto de la discusión, la “neutralidad” que caracteriza la operación de *transfer* sigue obstando, y de forma tajante, para fundar la existencia del movimiento encubierto en la variación del punto de *transfer*. Con todo, podemos seguir manteniendo que tal variación sí tiene repercusiones en el movimiento explícito, el cual, para nosotros y a partir de ahora, será el único posible.

La teoría actual, en fin, plantea espinosísimos conflictos para el movimiento encubierto. Así pues, debemos hacernos dos preguntas: cuando hablamos de uniformidad de LF, ¿lo hacemos sólo de uniformidad semántica o también de completa invariabilidad estructural?; ¿todas las variaciones estructurales deberían comportar diferencias interpretativas?

Si bien en PyP y parte del minimismo LF, semántica y estructura eran, en el último estadio de la derivación y partiendo de una numeración equivalente, una misma, con la desaparición del movimiento encubierto tal teoría es insostenible: las diferencias de movimiento, cualquiera que sea su motivación, conllevan diferencias en la estructura, y no podemos, pues, seguir explicando parte de la variación sintáctica en esos términos ¿Podemos, no obstante, mantener que la semántica no se resiente y que la LF, entendida como representación semántica y no como estructura final del proceso derivativo, siguen siendo translingüísticamente las mismas?

No tengo argumentos con que descartar esta última hipótesis, pero, aun siendo cierta, no causaría ningún daño a la teoría que estoy exponiendo de la desaparición del movimiento encubierto -lo que sí habría de cambiar es la idea de que determinados movimientos satisfacen criterios semánticos-. Así y todo, parece que diferencias en el movimiento sí desencadenarían diferencias en la interpretación: “In at least some cases, then, head-directionality appears to play a lexical disambiguation role” (Biberauer 2008), lo cual nos lleva a pensar -idea inspirada en Gallego (2010)-: ¿y si las diferencias interpretativas son mera consecuencia de las posiciones en que acaban los constituyentes – al valuar, sin más, determinados rasgos formales-?

Una primera consecuencia de esta propuesta es que dejarían de contemplarse rasgos de Foco, de Tópico⁵¹; una segunda, más abarcadora, es que se perdería la distinción entre movimiento A y A', y un sólo tipo de movimiento, en un sistema computacional menos inteligente, sería, junto con la estructura resultante, el único desencadenante de la semántica; pero una tercera, la consecuencia más básica a la vez que chocante, sería que, si aceptamos la variación sintáctica -denegando la existencia del movimiento encubierto-, tenemos que aceptar la variación estructural, y si, por lo tanto, la estructura determina la semántica, tenemos que contravenir la idea inicial del punto 3.3 de que todas las lenguas tienen exactamente el mismo potencial expresivo -aunque las diferencias sean mínimas-.

3.3.2 Cambio en el punto de *transfer*

Pese a lo visos de refundición de la teoría de la variación en el punto de *transfer* con las expuestas hasta el momento -*move-F* y eliminación de rasgos fuertes-, repárese en que, en contraste con *move-F*, todos los rasgos se mueven a una con el elemento a que pertenecen; y en que -he aquí la piedra de toque- si en parte de la teoría de eliminación de rasgos –llamáranse fuertes o no interpretables.- lo que variaba era el momento en que tenía el lugar el movimiento, lo que ahora cambia es el momento en que se transfiere la estructura.

Este último matiz, que parecería casi irrelevante, es esencial cuando concebimos las derivaciones sintácticas como una sucesión de múltiples ciclos, porque quienes los marcan son

51 Tengamos en cuenta el apunte de Chomsky (2001) sobre el object shift:

"Consider first the semantic properties Int of the object Obj that undergoes OS (see (54a)). Sometimes the operation is describe as driven by these properties of Obj. Perhaps by features of Obj that bear the interpretation Int. That is a questionable formulation, however. A "dumb" computational system shouldn't have acces to considerations of that kind, typically involving discourse situations and the like." (Chomsky 2001)

justamente los puntos de transferencia. En consecuencia, estamos admitiendo que el tamaño de esos ciclos es variable, y que de lo mismo van a emerger, translingüísticamente, distintos efectos sintácticos que podrían explicar algunos fenómenos de variación o parámetros -o hacerlo en su totalidad, véase el anexo 1-.

Ahora bien, para ello, primeramente hay que dar con qué determina el tamaño de los ciclos. Recuperando la teoría de las fases de la que se ha ofrecido una sutil pincelada, ¿qué mejor candidato -por ahora, luego surgirá otro en el anexo 2- que los rasgos no interpretables de los ILs?

Basándome en Gallego (2007, 2010), postularé que, si aceptamos variación en el léxico presintáctico, deben ser los rasgos no interpretables los que determinan las fases -más técnicamente, su valuación-; que las fases no son estáticas, sino que su tamaño obedece a la selección que de tales rasgos hagan los ILs de cada lengua-I; y que de ello se van a seguir las diferencias en el movimiento que, a su vez, darán lugar a la variación lingüística.

Para evitar cabos sueltos, y firmemente acuciado por las palabras de Chomsky (2007), defenderé, en total concordancia con el *modus operandi* del PM, que si la teoría de fases resulta correcta y los movimientos parecen darse a la posición que estas habilitan en el borde, la hipótesis nula -y que, por ser la que se ajusta al criterio de necesidad conceptual virtual, debería resultar favorecida- es que toda operación sintáctica, fuera del ME, se da únicamente desencadenada por el núcleo de fase -incluido, veremos cómo, el MI-.

Para todo ello, va a ser imperativo precisar teóricamente algunas cuestiones: qué entender por léxico; dónde situar la morfología; cómo el uno y la otra pueden influir en la sintaxis; cuál es el verdadero disparador del movimiento; cómo funcionan las fases, etc. Es por esta razón que detengo el asunto aquí, para, una vez esbozada atropelladamente la teoría, abordar estos asuntos uno a uno y con más detalle.

3.3.3 Conclusión

En suma, no creo en el movimiento encubierto. Cuando hablamos, pues, de variación, sería más exacto -hasta que se resuelva definitivamente la pregunta de si todo cambio estructural comporta uno interpretativo, y si en verdad el potencial expresivo de todas las lenguas es idéntico- hablar de uniformidad estructural que sólo varíe morfológicamente en un estadio postsintáctico -tradicionalmente, nanoparámetros, etiqueta que rehúso por razones que se harán evidentes más adelante-, o bien de verdaderas diferencias estructurales entre las lenguas, un tipo de variación al que, a partir de ahora, llamaré variación lexicosintáctica -aunque lo que tradicionalmente han sido

microparámetros no se han comprendido de esta manera, creo que la que apunto es la única vía por la que tiene sentido seguir desarrollando la teoría-

La variación postsintáctica, en definitiva, ya no parece poder seguir buscando apoyo en la uniformidad de la LF basándose en pruebas empíricas o estructurales, a menos que se deseche la FF como receptora continua de estructura o la teoría de fases -en el sentido de que van mapeando cíclicamente la derivación a todos los sistemas de la FLA por igual- sea reajustada. Esto, sin embargo, chocaría con un contraargumento: los patrones entonativos, que, en cierta medida, han de asociarse ineludiblemente con el sistema SM, parecen depender de las fases -anexo 1-.

La variación postsintáctica sólo puede mantenerse si, con independencia de la morfofonología de las expresiones, su interpretación semántica es idéntica translingüísticamente; lo cual haría más creíble, aunque no irrefutable, que las diferencias se introduzcan en el proceso de externalización, esto es, después de la computación sintáctica.

Creo que si esto se confirmara, sería un argumento poderoso contra la variación lexicosintáctica. Si, por el contrario, se confirmara que la semántica de las derivaciones es variable entre lenguas, no sé hasta qué punto tendría sentido sostener la existencia de una estructura de fondo idéntica. Hasta que la cuestión se resuelva -si se ha resuelto ya no he encontrado en mis lecturas nada que me haya parecido irrefutable-, la variación lexicosintáctica sí recibe el apoyo más evidente de los datos empíricos y parece ofrecer un sistema más sencillo, en el sentido de que tiene menos complejidades.

Esta última afirmación podría causar no poca perplejidad: nada más sencillo que una sintaxis uniforme. Con todo, el precio a que se ha conseguido tal uniformidad es altísimo: se ha descargado la variación -un componente monstruoso para con esta teoría- en un nivel postsintáctico, con la sensación de que podemos sacudirnos las manos con un par de palmadas en celebración del éxito teórico: para la nanosintaxis -anexo 2-, por ejemplo, el sintactista sólo tendrá por delante un proyecto cartográfico que, una vez resuelto, vendrá a completar la visión de cómo computa el hombre la sintaxis/el pensamiento. Quien no se va a sacudir el trabajo de encima tan fácilmente es el morfológico -hasta hace nada considerado, por algunos, lo mismo que un sintactista; hoy, para otros, tan distinto-; a ver cómo explica el movimiento, algo que con la intervención de la sintaxis parece más o menos comprensible, sin esa misma intervención. No obstante, los trabajos en la línea bilingüística de Boeckx me parecen de mucho mayor calado y tanto más prometedores, por lo que en el anexo 2 van a merecer un espacio destacado.

3.4 Nuevo Locus

3.4.1 Introducción

Recapitemos: el reconsiderar las teorías de la variación lingüística desde el PM nos provee sobradamente de argumentos contra la concepción de los parámetros de PyP. Hemos sido testigos de cómo el primer factor podría jugar, aunque decisivo, un papel mucho menor del que se creía en el lenguaje; de cómo poner el acento en el tercer factor aumenta, más si cabe, la universalidad de la FL, tanto más cuanto son principalmente condiciones de buen diseño, y para nada privativas de un módulo cerebral específico, las que modelan el desarrollo de las lenguas-I; y, además, hemos atestado cómo la máxima de simplificación del PM ha llevado la teoría más allá de la adecuación explicativa, causándonos la impresión de que -en conformidad con Boeckx (2006)- la FL no podría haber sido de otra manera, y de que, al igual que si tocáramos lo más mínimo de la teoría toda se nos vendría abajo, ha sido una sucesión de detalles mínimos la que ha conducido inexorablemente a que hoy pueda estar redactando el trabajo haciendo uso de una lengua -la mía-.

Hemos visto, pues, que al acotar lo universal de la FL hemos fijado al mismo tiempo los límites de la variación lingüística, y que, poco a poco, esta se nos queda sin espacio. Los principios tanto del primer como del tercer factor se han revelado, no sólo escasos, sino invariables, de modo que los parámetros no pueden, de acuerdo con la versión más clásica de PyP, seguir asociándose a ellos. No obstante, hemos discutido -3.2- que la total inflexibilidad de los principios seguía dejando abierta la puerta a la variación dentro de la sintaxis -como ya apuntábamos en el tema 2-, en el sentido de que las estructuras generadas por toda lengua-I no son idénticas, y, por consiguiente, tampoco lo son las lenguas.

Esta última no es la conclusión a que llegan los más acérrimos defensores de la uniformidad translingüística, e, incapaz de resolver los claroscuros que se desprenden de las teorías que les son más afines -de lo cual el punto 3.3 es sólo una pincelada-, me veo empujado, por rigor científico, a considerar que la variación podría generarse fuera de la sintaxis.

Se nos van perfilando, en suma, dos tipos de variación: la de tipo lexicosintáctico y la de tipo postsintáctico; y, en relación con ambos tipos, ha sido inevitable que fueran asomando, aquí y allá, alusiones a la morfología, el léxico, y los rasgos, tanto que el lector no se extrañará cuando afirme que ellos van a protagonizar la materia de este apartado y, por lo tanto, van a erigirse en el principal locus/causante de la variación.

Algo que, empero, sí puede causar no poco recelo es que, a pesar de que todo va apuntando a un origen común de la variación translingüística, las teorías que actualmente rivalizan al respecto son,

hasta cierto punto, opuestas: uno de los dos propósitos de este apartado es llevar a cabo las precisiones oportunas para aclarar ese punto. Explicaré que esos dos tipos de variación dependen del léxico, pero que su ubicación y naturaleza son distintas según cada teoría: para la variación en la externalización, un léxico universal y prelingüístico alimentaría la derivación en una suerte de lenguaje del pensamiento, y las variaciones serían sólo fruto de cómo la morfología -el léxico adquirido- de una lengua refleja tal estructura; podríamos decir, con más o menos vaguedad, que hay dos los lexicones. La variación lexicosintáctica, en cambio, se debería a las diferencias de un léxico presintáctico -y también universal en la medida en que haría una selección de rasgos dispuestos universalmente por la GU (Gallego en Boeckx (2011))- que alimentaría la derivación, por lo que la variación entre lenguas sería variación estructural, muy posiblemente con diferencias semánticas.

Otro objetivo de la sección es defender que el nuevo locus de la variación no es una arbitrariedad perpetrada por los sintactistas, sino que tanto desde un punto de vista estrictamente teórico como desde otro más “empírico”, llamémoslo así, todo parece apuntar a que en el léxico se halla el desencadenante de la variación lingüística. Como teoría y praxis, si procedemos adecuadamente, van de la mano, sería un feliz resultado que el doble enfoque casara: veamos si esto cumple.

3.4.2 La sintaxis no se adquiere; reformulación del segundo factor

Si ni el primer ni el tercer factor parecen susceptibles de albergar variación alguna en sus principios⁵², el segundo factor pasa forzosa e inmediatamente, de aspirante, a desencadenante de la variación en el desarrollo/adquisición de la lengua-I. Afirmar tal cosa, tras tanta discusión -aunque insinuada ya al comienzo del capítulo 2-, puede rayar en la perogrullada, pero si algo nos ha enseñado el PM es que a mayor simplicidad, mejor teoría. Además, puede que tanto correr tinta para llegar hasta aquí ponga de manifiesto algo: que esta evidencia, en su interpretación más pura, no se tuvo tan clara en PyP.

Es palmario que sin haber experiencia lingüística no habría lugar a la variación, porque -a despecho de desconocer casi por completo los trastornos que pueda originar la privación de ese input- ni siquiera habría un desarrollo normal de la FL -hipótesis que con el tiempo empiezo a cuestionarme-. Ahora, ¿por qué contaminar los principios de la FL, a saber, el primer y el tercer

⁵² Evidentemente, desde el punto de vista biológico más estricto el cerebro varía de persona a persona, pero los principios que lo rigen no tienen por qué.

factor, con el segundo? Esto que, vista la condición invariable e inherente de la dotación genética y las condiciones de buen diseño de la FL, parece un absurdo, es lo que hacía, según cómo se mire, PyP: la sintaxis funcionaba de acuerdo con lo que el aprendiente escuchara los primeros meses o años de vida, puesto que un parámetro clásico, una vez fijado, no sería ni sino un principio más. En otras palabras, el componente universal de la FL, a pesar de las apariencias, no sería tan universal: de hecho, se concebía diseñado para variar de individuo a individuo.

De esta manera, aun achacando al segundo factor la primera causa de la variación -en los principios-, lo que verdaderamente estaba generando variación translingüística en las estructuras que generase cada hablante eran los mismos principios(/parámetros fijados) -el primer y el tercer factor-. Es, pues, por esta razón que creo necesario precisar teóricamente que la variación lingüística debe buscarse en el segundo factor, y sólo en él, entendido, quizás, en un sentido ligeramente más amplio del que le hemos dado.

Hasta ahora, hemos concebido el segundo factor como la experiencia lingüística de cada hablante y uno, automáticamente, lo enfoca desde el punto de vista del aprendiente y del input que este recibe, gracias al cual puede adquirir/desarrollar la lengua-I. ¿Qué nos impide, sin embargo, virar el enfoque y situarnos en la posición de quien produce esa experiencia lingüística? Es decir, podemos considerar que el segundo factor es también el rendimiento de la FL y, a mi juicio, nos estaríamos alejando bien poco de la concepción inicial.

De resultas de esta precisión teórica, podemos no sólo considerar el segundo factor el desencadenante de la variación lingüística, sino el locus mismo de la variación: el primer y el tercer factor van a operar de forma idéntica para toda lengua-I; será sólo que, entre ellos o con posterioridad a su funcionamiento, algo se va a interponer provocando que la producción varíe de hablante a hablante.

Podría parecer que estoy disociando por completo la sintaxis, el funcionamiento de la FL y del sistema computacional, de la adquisición de la lengua: en efecto, eso es por lo que abogo. Si la FL opera de acuerdo con los principios del primer y del tercer factor, y estos son, como mínimo, inherentes al hombre, no tiene sentido seguir pensando que la sintaxis se adquiere con la lengua porque, de hecho, es prelingüística. Al nacer ya contamos con la predisposición genética para desarrollar E_L ; con la facultad de combinar conceptos por *merge* e interpretarlos; ya tenemos -codificada en nuestros genes o impuesta por condicionantes del mundo natural- la configuración predeterminada conforme a la cual se relacionarán los módulos cerebrales, etc. En consecuencia, la FLE y la FLA, al margen de que la FL pueda ser un órgano que necesite, como cualquier otro del cuerpo, de maduración en el sentido biológico más estricto, sólo están faltas de, como mucho, esos “materiales” con que establecer la conexión entre sí y poner en funcionamiento la FL de tal forma

que el rendimiento⁵³ venga a ser, en el estadio final del proceso -sea cual sea-, distinto.

Ese vacío entre FLE y FLA es el que va a ocupar lo que aporte el segundo factor al desarrollo de la lengua-I. ¿Qué hemos dejado a la experiencia lingüística? Evidentemente, poco. De nuevo, en la simplicidad estriba la belleza que, de acuerdo con presupuestos a la vanguardia de la ciencia, define el mundo y ha de embeber la teoría con que vemos de explicarlo: palabras, léxico, morfología, nada más y nada menos que eso. Y he aquí el quid: el léxico es, sin discusión, algo que varía translingüísticamente, y lo que el hablante ignora con antelación a la experiencia lingüística; adoptemos, pues, el *Galilean style* -Boeckx (2006)- que guía la manera de hacer minimista y apostemos por la hipótesis nula: el léxico es lo único que adquiere el aprendiente y de su variación, y sólo de ella, nace la variación lingüística.

Esta idea, bien que algo extraña a PyP, es la que más concuerda con el PM, y ya se apuntaba en Chomsky (1995:131): si los parámetros se relacionan sólo con el lexicón y no con el sistema computacional, podemos entender que los parámetros se relacionan sólo a propiedades del mismo y

“If this proposal can be maintained in a natural form, there is only one human language, apart from the lexicon, and language acquisition is in essence a matter of determining lexical idiosyncrasies.”

La conclusión a la que, desde un enfoque más “práctico”, acaba de conducirnos la lógica es, en verdad, la única que habilitaba el desarrollo teórico del PM: la arquitectura de la FL había quedado reducida a un sistema computacional que se relacionaba con sistemas independientes y prelingüísticos, y a un lexicón. Los parámetros, desplazados de los principios, o bien “are located in the Lexicon or they are located at one of the interfaces [PF and LF]”, afirma Biberauer (2008). Así pues, antes de convenir en que el lexicón -y las producciones- es el locus de la variación, contemplemos la posibilidad de que los parámetros se hallen en las interfaces.

La FF y la LF suelen entenderse como puntos de la derivación en que los sistemas de la FLA imponen “condiciones de legibilidad sobre las representaciones lingüísticas” -Eugeren y Fernández (2004:242)-. Así, de acuerdo con estos autores -y gran parte de la tradición-, serían puntos en que la derivación habría de converger, de forma que, cumpliendo con el PIP, a cada sistema sólo le llegaran rasgos que pudiera interpretar: semánticos al CI -pasando por LF-, y fonéticos al SM -pasando por FF-. Además:

“requieren [...] que los segmentos fónicos estén ordenados temporalmente [en FF] [...] [y que las representaciones de LF] contengan estructuras predicado-argumento o estructuras

53 No en el sentido de eficiencia, sino de puesta en funcionamiento, acción.

operador-variable” (Eguren y Soriano 2004:242)

Localizar la variación en las interfaces, por lo tanto, parece inviable, puesto que las exigencias de linearización -siendo la producción un fenómeno físico que implica linearización y tiempo-, por ejemplo, no pueden ser distintas para el sistema SM de un hablante de chino, de las que imponga el mismo sistema a un hablante de español, derivándose, de ese desajuste, el orden de constituyentes característico de sus lenguas. Pero esta teoría tiene un problema aun mayor, y es que, como apunté en el punto 3.3.1, podemos prescindir de LF y FF.

Boeckx (2010/en progreso) -anexo 2- postula que bastaría una asimetría generada por la dinámica del mismo sistema computacional para que los sistemas externos interpretaran la estructura que les llega por medio de la transferencia. Así pues, bastaría que la estructura no fuera ambigua para que el sistema SM pudiera linearizar correctamente los elementos; de la misma forma que el sistema CI podría deducir las relaciones de predicado-argumento a partir de las asimetrías en la jerarquía -lo que ya se defiende desde Hale y Marantz (1993) y contemplan Boeckx (2008b, 2010/en progreso) y Gallego (2010)-. Además, la operación de eliminar rasgos no interpretables de camino a los sistemas podría venir dada por la misma operación de *transfer* -anexo 1-.

Si, por lo tanto, podemos prescindir de esos niveles de representación considerando que los mismos sistemas, con la cooperación de la transferencia, pueden filtrar las derivaciones convergentes y no ambiguas; y que las derivaciones agramaticales pueden ser filtradas por ejemplo, en obediencia a principios del tercer factor -en caso de violaciones de la minimalidad, etc-, no podemos seguir relacionando el locus de la variación con FF ni FL porque, simplemente, no hay motivos que obliguen a pensar que existan.

Ahora bien, creo que a esta posibilidad subyace una idea atinada, y es que las desigualdades en las derivaciones tienen que ser fruto de diferencias, como señala Mendivil (2008), de ajuste entre los sistemas de la FLE y la FLA. Por eso, siguiendo a tal autor y en connivencia con cuanto he defendido hasta ahora, creo que la interfaz más apropiada y natural es el léxico mismo: es lo mínimo con lo que tenemos que aceptar que trabaja la FLE y lo mínimo que debe llegar a la FLA, y, por ahora, no parece hacer falta nada más.

3.4.3 La desaparición de los parámetros y el objeto de estudio del generativista

En definitiva, acabamos de ver cómo desde un enfoque estrictamente teórico llegamos al mismo resultado: el desencadenante de la variación, y por lo tanto, los parámetros, no puede estar más que

en el léxico o segundo factor. La variación se relaciona con el sistema computacional sólo en la medida en que las diferencias translingüísticas se hallan en las estructuras que origina la interacción del primer y el tercer factor con el léxico, pero, a priori, esto no implica que exista variación en absoluto en los principios -en verdad, no puede haberla si queremos seguir consideráolos como tales-.

Al lector no le habrá pasado por alto que nos referimos cada vez más a variación en el léxico y a variación en el segundo factor, entendido en tanto que rendimiento lingüístico, mientras que aludimos cada vez menos a los “parámetros”. Asimismo, la variación vamos localizándola en aquello cuya existencia no puede quedar en entredicho: el léxico y las frases que computamos; los parámetros, sin embargo, van tornándose algo intangible, como señalábamos en la introducción al principio del capítulo 2.

Y es que, si seguimos los postulados de la gramática generativa: las lenguas son objetos del mundo natural como cualquier otro -y, en consecuencia, deben ser estudiadas con la misma metodología científica, etc.-, deberíamos ser capaces de localizar los parámetros en ese mundo. Ahora, ¿realmente podemos hacerlo?

El léxico, ciertamente, ha de estar implementado en el tejido neuronal de forma que dispongamos de él a la hora de interpretarlo y usarlo; las construcciones sintácticas, en tanto que producciones del componente computacional, pueden parecer efímeras, pero, ora concebidas como una sucesión de impulsos en el tejido cerebral, ora como algunas reacciones químicas que, algunas veces, acaban desencadenando ondas sonoras; hay que admitir que existen. El más reactivo que eche, si quiere, mano de Descartes: “las pensamos, luego existen”, y eso debería persuadirnos. Léxico y construcciones, en fin, se encuentran en el mundo natural.

A estas alturas, la tentación más inmediata podría ser: si el léxico y las construcciones existen, y la variación está en ellos, la variación existe con entidad real. Este, creo, es el malentendido. ¿Qué es la variación, más allá de una “relación intelectual”? ¿Qué son los parámetros, sino puntos de variación conceptualizados por el lingüista?

Es cierto que comparando el E_L o el léxico entre hablantes, va a haber diferencias; es cierto que sus construcciones o lo que recibimos de ellas por medio del sistema SM -tenemos constancia en el día a día- diferirán entre sí, pese a que la semántica que transmitan parezca ser, o sea, una misma; no obstante, la existencia del léxico en sí, de las producciones en sí, es totalmente independiente del análisis que podamos extraer de su comparación y, en sí mismos, no llevan componente alguno de variación. Léxico y construcciones están, por ende, exentos de lo que llamamos parámetros⁵⁴: los parámetros sólo emergen de la comparación entre lenguas-I -incluso si comparamos biológicamente

54 Ahroa no sirve hacer mal uso de descartes y decir que como la piensas existe, porque lo que existe sólo es la idea.

dos lenguas-I, las diferencias serán sólo algo relacional y artificial-.

Esto que puede parecer una trampa dialéctica de poca monta es, creo, rigurosísimo. Pensemos, si no, en la posibilidad de que se extinguiera toda la humanidad salvo un único superviviente -que tuviera desarrollada la FL-. Si el léxico o las producciones contuvieran parámetros, y estuvieran ahí bajo cualquier circunstancia, debería seguir pareciendo coherente hablar de los parámetros de ese último hombre; tendría, ¿sin embargo, algún sentido? Creo que ninguno, y creo, en fin, que si no podemos localizar los parámetros en el mundo natural como puntos de variación es que, simplemente, no existen.

Ahora bien, ¿exime esto al generativista de estudiar la variación lingüística? Metodológicamente es de gran utilidad, tal vez la única posibilidad de que las investigaciones sean fructuosas, el someter a análisis la variación translingüística para fijar con exactitud cuáles son los límites o el poder de los principios universales, pero, hoy por hoy, el sintactista no debería perder nunca de vista que hacia donde van encaminados sus esfuerzos es sólo a averiguar cómo interactúa cada FL con su léxico y, por ende, lo universal de su funcionamiento -incluso aunque de ello se derive variación en el segundo factor-. Como decía en el punto 3.3 sobre las fórmulas matemáticas con que pretendemos dar cuenta de cómo actúan las fuerzas naturales -gravedad, resistencia...-, si el científico logra el análisis correcto de lo universal, va a ser capaz de predecir lo que, sólo desde un punto de vista relacional, varía.

Conscientes de que, aunque relevante, sólo hemos fijado un punto de partida, el próximo paso que debemos dar es preguntarnos por la naturaleza misma del lexicón; por cuánto margen de variación le atribuimos; y cómo esto puede afectar a la sintaxis, algo cuyo funcionamiento es universal pero que parece estar generando objetos diversos.

Para ello hemos visto que merece la pena explorar dos vías: pese a que el desencadenante y la variación misma parecen establecerse, con bastante consenso, en el léxico, surge una dicotomía teórica clarísima por lo que hace a la variación. Con ser siempre invariables los principios, podemos considerar que la variación en el lexicón implica variación sintáctica o estructural; o bien, podemos creer que las estructuras sintácticas son del todo inmunes a la variación en el lexicón. Según algunos lingüistas, contradecir esto último supondría violar los principios.

Esto plantea dos preguntas: ¿Cómo, partiendo del lexicón como punto de variación, hacemos que afecte de forma distinta a las derivaciones? ¿Cómo hacemos que la variación sintáctica, a pesar de las matizaciones del punto 3.2, sea considerada variación en los principios? Las respuestas van a ser bien sencillas -por mucho tiempo que me haya llevado dar con ellas-, tal vez tanto como demanda el PM.

La respuesta a la primera pregunta es que basta variar el locus del lexicón: si queremos que la

variación no entre a formar parte del proceso computacional, simplemente, posterguemos su entrada a un estadio posterior; si queremos que en la derivación tenga cabida lo variable, baste hacer que un léxico variable entre en juego en el proceso derivativo.

Sin embargo, atrasar la intervención del léxico a un estadio posterior a la interacción entre FLE y FLA nos deja un vacío: estas no tienen con qué comunicarse, mientras que el lexicón parecía el mejor candidato, si no el único. Solución: hay otro lexicón invariable, universal e independiente del que adquirimos, y es con este que verdaderamente opera la sintaxis; el componente variable, hablando en plata, llega tarde.

Si creemos firmemente en esta última posibilidad, y si consideramos que los principios no son más que el componente invariable del lenguaje, la segunda pregunta se responde por sí misma: variar el léxico implicaría violar una suerte de principios -rescatemos la idea de “nor are they affected by lexical parameters”- porque el lexicón presintáctico sería también universal. Fortaleciendo o ampliando, en fin, el componente inmutable del lenguaje, la variación no tiene cabida y prevenimos que el funcionamiento varíe.

3.5 Conclusión

El progreso a que nos han empujado las directrices que marcan la investigación dentro del PM es notable: hemos sido desengañados de varios malentendidos, tanto por lo que hace a lo variable como a lo invariable del lenguaje según PyP, y, desnudándose progresivamente de artificios vacuos, el panorama teórico se ofrece mucho más claro al lingüista.

La sensación de que uno se acerca a lo más básico, a lo esencial de cada cuestión, promete la apertura de vías de investigación que, tras haber dado algún que otro rodeo, parecen mejor encaminadas a desentrañar la realidad de la FL. Con todo, las ideas más simples no llegan al teórico con la sencillez que les es propia, y, por lo visto, suele ser necesario empaparse del trabajo de muchos otros para poder darle a la ciencia un pequeñísimo, pero siempre significativo, empuje.

Ese pequeño paso adelante nos pone ante una bifurcación del camino. Bien que bastante libres de la mucha maleza que nos rodeaba en PyP, siguen presentándose dos posibilidades: o variación sintáctica, o variación postsintáctica. En cada una de las direcciones la luz sigue siendo limitada, pero sí se ofrece a la vista una evidencia que debe marcarnos el norte: los parámetros, lejos de afectar a lo universal del lenguaje, son sólo una “relación intelectual” entre los resultados varios que producen las lenguas-I; sólo necesitamos, como sintactistas, acabar de fijar hasta dónde llega y cómo se relaciona con el léxico lo universal de esas lenguas. Dependiendo de hasta qué punto lo

estiremos, determinada opción teórica ganará mayor peso; la variación, en cuanto estemos seguros de cuál el margen su de actuación, se explicará por sí misma.

Como ya notaba Chomsky (1986), no existe investigación sin idealización del objeto de estudio. De ello emerge, de continuo, la tensión entre aquello que sería el objeto ideal y lo que ofrecen los datos; sin embargo, a medida que vamos conciliando tales opuestos y avanzamos en el conocimiento del lenguaje, la FL parece acercarse, y mucho, al sistema perfectamente diseñado que pudiéramos concebir de entrada.

Esta perfección es la que presupone la TMF: el lenguaje es la conexión óptima entre los sistemas CI y SM. Si bien, más adelante, será una cuestión en que entre con mayor detalle, creo que tras la variación lexicosintáctica subyace, en última instancia, una firmísima creencia en la TMF; y, por el contrario, la nanovariación descansa sobre una reformulación de la TMF, que, pese a no haberse explicitado suficientemente, vendría a ser algo como:

Segunda Tesis Minimista Fuerte (STMF):

El lenguaje es la conexión óptima entre el sistema computacional y el sistema CI.

Creando en la TMF a pies juntillas, y sabiendo que la FL está obligada a operar con ILs, lo ideal sería que esas piezas contuvieran en sí, al menos, tanto los rasgos fonéticos como los semánticos. De esta forma, el sistema computacional generaría objetos sintácticos que, llegado el punto de *transfer*, pudieran ser enviados por igual a cada sistema, y ser, por ende, interpretados en el SM y en el CI sin recurrir a ningún otro paso adicional. Así, cualquier paso a caballo entre la computación sintáctica y la externalización de la estructura a través del sistema SM supondría desviarnos, de forma innecesaria, de la TMF -y supondría una de las redundancias que, desde sus orígenes, ha buscado eliminar el generativismo, en aras de acrecentar el poder explicativo de la teoría-.

A la par de la optimidad en el diseño del sistema, esta teoría optimiza la adquisición del léxico y aumenta el peso que juegan este y el segundo factor en el desarrollo de la FL. Si tenemos en cuenta que los ILs estarían formados por rasgos fonéticos, semánticos y formales, y que esta es la naturaleza de los ILs que se adquieren durante el proceso de adquisición de la lengua -pues, además de oírlos, su morfología casa perfectamente con valores semánticos y formales-, no hay por qué suponer la existencia de ningún otro lexicón aparte -defenderlo nos haría incurrir por vez segunda en un sistema redundante-, y el mismo léxico que se adquiere es el que pone en uso el sistema computacional.

Esta teoría, que desarrollaré en el anexo 1, permite seguir explotando la de fases -sin ser esto un argumento en pro de su desarrollo, las concordancias posibles con una teoría que parece acertada es, como mínimo, algo atractivo al teórico-, y permite hacer del sistema computacional algo bastante ajeno, en su funcionamiento, a la semántica y a la fonética de las expresiones: si la sintaxis fuera sensible sólo a los rasgos formales, las interpretaciones correspondientes se seguirían, sin más, de la estructura generada por *merge* -efectivamente, en el anexo 1 analizaré cómo la valuación de rasgos formales desemboca en fases que a su vez lo hacen en efectos interpretativos en los sistemas- y la teoría ganaría en poder explicativo en la medida que ganase en simplicidad.

No obstante, está cobrando cada vez más fuerza la que yo formulo como STMF y la idea, por consiguiente, de que debemos pensar en el lenguaje en términos de lenguaje del pensamiento y como en algo cuya conexión con el sistema SM, pese a las apariencias, es del todo accesoria. Es pues, evidente, que esta teoría -anexo 2- se aleja de la TMF; ahora, no caigamos en malentendidos, pues la FL, de acuerdo con la STMF, sigue estableciendo una conexión óptima entre la FLE y un sistema FLA.

Si, por lo tanto, la conexión con el sistema SM es opcional, la externalización no forma parte del proceso de derivación; si, además, los ILs con que opera la FLE son ajenos a los rasgos fonéticos, y si todos los hombres piensan igual, es lógico pensar que el léxico que usa la FLE es también un léxico universal, una suerte de principios como comentábamos al final del punto 3.4.

De esta manera, lo que parecían dos simplificaciones se hacen al coste, después de todo, de encarecer la complejidad del diseño: hay que postular la existencia de un componente morfológico y postsintáctico que se ocupe de la externalización; hay que defender, aparte del léxico universal, un segundo lexicón, que es el que usamos oralmente y con el que trabajará el componente morfológico adicional que acabamos de introducir.

Es cierto que así se reduce el papel que juegan el léxico y el segundo factor en el desarrollo y uso de la facultad del lenguaje: de hecho, es como afirmar que no hay proceso alguno de adquisición de lengua-I, pero no se reduce apenas la tarea de la adquisición en sí -sino que, más bien, se cambia el ámbito hacia el componente morfológico-.

La variación postsintáctica y la STMF reciben apoyo teórico de la asimetría que parece haberse detectado recientemente en la conexión entre FLE y CI y SM, y protagoniza la hipótesis nula y más radical de la variación en el léxico y el segundo factor, según la cual sólo estos variarían. Se enfrenta, empero, a un problema mayúsculo: explicar el movimiento, que, de acuerdo con la EMI, yo voy a desechar en el componente morfológico.

Como anticipan estas reflexiones, van a ser unos cuantos los puntos que esclarecer, pero, tras haber apuntado cada teoría, creo que la respuesta final a cuál es la acertada podría ser bien sencilla.

La concepción del léxico es clave para ambas teorías. ¿Qué nos puede dar una respuesta definitiva? Los trastornos del habla cuando estamos privados del léxico. ¿Por qué? Si alguien que no adquiere el léxico no computa la información igual que alguien que ha adquirido normalmente una lengua, tiene sentido pensar que el papel del léxico es crucial para poner en funcionamiento el pensamiento mismo y alimenta, por lo tanto, la derivación. Si, a pesar de no haber recibido ningún input, el pensamiento de esa persona opera igual que el de alguien privado de habla, la adquisición del léxico se mostrará casi irrelevante y cobrará fuerza la hipótesis de que la variación es sólo un asunto postsintáctico, porque el léxico adquirido no afecta al pensamiento.

4. Conclusión: no sabemos bastante de lo universal. Un punto y seguido

Si hay algo que los capítulos precedentes han puesto de manifiesto es que: (1) a despecho del profuso trabajo comparativo realizado en las últimas décadas, apenas empezamos a comprender la naturaleza de la variación lingüística, (2) sobre todo porque a duras penas entendíamos cómo es lo universal de las lenguas. En otras palabras, de Principios y Parámetros han fracasado los dos miembros del binomio, y no sólo el segundo.

Primero descubrimos que, aumentando el poder de los principios, las lenguas no necesitaban de la sobreespecificación paramétrica; con ello, sin embargo, lo que una vez concebimos como opciones predefinidas, se iba diluyendo. Luego tuvimos en cuenta la estadística, para aprender que las generalizaciones son poco más que una herramienta descriptiva: la cantidad de lenguas inarmónicas revelaba que la variación superaba en riqueza y atonicidad nuestras previsiones. Conscientes de lo estipulativo de distinguir entre variación de primer y de segundo orden, y de lo teóricamente pernicioso que era abrir para esta última un espacio periférico poco definido, consideramos que la interacción entre fenómenos de variación podría ser menos rígida y, al mismo tiempo, más intrincada. Esto nos condujo a la apreciación de cómo el agostamiento teórico de los macroparámetros hacía imperativo volver sobre teorías de la adquisición con tal de no perder la adecuación explicativa que el modelo pudo aportarnos en origen. De esta forma, podíamos llegar a la conclusión, cerrando el capítulo segundo, de que el modelo macroparamétrico, más que desentrañar cómo era la variación, nos había mostrado cómo no podía ser.

Esta última apreciación ha cobrado fuerza con la irrupción del minimismo en la discusión: si hasta ahora intuíamos cuán desencaminados íbamos incluso en la explicación variación lingüística, el PM nos ha mostrado que ello no podía ser de otra manera debido a cómo de errados andábamos también en la concepción de lo universal del lenguaje. Ha sido entonces cuando, a la vista de que el margen de actuación de la variación es mucho más reducido, hemos podido empezar a acotarla a lo que, por fuerza, tenía que variar: el léxico. No obstante, hemos vislumbrado dos posibles locus para el léxico adquirido: uno presintáctico y otro postsintáctico; de lo cuales hemos seguido, asimismo, dos tipos de variación, respectivamente: la lexicosintáctica -variación estructural- y la postsintáctica -variación morfológica sobre una estructura idéntica de fondo-. Aunque una y otra son vías por explorar, en todo caso se ha dado un paso hacia adelante significativo al renunciar por entero a los parámetros -por ser, tengo el convencimiento, una pura relación intelectual-: podemos, por consiguiente, empezar a hacer uso de la variación aparente no para explicar la variación por la

variación, sino para explicar lo universal del lenguaje -cómo interactúa la sintaxis con los ILs, cuál es la naturaleza de los mismos, cómo de sensible es la sintaxis a ellos, etc.-.

Llegado este punto, en que uno no puede darse por satisfecho, se ofrecen dos opciones: ora comenzar a conciliar los datos -algunos nuevos- y los análisis anteriores con la variación que observemos en los rasgos; ora seguir desarrollando el aspecto teórico y profundizar, antes que nada, en la comprensión del funcionamiento de la FL -si, entre otras razones, confiamos en que, logrado esto, la variación se va a explicar por sí misma-.

A mi juicio, tomar el primer camino me acercaría al estudio microparamétrico, y al igual que sucediera a los devotos del macroparámetro, llegaría a esa vía muerta donde la descripción va ganándole el terreno a la explicación porque la base teórica sigue sin estar suficientemente restringida. No estoy afirmando que se tratara de un trabajo baldío, sólo expreso que sostener -por descontado, simplifico excesiva e injustamente- que en determinada lengua un OS se desplaza por la presencia de un rasgo X no conformaría al minimista incipiente que hay en mí.

Así las cosas, prefiero tomarme en serio la lección del fracaso del modelo paramétrico: no sabemos suficiente de lo universal, y dar principio a la investigación para la que, en definitiva, me ha servido este trabajo: el análisis teórico de la variación lexicosintáctica -anexo 1- y el de la variación postsintáctica -anexo 2- con miras a descubrir lo invariable.

5. Anexo 1: Variación lexicosintáctica

5.1 El lexicón

Hasta ahora hemos hecho poco más que ubicar vagamente el desencadenante de la variación lingüística en el lexicón. Vamos, pues, a intentar acotar más y más el locus, definiendo, primeramente, cómo es el lexicón de una lengua-I, para revisar a continuación algunas asunciones que, por parecer simples, quizás se hayan tocado sólo por encima en el generativismo, y para, finalmente, poder proponer la que considere la mejor teoría.

Desde Chomsky (2000) se ha mantenido una idea bastante unitaria del lexicón, a la vez que se ha incrementado el papel que este juega tanto en el proceso de adquisición de la lengua-I, como en todas las operaciones sintácticas, desde lo universal a la variación. Esta última, en el PM, se ha analizado, con contadísimas excepciones, bajo la CBC.

Lo que parece un avance teórico incuestionable para una gran mayoría debería activar de inmediato nuestro olfato: ¿consenso en el generativismo, casi exento de debate? Parafraseando a Shakespeare, y confirmadas mis intuiciones por Boeckx (2010/en progreso): algo huele a podrido en lo que, como acuña este último, vamos a llamar lexicocentrismo.

Creo que la CBC contribuyó a la teoría cuando, enterados de que la variación superaba con creces la expectativa de los tipólogos y de que un principio, por definición, es algo inmutable, nos señaló atinadamente la dirección de buscar la causa de la variación en lo pequeño y lo variable: el léxico. No obstante, confundimos lo pequeño con lo mínimo, y nos olvidamos de dar el paso siguiente: abordar el léxico desde el minimismo.

Tengo la impresión de que, por su atractivo teórico, uno casi podía dar la CBC por válida, sin más, y emprender el estudio comparativo achacando todas las diferencias a rasgos y más rasgos, cada vez más granulados; todo sin interrogarse antes cómo es verdaderamente el lexicón, aun siendo palmario que estamos faltos de una teoría sólida sobre el léxico -véase Boeckx (2010/en progreso)-, y todo aproximando la variación a idiosincrasias de las lenguas, sin reparar, desde un punto de vista teórico, en cuánto peso estábamos descargando en sólo rasgos, ni en si no estábamos perdiendo de vista el problema lógico de la adquisición del lenguaje y el de su evolución.

Sería un malentendido colegir del párrafo anterior que descarto los rasgos como posibles desencadenantes de variación; pero sí estará conmigo quien comparta el desengaño al que me ha costado innumerables horas llegar: si algo se mueve, hay un rasgo; si algo no se mueve, falta un rasgo o hay otro de otro tipo; si algo se pronuncia, tiene unos rasgos; si no se pronuncia, tiene otros

rasgos. ¿Pero qué tipo de rasgos? ¿Qué tienen en común los unos y los otros? ¿Eso no se pronuncia o no está? ¿Qué es un rasgo? ¿Dónde ubicarlo? ¿Hasta qué punto la sintaxis es sensible al rasgo? Todo esto se ha respondido, en síntesis, con palabras como *asignar*, luego *cotejar* y luego *valuar* (un rasgo); el problema es que estos han crecido exponencialmente, culminando en proyectos cartográficos, y, mal que pese a quienes salvan lo limitado de la variación en asignarla a categorías funcionales -porque así parece que está muy restringida-, la verdad es que veo poco de irrestricto en algunos trabajos. En otras palabras, no veo la teoría suficientemente acotada para considerar que tenga verdadero poder explicativo.

Es más, también en el curso de este trabajo me está sorprendiendo algo: aun estando familiarizado con literatura sobre categorías funcionales frente a categorías léxicales, y habiéndola asumido tiempo atrás como algo firmísimo, ahora leo a Chomsky, leo a Boeckx... y la visión que ofrecen sobre el léxico ni siquiera me permite establecer una frontera clara entre ambas categorías, por no decir que estoy dejando de creer en tal distinción a nivel de rasgos.

Voy a dedicar, por lo tanto, algo de espacio a la cuestión del léxico, pero no va a ser hasta el anexo 2 que se abarquen todas las posibilidades. Aun así, creo que el procedimiento más adecuado es partir, en primer lugar, de Chomsky (2000 y ss), tratar de llevar al extremo esa línea teórica a fin de comprobar su verdadera validez y después, como los aciertos van a dejar ciertamente algún resquicio, mayor o menor, a insatisfacciones teóricas, voy a proponer en el anexo 2 posibles soluciones -que, por otro lado, seguirán dejando vacíos sin resolver-.

5.1.1 Introducción. El léxico y su irrupción en el proceso de adquisición

Siguiendo Chomsky (2000 y ss), si entendemos que el sistema computacional de una lengua, la sintaxis estricta (SE), ha de mapear construcciones tanto hacia el sistema CI como al sistema SM, parece ineludible que estas expresiones sean portadoras de, como mínimo, información de carácter semántico y fonético -no en el sentido literal de, por ejemplo, cómo mover la lengua, sino que se trataría de información apta para que cada sistema pudiera funcionar de forma independiente, hasta cierto punto, del lenguaje-. Es esta información, de momento de dos tipos -semántica y fonética-, la que, de entrada, vamos a considerar rasgos.

Estos rasgos son interpretados en los sistemas de la FLA. Si a cada uno de los sistemas sólo le llegan los rasgos que pueda “digerir” -y no aquellos incompatibles con los requisitos propios del sistema- la derivación convergerá, cumpliéndose, en consecuencia, lo que la tradición ha dado en llamar el PIP; mientras que si un sistema recibe rasgos que es incapaz de interpretar, la derivación

fracasará, en el sentido de que la expresión generada no podrá ser leída debidamente por un sistema de actuación de la mente. Antes de proseguir, cabe aclarar que la interpretabilidad de las expresiones, en un sentido técnico, es ajena a la inteligibilidad de las mismas, esto es: una frase tal que **tú ser guapo* es, apenas sin dificultad, comprensible al hablante -prueba de ello es que quienquiera que la oiga se sentirá, al instante, halagado-, pero no convergería en el sistema CI porque el SD contendría un rasgo de caso sin valor con el que, hablando en plata, el componente semántico no sabría qué hacer; por otro lado, la famosa frase de Chomsky *#las ideas verdes incoloras duermen furiosamente* satisface el PIP, al darse la circunstancia de que los sistemas de la FLA reciben sólo rasgos apropiados, bien que resultará ininteligible al hablante -puede que encontremos algún espíritu poético reacio, pero eso ya sería harina de otro costal-.

El criterio de la interpretabilidad parece, de nuevo, abrir otra dicotomía: habrá rasgos interpretables y rasgos no interpretables. Estos últimos, con conducirnos la primera impresión posiblemente en sentido contrario, estarán presentes en todos los procesos derivativos -y no sólo en los no convergentes-, lo cual puede ilustrarse fácilmente: los rasgos fonéticos no son interpretables en el sistema CI, al igual que, a la inversa, los rasgos semánticos no deberían ser computables en el sistema SM⁵⁵. No obstante, con las herramientas de que disponemos hasta ahora, no podemos prescindir de ninguno de ellos, por lo que vamos a necesitar, en algún punto, de una operación que elimine ciertos rasgos de camino al sistema en que no son computables: será la operación de *transfer*.

Ahora que hemos esbozado con qué información operan las lenguas -y la hemos bautizado como *rasgos*-, es hora de preguntarnos de dónde procede, cómo entra en juego en el proceso de adquisición de las lenguas-I, si es idéntica translingüísticamente y cuán sensible es la sintaxis a la misma.

Para afrontar la primera de las preguntas, y en aras de hacer patente el cambio que introdujo el PM con respecto de PyP, en tanto que la preeminencia de los rasgos ha experimentado un aumento vertiginoso, creo que lo mejor es recuperar el proceso de adquisición que proponía PyP -capítulo 2-:

“L, the language known (or had, or internalized) in the state S_L of the language faculty, is a system with two components: core and periphery. There is a fixed initial state S₀ of the language faculty consisting of a system of principles associated with certain parameters of variation and a markedness system with several components of its own. [...] The state S_L is attained by setting parameters of S₀ in one of the permissible ways, yielding the core, and adding a periphery of marked exceptions on the basis of specific experience, in accordance

55 En la literatura, se suele restringir el término de *rasgos no interpretables* a aquellos que no son computables en el CI -más concretamente, a los rasgos formales que introduciremos enseguida-; no obstante, creo más coherente afrontar la cuestión como hasta ahora y mantener así la terminología mientras no encaremos otras controversias.

with the markedness principles of S_0 . The core, then, consists of the set of values selected for parameters of the core system of S_0 ". (Chomsky 1986: 221)

Por contraste, en el PM, Chomsky (2000 y ss, entre otros) ha pasado a incluir el léxico en el proceso de adquisición. Asumida la premisa de que la FL funciona derivacionalmente, supongamos ahora que la GU pone a disposición del aprendiente/hablante un conjunto F de rasgos -lo cual favorece la universalidad de las expresiones, las independiza en primera instancia de lo cultural y va en concomitancia con ideas recientes de que los conceptos podrían proceder de sistemas de conocimiento prelingüístico, perteneciendo, quizás, a la FLA-, quien, relacionándolos conforme a los principios, acaba generando, paso a paso, las expresiones lingüísticas y mapeándolas sucesivamente hacia los sistemas de la FLA.

Si, además, consideramos que el funcionamiento de la FL tiende siempre a la eficiencia y que el segundo factor interviene en la fijación de rasgos, la complejidad del sistema se reduce, según Chomsky (2000), si cada aprendiente, en su adquisición de la lengua-I, hace una selección de los rasgos primigenios, [F], basándose en la experiencia lingüística a la que es expuesto. Esto nos dispensa de seguir recurriendo a ese F universal con cada derivación, pone énfasis en el segundo factor y pone de manifiesto que, a pesar de ser accesibles, en un primer momento, todos los rasgos, no todas las lenguas van a tener por qué seleccionarlos al completo. De esta selección, en fin, puede seguirse una primera causa de variación.

Si, promoviendo aun más la creencia en la eficiencia computacional, y fuertemente guiados por la impresión, llana si se quiere, que uno tiene de que su lengua trabaja con palabras o morfemas que aglutinan varios valores fonéticos y, sobre todo, semánticos -esto es, varios rasgos-, podemos defender -no sé con cuánto tino- que cada lengua-I realiza otra selección entre los rasgos de [F] y los agrupa en unidades -menores que [F] pero mayores que cada uno de sus rasgos-, ILs, cuyo conjunto será considerado el lexicón de la lengua, y el material, en suma, que esté a disposición de la sintaxis -lo que se conoce como átomos de la computación, y no en el sentido de Baker (2001)-. De hecho, la condición de inclusividad impedirá la introducción de ningún rasgo nuevo durante la derivación -que no se hallara en los ILs de la numeración- de tal forma que toda la información que procesarán los sistemas de la FLA deberá contenerse previamente en los ILs o deducirse a partir de la estructura que resulte de la derivación.

Si, como ocurría con la selección de [F], la de los rasgos que pasen a constituir ILs no parece constreñida por ningún principio -más que por el conjunto de rasgos disponible-, y si estas selecciones vuelven a llevarse a cabo en atención a los DLP, sigue habiendo la posibilidad de que no sólo [F] varíe translingüísticamente, sino que los ILs de cada lengua -esto es, los rasgos que los

constituyen- varíen asimismo -lo cual era, en verdad, inevitable dada la primera condición, a menos que considerásemos que habría solamente lenguas faltas de ciertos ILs, pero uniformes en los que compartieran- y ello repercute en la variación sintáctica.

Gracias a la formación del lexicón, Chomsky (2000) dice que el proceso derivacional sigue simplificándose; uno, sin embargo, en ocasiones siente que trabajar con el léxico, dada la riqueza del vocabulario que el hablante común ostenta, implica, si no proponemos una solución desde el tercer factor u obtenemos la variedad de significados por medio de la composición de conceptos menores y mucho más escasos, acarrear un monstruo mucho más pesado que trabajar directamente con F -recurriendo a la metáfora chomskyana, eso sí que es conducir sin depósito de combustible en el vehículo y llevar tras de sí un yacimiento-, y que lo mismo hace del sistema algo muchísimo más redundante, por más que este de la optimización sea un problema que pueda intentar salvarse por medio de la Numeración.

¿Cuál podría ser el beneficio para la eficiencia computacional, pues, de trabajar con ILs y no con rasgos, y que permita simplificar el proceso derivacional? Puede que al aglutinar rasgos en esa suerte de moléculas -los ILs- los hagamos opacos para la sintaxis, de tal forma que esta no necesite preocuparse por todos y cada uno de los rasgos y se vea reducida la cantidad de operaciones sintácticas. Aun siendo esto último cierto, es crucial notar, que, con objeto reducir la eficiencia computacional, estamos pagando el coste de incrementar, y no poco, la complejidad del proceso de adquisición. Es por ello que va a ser imperativo buscar cierto equilibrio en esta tensión, sin perder de vista el problema de Platón, y desarrollar, en fin, la teoría de adquisición más plausible.

Aparte las digresiones, las asunciones previas implican que adquirir una lengua sea, en resumidas cuentas, cuestión de seleccionar rasgos universales para formar ILs arbitrarios y con ellos el lexicón particular de cada lengua-I: esto es, virtualmente, lo mínimo que se ve envuelto en la adquisición y, desde un punto de vista minimista, debería ser lo máximo mientras no topemos con ninguna evidencia que se nos oponga. Si bien es claro que no basta un léxico para un sistema de infinitud discreta, como incansablemente se caracteriza al lenguaje, es, sin embargo, poquísimo lo que necesitamos añadir: una operación que una esos ítems léxicos, *merge* (Chomsky 2000 y ss).

Por esta razón, y, sobre todo, por las discutidas en los capítulos previos, voy a descartar lo que Chomsky (2000) sigue considerando parte del proceso de adquisición: la fijación de los parámetros, aunque sea algo que, cada vez más en trabajos subsiguientes, se relacione directamente con la selección de los rasgos en los ILs. Variando ya esos rasgos y, en consecuencia, las derivaciones ¿qué necesidad teórica hay de formalizar la variación, paralelamente, a lo paramétrico, otorgando a los parámetros cierto carácter sustantivo?

Si limitamos la interpretabilidad a lo que apuntábamos en relación a los rasgos semánticos y a

los fonéticos, y si, habida cuenta de la adquisición de lenguas propuesta teóricamente, asumimos que la sintaxis, en un solo ciclo, opera con ILs que contienen ambos tipos de rasgos, emerge inmediatamente una predicción pendiente de validar: todo cuanto oigamos en las expresiones lingüísticas va a tener un correlato semántico; simplemente, los rasgos que han viajado unidos a lo largo de la derivación han terminado por bifurcarse en el punto de *transfer*. Con todo, basta echar un vistazo a casi cualquier producción -de cierta extensión y siempre que la lengua tenga una morfología mínimamente rica- para percatarnos de que no es esta la naturaleza de las expresiones, sino que hay muchos morfemas sin correlato semántico directo: es el caso, se asume comúnmente, de los morfemas de concordancia, rasgos-*phi* y de caso, que, por ahora, consideraremos rasgos formales.

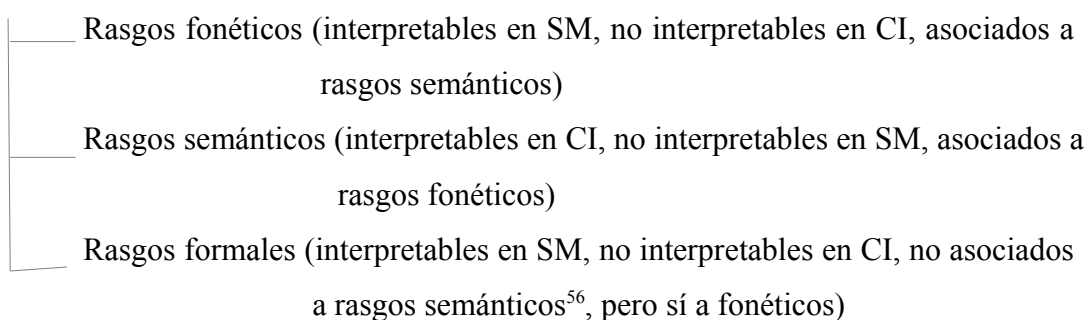
Así, los rasgos formales van a ser no interpretables en el sistema CI pero, por alguna razón, están interviniendo en el proceso derivativo y, evidentemente, alcanzan el sistema SM: si no, no se pronunciarían. Los rasgos formales se van a distinguir, empero, del resto de rasgos fonéticos en que no parecen corresponderse con ningún aporte semántico.

Recapitulemos mediante el siguiente esquema (provisional):

(39) Rasgos GU

└ Rasgos L

└ ILs



A la vista de (39), una asimetría llama poderosamente la atención: los rasgos formales no parecen hacer ninguna contribución a los sistemas, más allá de ser, simplemente, pronunciados. En consecuencia, lo que parece una característica omnipresente en las expresiones parece chocar frontalmente con la TMF.

Es obvio que el hecho de tener rasgos no interpretables parece de entrada una imperfección. El tener, sin embargo, rasgos fonéticos y rasgos semánticos es la forma más simple de satisfacer las exigencias de los sistemas de la FLA y es, por lo tanto, una característica del lenguaje consecuente

⁵⁶ Esto será así sólo por ahora, por razones expositivas.

con la TMF. Ahora bien, ¿por qué habrían de existir los rasgos formales, no respondiendo, en apariencia, a ninguna condición de buen diseño? ¿qué sentido tiene que los encontremos en los ILs? Ante este dilema, la solución más fácil es conformarse con que el lenguaje se desmarca, en lo tocante al léxico, de la TMF; mientras que el PM nos empuja a ir más allá de la adecuación explicativa, y a preguntarnos si realmente la aportación de estos rasgos, al igual que la creación de ILs, puede estar redundando en la eficiencia computacional de la FL.

Chomsky (2000 y 2001) hace notar que en ningún lenguaje simbólico o artificial, supuestamente perfecto, habría necesidad de esos rasgos, como tampoco tendría ningún correlato la operación sintáctica que opera con ellos: la concordancia. Así, se terció la ocasión idónea para relacionar estos fenómenos con una propiedad del lenguaje que hasta Chomsky (2004) ha parecido una imperfección y algo privativo del lenguaje humano: el movimiento, y se pudo defender, más convincentemente, que los traslados satisfacían exigencias de concordancia de rasgos formales -es más, ya en Chomsky (2000) se apunta ligeramente a la posibilidad de que podrían desencadenar diferencias semánticas o en el procesamiento-.

“Minimalist intuitions lead us to look at the other major imperfection, the uninterpretable inflectional features. Perhaps these devices are used to yield the dislocation property”

Además, si estos rasgos formales se encontraban repartidos de forma distinta entre las lenguas, se podía asociar a los mismos la variación lingüística.

“external manifestation of inflectional features appears to be the locus of much of the variety languages display, a topic that has gained prominence withint the PyP framework”
Chomsky (2000)

Ahondemos, pues, en la naturaleza de los rasgos formales.

5.1.2 Los rasgos formales

Hasta ahora, hemos indicado, sin entrar en pormenores, que son dos las operaciones que tienen lugar en las derivaciones: *merge* y concordancia. *Merge* -siempre que no estipulemos ninguna restricción- cumple lo mínimo indispensable para obtener un sistema de infinitud discreta a partir del repertorio de ILs del lexicón que fija el hablante durante la adquisición y con el que se alimenta

la sintaxis; por otro lado, la concordancia, sobre cuya teóricamente sorpresiva existencia pretendemos arrojar algo de luz en este apartado, parece satisfacer alguna exigencia de los rasgos formales que se encuentran en los ILs.

Los rasgos formales, no interpretables en el sistema CI, concuerdan con otros rasgos que sí contribuyen a la semántica de las expresiones desde la posición que ocupan: por ejemplo, los rasgos-*phi* afijados a los verbos no aportan nada a la información eventiva ni valores temporales de esa categoría, en contraste con la información sobre persona y número -y, más controvertidamente, género- que esos mismos rasgos expresan en el dominio del SD, y con los que concuerdan los rasgos formales del verbo -simplifico por razones expositivas y soslayo contemplar núcleos como C, T, v, p, etc.-. De igual manera, si analizamos los rasgos de caso, en la línea de Gallego (2007, 2010), como copias de los rasgos temporales del verbo, los rasgos de caso no interpretables de los SD sí son esenciales en la semántica del verbo. Por ende, estamos en disposición de concluir que los rasgos formales, no interpretables en determinado IL, concuerdan -y son, en consecuencia, el correlato- con rasgos interpretables en otro IL que no pueden ser sino semánticos, de forma que la etiqueta “formal” de un rasgo puede que signifique no más que “semántico no interpretable en cierta posición”.

Si suponemos una estructura mínima de los rasgos binaria, conforme a Adger (2008), del tipo [atributo: valor], es forzoso que para que la concordancia sea posible, los valores de los atributos de los rasgos formales estén vacíos, a saber, sin valor; de lo contrario, habría que estipular, innecesariamente, que un valor por defecto -más arbitrario, imposible- es reemplazado por otro según la estructura en que el IL se inserte. La forma más lógica de cumplir este requisito es que el IL proceda del lexicón sin valor, verbigracia: en el caso del verbo, el rasgo de persona presentaría la siguiente estructura [persona: -].

En consecuencia, una nueva distinción entre rasgos emerge: la valuación, y casa -a mi juicio, nada casualmente- con la interpretabilidad de los rasgos en sistemas de la FLA. Si un rasgo formal equivalía a un rasgo semántico no interpretable; y si un rasgo semántico no interpretable equivale a rasgo semántico falto de valor en el léxico; la conclusión es que los rasgos formales son, simplemente, rasgos semánticos a la espera de ser valuados en el curso de la derivación. Chomsky (2001, no así en algunos trabajos subsiguientes) considera que la interpretabilidad de los rasgos debe estar especificada en el mismo lexicón -véanse Gallego (2010) y el punto 5.7.1-; no obstante, la interpretabilidad es claramente una noción postsintáctica, de modo que ni el lexicón ni el sistema computacional deberían preocuparse por ella a priori; unificar, además, valuación e interpretabilidad elimina de la teoría una redundancia chirriante.

Si atendemos ahora al PIP, nos encontramos, sin embargo, con un problema: los rasgos formales

-que debemos entender como semánticos no valuados, pese a que yo mantenga la terminología por razones expositivas- no pueden alcanzar tal cual el sistema CI porque no podría computarlos; tampoco pueden llegar valuados porque su aporte semántico es vacío en su posición; no obstante, sí deben ser valuados a lo largo de la derivación, puesto que son pronunciados así por el sistema SM. Los rasgos formales, en fin, son como elementos víricos (Uriagereka 1999) que necesitan, para evitar el fracaso de la derivación en CI, ser suprimidos tan pronto como sean valuados -a no ser que, yendo contra la eficiencia computacional de la FL y reduciendo la influencia del tercer factor, querramos incrementar notablemente la carga de la memoria y volvamos a postular la interpretabilidad como un subatributo de los rasgos-. A ese objeto -eliminar rasgos no interpretables- podemos destinar, sin necesidad de complicar la operación de concordancia, la operación de *transfer* que, según Chomsky (2001), permitiría que esos rasgos se eliminen de camino a la semántica pero se mantengan de camino a la fonética -y, aunque no se haga explícito, y sin que avancemos más, es lógico pensar que elimina los rasgos semánticos de camino a la fonética-.

Es en este punto donde, de nuevo, vamos a tener que considerar una nueva propiedad o comportamiento de los rasgos: la actividad. De acuerdo con Chomsky (2001), los rasgos formales permanecerían activos, actuando como una sonda que rastrearía en un dominio local una meta con que concordar. Una vez establecida la conexión entre sonda y meta, gracias a la coincidencia *-match-* de los rasgos, se produciría la valuación de los rasgos formales y estos devendrían inactivos, es decir: inertes a concordancias futuras posibles, siendo, sin embargo, visibles a efectos de localidad y minimalidad. Creo que la inactividad de los rasgos puede explicarse en términos de CIF o ambigüedad en las interfaces; aun así, creo útil la noción de actividad en tanto que nos da la idea de que los rasgos formales juegan un papel activo en la derivación sintáctica, tanto que hay razones para pensar que están detrás de los desplazamientos.

Explicar cuál creo que es el móvil del desplazamiento de OSs, adelantando la teoría de fases del tema 4.2 sería, me temo, intrincar en demasía la exposición, y, al mismo tiempo, innecesario, pues una explicación intuitiva es suficiente, por ahora, para poder relacionar la actividad de los rasgos -entiéndase formales- con los desplazamientos. Pensemos, fieles a la descripción de arriba, en los rasgos formales como elementos activos en el sistema computacional que precisan establecer una relación con otros rasgos semánticos; y recordemos, por otro lado, que los rasgos formales están insertos en ILs y que las relaciones sintácticas se dan en una localidad muy estrechamente vinculada a múltiples ciclos de las derivaciones. Si, de cumplirse los supuestos anteriores, hay un rasgo formal que sondea un dominio local, sin éxito a la hora de encontrar el rasgo afín con que valuarse, pueden darse dos opciones: ora el OS permanece en su posición y causa que la derivación fracase, ora

escapa del ciclo en que quedaría atrapado al siguiente y, en sentido figurado, allí prueba suerte volviendo a sondear. Puede que entonces sea valuado y quede, consecuentemente, inactivo; puede que necesite volver a escapar del ciclo; o bien puede que se agote el espacio estructural donde desplazarse y que, cerrado el ciclo, la derivación fracase -de resultas de la presencia del rasgo formal activo-.

Nótese que esta teoría del movimiento no incurre en *look-ahead*: aunque este es un sistema que contribuye, indirectamente, a la convergencia, no la garantiza. El OS, gracias a esa actividad sintáctica que lo caracteriza, se mueve ciegamente a través de los ciclos, con total independencia de qué rasgos van a entrar posteriormente en la derivación y de si ellos van a poder, o no, valuarlo.

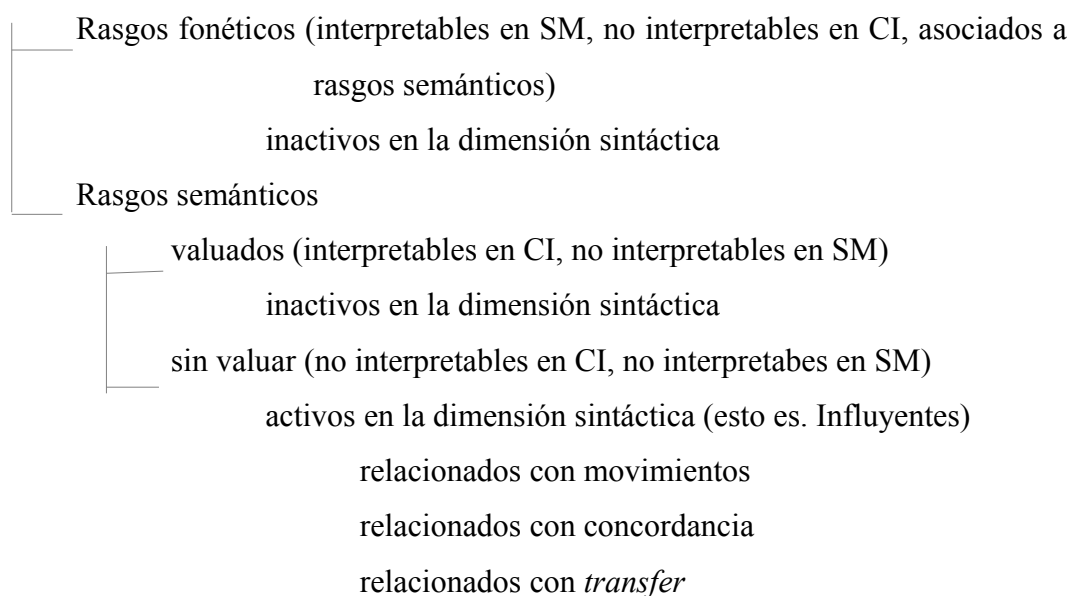
Por otra parte, Chomsky (2001) se sirve de la coincidencia de rasgos entre sonda y meta y de la inactivación para reformular la defectividad de los ILs: un núcleo sería defectivo porque, a despecho de concordar con una meta y poder valuar sus rasgos formales, no dispondría de información suficiente para inactivar, a su vez, los rasgos formales de la meta. La noción de defectividad, ya desde Chomsky (2000) donde se considera, equivalentemente, ausencia de los rasgos esperables, jugará un papel importante en el tema de fases, aunque, de momento, no creo preciso ahondar más.

Recapitulando ahora, la versión mejorada del esquema de (39) sería:

(40) Rasgos GU

└ Rasgos L

└ ILs



En conclusión, los rasgos formales, frente a los semánticos valuados y los fonéticos, parecen

presentar una mayor actividad sintáctica, y su carácter vírico parece vinculado a la operación de *transfer* y a la convergencia de las derivaciones. ¿Cómo podemos entender estas características desde el tercer factor y justificar, en última instancia, la existencia de los rasgos formales?

5.1.2.1 Los rasgos formales desde el tercer factor: un primer apunte

En el punto 3.1 decíamos que el sintactista minimista debe ir más allá de la adecuación explicativa, y preguntarse por qué la FL es justo como es y no de cualquier otra manera. Chomsky (2004) pone en práctica ese principio en relación a los rasgos formales:

“IC requires that all features be interpretable. But it is clear that there are uninterpretable features that must somehow be eliminated before the NS derivation is transferred to Φ , a prima facie “imperfection”[...]Let’s first consider some of their general properties, *then ask why they exist*” (Chomsky 2004, énfasis mío)

Aunque la respuesta no cobrará pleno sentido hasta saber más de las fases -punto 5.2-, sí podemos empezar a encaminarla, como queríamos, hacia la TMF. Si -como apuntábamos en los puntos 3.3.1 y 3.3.2- hay razones para pensar que la operación de *transfer* se da múltiples veces a lo largo de la derivación, y si los rasgos formales parecen fuertemente ligados a esa operación, puede que sean sólo los rasgos formales los que motiven la ciclicidad de la sintaxis y los efectos que de ella se deriven -para una teoría alternativa y más profunda habrá que aguardar al anexo 2-.

Esto que de entrada parece algo inocente puede tener consecuencias semánticas y estructurales si las posiciones y la localidad cambian en función del punto en que se da la transferencia.

Si consideramos que las operaciones múltiples de *transfer* redundan en la eficiencia computacional del sistema y que permiten al mismo tiempo, gracias al desplazamiento, habilitar posiciones de las que surjan diferencias semánticas, cabe intuir que los rasgos formales -algo que en un primer momento parecía aumentar la complejidad de la sintaxis- que provocan tal ciclicidad estarían, en efecto, haciendo que el espacio de memoria y las relaciones sintácticas fueran más simples. Además, podrían contribuir a romper automáticamente el carácter monotónico del proceso derivacional al crear asimetrías -tal vez esta sea la condición indispensable para que las derivaciones no sean ambiguas para los sistemas de la FLA (Boeckx 2010/en progreso)-. Los rasgos formales, en fin, lejos de ser una imperfección, podrían responder a condiciones de buen diseño de la FL.

5.1.3 Los rasgos formales, las categorías funcionales y la variación sintáctica y semántica

Conforme a la CBC, los parámetros se creían ubicados en las categorías funcionales; sin embargo, en 5.1 puse sobre aviso de las dificultades que podía plantear definir las desde el léxico que propone Chomsky (2000 y ss) sin ninguna estipulación extra. No obstante, esta ha sido una distinción altamente prolífica en la literatura científica y el mismo Chomsky (2000) da, tras delinear una teoría de los rasgos de la GU -conciso pero, como siempre, de una densidad conceptual sin parangón-, un papel prominente a los ILs funcionales, en detrimento de los léxicos.

Conforme a Chomsky (2000) los ILs entrarían en dos categorías: léxicos y funcionales. Sin dedicar la menor atención a las categorías léxicas, el autor se ocupa en señalar las que considera las categorías funcionales principales (CFP) y que van a ocupar un lugar central en trabajos siguientes y en la teoría de fases: C,T y *v*.

Dada, sin embargo, la teoría de los rasgos expuesta, ¿qué nos permite distinguir las CFP, o cualquier otra funcional, de las léxicas? Chomsky sitúa en las categorías funcionales los rasgos-*phi*, los cuales parecen constituir el núcleo de los sistemas de concordancia, caso y movimientos. Chomsky (2000 y ss), sin embargo, plantea algún que otro problema teórico, principalmente: se da preeminencia a los rasgos-*phi* formales sobre los de caso; el caso se disocia de la concordancia más pura y se plantea como una suerte de subproducto que transfieren las supuestas categorías funcionales -no defectivas- a los SD una vez han concordado con ellos; y, por último, los rasgos-*phi* formales, por lo tanto, suelen considerarse la sonda en las relaciones de concordancia, pero no se postula que los SD con que concuerdan, siendo también activos, serían, en principio, sondas en la misma medida, debido a que sus rasgos de caso/tiempo están igualmente por valorar.

Si, a la vista de los susodichos problemas, consideramos que los rasgos formales son en verdad semánticos sin valorar, que el caso es un rasgo formal en los SD, y que la concordancia depende meramente de los rasgos formales, lo que definía las CFP se nos disuelve: los mismos rasgos-*phi* en C,T y *v* se encuentran en los nombres que se consideraban categorías léxicas, sólo que valorados, mientras que esos mismos nombres tienen, a su vez, rasgos de caso sin valorar que son interpretados en los núcleos tradicionalmente funcionales. Si, más radicales -pues no creo que el PM tolere las medias tintas- consideramos que todos los ILs están constituidos por los rasgos que provee la GU -y de momento no parece haber ninguna razón en contra-, una categoría léxica y una funcional cualesquiera son tan semánticas la una como la otra, e idénticas, por ende, en esencia⁵⁷.

Se ha argumentado que las categorías léxicas constituyen clases abiertas, en oposición a las

⁵⁷ Francesc Roca me señaló que el contenido enciclopédico podía ser un criterio con que deslindarlas, pero repárese en que la teoría expuesta hasta el momento no ha contemplado esa posibilidad -algo que sí se hará en el anexo 2-.

funcionales, que formarían un repertorio cerrado y altamente escaso; y esta es, en efecto, una impresión difícil de minar; ahora bien, ¿qué significa que algunas categorías no puedan seguir ampliándose? Puede que simplemente hayan agotado un espacio conceptual, esto es: puede que los ILs con que creemos establecer las relaciones sintácticas -actuando como con un pegamento lingüístico- sean limitados en la medida en que el hombre puede concebir relaciones entre “entidades” en el mundo, mientras que, también contra un posible prejuicio, la gran variedad de nombres, adjetivos y verbos -para no entrar en controversias sobre preposiciones y adverbios-, que parece presuponer una gran cantidad de rasgos semánticos, podría estar obteniéndose composicionalmente en los ILs por medio de unos cuantos rasgos semánticos, bien escasos, presentes en la misma GU de donde extraemos, durante la adquisición, rasgos como tiempo, fuerza, etc. Esto último no es tan descabellado: de buenas a primeras, el significado de un verbo como *agujerear* es bastante rico y, por lo tanto, han de ser cuantiosos los rasgos que lo compongan; sin embargo, si la agentividad es predicada por lo que hoy se considera un núcleo funcional, *v*, se debilita bastante la riqueza semántica; descomponer el concepto *agujero* en nociones espaciales lenifica aun más la carga sustantiva.

Una posible manera de preservar la distinción entre categorías léxicas y funcionales en atención al criterio de arriba es considerar que los rasgos semánticos de las categorías funcionales los proveería la GU; en contraste, los rasgos semánticos de las categorías léxicas procederían de otros sistemas de la FLA, como por ejemplo el CI. De hecho, podemos remontarnos, en búsqueda de respuestas, a un aporte de Chomsky (1995) que sigue siéndome de todo en todo enigmático:

“Properties of the lexicon too are sharply constrained, by UG or other systems of the mind/brain. If substantive elements (verbs, nouns, etc.) are drawn from an invariant universal vocabulary, then only functional elements will be parameterized.”

En el anexo 2 analizaré un posible origen del léxico, pero la idea principal va a ser que los rasgos semánticos no son más que vías de acceso a conceptos prelingüísticos; no hay, en suma, rasgos semánticos funcionales ni otros léxicos dependiendo de un origen distinto ni de ninguna otra propiedad.

Otra distinción al uso entre categorías léxicas y categorías funcionales es que las primeras son fáciles de definir, pero que las segundas son semánticamente casi vacuas -tal vez otra aparente imperfección del lenguaje-. Puede que la razón por la que se cree que son más asequibles las supuestas categorías léxicas es que su correspondencia con objetos o fenómenos del mundo diarios es más visible; eso no significa que los “conceptos gramaticales” carezcan de tal relación. Bosque y

Rexach (2009) explican esta distinción señalando que las categorías léxicas tienen contenido designador o denotativo, ahora bien, ¿acaso no lo tiene el tiempo? Hasta Chomsky (2004) lo ha considerado una categoría sustantiva.

Ouhalla (1991), por su parte, también ha sufragado la división teórica entre categorías, basándose en criterios como la selección categorial, semántica y morfológica. No obstante, estos criterios parecen redundantes, dada la posibilidad de que los mismos requisitos sean filtrados sobre la estructura por los sistemas de la FLA. Baker (2003), a su vez, echa mano de índices y similares -recuérdese el punto 2.2.2.2- para distinguir entre categorías léxicas, en una teoría que vuelvo a tachar de obsoleta en el PM.

Bosque y Rexach (2009) señalan otras diferencias, como que las léxicas suelen aparecer aisladas y que las funcionales acostumbran a ser prosódicamente átonas: de una mera tendencia nunca podrá nacer una frontera teórica. Aparte, las palabras funcionales, inherentemente transitivas, precisan de otras categorías que saturan posiciones que habilitan: por la misma razón, los verbos transitivos habrían de ser funcionales.

Un argumento más en pro de la unificación categorial nos lo aporta el proceso de gramaticalización, del cual se deduce una notable permeabilidad entre tipos de categorías. Así las cosas, ¿cuál pudo ser la motivación, pues, de postular que la variación estaba restringida a categorías funcionales? Acotar la variación misma, porque sospecho que había el temor de que, de incluirse las categorías léxicas, la variación podría dispararse.

Sabemos que las palabras que constituirían las categorías léxicas tienen un potencial de crecimiento rayano en lo infinito, esto es: uno puede contar la cantidad de determinantes, complementantes, etc. de una lengua, así que, siendo bastante limitados, también se espera que lo sea variación que puedan desencadenar; ¿podemos, sin embargo, hacer lo mismo con nombres, verbos o adverbios? Es claro que forman un vocabulario susceptible de crecer tanto como nuestro conocimiento del mundo, y si cada una de esas palabras pudiera llevar aparejada variación, podríamos pensar que corremos el riesgo de una variación igualmente incalculable. No obstante, esto es una impresión equivocada de pleno: ¿acaso la sintaxis posibilita una cantidad semejante de estructuras? Ni mucho menos. ¿es que la sintaxis parece sensible a tal cantidad de nombres, por ejemplo? El sistema computacional se muestra completamente indiferente, y, por otra parte, el hecho de que una lengua tuviera más repertorio léxico que otra no nos explicaría nada de la variación sintáctica.

Las palabras de Kayne (2005) son las más ilustradoras que he encontrado respecto del intento de acotar la variación lo más posible -y, en verdad, de las poquísimas-.

Limiting syntactic parameters to features of functional heads is also intended to exclude the possibility that there could be a syntactic parameter that is a feature of no element of the lexicon at all—for example, there could presumably not be parameter of the sort “language Li has or does not have bottom-to-top derivations.” Kayne (2005)

Lo que se desprende de Kayne (2005) es que creando una correspondencia directa entre parámetros y categorías funcionales, y teniendo controlados los rasgos que las forman, soslayamos el problema de que la variación tome bajo su ámbito los principios que se han considerado uniformes translingüísticamente. En otras palabras, como defendía Chomsky (1995), no puede haber un parámetro que atribuya la existencia de cadenas de caso a unas lenguas y no a otras, diciendo que tal parámetro ha entrado a formar parte, quién sabe cómo, de algunos ILs: si ese rasgo no forma parte del conjunto F que dispone la GU, y, por lo tanto, tampoco del lexicon -lo cual es bastante plausible porque no esperamos que, más allá de propiedades semánticas o fonéticas, los rasgos de F tengan nada que decir sobre relaciones sintácticas-. En definitiva la idea es limitar la variación, pero sigue sin haber razones para limitarla a un subconjunto de categorías artificial.

Así pues, ¿desechamos completamente la teoría? No en absoluto, pues creo que tras ella subyacía la intuición correcta: lo que ofrecen de forma más visible las que tradicionalmente han sido categorías funcionales es el hecho de tener rasgos formales, un tipo de rasgos que ha pasado, en la tradición, más desapercibidos en, pongamos por caso, los nombres, o bien se les ha concedido un estatus dispar. Esto último no obsta, ni mucho menos, para eliminarlos de esas categorías como se ha venido haciendo más o menos directamente y, en contra de algunos “prejuicios”, compele a unificar el análisis de todos los ILs.

En consecuencia, voy a proponer, de acuerdo con otros pasajes brillantes de Chomsky, que son los rasgos formales los que desencadenan la variación estructural, y a reformular, hasta cierto punto, la CBC:

Hipótesis de la causa de la variación (HCV):

La variación podría ser desencadenada por diferencias en los rasgos formales (semánticos no valuados) de los ILs

Nótese, antes de seguir, que no hablo ni de categorías léxicas, ni de categorías funcionales; que tampoco lo hago de parámetros; y que ni siquiera hago referencia al tamaño o constitución de los ILs.

La hipótesis que defiendo puede parecer un poco precipitada, e ir contra ideas bastante

asentadas en la literatura -de hecho, desarrollarla me obligará a contradecir más asunciones- pero creo que una explicación breve puede ser bastante convincente para tolerarla, si cabe, hasta que se vea reforzada al analizar las fases.

Varias veces se ha señalado en la literatura que la sintaxis no parece preocuparse de los rasgos semánticos ni de los fonéticos, esto es, que no afectan al curso de la derivación. Voy a dar, en lo que concierne a rasgos valuados, esto por correcto, pero no va a ser esta la razón fundamental por la que voy a defender que la variación lingüística sólo guarda relación con los rasgos formales, sino porque creo que comparar dos derivaciones de lenguas-I distintas, donde los ILs presentan variación en los rasgos semánticos valuados -sean estos ILs etiquetados como funcionales o léxicos-, equivale a comparar ni más ni menos que dos derivaciones de significado distinto en una misma lengua-I: puede revelarnos mucho sobre cómo opera la sintaxis, pero no puede revelarnos nada sobre cómo, partiendo de un mismo conjunto de rasgos semánticos valuados presintácticos, la estructura diverge translingüísticamente -porque el punto de partida o numeración es, sin más, otro-.

La hipótesis que formulo va en plena consonancia con la idea que defenderé en relación a las fases: todas las operaciones sintácticas están motivadas por los rasgos formales/semánticos no valuados/activos, y es justamente la valuación de esos rasgos, y nada más, la que genera los múltiples ciclos de la sintaxis.

Una de las consecuencias destacables de la hipótesis que formulo es que no vamos a poder seguir recurriendo a más y más rasgos cada vez que haya que explicar algún fenómeno de variación y que habrá que explicar diferencias semánticas tal vez a partir de diferencias estructurales. Ambos resultados son, creo, bienvenidos, acordes con la TMF y van en beneficio del poder explicativo de la teoría.

5.1.4 A favor de los rasgos fonéticos en los ítems léxicos

En Chomsky (2001) se empieza a hablar de asimetrías entre rasgos e interfaces/sistemas: de alguna manera, los rasgos formales y semánticos interseccionan, mientras que los fonéticos parecen ir por su cuenta. Estas asimetrías entre semántica y fonética en la FL, que irán en aumento, van a explotarse hasta desembocar en la desaparición de los rasgos fonéticos en los ILs y la STMF -anexo 2-, pero discutir las a fondo ahora nos empujaría, tal vez con demasiado ímpetu -y quizás erróneamente-, a descartar la variación lexicosintáctica antes de desarrollarla.

De hecho, Chomsky (2001) considera que un nivel postsintáctico de inserción léxica es algo redundante -restringe la actuación de la MD a la flexión y la “supletion”- y dedica no pocos

párrafos al papel de los rasgos fonéticos en la sintaxis -por lo que deben estar presentes ya en la derivación-. Es de ese análisis del que me ocupo en el presente apartado.

El inglés bloquea estructuras en que el objeto de las construcciones pasivas e inacusativas permanezca en la posición posverbal sin ascender a la de sujeto -en que se insertaría un expletivo-, a menos que se someta a lo que Chomsky (2001) llama la regla Th/Ex, una operación del componente fonológico, idiosincrásica de algunas lenguas, e inspirada en la intuición de que, posiblemente, siempre deba escapar un constituyente del Sv. Así, si el objeto, acomodándose a la regla, se desplaza a la derecha, se tolera la inserción de un expletivo:

- (41) a. “there entered the room a strange man
b. there hit the stands a new journal” (Chomsky 2001)

Th/Ex consistiría en que, antes de completarse un ciclo derivacional -en concreto, una fase fuerte-, evaluarse, y transferirse, el objeto se mandaría al componente fonético, de forma que en la posición original persistiera solo una copia vacía fonéticamente -que, sin embargo, a nivel de LF funcionaría igual translingüísticamente-. La aplicación de la regla, al parecer, bloquearía algunas operaciones, como la extracción de sintagmas-q desde el objeto:

- (42)a. “*How many men did there arrive?
b. To whom was there a present given?” (Chomsky 2001)

Así, la posición de base del objeto se volvería inaccesible a movimiento-q -incluidas subextracciones-, aunque a otros efectos seguiría activa: valuación de caso, concordancia, ligamiento... Chomsky (2001) llega a la conclusión de que la operación⁵⁸ es una regla fonológica: la copia, libre de rasgos no interpretables en CI -eliminados al transferirse al sistema SM-, no podría arrastrar consigo la información fonética que exige todo desplazamiento -un argumento más en contra del movimiento encubierto-.

Este fenómeno, en resumen, pondría de manifiesto la interacción de una idiosincrasia del inglés: la regla Tg/Ex, con una propiedad universal de la FL: el MI requiere rasgos fonéticos en los constituyentes desplazados y, por lo tanto, esa información debe estar presente en los ILs; de lo contrario, se llevarían a cabo las operaciones que generan la agramaticalidad sin ningún problema.

58 Que tendría lugar en el nivel Sv de fase débil, antes de llegar a la fuerte -véase punto 5.2-.

5.1.5 El rasgo del borde (RB)

En el anexo 2 se abordará con bastante más detalle el RB y el potencial, tanto teórico como empírico, de la operación *merge*; no obstante, una explicación sucinta -por ahora- evitará que dejemos ninguna propiedad relevante de los ILs en el tintero -sin embargo, para una crítica rotunda a la teoría de los ILs de este punto, y a la que mi afección crece más y más con el paso del tiempo, véase el anexo 2-.

Chomsky (2007, 2008) afirma que, a menos que se trate de un elemento aislado como una interjección o una “expresión congelada” -una salvedad que, a mi juicio, es teóricamente indeseable-, los ILs deben contar con una propiedad que indique que pueden ser ensablados. Si, respetando la NTC, toda operación de *merge* debe ser en el “borde” estructural, y si las propiedades de los ILs son conocidas como rasgos, el nombre que acuña Chomsky (2007, 2008), RB, se explica por sí mismo.

No obstante la terminología, el RB difiere del resto de rasgos en que ni se valúa, ni se elimina ni se interpreta (Chomsky (2007, 2008)); de tratarlo como un rasgo formal, todas las expresiones tendrían la forma IL-complemento, la derivación sería unidireccional y no existiría la posibilidad de combinar sintagmas ni de obtener, por lo tanto, especificadores complejos -lo cual va, en apariencia, contra los datos-. Esta última propiedad es crucial: la imborrabilidad del RB es la forma natural de garantizar el MI, esto es, el movimiento y, subraya el autor, la posibilidad de obtener la dualidad semántica.

Así pues, el RB, junto con la operación que la explota -*merge*-, permite capturar la recursividad del lenguaje, y, a una escala menor, predice que la cantidad de especificadores⁵⁹ pueda ser, a priori, ilimitada⁶⁰. Por otra parte, aunque hemos permitido que los ILs varíen respecto a la dotación de rasgos formales -como mínimo-, Chomsky (2007, 2008) nota que hacer lo mismo con respecto del RB supondría alejarse de la TMF.

Creo que algunos autores -como Narita (2012)- han dado una malinterpretación, por demasiado literal, al RB: el RB no sería nada especificado en los ILs, sino, más en la línea de Boeckx (2010/en progreso), un recurso teórico con que capturar que hay ciertos átomos computacionales que pueden ser manejados por la sintaxis. Asimismo, se ha considerado -de nuevo Narita (2012), véase el punto 5.4- que, si eliminamos la proyección de rasgos, etc. el RB no estaría presente en los sintagmas y, por lo tanto, estos dejarían de ser combinables entre sí. Puede que mi respuesta sea sencilla: pero, desde un punto de vista intuitivo y lógico, ¿puede haber algo más susceptible de ser manejado por el

⁵⁹ Especificadores que serían, parafraseando a Chomsky (2007, 2008), simplemente el resultado de los *merge* posteriores al primero.

⁶⁰ Aunque sea una posibilidad que no me convenza: véase Kayne (1994) o Boeckx (2008b).

sistema computacional que su mismo producto?

5.2 Fases chomskyanas

A pesar de que es una teoría por explorar todavía, se ha escrito mucho sobre fases. Creo que, al igual que en el punto 4.1, lo mejor va a ser seguir el desarrollo chomskyano; entrar luego con ampliaciones como Gallego (2010, 2012), Boskovic (2012), etc. y ofrecer, finalmente, la que creo la mejor teoría: una teoría suficiente para abarcar la variación lingüística.

5.2.1 Chomsky (2000)

Desde Chomsky (2000), las fases se han presentado como un mecanismo de la FL que iría en beneficio de la eficiencia computacional, abordándose su explicación, por lo tanto, desde el tercer factor. Chomsky (2000), en busca de respuestas a la preferencia aparente de la sintaxis por la operación de ME sobre la MI, concibe las fases en términos de subnumeraciones léxicas que estarían activas en el espacio de trabajo o memoria de la derivación, y predice, al mismo tiempo, que deberían presentar cierta aislabilidad -o ser fácilmente reconocibles- en los sistemas de la FLA.

En 5.1.1 mencionamos la numeración en referencia al conjunto de ILs que iban a ser mapeados a la FLA y que el sistema computacional seleccionaba de una sola vez del lexicón. Una sola numeración, en construcciones con expletivos, entraba en conflicto con presupuestos de economía conforme a los cuales el sistema debería favorecer la inserción de expletivos en lugar de desplazar OSs ya presentes en la estructura.

En resumidas cuentas, alcanzado el siguiente estadio derivacional:

(43) [T_a[be a proof to be discovered]] (Chomsky 2000:104)

en que la numeración dispone de un expletivo, *there*, la idea de que ME era menos costoso computacionalmente que MI se pudo usar para explicar contrastes como:

(44) a. *There is likely a proof to be discovered.

b. There is likely to be a proof discovered. (Chomsky 2000: 103-104)

Puesto que en (43) el expletivo *there* pudo haber sido ensamblado por ME, una computación

menos eficiente en que se hubiera satisfecho el PPE de T mediante el MI de *a proof*, (44) a., quedaba bloqueada. Si el expletivo, en cambio, no estaba incluido en la numeración, no habría ningún problema en el ascenso de *a proof*:

(45) A proof is likely to be discovered.

No obstante, confróntese (44) a. con (46):

(46) There is a possibility that proofs will be discovered. (Chomsky 2000: 103)

¿Cómo evitamos el ME del expletivo en la frase subordinada, a saber, por qué la derivación habría dejado de ser eficiente? La solución de Chomsky (2000) fue proponer que la sintaxis, en realidad, accedía a subconjuntos de la numeración, de tal forma que el *merge* del expletivo sólo tendría lugar si el mismo formaba parte de la subnumeración: en (46), simplemente, al llegar al punto de (43), la subnumeración no contendría ningún expletivo.

Estas subnumeraciones, al reducir la memoria de la derivación, parecían minorar de forma natural la complejidad de la computación. Así, las derivaciones ocurrían por estadios: agotados los ILs de una subnumeración, la computación procedía a trabajar con la siguiente, y así sucesivamente hasta que se consumiera la numeración por entero.

Aprobada la validez de estas subnumeraciones, se debía determinar su tamaño, y Chomsky (2000) lo hizo en atención a la intuición de que cada subnumeración debería corresponderse con un OS relativamente independiente en los sistemas de la FLA. Desde la perspectiva del sistema CI, los OSs resultantes de cada subnumeración se asociaron a proposiciones: correspondientes o bien a un dominio verbal en que se satisficieran todos los requisitos temáticos del predicado, o bien a una cláusula completa en que tiempo y fuerza tuvieran valor. Por otro lado, la aislabilidad en el sistema SM -originalmente se hablaba de interfaces, pero yo no creo en su existencia- de esos mismos OSs se manifestaría mediante fenómenos como el Sv *fronting*, la extraposición, el *pseudoclefting*, etc.

Así pues, todo acabó apuntando a SC -y no ST, lo cual va a ser objeto de bastante debate- y a Sv como los OSs que se iban construyendo paso a paso; y las subnumeraciones, por lo tanto, deberían contener una ocurrencia, y sólo una, o de C o de *v* -como se explicita en Chomsky (2001)-. De esta discusión -aunque brillante, de un potencial impredecible- surgió la noción de *fase*:

“take a phase of a derivation to be an SO derived in this way by chose of La_i . A phase is CP or *vP*, but not TP or a verbal phrase headed by H lacking phi-features and there not entering into Case/agreement.” Chomsky (2000)

Podemos reparar en que, en la cita, ya se presta atención a la relación entre los rasgos formales y las fases; de hecho, de ella se sigue que ni ST finito ni Sv en construcciones pasivas deberían ser fases. Bien que se trataba de una teoría en ciernes, Chomsky (2000) apuntó a una relación entre la operación de concordancia y las materializaciones múltiples, intuyendo que ocurrirían *possibly at the phase level*. Los rasgos formales, en efecto, van a pasar de definir fases fuertes y débiles -en función de la defectividad...- a acabar por monopolizar la teoría, pero reservémoslo a apartados posteriores.

Definidas las fases como los OS resultantes de las subnumeraciones, se puso aun mayor énfasis en la eficiencia computacional y se definió la primera versión de la CIF que tan productiva ha sido para explicar la múltiple ciclicidad de la computación, y que se ha asociado a los conocidos efectos de isla -para una discusión por extenso, véase el punto 5.6-. Chomsky (2000) da a la fase una estructura mínima [α [H β]]: β es el dominio o complemento de H, α es el eje de la fase- eje que se ampliará posteriormente hasta comprender el núcleo-, y H el núcleo de fase. H tiene que ser accesible en estadios posteriores de la derivación por razones de selección y movimiento de núcleos, y, sin más complicaciones -por el momento- si H lo es, también ha de serlo su especificador. Así pues, Chomsky (2000) formula la CIF1 -el número indica que esta es la primera versión de la CIF-:

“Phase-Impenetrability Condition

In a Phase α with head H, the domain of H is not accesible to operations outside α , only H and its edge are accesble to such operations.” Chomsky (2000)

Si, de resultas de la CIF, las fases se congelan cuando se completan, el sistema bloquea automáticamente el *look-ahead* y el *backtracking* -al menos, a nivel de fases-, lo cual casa con el deseo teórico de que la sintaxis sólo puede invocar principios, y no sus consecuencias. La CIF pudo explicar, por fin de forma satisfactoria -en mi opinión-, el carácter cíclico de las derivaciones y la consecuente ciclicidad del movimiento: las operaciones de larga distancia, que actúan sobre OS internos a una fase -bajo el núcleo H- y que lo desplazan a través de fases posteriores, lo obligan a escaparse de la fase en que se encuentre alcanzando sucesivamente el eje -si no, quedaría congelado en el complemento, e inmóvil-, como evidencian los efectos de reconstrucciones y las huellas parasíticas en los especificadores de C y de v⁶¹.

61 También en relación a la ciclicidad, las fases introdujeron la posibilidad de que hubiera derivaciones en paralelo, y no solamente de “abajo hacia arriba”:

“the demonstrations that glaciers are receding showed that global waming must be taken seriously”
Chomsky (2000)

Por otra parte, Chomsky (2000) desecha la hipótesis de que las fases emerjan al satisfacerse ciertos requisitos formales, tras contraponer dos criterios con que definir las: fases proposicionales o fases convergentes. Si tomamos en consideración el criterio de la convergencia, en la frase

“which article is there some hope that John will read t” Chomsky (2000)

donde el movimiento A' se efectuaría, supuestamente, para satisfacer un rasgo no interpretable en C, sólo habría una única fase, porque hasta que se complete el movimiento A' no converge totalmente la derivación. No obstante, esta explicación no casa con la concepción que defenderé posteriormente del movimiento como mecanismo para evitar el fracaso de las fases, y creo, en verdad, que es justamente el criterio de la convergencia el que las define.

Otra consecuencia de las fases es que ofrecían vías promisorias para explicar el movimiento por PPE -que, de hecho, Chomsky (2007,2008) justificará desde las fases-:

“the head H of phase Ph may be assigned an EPP-feature” Chomsky (2000)

La idea inicial era que, agotados los ILs de la subnumeración, el rasgo EPP del núcleo de fase sólo podía ser satisfecho desplazando uno de los OS ya presentes en la derivación -quedando, lógicamente, el merge de otro IL bloqueado por no haber ningún otro disponible-

Lo último que quisiera destacar de Chomsky (2000) es lo que sigue:

“the head of a phase is “inert” after the phase is completed, triggering no further operations”. Chomsky (2000)

Tras esta idea, radicalizada, puede traslucir otra que se enfatizará a partir de Chomsky (2005) -punto 5.2.4- y que es central en mi investigación: sólo los núcleos de fase motivan las operaciones. Este último apunte al margen, la conclusión más inmediata es que una fase completada no puede motivar operaciones en fases posteriores; una segunda, no tan evidente, podría ser que una fase es también inerte en relación a operaciones desencadenadas por fases posteriores. Por lo tanto, en cada fase deben satisfacerse -para que converja- todos los requisitos formales, ya que una vez completada va a quedar congelada en términos computacionales de acuerdo con la CIF.

En la frase observamos que hay al menos 3 fases, dos de las cuales que deben generarse previamente a la su combinación con el predicado de la oración principal.

5.2.2 Chomsky (2001)

Chomsky (2001) se mantiene fiel al trabajo anterior en tanto que las fases siguen abordándose como mecanismos que redundan en la eficiencia computacional del sistema: siguen determinadas por subnumeraciones, cuyo mapeo debe ser fácilmente identificable en los sistemas de la FLA; siguen a su vez determinando la ciclicidad de las derivaciones -para lo cual se destaca más y más el papel del núcleo de fase-; etc. Ahora bien, Chomsky (2001) introduce avances significativos en la teoría de fases.

Por lo que respecta a la estructura de las fases, se sigue avanzando hacia la teoría de la herencia de rasgos -que abordaremos en los puntos 5.2.5, 5.2.6 y 5.4-: T pasa a considerarse una categoría sustantiva, que será defectiva a menos que sea seleccionada por un C completo. De esta forma, aumentan los paralelismos de la estructura en torno a los núcleos de fase C y v, y se fomenta la idea de que las categorías sustantivas son seleccionadas por categorías funcionales/núcleos de fase-contraviniendo las CFP de Chomsky (2000)-:

(47)[C (núcleo de fase) [T (categoría sustantiva) [v (núcleo de fase) [V
(categoría sustantiva)]]]]

De hecho, en atención a esta estructura, Chomsky (2001) plantea una posibilidad que, sin embargo, nunca va a acabar de desenvolver -y que en este trabajo, tras la estela de otros autores, yo propondré-: las fases podrían extenderse a otras categorías -para discusión, véanse Gallego (2010), el punto 5.7 y el anexo 2-. Según Chomsky (2001), que los rasgos relevantes -los formales de que traté en 5.1.2- se hallen posiblemente en las categorías funcionales, y la integridad semántica y fonética que las fases “estándar” presentan en relación a los sistemas de la FLA, son dos hechos que sugieren que la tipología general de fases debería incluir, por lo menos, las categorías nominales, y, quizás, otras categorías sustantivas.

Ahondando en este razonamiento, brotan múltiples relaciones entre el formato de las fases y trabajos sobre morfología distribuida (MD), como el de Hale y Marantz (1993) -anexo 2-. Chomsky (2001) plantea que los rasgos categoriales podrían eliminarse íntegramente de las raíces, de manera que la tipología de fases por la que antes clamábamos podría obedecer a la siguiente configuración: F-SX, donde SX sería una proyección sustantiva -*root*-, cuya categoría vendría determinada por el F que la seleccionara. Luego, las fases estarían muy cerca de ser XP encabezados por núcleos funcionales, que serían núcleos de fase, cobrando bastante sentido algo como:

$$(48) [F [XP [F [XP [F [XP [F [XP \dots]]]]]]]] \\ [{}_{\text{FASE C}} [ST [{}_{\text{FASE V}} [SV [{}_{\text{FASE p}} [SP [{}_{\text{FASE D}} [SN]]]]]]]]^{62}$$

De acuerdo con este formato, se podría explicar que ST y SN, por ejemplo, no suelen ser aislables debido a que estarían dejando el núcleo funcional *stranded* -en 5.5. analizaremos la explicación en términos de antilocalidad de Boskovic (2012)-. Esto que es, en fin, una intuición teóricamente bastante tentadora ganará en plausibilidad cuando se observe la relación entre rasgos formales y fases.

Por otra parte, el mayor papel que empiezan a jugar los rasgos en el sistema de fases, en Chomsky (2001), conlleva la introducción de una distinción entre fases fuertes y débiles, dependiendo la defectividad de los núcleos de fase -como Sv en frases inacusativas o pasivas y SC en frases de ascenso de sujeto⁶³- y la aislabilidad en los sistemas de la FLA. Las fases fuertes, a diferencia de las débiles, parecen ser los únicos objetivos potenciales para el movimiento, presentan PPE y, lo que es crucial, son los dominios en que tiene lugar la operación cíclica de *transfer* -no así en los débiles-⁶⁴: los rasgos formales valuados por concordancia aguardarían la llegada del núcleo de fase fuerte ulterior para ser borrados de camino al CI.

Actualmente, se ha puesto seriamente en entredicho la existencia de las fases débiles; en efecto, yo la deniego -si no presentan las propiedades típicas de una fase, no hay razones para sostenerlas en ese estatus-. Sin embargo, creo que Chomsky (2001) dio un paso extraordinario hacia teorías que expondremos un poco más adelante: las fases dejaron de ser ciegamente C y v para depender, en una medida mucho mayor, de los rasgos formales, y los rasgos formales, a su vez, se vincularon indisolublemente a la operación de transfer cíclica.

Chomsky (2001) potencia la CIF al considerar que los rasgos valuados -y toda la estructura- pueden ser olvidados en estadios posteriores, pero, por culpa de la distinción entre fases fuertes y débiles, y con la mira también en algunas construcciones como el caso nominativo caprichoso, se ve obligado a reformularla. Chomsky (2001) asume que “Ph₁ is interpreted/evaluated at the next relevant phase PH₂”, donde con fase relevante nos referimos a fase fuerte. Si extendemos esta hipótesis a la interpretación de todas las fases, a fin de obtener un sistema más uniforme, la CIF se ve reformulada tal que así:

62 Esto es sólo intuitivo, para un desarrollo véase el punto 5.5.

63 Aunque se haya dicho que T, en tales casos, no sería seleccionado por C.

64 Para argumentos en contra, véase Richards (2012) en el punto 5.4.

CIF2 [segunda versión de la CIF]:

“ $[_{ZP} Z \dots [_{HP} \alpha [H YP]]]$ ”

[...] The domain of H is not accesible to operations at ZP; only H and its edge are accesible to such operations” Chomsky (2001)

Chomsky (2001) advierte de la diferencia entre la CIF1 y la CIF2: si la derivación ha completado HP y está trabajando en la fase siguiente, no será hasta la introducción del núcleo Z que la fase HP se transfiera y quede congelada. De esta forma, las operaciones no sólo van a poder acceder al eje y al núcleo de la fase α y H, sino que podrán entrar en el interior del complemento YP. Por ejemplo, si Z fuera C, T podría sondear por debajo de H, en YP; sería sólo el núcleo de fase Z el que ya no podría.

Así, la CIF2 permite la concordancia de T con el objeto en casos de objeto nominativo caprichoso en el complemento de v^*P , y parece resolver otros problemas teóricos. Cuando se da *object shift* (ObS), gracias a la CIF2, se evade la violación de minimalidad causada por el ascenso del sujeto por encima del objeto: la evaluación de la derivación tendría lugar cuando entrara en juego C, sólo se tendrían en cuenta las cabezas de las cadenas y el sujeto, en consecuencia, seguiría dominando al objeto. Por otra parte, la CIF2 mejora, según Chomsky (2001), explicaciones en relación a núcleos de fase defectivos: en islandés, por ejemplo, el participio muestra caso según si lo selecciona un v o un T:

(49) $[_a \text{ Prt } [_{\text{DO}} \text{ several fish }]]$ Chomsky (2001)

Consideremos que Prt es un núcleo de fase defectivo/débil, y que el OD y el participio concuerdan. Gracias a la completitud de rasgos del OD, este puede valorar al participio, pero el participio, en cambio, no tiene con qué eliminar los rasgos formales del OD -puesto que carece de tiempo-; el OD, por lo tanto, debe ascender y esperar a ser valorado.

De hecho, si la fase es seleccionada por un núcleo T,

(50) “there were caught several fish”

OD y participio ostentarán caso nominativo -visible en algunas lenguas-, de forma que, al introducirse la siguiente fase en la derivación, tendrá lugar una relación de concordancia triple: sonda-expletivo, sonda-OD y sonda-participio.

No hay problemas en asumir que el caso del OD se valorará como nominativo y los rasgos no interpretables serán eliminados; tampoco con que el expletivo valúe a su vez un rasgo-PPE de T;

ahora bien, ¿qué pasa con el participio? Sus rasgos formales, habiendo concordando con el OD, habrían sido borrados en el estadio α de (49), por lo que debería ser un elemento invisible a la concordancia con T. El caso del participio, en consecuencia, no podría ser valuado y la derivación, en contra de los hechos, fracasaría.

Según Chomsky (2001), el problema se resuelve si la operación de *transfer* tiene lugar en el siguiente estadio de la derivación. Los rasgos del participio siguen visibles y no desaparecen hasta el siguiente núcleo de fase C; luego, T puede valorar su caso y se obtienen dos concordancias entre Prt y el OD: una directa con el OD para valorar los rasgos-*phi*, otra indirecta en que cada uno concuerda por su cuenta con el rasgo nominativo de T.

Estas explicaciones, sin embargo, me parecen demasiado endebles para sostener la existencia de la CIF2, y que aventaje la CIF1. Por lo que hace al ObS y la minimalidad, sólo notaré lo peligroso de permitir violaciones de principios en estadios intermedios; en cuanto a casos como el del islandés, los problemas desaparecen, del todo, tan pronto como aceptemos que, dado su carácter defectivo, Prt no es un núcleo de fase -ni siquiera débil-. Si no queremos hacerlo, el conflicto teórico vuelve a ser tan fácil de solucionar como asumir que Prt no está inactivo ni invisible hasta que su rasgo de haya sido valuado: de hecho, tal y cómo definimos la actividad en 4.1, esta es la única opción lógica.

En suma, creo que la CIF2 no es más que el precio que Chomsky (2001) se ve obligado a pagar por no querer aceptar que hay núcleos C y v que no son fases -o, alternativamente, que no están presentes en todas las derivaciones-; y confío en que el caso caprichoso de objetos nominativos, que he pasado por alto, pueda recibir -o haya recibido- explicaciones mejores -sé poco al respecto-. Para argumentos más consistentes contra la CIF2, creo oportuno esperar al punto 5.4, cuando se hayan introducido otras nociones.

De otro lado, Chomsky (2001), al hacer depender de los núcleos de fase fuerte la transferencia, la ciclicidad y la interpretación/valuación de los objetos sintácticos, avanza hacia la neutralidad del *transfer* por lo que he abogado en el punto 3.3.1 y resta importancia a operaciones postsintácticas: *surface semantic effects are restricted to narrow syntax* y nada fruto de operaciones fonológicas puede dar lugar a efectos semánticos más que muy limitados.

Un último aporte clave de Chomsky (2001) es que se empiezan a asignar valores interpretativos a las posiciones que habilitan las fases en el borde. Para evidenciarlo, recurramos de nuevo al ObS. La idea es que todas las lenguas permiten ObS, aunque sólo algunas permiten que el objeto permanezca en el borde del Sv*; si no, el inglés, una lengua que no legitima ObS, nunca podría obtener frases como:

(51) ¿What did John read?

Pensar que el objeto sólo va a ascender a condición de que vaya a moverse en estadios subsiguientes, a fin de satisfacer un rasgo [+q] de un núcleo C que todavía no ha entrado en la derivación, supone incurrir en *look-ahead*; si alegamos que el desplazamiento se cancela a posteriori, lo hacemos en *backtracking*. El OS, como decíamos, se ha de mover, por fuerza, siempre.

Los objetos que sufren ObS parecen generar consecuencias interpretativas, por lo que se suele creer que hay algún rasgo con ese valor que lo obliga a desplazarlo. Sin embargo, he apuntado en más de una ocasión a que un sistema computacional no debería tener acceso a esa información interpretativa, que no emerge hasta que la estructura llega al CI -ni siquiera tiene sentido incluir esos rasgos en los ILs-⁶⁵. Así, a la vista de la configuración:

(52) [_b C [Espec T ... [_a XP [Suj v* [_{VP} V ...Obj]]]]] (Chomsky 2001)

el objeto viajaría desde la primera posición de la cadena, donde se interpreta en relación a la red temática, hasta la posición de cabeza de la cadena en que aterriza, en XP, donde se asigna *surface interpretation*.

“We assume that Int is assigned to the peripheral configuration universally adopting (57), probably a more general governing peripheral non-0 (EPP) positions including [Spec, T] -a traditional idea, still somewhat obscure:

(57) The EPP position of v*P is assigned Int.” (Chomsky 2001)

Llegados a este punto, sólo tenemos que recuperar lo que dijimos en el punto anterior: *the head H of phase Ph may be assigned an EPP-feature* (Chomsky 2000). Los OS que aterrizan en bordes de fase, en fin, reciben interpretación, y no lo hacen de resultados de rasgos que ostenten, sino por la posición final que alcanzan.

Chomsky (2001) continúa con la explicación en términos más lineales, hablando de “borde fonológico”; proponiendo un parámetro según el cual en esa posición hay lenguas que resisten la

⁶⁵ Como hace ver Chomsky (2001), por esa misma regla de tres podríamos afirmar que el sintagma “los hombres” asciende para ligar la anáfora:

“the men seem to each other to be intelligent” (Chomsky 2001)

Con todo, el sistema computacional es “tonto”, y no tiene sentido dar a *the men* un rasgo de *binder*. En sentido figurado -con otra metáfora chomskyana-, no debemos confundir que alguien corra para atrapar una pelota con los mecanismos implicados en el movimiento mismo.

interpretación y otras que no; hablando de movimientos vácuos y economía, etc. de modo que, en definitiva, el inglés no tolera la presencia de un objeto en XP porque las mismas interpretaciones pueden darse desde la posición inicial del primer *merge*. Para ello, precisa echar mano de la CIF2, de que la operación se evalúa cuando entra C en la derivación, siendo entonces cuando se habilita la posición del borde siempre que no sea vácuo... Un conjunto de explicaciones que ni me convencen ni quiero que oscurezcan la idea del párrafo anterior; así que, avancemos.

5.2.3 Chomsky (2004)

Chomsky (2004) reformula lo que es el borde de la fase, considerando que en una estructura [α [H β]] el borde está constituido tanto por α como por H. El borde se muestra indispensable para permitir el movimiento cíclico, para el cual empieza a concebirse como una vía de escape -cosa que explotaré en 5.6-.

La relación entre posiciones e interpretación que apuntábamos al final del apartado anterior se relaciona, en Chomsky (2004), con el ME y el MI. Así, la asimetría en el campo de la semántica, recuperando ideas tradicionales, entre interpretación profunda y superficial se puede obtener sin mayor complicación teórica por los distintos tipos *merge*, respectivamente: el ME en el interior de la fase y el MI en el borde. De esta manera, Chomsky (2004) supera la idea de que el movimiento sea una imperfección del sistema, haciendo que sea algo de lo que saca partido el sistema CI y que da así origen a una dualidad semántica.

Entonces, se nos va perfilando aun más el formato de las fases que apuntaba Chomsky (2001). De hecho, Chomsky (2004) rescata la idea de que sólo habría raíces cuya categoría dependa del núcleo funcional que las domine -y al que quizás deban desplazarse, explicándose el movimiento de núcleos-.

Suppose further that *see* is a root—a reasonable assumption, as noted earlier. Then the next Merge should also tell us what kind of element it is: the verb *see* or the noun *sight*. In the best case, then, the next Merge should yield (20), where α is the verbalizer *v* or the nominalizer *n*:

{ α , {*see*, OB}} (Chomsky 2004)

Así las cosas, si hay otros sintagmas que se muestran aislables y coherentes con la estructura y el comportamiento de las fases estándar en la FLA, no hay razones, a priori, para dejar de

considerarlos fases, o lo que es lo mismo, el paralelismo entre esta última estructura y la que se postula para las fases es demasiado fuerte como para deberse a un casual. El cuadro va, pues, enriqueciéndose y prosperando hacia la homogeneidad:

(53) [Espec (PPE-Int-MI) [Núcleo fase (categoría funcional) [X
categoría sustantiva (root-acategorial) [YP (EM-argumento)]]]]

. Es más, Chomsky (2004) fomenta la relación de dependencia extrema entre C y T, y ν y V: los valores de tiempo/caso de T, en verdad, dependen de que sea seleccionado por C, y lo mismo cabe pensar para el núcleo V seleccionado por ν^* . Así pues, de la unidad de C y ν de su unidad con las categorías sustantivas que dominan se seguirían huellas inesperadas en el movimiento cíclico en sus especificadores.

Sin desmerecer lo anterior, Chomsky (2004) introduce una de las mayores innovaciones teóricas sobre lo que en trabajos posteriores va a devenir la motivación de las fases: la transición de las fases orientadas hacia la FLA a las fases generadas por elementos presentes en el propio sistema computacional, los rasgos formales.

Recordemos que los rasgos formales entran en la derivación sin valor en los ILs que los portan; que son valuados por medio de la concordancia con rasgos parejos en ILs donde sí suponen un aporte semántico; y que luego deben ser eliminados de camino al sistema CI -si no, se violará el PIP- pero transferidos, sin embargo, al sistema SM -si no, no podrían pronunciarse-. Para Chomsky (2004) los rasgos formales siguen siendo como algo vírico que debe ser eliminado y transferido lo más rápido posible, con objeto de evitar la necesidad de volver la vista a estadios previos de la derivación para saber cuáles han entrado sin valuar y deben ser borrados -violando la CIF y el presupuesto de la eficiencia computacional-.

El funcionamiento óptimo del sistema sería que la valuación de los rasgos formales formara parte, en efecto, de la operación de *transfer*, que podría eliminar los rasgos de camino al CI a la vez que los transfiriera el SM. Si la operación de *transfer* depende de los núcleos de fase -fuerte en Chomsky (2001)-, la relación entre valuación de rasgos formales, *transfer* y fases se da por sí misma, y no necesitamos para estas últimas ningún disparador extra: las fases pueden empezar a depender de algo propio de la sintaxis, la valuación de rasgos formales, mientras que sus repercusiones en los sistemas de la FLA pueden empezar a considerarse un efecto colateral. Es más, esto sugiere la posibilidad de que las fases sean flexibles, es decir, de composición y tamaño variables en función de la presencia de los rasgos formales.

La importancia de los rasgos formales puede explicar mejor muchas de las propiedades que

hemos hablado hasta ahora: puede que el movimiento hacia los bordes se deba a meros fenómenos vinculados a la concordancia; que de la valuación de rasgos formales se deriven consecuencias semánticas inesperadas hasta el momento; que los núcleos de fase ejerzan sistemáticamente de sonda y que como tales necesiten una meta con que concordar, cuya distancia demasiado profunda -es decir, con categorías interventoras, etc-. podría causar desplazamientos, explicados a la sazón algo *ad-hoc*, etc. Los rasgos formales, en fin, redundan en eficiencia del sistema computacional y pueden desencadenar la dualidad semántica, quedando plenamente justificada su existencia desde el tercer factor:

“If this line of reasoning is tenable, then uninterpretable features and the extra relation Agree move from the unexplained category (2i) to the category of principled explanation (ii and iii), and the discussion so far continues to conform pretty closely to the strong minimalist thesis (3).” Chomsky (2004)

Chomsky (2004) no quiere perder los beneficios que las fases suponen desde el tercer factor alterando demasiado su tamaño, me temo, pero no aporta ningún argumento rotundo contra posibles extensiones, ahora que hemos pasado a contemplar el papel relevante de los rasgos formales, y que sabemos, como explicamos en el punto 5.1, que están presentes en prácticamente todas las categorías y que su presencia en los ILs varía translingüísticamente.

“We therefore conclude that TRANSFER (hence S-O) must be cyclic, confirming the earlier conclusion based on computational efficiency. Note that TRANSFER has a “memory” of phase length, meaning again that operations at the phase level are in effect simultaneous. It follows that phases should be as small as possible, to minimize memory for S-O, and independently, to maximize the effect of cyclic derivation in simplifying Φ .” (Chomsky 2004)

Así, en Chomsky (2004) se ve más a las claras que las fases y la operación de *transfer* tienen lugar a la vez., y que de ese momento depende el tamaño de unas fases ligadas a los rasgos formales. Chomsky (2004) deniega explícitamente teorías en que el tamaño de la fase sea demasiado pequeño: *transfer* no se podría aplicar por cada merge entre OSs porque información trascendental dejaría de estar disponible. Si tenemos, por ejemplo, el verbo *ver* seguido de un objeto interrogativo, pero transfiriéramos nada más ensamblarse ambos OSs, el complemento nunca podría ascender a C.

No obstante, tampoco deberíamos esperar demasiado para saber si tal OS se pronuncia *in situ*, de modo que, idealmente, debería ser en la siguiente aplicación de *merge* cuando lo descubriéramos,

lo cual casa a la perfección con el formato de las fases que vamos esbozando.

Además del transfer, Chomsky (2004) declara que todas las operaciones en el nivel de fase son simultáneas, causando el espejismo de efectos contracíclicos en el interior de la fase. Esto permite evadir algunos problemas teóricos:

“The phenomenon is illustrated most simply by A'-movement to Spec-C, as in (21) [abstracting from effects of T-to-C, *-do-* support, and *-seem-to-T* raising, as well as *t* the trace (copy) of the wh-phrase, *t'* of *he*]:

(21) i. What C [he T [t [t' see t]]]” (Chomsky 2004)

Si T primero provoca el ascenso de *he*, pasando por encima del interrogativo, se produce una violación de la minimalidad; asimismo, cuando C provoca el ascenso de *what*, lo hace sobrepasando el sujeto. Como ocurría con la violación de la minimalidad y el ObS en Chomsky (2001), todo esto se soluciona si ambos movimientos son simultáneos a nivel de fase.

5.2.4 Chomsky (2005)

Chomsky (2005) insiste en la relación entre rasgos formales, que son redundantes, y la transferencia: la valuación obliga a la ciclicidad -siempre que queramos la teoría más simple-; abunda en la CIF2: las relaciones sintácticas nunca parecen sobrepasar más de una fase; sigue preguntándose por las fases y su tamaño, a la vista de paralelismos entre C y D observados por Svenious (2003).

Veamos ahora lo novedoso de Chomsky (2005). El autor apuesta por que las granuladísimas estructuras que revelan los proyectos cartográficos podrían estar basadas en la linearización de los rasgos que constituyen las categorías sintácticas mayores. Esto que parece no ir más allá pone, en verdad, tras la pista de un problema que vamos a abordar en el anexo 2 -y que antes notaremos en el punto 5.8-: la unión de rasgos en constitución de ILs, hasta ahora, era poco más que un mecanismo arbitrario del aprendizaje; puede que tras ello haya un proceso del todo sintáctico, como *merge*.

Si lo anterior planteaba una laguna teórica nada despreciable, hay un punto que es, al menos para este trabajo, aun más decisivo teóricamente:

“It should be that all operations are driven by the designated element of the phase, the phase head C, v. That should include internal Merge. But a problem arises, discovered by Julie Legate (2003): there are reconstruction sites at smaller categories, though movement

cannot stop there but must move on to the phase head that drives the operation.”
(Chomsky 2005)

La hipótesis nula es que si, aparte de ME, irrestricto, las demás operaciones de la sintaxis dependen de rasgos formales, activos, y si estos coinciden o se relacionan con núcleos de fases, todas las operaciones -como la concordancia, etc.- están generadas por los núcleos de fase y tienen lugar simultáneamente cuando se da la transferencia. Yo formalizaré la idea chomskyana con la

Hipótesis del disparador de las operaciones sintácticas (HDOS)

Las operaciones sintácticas son generadas por núcleos de fase y tienen lugar cuando se produce la transferencia

Un problema que detectó Chomsky (2004) es que parece haber sitios de reconstrucción en categorías más pequeñas que las fases, aunque el movimiento no pueda detenerse ahí. Una solución, no sólo directa en mi opinión, sino la más lógica, es que haya otras fases a más de C y *v* -punto 5.5-. Chomsky (2004) no termina de comulgar con esto y, sin renunciar a que sean conducidos por los núcleos de fase, contempla la propuesta de Boeckx (2003) conforme a la que los OSs en movimiento pasarían por el especificador de todos y cada uno de los sintagmas hasta alcanzar el punto en que han de detenerse, normalmente en el borde del núcleo de fase. Nosotros, sin embargo, vamos a aparcar esa cuestión y a seguir pensando -por ahora- que el movimiento es *punctuated* o da saltos de borde en borde de fase.

Chomsky (2005) apunta a que las excepciones a ese aterrizaje en el borde podrían deberse a que los núcleos de fase transfiriesen los rasgos no interpretables al núcleo, inferior jerárquicamente, que seleccionan. Esto que va claramente contra la NTC es la idea de la herencia de rasgos, que tiene argumentos teóricos poderosos a su favor y que Chomsky va a adoptar en trabajos posteriores -puntos 5.2.5 y siguientes-.

Separadamente, Chomsky (2005) sigue insistiendo en la relación de los rasgos formales y el MI, en el paralelismo entre núcleos de fase y sondas de concordancia, y en la idea de que el PPE puede que no sea más que la forma de habilitar una posición para futuros movimientos, una vía de escape que evite incurrir en *look-ahead* o en una dependencia exclusiva de rasgos, etc.

5.2.5 Chomsky (2007)

Chomsky (2007) justifica las fases al destacar que la eficiencia computacional requiere de algún tipo de ciclicidad: las fases permiten detectar anomalías derivacionales tempranamente de modo que el proceso pueda abandonarse sin esperar a que se agote la numeración -véase Epstein, Kitahara y Seely (2012) en el punto 5.4-; e insiste en la neutralidad del transfer en que he hecho bastante hincapié:

“Call such stages phases. Optimally, they should be the same for both subcases of Transfer, so until shown otherwise, we assume so (the mapping to the SM interface is sometimes called “Spell-Out”).” (Chomsky 2007)

Dejando en el tintero reflexiones no fundamentales para el trabajo, y por lo que hace al MI, Chomsky (2007) explica en términos de fases la distinción e identificación de repeticiones de ILs -cada repetición en una misma fase es una copia-; insiste en la dualidad interpretativa en la FLA -en el SM, el movimiento sería una manifestación aun más evidente que en el CI- que posibilita ese MI; y lo considera un dispositivo de la FL suficiente para el potencial expresivo de la cuantificación, el movimiento-A', etc. sin necesidad de recurrir a índices que violen la inclusividad.

A este respecto, bastaría con considerar que la copia que se desplaza al borde de fase actúa directamente como operador, tomando bajo su ámbito las copias inferiores, entendidas como variables. Esto último puede extenderse a todo tipo de ligado y, en efecto, me consta que hay trabajos -aunque no los he leído- que han explicado el ligado pronominal y las condiciones A, B y C mediante el movimiento de constituyentes.

En relación a la HDOS, Chomsky (2007) sigue fomentándola aun a costa de hacer una distinción implícita entre ME y MI -lo que teóricamente podría no ser tan deseable- y nota que si todo ocurre a nivel de fase, no se requiere ninguna memoria de la derivación -más allá de la estructura que llevas construida-.

Aunque no de forma explícita, creo que una innovación de Chomsky va contra la CIF2: la herencia de rasgos, que por fin vamos a desenvolver -para más detalle, véase Richards (2012) en el punto 5.4-. Los rasgos formales valuados no pueden aguardar a ser transferidos a una fase posterior, puesto que entonces serán indistinguibles de los rasgos semánticos que proceden valuados de los ILs y la derivación violará el PIP. Esto implica que en el nivel de fase en que se valúan, han de transferirse. Ahora bien, ¿la transferencia del complemento de fase garantiza la eliminación de los rasgos formales del núcleo?

Pensemos, siguiendo a Chomsky (2007) -quien a su vez se basa en Richards (2007)-, en que ST pudiera ser una fase, de manera que el núcleo tuviera rasgos formales por sí mismo. Si transfiriésemos el complemento de T, los rasgos formales *-phi-* de T permanecerían ahí, valuados; al introducirse C en la derivación -otro núcleo de fase-, y transferirse su complemento -ST-, T llegaría al sistema CI con rasgos no interpretables sin eliminar y la derivación fracasaría. La primera deducción es que T no puede ser una fase; está bien, pero ¿acaso no ocurre lo mismo con el núcleo C, y con v*?

Cuando la transferencia de esas fases tiene lugar, sólo actúa sobre el complemento: los rasgos del núcleo, aunque valuados, no son transferidos y, por ende, tampoco son eliminados. En consecuencia, en la fase posterior, los que integren el antiguo borde serán rasgos semánticos como otros cualesquiera y el nuevo OS que reciba el sistema CI será rechazado en atención al PIP.

Para solucionar este problema podemos recuperar y refundir lo que se ha insinuado en puntos anteriores: C y v* transfieren sus rasgos formales a T y V, es a saber, los núcleos sustantivos heredan los rasgos de los núcleos de fase que los seleccionan. De esta forma no sólo los núcleos de fase consiguen deshacerse de lo que causaría un fracaso derivacional, sino que se consigue también que los rasgos formales reciban valor en un dominio sensible al *transfer* -y la eliminación- y podemos entender mejor las rarezas que venimos señalando acerca de la dependencia contextual de T de C y del rasgo PPE.

Es cierto que la herencia de rasgos parece contracíclica, es a saber, viola la NTC, pero para Chomsky (2007) es una relación casi tan corriente como la que se establece entre sonda y meta -algo que Gallego (2010) llevará a un nivel superior con el *feature-sharing*-.

También suscita dudas cuál es el verdadero aporte de T, sobre todo por la inaceptabilidad de operaciones o elementos vácuos en una teoría minimista: Chomsky (2007) restringe la herencia a rasgos formales, pero la verdad es que, teniendo en cuenta el valor prácticamente nulo de T en oraciones no finitas -es decir, no seleccionadas por C- no se me ocurren valores inherentes -aunque sí para V-. Así y todo, Richards argumenta que si asumimos que v* no puede heredar los rasgos de C, una categoría intermedia al estilo de T es imprescindible para, como mínimo, salvar las derivaciones⁶⁶.

En relación al orden en que tienen lugar las operaciones, la herencia de rasgos debe preceder la concordancia, a fin de que el movimiento al especificador del núcleo seleccionado por el de fase sea posible -de nuevo una operación contracíclica para la que se propondrá una solución en 5.6-; por otra parte, esto también reduce el campo de búsqueda de la sonda y, cabe pensar, aumenta la

⁶⁶ Aunque ignoro por qué, dado que si traspasa sus rasgos a V, v va a quedar tan vacío como el núcleo T que se insertará luego.

eficiencia computacional. En conclusión, Chomsky (2007), con la herencia de rasgos, acaba de fundamentar la teoría de fases en los rasgos formales y justifica su existencia gracias a las consecuencias trascendentes para con el tercer factor.

En referencia a la asignación automática de interpretación a los OS que aterrizan en el borde de las fases de Chomsky (2001) y al formato de las fases que se nos ha ido enriqueciendo punto por punto, Chomsky (2007) aprovecha la herencia de rasgos y los distintos especificadores implicados en ella para explicar sin artificio ninguno la diferencia entre movimiento/posiciones A y A'.

Habíamos asumido que el sistema CI permitía la interpretación de la cuantificación, y que la forma de generarla se obtenía, sin estipulación ninguna, si considerábamos que los OS en el borde de fase tomaban alcance sobre sus copias: esta posición estaría relacionada, por lo tanto, con el movimiento A', y tal vez con un rasgo a lo PPE.

Dada la herencia de rasgos, y el cierto consenso en que el OS asciende al especificador de T para valuar su rasgo de caso, podemos generalizar y considerar que la posición de especificador del núcleo que hereda los rasgos del de fase -esto es, la sonda derivada- se corresponde con la posición para el movimiento A a la que los OS deberán ascender para valuar rasgos flexivos no interpretables.

En conclusión, podemos dividir los rasgos del núcleo de fase en dos: por un lado, el EPP o RB, satisfecho en su propio especificador; por otro lado, los rasgos formales cuyos requisitos se satisfacen en el especificador del núcleo derivado. Asimismo, podemos asociar estos rasgos y núcleos a las posiciones A' y A. Aunque esta teoría no termina de convencerme -robustece una distinción entre movimiento A y A' que, creo, sería ventajoso desechar, y viola de forma flagrante la NTC-, parece que captura algo empíricamente verosímil, de manera que el nuevo formato de las fases vendría a ser tan completo como acategorial -y susceptible, por lo tanto, de variar al variar los rasgos formales-:

(54) [Espec (PPE-Int-MI-A') [Núcleo fase (categoría funcional) [Espec
(rasgos formales-MI-A-¿Int?) [X categoría sustantiva (root-acategorial) [YP
(EM-argumento)]]]]]]

5.2.6 Chomsky (2008)

Chomsky (2008) sigue con la especulación de que SD podría ser una fase; con la herencia de rasgos y su relación con el movimiento A y A'; con la neutralidad del transfer; con lo que he dado en

llamar HDOS; con la identificación entre núcleos de fase y sondas, etc.

Donde hay más que discutir es en el terreno de la herencia de rasgos. Respecto de la violación de la NTC por causa de ella, Chomsky (2008) se pronuncia con una idea muy controvertible a mi juicio: aunque viole la NTC, la herencia de rasgos encaja con la TMF, puesto que juega un papel en cuanto a interpretación y convergencia en el sistema CI. Lo que implique la herencia de rasgos es, entonces, como un sacrificio necesario.

Por lo que hace al formato de las fases, el especificador del núcleo de fase empieza a concebirse más como una posición habilitada por el RB que presenta todo IL, que como un rasgo-PPE; las excepciones a especificadores inferiores son derivativas. Las operaciones desencadenadas por el núcleo de fase original y la sonda derivada ocurren en paralelo y simultáneamente, de modo que C, verbigracia, sería como una sonda doble que busca valuar el RB y los rasgos formales. Veamos un ejemplo:

- (55)a. C [T [who [v* [see John]]]]
 b. who_i [C [who $_j$ [T [who $_k$ v* [see John]]]]]
 c. who saw John” (Chomsky 2008)

La concordancia simultánea genera dos cadenas: una A entre who_j y who_k de resultados de la concordancia con los rasgos formales de T; otra A' entre who_i y who_k a consecuencia de la concordancia -opino que sospechosa- con el rasgo-PPE-RB de C. La cadena A, a pesar de ser finalmente invisible, está ahí y se interpreta como una variable ligada por el operador who_i que encabeza la cadena A' ⁶⁷ -y no hay ninguna otra relación entre las cadenas-.

Esta propuesta de Chomsky (2008) tiene ciertamente ventajas: se evita la creación de cadenas mixtas, porque desde la posición de base, la concordancia provoca el ascenso de copias por razones independientes, evitándose redundancias; siendo así, las cadenas y posiciones se definen por cómo son derivadas y no sólo en relación a posiciones estructurales, de modo que las categorías desplazadas nunca intervendrán, ni en movimientos de larga distancia, si en realidad están formando parte de cadenas de tipo distinto; la teoría permite explicar de una forma natural la

67 Como prueba de su presencia sintáctica, baste lo siguiente:

- (i). “who was never seen, * who was there never seen
 (ii). who_i seems to his $_i$ friends to be preferable, * who_i do you seem to his $_i$ friends to prefer”(Chomsky 2008)

Si no hubiera una copia que encabezara una cadena A en la posición de Espec-T, la inserción del expletivo en (i) sería gramatical: si el operador who_i de (ii) ascendiera en las dos frases directamente desde la subordinada a la posición de Espec-C, no se explicaría el contraste de que en la primera frase el sujeto que es valuado como nominativo pueda ligar la anáfora, mientras que, en la segunda, el objeto que es valuado como acusativo no pueda hacerlo -por no pasar por la posición de Espec-T.

condición de sujeto conforme a la cual no pueden extraerse el complemento de un SP desde la posición de *Espec-T*, porque “SPEC-T position [...] is simply invisible to EF [RB]” (Chomsky 2008) -para una teoría detallada sobre islas, véase Boeckx (2012c) en el punto 5.6 o léase Gallego (2010)-.

Chomsky (2008) entra luego en la libertad de ascender cualquier OS al especificador del núcleo de fase, aunque sólo algunas construcciones puedan ser interpretadas como no *deviant* -lo que resuelve el conflicto de considerar que el movimiento A' a larga distancia era conducido por rasgos no interpretables por cotejar en fases que aún no habían entrado en la derivación-; después mira los problemas que acarrea esa libertad para analizar fenómenos de superioridad, etc. Pero creo que el repaso a la teoría de fases chomskyana es ya suficiente como para poder plantear una hipótesis sobre variación lingüística relacionada a la misma.

4.3 Fases, rasgos formales y variación lingüística. Un primer apunte

Voy a recordar las hipótesis esenciales a las que hemos llegado hasta ahora para ver si se puede desarrollar una teoría coherente: los parámetros son sólo una relación intelectual, nada parte de las lenguas en un sentido sustantivo, hecha sobre cómo las producciones de distintas lenguas-I divergen en algún nivel. No obstante, toda lengua está sujeta a unos principios del primer y del tercer factor universales y ajenos a la variación. El margen de actuación de la variación, pues, es inversamente proporcional al poder que atribuyamos a tales principios, esto es: cuanto más restrictivos sean -reitero que siempre inalterables-, más variación filtrarán como imposible.

Si los principios son universales -y la sintaxis, en consecuencia, no se adquiere-, la variación o sus desencadenantes no pueden estar más que en el segundo factor -concebido más ampliamente que de costumbre-: en el léxico con que ponemos de manifiesto las construcciones fruto de la puesta en marcha de la FL, y, tal vez, en esas mismas construcciones desde el punto de vista de quien las produce.

Respecto del léxico y del poder que atribuyamos a los principios, hay dos posibilidades a examinar: o bien el léxico con que trabaja el sistema computacional es, por entero, universal, una suerte de principios -del primer factor o prelingüísticos- inviolables y, por lo tanto, independientes del proceso de adquisición; o bien el léxico con que conectamos FLE y FLA y opera la sintaxis es el mismo que adquirimos cuando desarrollamos nuestra lengua-I.

La primera posibilidad circunscribe el léxico adquirido y la variación a un nivel postsintáctico/morfológico; la segunda injiere variables en un sistema computacional que, a causa

de ser alimentado por esos materiales diversos translingüísticamente, generará construcciones también dispares. Así y todo, en ninguna de las dos opciones teóricas la variación escapa del segundo factor ni se localiza, como predefinida y especificada, en ninguna parte. En otras palabras, no hay ningún punto en que las lenguas tengan opción en cuanto a ser lo que son ni derivar lo que derivan.

En este primer anexo desarrollo una base teoría para la variación lexicosintáctica -reservando la postsintáctica el anexo 2-, basada en que durante el proceso de adquisición el aprendiente fija, a partir de la experiencia lingüística, ILs que agrupan rasgos seleccionados de un conjunto universal prevenidos por la GU -o pertenecientes a otros sistemas-.

Los rasgos que acaban integrando los ILs no son los mismos translingüísticamente y de ello se sigue una primera causa de la variación: la léxica; al permitir que esos ILs diversos sean los átomos con que trabaje la sintaxis, es fuerza que esta, siempre que sea sensible a alguna de sus propiedades, construya estructuras que varíen de una lengua a otra, dando origen a un segundo tipo de variación: la sintáctica, en tanto que referente a la estructura.

Hemos argumentado que la teoría actual no nos permite hablar de una pseudovariación sintáctica a ciertos niveles -movimientos encubiertos, ES, FF...-, sino que hablamos de verdaderas diferencias estructurales, en OSs que se mapean por igual a los sistemas de la FLA, muy en consonancia con la TMF, y que una vez allí sólo pueden ser interpretados -y no alterados, recuérdese la EMI-.

Esto último nos ha facilitado un diseño del sistema de lo más sencillo, pero nos ha obligado a incluir información semántica y fonética en los ILs, y hemos procedido a señalar que no es a esos rasgos, sino a los formales -recuérdese, semánticos no valuados y activos- que la sintaxis parece sensible.

Además, con la HCV, he defendido que, si pretendemos arrojar luz sobre cómo partiendo de numeraciones equivalentes en rasgos semánticos la sintaxis genera estructuras diversas, sólo podemos atender a la variación respecto de los rasgos formales que están presentes o no en los ILs: basarnos en puntos de partida distintos en su semántica, simplemente, pone en pie de igualdad el trabajo comparativo con confrontar dos construcciones de una misma lengua-I.

Centrados en los rasgos formales, hemos justificado su existencia -sorpresiva para con la TMF, por ser redundantes, por último vácuos...- desde el tercer factor: fuerzan la transferencia cíclica de parte de la derivación a la FLA, donde llegan los OS que hemos conocido como fases. La derivación por fases va en beneficio de la eficiencia computacional del sistema, aproximando la FL a ese sistema diseñado a la perfección que, primero idealizado por el lingüista, se revela cada vez como más probable.

Llegados a este punto, hemos adoptado, siguiendo a Chomsky (2007, 2008), lo que he dado en llamar HDOS, que defiende que todas las operaciones, salvo el ME, son generadas por los núcleos de fases y tienen lugar cuando el transfer.

Ahora acabemos de enlazar estas ideas con algunos silogismos:

(i) Si las lenguas varían, en primera instancia, respecto de los rasgos formales que componen los ILs presintácticos, y si su presencia repercute sobre el comportamiento de la sintaxis, la estructura resultante, diversa, es producto, al menos parcialmente, de variación en los rasgos formales -que se sitúan en unos ítems idénticos en lo que atañe a rasgos semánticos valuados-.

(ii) Si el comportamiento activo de los rasgos formales se traduce, una vez son valuados sintácticamente por medio de la concordancia -que puede precisar de MI, etc.-, en fases, y si los rasgos formales varían de una lengua a otra -de la forma que venimos apuntando-, las fases o puntos de transferencia varían translingüísticamente.

(iii) Si todas las operaciones sintácticas son motivadas por los núcleos de fase, y los núcleos de fase varían translingüísticamente, todas las operaciones que se den en cada lengua variarán en el punto en que tengan lugar y, en consecuencia, en las posiciones donde se den y la estructura que de ello se derive.

(iv) Si la variación se reduce a diferencias en el movimiento -y pronunciación-, y si el movimiento se da siempre a la posición que habilitan las fases en el borde -bien del núcleo original, bien de la sonda derivada-, las diferencias translingüísticas se van a seguir de la variación en el tamaño y la cantidad de fases.

(v) Si las posiciones del borde de fase son las únicas habilitadas para el aterrizaje de los OS, y en cada una de ellas el OS recibe determinada interpretación, es esperable que, al variar las fases, haya diferencias semánticas translingüísticamente, sin necesidad de recurrir a rasgos semánticos.

En conclusión, las diferencias de los rasgos formales en los átomos de la computación generan diferencias en la manera como esa computación se lleva a cabo por fases; siendo las fases los dominios en que se desencadenan todas las operaciones sintácticas -al completarse y transferirse-, toda la variación estructural se debe a variación en las fases.

A no ser que descartemos la teoría de fases chomskyana -o la reformulemos notablemente-, la

propuesta que hago me parece la más coherente con el estado actual de gran parte del PM y la posibilidad de que los ILs que adquirimos intervengan activamente en las derivaciones sintácticas.

Soy consciente de que por lo mismo que afirmo que toda la variación lingüística, a nivel estructural, puede explicarse en términos de fases y rasgos formales, debo explicar todo el funcionamiento de la FL ajeno a los condicionantes de buen diseño o a procesos que se lleven a cabo en los sistemas de la FLA en esos mismos términos. Así pues, es algo evidente, pero lo recalco: aseverar que todo lo variable del lenguaje puede achacarse a variación en las fases exige, por otra parte, explicar todo lo que observó PyP y parte del PM únicamente en relación a las fases, aparte de los principios del tercer factor.

La teoría esquematizada presentada hasta ahora no puede sustentar todavía esa empresa, pero sí es lo bastante persuasiva como para fijar un punto de partida suficiente. Creo que, aparte de algunas vacilaciones teóricas por estabilizar y hacer más creíble la existencia central de las fases -punto 5.4-, son tres las lagunas teóricas fundamentales.

Hay que explicar por qué se da el movimiento, sólo en atención a rasgos formales y fracasos derivados de la CIF. Para ello, y conociendo que, al margen de principios del tercer factor como la minimalidad, etc. parece haber otras restricciones al movimiento, hay que: o bien cuadrar a la perfección la teoría de fases con la de islas, o bien defender que las islas emergen postsintácticamente -en el punto 5.6, basándome en Boeckx (2012c), llegaré a lo que creo un punto medio-.

Pero, para justificar todo ese movimiento, primero necesitamos asegurarnos de que disponemos de posiciones suficientes a las que se dé el desplazamiento de OS -un problema que hemos introducido en el punto 5.2.4-. En consecuencia, hay que ampliar notablemente el repertorio de fases -punto 5.5-, que, como hemos visto en el desarrollo chomskyano, hay reticencia a que vaya mucho más allá de C y v.

Otra cuestión, que por falta de tiempo habré de aplazar a investigaciones posteriores, es la necesidad de ser resolutivo en cuanto a la presencia de morfemas nulos, y asumir que, por lo general, los rasgos formales que no tienen algún tipo de realización morfológica no se encuentran en los ILs.

Hecho todo esto -con la susodicha excepción- en los apartados que siguen, habrá que someter la teoría a la prueba definitiva, trasladarla a los datos -punto 5.7-, y ver si la explicación resulta más convincente que la que podríamos exponer desde otros enfoques.

Así, a lo largo del anexo habré desarrollado el mejor marco teórico de que haya sido capaz para la variación lexicosintáctica -esto es, causada en origen por el hecho de que el léxico adquirido alimenta la computación sintáctica- que en el capítulo 4 consideraba imprescindible antes de volver

sobre los datos. Será entonces cuando, en 5.8, ponga en relación el anexo 1 con los primeros capítulos, haga las veces de vate al intentar augurar si el programa de investigación podría ser fructífero, y, para desengaño mío, detecte algunas lagunas teóricas cuya respuesta parece aguardar “al otro lado”, en la teoría de la variación en la externalización -anexo 2-.

5.4 Mayor apoyo teórico a la existencia de fases

Decía en el apartado anterior que la teoría de fases expuesta no estaba lo bastante desarrollada como para persuadirnos de que toda la computación y, por consiguiente, los análisis que haga el lingüista giren en torno a las fases -condiciones de buen diseño aparte-. Gallego (2012) es una obra que, de alguna manera, explora ese potencial que supongo a las fases, por lo en este punto seleccionaré ciertas propuestas que me han llamado la atención -aunque la de Boeckx (en Gallego (2012)), siendo la más potente, la reservo para el anexo 2-, por allanar, en su mayoría, el terreno a la hipótesis de que existe variación lexicosintáctica ligada a la variación de rasgos formales y fases.

Aunque no están delimitadas en el formato, podrán identificarse tres partes: una primera más técnica, otra que abordará la relación entre las fases y los sistemas de la FLA, y, por último, otra en que se ofrecerá una alternativa a la centralidad de los rasgos formales en la teoría de fases -una centralidad en la que, a despecho de lo mucho que me había convencido cuando el trabajo estaba a medio redactar, voy confiando menos-.

Epstein, Kitahara y Seely (en Gallego 2012) explican en términos de fases la estructura oracional básica. El punto de partida es bien simple: si T, pongamos por caso, valúa el caso de un SD, este quedará congelado y será transferido al sistema CI; una vez allí, no podrá establecer una relación composicional con ningún predicado y se dará una infracción de lo que se conocía como el criterio temático cuando el sistema CI reciba un “farfallo” informativo. Por lo tanto, tales autores pueden justificar, por medio de fases, que la asignación de caso estructural no pueda preceder la de papel temático, y derivan así la jerarquía oracional tal como se ha entendido tradicionalmente: el dominio temático se encuentra -debe encontrarse- por debajo del de caso.

La propuesta de Epstein, Kitahara y Seely (2012) tiene principalmente dos beneficios teóricos que revelan parte del potencial explicativo que nos brindan las fases. Primero, estas pueden contribuir al buen diseño del sistema, puesto que si en una se detecta un “farfallo”, la derivación, condenada desde entonces al fracaso, se cancela automáticamente. Segundo, al seguirse naturalmente que el primer *merge* de los SD debe producirse en una posición temática, podemos prescindir de niveles de representación y constricciones internas, simplificándose el diseño de la FL. En otras palabras, si sólo hay un orden estructural en que los OS transferidos pueden

interpretarse plenamente, no necesitamos recurrir a EP, ES y LF -que, por razones quizás más poderosas, ya han sido descartadas-.

Si en el punto 5.2.5 veíamos lo conflictivo de que los rasgos no interpretables permanecieran en el núcleo de fase situado en el borde, obligando a postular la herencia de rasgos-, Obata (2012) propone una solución para cuando rasgos sin valor acaban en el borde de fase mediante MI: el *feature-splitting* o división de rasgos.

De acuerdo con la división de rasgos, las sondas derivadas por herencia de rasgos atraen solamente aquellos rasgos “que les interesen”, mientras que el resto es atraído por el núcleo de fase: T -y por extensión V- atraería sólo los rasgos-*phi* con que establece la concordancia, C -y v- los demás, de modo que en la posición del borde primigenia, A', no quedarían rasgos que fueran no interpretables -como el de caso-.

(56)_{[CP who_[Q] [TP who_{[Phi][Case]} T_[Phi] [vP who_{[Phi][Case][Q]...}]]]} (Obata 2012)

En atención a lo expuesto, se refuerza la idea chomskyana de que el movimiento A' depende del RB y obtenemos, para Obata (2012), un avance teórico en que las posiciones A y A' no se definen en términos estructurales, sino que puede hacerse mirando los rasgos: una categoría en una posición A se reanaliza como una que porta rasgos-*phi*, y una categoría en una posición A' se reanaliza como una que carece de rasgos-*phi* (Obata 2012).

Hablo de avance porque esta propuesta permite que, a nivel global, las posiciones puedan interpretarse sin necesidad de volver sobre estadios derivacionales previos para ver dónde aterrizaba tal OS. Según Obata (2012), pues, las relaciones de ligado A y A' se obtienen sin que haya ningún solapamiento y los efectos de opacidad de elementos en posiciones A' que sorprendentemente no intervenían en relaciones A se explican fácilmente, todo atendiendo sólo a los rasgos.

(57) Strákarnir₂ höfdu [engu grjóti]₁ [vP t₂ [vP hent t₁ í bílana]]
 the boys had no rock thrown in the cars
 The boys had thrown no rocks at the cars (Obata 2012)

En la frase de arriba, a pesar de que *engu grjóti* asciende por encima del argumento externo situado en t₂, no bloquea la concordancia entre dicho constituyente y T; bien que, si asumimos que *engu grjóti* carece de rasgos-*phi*, es natural que no cuente como categoría interventora.

La división de rasgos de Obata (2012), que debería ser un requisito tan universal como la herencia de rasgos, se debilita notablemente -o así lo creo- cuando se parametriza con objeto de

capturar diferencias entre lenguas como el inglés respecto del turco, del japonés o de lenguas bantúes -aunque ello permita explicar que, en ellas, haya posiciones en que se combinen características A y A', etc.-.

Por otra parte, o sacrificamos la atomicidad de los ILs en beneficio de la atomicidad de los rasgos, o creamos una nueva operación de atraer/ensamblar rasgos que enriquezca, para horror del PM, la computación sintáctica -además de “romper” los conjuntos de rasgos del lexicón, y violar, consecuentemente, la inclusividad-.

Con todo, la de Obata (2012) me parece una teoría ingeniosa; una vía por la que poner de manifiesto problemas, como el de los rasgos formales en el borde, que necesitan más investigación; y un buen paso previo a la teoría de Richards (2012), que va a permitir resolver otros interrogantes que ya hemos planteado en 4.2: la existencia de fases débiles y la doble CIF.

Richards (2012) evidencia que los núcleos ν defectivos presentan, por lo general, un comportamiento tan “fasal” como ν^* en cuanto a posibilidades de reconstrucción:

- (58) a. [At which conference where he_i mispronounced the invited speaker's name] $_k$ did every organizer $_i$'s embarrassment [$_{VP} t_k$ escape $her_j t_k$]?
- b. Every child $_i$ doesn't [$_{VP} t_i$ seem to his_i father [t_i to be smart]] (Richards 2012)

Las frases de (58) muestran que el sintagma desplazado debe interpretarse en el borde de Sv (Richards 2012): en (58) a. queremos que *he* sea ligado por *every organizer* y que *invited speaker* evite una violación del principio C de ligado; en (58) b., queremos que *every child* tenga alcance estrecho en relación a la negación, a la vez que ligue a *his*.

Así pues, el comportamiento del Sv defectivo sugiere la eliminación de la distinción entre fases fuertes y débiles, que Richards (2012) consigue recurriendo a la herencia de rasgos. Conforme a ello, debemos asumir que los núcleos de fase defectivos deben descargar algún rasgo en la categoría que dominan: en el caso de ν -defectivo-, se podría tratar del rasgo de número en ausencia del rasgo de persona.

Unificar las fases fuertes y débiles es la única forma de explicar que el movimiento cíclico sucesivo aterrice, a lo largo de su recorrido, en el borde de fases defectivas. Richards (2012) encuentra otro obstáculo teórico para la explicación de ese movimiento que pasa por todos los bordes de fase: la CIF2 deja la puerta entreabierto a que los OS desplazados aterricen únicamente en el borde de la última fase si permitimos que tal MI tenga lugar justo antes de la transferencia.

Asimismo, la CIF2 va contra la eficiencia computacional que, suponemos, impera en la FL, puesto que incrementa el espacio de memoria activo en la derivación; aceptar, alternativamente,

que ambos tipos de CIF podrían regir en la sintaxis plantea la pregunta (Richards (2012)) de por qué 2 es el número exacto de condiciones, y no más -cosa que, simplemente, crea dudas por resolver, sin suponer, de entrada, ningún contraargumento de peso-.

El argumento definitivo contra la CIF2 de la mano de Richards (2012) descansa, sin embargo, en la herencia de rasgos. A pesar de que la CIF2 se ha utilizado para justificar las construcciones dativo-nominativo del islandés, donde se ha dicho que sólo la CIF2 permite al núcleo T concordar con el objeto, si nos tomamos en serio que los rasgos de T son heredados de C, T no puede asignar caso hasta que el núcleo de fase que lo domina entra en la derivación. La piedra de toque es que, una vez C es ensamblado, el complemento de la fase inferior se transfiere de inmediato y es, por lo tanto, demasiado tarde para que el objeto reciba caso nominativo.

Richards (2012), además, establece una relación entre la riqueza morfológica, el movimiento de OS y las fases que puedes servirnos de anticipo a lo teoría de Gallego (2010) que analizaremos en los puntos 5.7.1. y 5.7.2. En algunas lenguas, la concordancia de los núcleos de fase *v*, participios defectivos, está directamente relacionada con el aterrizaje de OS en la posición habilitada en Espec-*v*, desde la que tales OS concuerdan con el núcleo de fase. Tal observación casa con las ideas de que las fases son el locus de los rasgos no interpretables y de que tales rasgos obligan a la sincronización de valuación y transferencia.

Así las cosas, Richards (2012) viene a apoyar las hipótesis de que la presencia morfológica de rasgos formales es lo que podría determinar la existencia de fases, de forma que cualquier SD activo en el complemento de fase debe ascender al borde con tal de evitar un fracaso derivacional. Cuando observamos una relación de concordancia núcleo-especificador entre participios y objetos en lenguas como el sueco, cabe pensar que se debe a dos factores: la riqueza morfológica de *v* crea la fase, y el OS debe ascender a la espera de poder valorar su rasgo de caso en una fase superior. La concordancia entre participio y objeto, por lo tanto, no es lo que motiva el MI, ni tenemos que recurrir a ningún rasgo del tipo PPE.

Si hasta ahora nos hemos estado centrando en las fases desde el punto de vista del sistema computacional, vamos a pasar a analizar brevemente su interacción con los sistemas externos: un aspecto teórico que, a causa de haberse confundido el efecto de las fases en la FLA con su verdadera motivación -puntos 5.2.1 y 5.2.2-, puede que haya sido casi abandonado.

Sato (2012) analiza cómo la derivación por fases puede repercutir en la interpretación fonológica -entonación-, y concluye que los complementos transferidos se corresponden *to some significant domain[s] in the phonological component*. Su propuesta refuerza la neutralidad de la transferencia por la que he abogado a lo largo del trabajo y, aun siendo ciertamente interesante, prefiero centrarme en la otra cara de la moneda: la correspondencia entre fases e interpretación

semántica.

Hinzen (2012) defiende que el mejor diseño sería aquel en que la FL se correspondiera con el lenguaje del pensamiento -para la asimetría de la conexión entre FLE y los sistemas CI y SM véase el anexo 2-, así que podríamos prescindir no sólo de las interfaces sino de la misma conexión entre el sistema computacional y el CI -antimodularidad que ignoro hasta qué punto sería bienvenida-. Las fases, según Hinzen (2012), arrojarían luz sobre cómo la gramática determina nuestra forma exclusivamente humana de pensar: mediante la composición de ILs, las fases hacen emerger referencias complejas.

Dado que cómo usa el hombre las palabras es algo que no puede ser explicado por los rasgos físicos o perceptivos de los objetos a los que estas aluden, podemos ampliar ese papel central e independiente del lenguaje hasta concebir la gramática como un dispositivo que reorganiza sistemáticamente la manera en que podemos referirnos a las cosas.

Para Hinzen (2012), aunque el concepto o raíz SMILE pueda referirse al mismo evento, lo podemos usar como verbo, como nombre... refiriéndonos al objeto desde diferentes perspectivas o con diferentes “deixis”: la diferencia, pues, no radica en el objeto en sí, sino en las categorías, la gramática. De hecho, hasta que no categorizamos algo como LAUGH, no sabemos si hablamos del referente como objeto, como evento, si tiene especificación de tiempo o aspecto, cómo se coloca en relación al tiempo del habla, etc.

Esta capacidad de referir con independencia del mundo -por lo que el proyecto de naturalizar los conceptos desde la filosofía analítica iría descaminado (Hinzen (2012))- , gracias a la gramática, puede estar detrás de que en los últimos cien mil años hayamos empezado a compartir una cultura moderna en claro contraste con los estadios evolutivos anteriores.

Hinzen (2012) asume la teoría de fases para defender que los OS transferidos tienen que ser semánticamente significativos, y defiende que busquemos las evidencias de las fases en la sintaxis para luego indagar cómo se refleja la dinámica de la derivación en la interpretación semántica.

Aparte del estatus de núcleos de fase de C y v^* -para lo que se han dado argumentos suficientes a lo largo del trabajo-, Hinzen (2012) asume que D es también un núcleo de fase, habida cuenta de que: hay paralelismos en la secuencia de proyecciones funcionales entre categorías nominales y verbales -por ejemplo, el número equivaldría al aspecto, determinando la telicidad o la contabilidad-; los nombres, al no necesitar argumentos, satisfarían trivialmente la independencia semántica en los sistemas externos; etc.

Hinzen (2012) relaciona los diferentes núcleos de fase con diferentes tipos de referentes: SC representa una proposición con un valor de verdad, la referencia más extensional que dispone la gramática; Sv^* denota un evento en el tiempo, en que se satisfacen los requisitos semánticos y los

participantes especificados para el aspecto, en una gradación que iría desde los Sv* más expandidos hasta los menos -verbos inacusativos...-; los SD, por último, denotan objetos en el espacio, en una escala de máxima definitud -en que sobre el nombre encontramos clasificadores, numerales y determinantes- a una de máxima indefinitud -el caso de SD genéricos, indefinidos, existenciales...-.

Al proceder la derivación por fases, de SD a Sv y de ahí a SC, podemos ver *the basic threefold semantic ontology of language falling into place* (Hinzen 2012): objetos (en el espacio), eventos (en el tiempo) y proposiciones (en el discurso). Siendo tan simple la gramática, tal vez no haga falta derivar tal ontología desde un sistema accesorio como el CI.

De la misma forma que ni los SD ni los Sv son por completo independientes, los SC subordinados no presentan el mismo valor de verdad que las frases completas. En consecuencia, podemos considerar, según Hinzen (2012), que toda fase incrustada funciona como un predicado del referente que lo domina en la fase más alta.

PRINCIPLE OF PHASAL COMPOSITION

When a referential argument becomes part of a higher phase, it functions as a descriptive predicate that helps to identify the referent of a higher phase. (Hinzen 2012)

En una derivación, arrancaríamos del nivel del SD en que la denotación del objeto, digamos *Tom*, será interpretada con independencia del evento que será introducido posteriormente. Luego, al completarse la fase de Sv, *adore Tom*, el primer SD ayudará a identificar el evento como uno en que *Tom* es el tema. Y la computación seguirá de forma que toda expresión funcionará referencial o predicativamente en la FLA en función de en qué punto de la derivación nos encontremos.

Hinzen (2012) defiende que lo que se incrusta en una nueva fase deviene un predicado, así que la gramática no va a combinar dos referentes, sino que trabajará sólo con uno. La referencia deviene una noción derivacional por lo tanto, y no podemos hablar de referentes como de los inputs de la computación gramatical.

Llegados a este punto, vuelve a surgir el formato de las fases que se ha ido dibujando a partir de la teoría chomskyana -punto 5.2-: las fases, también para Hinzen (2012), tendrían la forma [P, XP] que ya hemos relacionado con la MD, donde P es el núcleo de fase -C, v o D-, y XP un *non-independently referentially evaluated non-phasal head* -T, V o N-. Dado que la gramática añadirá sobre la raíz propiedades referenciales que la asocien a una de las tres dimensiones: espacio, tiempo y discurso; las fases no tendrán más que una raíz léxica identificable. De lo cual se sigue, además, que todas las categorías léxicas podrían constituir fases -punto 5.5-.

Por último, vamos a considerar una visión alternativa de las fases. Narita (2012) me ha parecido

de lo más interesante porque justifica la existencia de las fases como un mecanismo imprescindible para capturar la recursividad del lenguaje: a grandes rasgos, si aceptamos que los ILs son los únicos OS portadores de un RB, la transferencia cíclica es la única forma de conseguir simplificar las estructuras que vamos construyendo para que puedan volver a ser susceptibles de *merge*. Al igual que hemos tratado de hacer anteriormente con la necesidad de eliminar los rasgos formales mediante la transferencia, Narita (2012) es otro intento de derivar las fases de necesidad conceptual virtual -algo que Boeckx (2010/en progreso, 2012b) lleva a su apogeo, como veremos en el anexo 2-.

Olvidemos las apreciaciones que hice en el punto 5.1.5; la teoría de Narita (2012) parte de que los ILs son los únicos con RB y de que, por lo tanto, los sintagmas formados por su unión carecen de él -a menos que defendamos filtrado o proyección de rasgos-. En consecuencia, *only LIs are permitted to be merged with some SO* (Narita 2012) y cada operación de *merge* va a necesitar que uno de sus miembros sea un IL.

Narita (2012) obtiene así el esquema H- α , en que H representa un IL y α un OS. Tal esquema predice que no son posibles estructuras en que se alcanzaría $\{ *SY, SX \}$, para las cuales se propone minimizar la complejidad de alguno sintagmas: si en uno de los casos H- α transferimos α , el OS podría recuperar su estatus de IL y el RB que le permita volver a ensamblarse.

Esta teoría implica que cualquier OS que se desplace debe ser un IL núcleo de fase cuyo complemento ha sido transferido. ¿Cómo conseguimos que ese complemento siga al núcleo y no quede congelado en la posición de base, tanto en su interpretación semántica como en la fonética? Narita (2012) cree que el sistema podría identificar el complemento transferido como hermano del núcleo de fase, de modo que sería arrastrado con él a todos los efectos interpretativos.

La observación precedente permite a Narita (2012) relacionar los complementos de fase con las islas -punto 5.6-: *a moved phase constitutes and island for extraction*. Veamos un caso de extracción desde un sujeto *in situ* frente a un sujeto desplazado:

(59) a. Which candidate were there posters of all over the town?

b. *Which candidate were posters of all over the town? (Narita 2012)

Si, en (59) a., el expletivo se ensambla en Espec-T, el sujeto asociado no necesita desplazarse, su complemento no se congela y la extracción de material interno es posible; en cambio, si el sujeto asciende -(59) b.-, el complemento de fase queda congelado -para extracción desde OS desplazados, véase Gallego (2010)-. Narita (2012) afirma que esta teoría podría explicar la posibilidad de subextracción en lenguas como el japonés, en que el PPE no parece obligatorio.

Aunque esta no me parezca la mejor teoría, es de valor que, al expresar teóricamente el RB -suficiente para el movimiento-, Narita (2012) pueda prescindir de los demás rasgos para definir las fases y obtenga una teoría más simple -que le permite abordar cuestiones como el *labelling*... que no tienen desperdicio-. El papel central de los rasgos formales, pues, puede que mengüe a medida que buscamos lo más primitivo o esencial de la FL -algo que conviene tener presente, sobre todo, de caras al anexo 2-.

5.5 Las extensión de las fases a otras categorías: D/N, P, A⁶⁸, más un poco de variación

En el punto 5.3 afirmé que había que extender las fases a mayor número de categorías para tener suficientes posiciones a las que desplazar los OS, algo que, planteado así, parece una pura conveniencia teórica. No obstante, el formato acategorial -véase, en su máxima expresión, en (54)- con que vamos dibujando las fases torna esto algo más y más verosímil y, si estuviéramos en lo cierto respecto de que son los rasgos formales los que determinan la existencia y tamaño de las fases, todo dominio en que se satisfagan sus requisitos de valuación deberá desencadenar la operación de *transfer*. Entonces, cualesquiera que sean las categorías involucradas, se estará creando una fase y el núcleo que ejerza de sonda desde el borde deberá ser visto, automáticamente, como un núcleo de fase.

Ese núcleo habilitará, gracias al RB, una posición en el borde para aquellos OS cuyos rasgos formales no hayan podido ser valuados. Por causa de la CIF, tales OS deberán desplazarse conforme al patrón del movimiento cíclico, de borde en borde de fase, sin importar qué vaya a computarse posteriormente: si el rasgo acaba valuándose la derivación convergerá, si, por el contrario, nunca se da con una meta apropiada -en tanto que se produzca *match*, etc.- la derivación fracasará.

Boskovic (2012) se vale teóricamente de la CIF, el movimiento cíclico, la antilocalidad y la elipsis para sostener que la proyección más alta de las que extienden las categorías léxicas constituye una fase. Provisionalmente, podemos resumir la antilocalidad en que el movimiento desde la posición de complemento a la de especificador dentro de un mismo sintagma está bloqueado por ser una operación vácuo- es decir, nada eficiente, ya que desde la configuración núcleo-complemento se deberían haber podido valorar los rasgos-; y la relación entre elipsis y fases, por otro lado, reduzcámosla a que sólo pueden elidirse ora fases al completo, ora complementos de

68 Obvio la categoría de los adverbios puesto que cabe considerarlos sintagmas adposicionales y su paralelismo con los adjuntos puede proveer de razones adicionales por la que considerarlos una fase.

fase.

No quisiera entrar en su análisis sin notar que, ciertamente, Boskovic (2012) no da a los rasgos formales la misma importancia que tienen en este capítulo -como, tras la estela de otros autores, dejaré de hacer yo en el anexo 2-. Sin embargo, implícitamente no puede prescindir de los rasgos: la antilocalidad, en el fondo, viene a considerar que cada *merge* tiene que ser licenciado por una nueva valuación -al menos desde el enfoque más extendido, porque se podría relacionar con el tipo de ambigüedad letal en los sistemas externos de la que hace uso Boeckx (2008b)-; y, por otra parte, se desprende -sin ser esta la única explicación- que, al hablar de las proyecciones más altas de las categorías léxicas, se está teniendo en cuenta algo como la proyección de cierto rasgo categorial a lo largo de toda esa estructura.

Aparte de la matización de arriba, las observaciones de Boskovic (2012) no pueden ser un contraargumento a una de las hipótesis centrales de este anexo -las fases son provocadas por la valuación de rasgos formales-, si acaso un estímulo más para rastrear la presencia de rasgos formales en los núcleos adposicionales, determinantes, adjetivales, etc. Lo cual es bastante lógico a la vista de que, al igual que de C y v*, se asume que las adposiciones asignan caso -véase también Gallego (2010) para la relación entre adposiciones y fases-; y también habida cuenta de que los dominios nominales y adjetivales están repletos de rasgos no interpretables/formales: el número en los demostrativos, el género en los cuantificadores, etc. Esta vuelve a ser una investigación que pospongo indefinidamente.

Boskovic (2012) aplica unos tests para determinar si ciertos núcleos se comportan como fases, y los datos son, en efecto, reveladores, pero no creo que aporte una respuesta profunda, *beyond explanatory adequacy*, al por qué de la existencia de las fases. No digo que la necesidad de sincronizar valuación de rasgos formales y transferencia lo haga; sólo que la teoría de este capítulo parece compatible, incluso complementaria, con las observaciones de Boskovic (2012).

Su trabajo también me ha interesado porque analiza la variación translingüística, y lo hace en relación a variación en los núcleos de fase. Estos varían en función de la cantidad de proyecciones que dominen las categorías léxicas -y que sean de su mismo tipo-: así, subraya Boskovic (2012), las fases se obtienen dinámica y contextualmente, y no necesitan describirse con la rigidez casi axiomática de otras posturas. Incluso es posible, para Boskovic (2012), que una misma proyección se comporte o no como núcleo de fase, dependiendo de la riqueza estructural de su dominio:

(60) [QP [NP1 [NP2]]]
[NP1 [NP2]] Boskovic (2012)

Consideremos QP una proyección nominal y reparémos en NP1: aun siendo la misma categoría, sólo devendrá fase en el segundo caso, cuando constituya la proyección más alta de la categoría nominal. Concluida esta introducción, veamos de cuánto apoyo nos proveen los datos.

5.5.1 D/N como núcleos de fase

Boskovic (2012) defiende -basándose en pruebas de ligado- que en serbocroata, a diferencia de, verbigracia, en inglés, no hay capa SD y los posesivos, los demostrativos y los adjetivos presentan el mismo comportamiento sintáctico: son adjuntos al SN.

Presupongamos -enseguida lo confirmaremos- que el sintagma nominal tradicional (SNT) -TNP en Boskovic (2012)- es una fase tanto en inglés como en serbocroata, con la mera diferencia de que en el primer caso contamos con esa proyección extra del SD.

Inspirado en Abels (2003), Boskovic (2012) afirma que *complements of phasal heads cannot undergo movement* -como ya intuimos en 5.2.2- , puesto que extraer el complemento debe hacerse a través del especificador del núcleo de fase, infringiéndose la antilocalidad. El inglés nos da una prueba:

(61) “*[His mother likes Mary]_i everyone believes that t_i” Boskovic (2012)

Si, en serbocroata, el SNT es una fase, si la teoría de la antilocalidad va bien encaminada y si por encima de SN no tenemos ninguna otra proyección, los complementos del nombre, predice Boskovic (2012), no podrán ser extraídos, dado el conflicto entre la CIF y la antilocalidad. Esto, efectivamente, se cumple: en serbocroata los complementos nominales, equivalentes a las construcciones con *of* del inglés y que se expresan mediante un genitivo postnominal, no pueden ser extraídos -más abajo veremos excepciones acordes con la teoría-:

(62) “*?Ovog studentai sam pronašla [NP sliku ti]
thisGEN studentGEN am found pictureACC
‘Of this student I found the picture.’” (Boskovic (2012))

En inglés, en cambio, al haber una proyección nominal más, la extracción del complemento nominal al borde de fase no viola la antilocalidad:

(63) a. Of which city did you witness the destruction? (Huang 1982, Chomsky 1986b)
(Boskovic 2012)

Si es la categoría nominal más alta la que constituye el núcleo de fase, la inserción de una proyección nominal extra en serbocroata, vuelve a predecir Boskovic (2012), debería tornar posible la extracción de los complementos del nombre. Los datos lo corroboran:

(64) a. *Ovog studentai sam pronašla mnogo/deset slika ti*
thisGEN studentGEN am found many/ten picturesGEN
b. **Ovog studentai sam pronašla sliku ti.*
thisGEN studentGEN am found pictureACC

En (64) a. comprobamos que, al añadir ciertos numerales y cuantificadores, que proyectarían estructura adicional y se convertirían en el núcleo de fase -dejando de serlo SN-, la extracción deviene posible. En cambio, al eliminarlos de la estructura en 64.b, la extracción se bloquea. Hay, en fin, pruebas empíricas que invitan a ampliar las fases a los SDs/SNs.

5.5.2 P como núcleo de fase

Las pruebas que hemos realizado a los SNT tienen aplicabilidad en el dominio adposicional y llevan a Boskovic (2012) a la conclusión de que la proyección de carácter adposicional más alta desencadena también una fase. Boskovic (2012) consigue explicar en los mismos términos las diferencias entre el serbocroata y el inglés en lo que respecta al *P-stranding*: si, como ocurría en el caso de los SNT, la estructura del SP es más rica en inglés que en serbocroata y cuenta con un SX adicional, será ese SX superior el que actúe como fase. De esta forma, el complemento preposicional del inglés, de acuerdo con la CIF, no deberá aterrizar en Espec-P, sino en Espec-X, y no se violará la antilocalidad como en serbocroata.

No obstante, no es esta comparación de la que voy a ocuparme, sino del análisis que hace Boskovic (2012) de las preposiciones en turco, porque puede aportar un argumento extra contra el enfoque paramétrico.

En turco los complementos preposicionales pueden ser extraídos o no dependiendo de la cantidad de estructura funcional que se estaría proyectando sobre la raíz, a saber: el turco combina el comportamiento del inglés y el serbocroata que acabamos de tocar. Boskovic (2012) llama la atención sobre que estamos, pues, ante un caso en que una misma lengua-I fijaría,

contradictoriamente, los dos valores de un único parámetro, por lo que el acachar la variación a cualquier opción predefinida es manifiestamente inviable, a no ser que tales opciones operasen a una escala mucho menor que a la de la lengua entera.

Volviendo a los argumentos a favor de P como núcleo de fase: en turco, el *P-stranding* sólo se admite cuando la estructura adposicional se ve enriquecida por morfemas de concordancia:

- (65) a. *Biz [_{NP} Pelin-in arkadas-i]_i dün [_{PP} t_i **için**] para topla-di-k.
 We_{NOM} Pelin_{GEN} friend_{POSS} yesterday for money collect_{PAST.1PL}
 'Yesterday, we collected money for Pelin's friend.'
- b. Ben araba-nin_i dün [_{PP} t_i **önün-de**] dur-du-m.
 I_{NOM} car_{GEN} yesterday in.front.of_{3SG.POSS.LOC} stand_{PAST.ISG}
 'Yesterday, I stood in front of the car (not behind it).' (Boskovic 2012)

Si aceptamos -orillemos posibles controversias- que la concordancia proyecta un sintagma extra, respectivamente de (65):

- (66) a. [_{PP} NP_i [_{P'} t_i]]
 b. [_{C_{placP}} NP_i [_{AgP} [_{PP} t_i]]] (Boskovic 2012)

la extracción del complemento de la preposición a través del borde de fase deja de entrar en conflicto con la antilocalidad. El núcleo P, en definitiva, presenta un comportamiento parejo al de C, v* y D/N en cuanto a extracción, e invita a conjeturar que es, asimismo, un núcleo de fase.

5.5.3 A como núcleo de fase

Boskovic (2012) argumenta -estableciendo paralelismos con los requisitos estructurales bajo los cuales se podía asignar caso en el marco de la teoría X'- que sólo los complementos de fase o las fases al completo pueden ser objeto de la operación de elipsis, y no así el complemento de un complemento de fase. El procedimiento por el que esos OS serían marcados para elipsis postsintáctica, tal como lo formula Boskovic (2012), está en deuda con la idea de la CIF2: las fases, *grosso modo*, se activarían al entrar en la derivación otro núcleo de fase; entonces, habría la opción de marcar para elipsis o sólo el complemento que va a transferirse, o toda la fase inferior.

Dos ejemplos de elipsis del complemento de fase serían los de ST -complemento de C- y SN -complemento de D-:

(67) They arrested someone, but I don't know [CP who C ~~{HP they arrested}~~]
 You like Jane's book, and I like [DP Peter's ~~{NP book}~~] (Boskovic 2012)

Para elisión de fases al completo, sírvanos pensar en la omisión de la realización fonética de cualquier argumento:

“Japanese in fact allows ellipsis of all arguments, TNPs, CPs (see (35)), and PPs (see Saito 2007 and D. Takahashi 2010, who show all of these pass argument ellipsis tests). As discussed above, these projections in fact correspond to phases; argument ellipsis thus involves phasal ellipsis.” (Boskovic 2012)

Asumido todo esto, los datos evidencian que los SA son susceptibles de elipsis y, por lo tanto, el adjetivo -su proyección más alta- tiene que haber desencadenado una fase:

(68) “John must be tired, and Peter must be too.” (Boskovic 2012)

Según Boskovic (2012), si el núcleo *be* no es un núcleo de fase, sino una proyección verbal más que se encontraría por debajo de otra verbal/aspectual, el SA es el complemento del complemento de una fase. Si, como notábamos al principio de la exposición, tales OS no pueden ser elididos, sólo nos queda una alternativa: el SA debe ser, por fuerza, una fase en sí mismo.

En conclusión, aparte de C y *v* -que en la teoría de Boskovic (2012) constituiría la proyección más alta de V en algunos casos-, el comportamiento de la proyecciones más altas del resto de categorías léxicas, por lo que hace a extracción y elipsis, viene a reforzar a hipótesis nula de que todo dominio en que se valúen rasgos formales -y no sólo los de C y *v*- debe constituir una fase. Por consiguiente, puede que dispongamos de posiciones suficientes en el borde de fase para capturar las posiciones en que aterrizan translingüísticamente los OS desplazados.

5.6 Movimiento, fases e islas

En el punto 5.3 puse de manifiesto que una teoría que gire de todo en todo alrededor de las fases obliga a explicar, aparte de lo que imponga el tercer factor, todas las operaciones y restricciones sintácticas en los mismos términos. Asimismo, en más de una ocasión he descrito -de forma muy elemental- la variación lingüística como diferencias en el movimiento y pronunciación

de los OS. Es fuerza, por lo tanto, que contemple la restricciones al movimiento -pese a que MI debería ser irrestricto- y, si estas rigen a nivel sintáctico, las asocie con las fases -tal como son concebidas en este capítulo-.

Tengo la intuición -por descontado fundada en la bibliografía- de que las restricciones al movimiento, si es que las hay, deben ser tan sencillas como escasas, y siempre venir impuestas por el tercer factor.

El MI podría definirse como un mecanismo que, dada la localidad de la sintaxis, permite satisfacer el PIP: los OS que no han valuado determinado rasgo formal deben desplazarse al borde estructural para evitar quedar atrapados en los dominios locales que constituyen los ciclos computacionales y que, de transferirse con un rasgo formal sin valuar, no convergerán en los sistemas externos. Nótese que si esta definición, bastante neutral en tanto que evito pronunciarme acerca de si el movimiento es puntuado o uniforme -o si aterriza o no en bordes de fase, etc-, va bien encaminada, se garantiza la NTC.

Así las cosas, ¿qué podría constreñir sobre MI? Desde un punto de vista derivacional, sólo parece razonable la minimalidad, entendida en términos de eficiencia computacional o de que se cruza una categoría interventora, pero en todo caso relacionada estrechamente con la localidad; desde la perspectiva de la FLA, la creación por MI de estructuras ambiguas o imposibles de procesar en los sistemas externos -como, posiblemente, la antilocalidad que tocamos en 5.5-. Ahora bien, a caballo entre una y otra restricción, parece que nos topamos con las islas, que, en el PM, se han asociado a las fases.

Para aclarar la relación entre fases e islas, me voy a basar en la explicación de Boeckx (2012c) a las islas fuertes⁶⁹: la *aparente* imposibilidad de extraer OS desde adjuntos, que también incluiría (Boeckx (2012c)), entre otras, las islas en cláusulas relativas, sujetos oracionales y frases complemento del nombre; y desde argumentos que no se encuentren en posición de complemento, como es el caso tanto de sujetos como de objetos desplazados -como por marcado excepcional de caso-.

Boeckx (2012c) distingue dos tipos de explicación que han recibido las islas. La primera -y más popular- es derivacional, de acuerdo con la cual se limitaría la aplicación de una norma a nivel puramente sintáctico: a pesar de lo variable de la terminología -*nudo límite*, *barrera*, *núcleo de fase*- Boeckx (2012c) subraya que la constante ha sido que, dada la localidad de la sintaxis, el movimiento se daría mediante pasos cortos, cíclicamente, y sin *transgressing the limits imposed by the cycle*. En definitiva, tal transgresión desencadenaría un efecto de isla.

69 Haciendo más palabras de Boeckx (2012c), *because of the possibility of accounting weak islands in non-syntactic terms*.

La segunda explicación de las islas sería representacional, conforme a la que no habría limitaciones sintácticas y las “condiciones” sobre MI serían impuestas sobre la salida del sistema computacional, esto es: los sistemas de la FLA actuarían como filtros postsintácticos y, de resultados de problemas con su interpretación, desecharían las construcciones en que identificamos las islas. De esta manera, podemos redirigir nuestra atención a los sistemas con que interactúa la sintaxis, explotar los recursos disponibles en la FLA -cosa más satisfactoria en relación al problema de Darwin- y, al maximizar, en fin, los recursos cognitivos podemos mantener la sintaxis tan mínima como demanda el PM.

La relación entre fases e islas más común está al amparo del enfoque derivacional: los complementos del núcleo de fase son transferidos y, a causa de la CIF, devienen opacos/islas. Al ver que la teoría no permite generar todas las construcciones posibles, Boeckx (2012c) nota que, como había ocurrido en estadios previos del generativismo, nos vemos en la necesidad de proponer una vía de escape: en el caso de las fases, el borde en que se admiten múltiples especificadores.

No obstante, el mismo autor alerta de que hay razones para mostrarse escéptico ante la expectativa de derivar las CED de la CIF: primeramente, lo que la CIF convierte, por definición, en islas son los complementos, justamente los dominios que resultan más transparentes a la extracción. Además, los intentos que se han hecho con tal mira han necesitado recurrir a propiedades léxicas -reformulaciones del RB, etc.- o constricciones bastante *ad-hoc* para prevenir la generación de estructuras que violen las islas -véase la crítica de Boeck (2012) al intento de Müller (2010)-.

Así las cosas, Boeckx (2012c) apuesta por el enfoque representacional, sosteniéndolo sólidamente sobre lo que se conoce como reparación de isla o, en palabras del autor, *island circumvention*. Boeckx (2012c) nota que la localidad en las derivaciones no es del todo uniforme: por un lado, hay movimientos ilegítimos que son imposibles de reparar -los que dan efectos de superioridad o en los que se bloquea el *P-stranding*-, y que reciben una explicación mejor si consideramos que tales operaciones están bloqueadas a nivel sintáctico -a pesar de haber sido fenómenos, en origen, relacionados con las islas-; pero, por otro lado, nos encontramos con que los efectos de islas fuerte sí pueden ser resueltos mediante algunas estrategias -lo cual nos proporciona un argumento más para abordarlas representacionalmente- .

Estas últimas, se suele asumir, son las de *resumption*,

(69) *Which woman did John started laughing [after ____ kissed Bill]?

(Tell me again) which woman was it that John started laughing [after she kissed Bill]?

(Boeckx 2012c)

en que se inserta un pronombre reasuntivo en el hueco que dejaría el OS desplazado⁷⁰; *pied-piping*,

(70) *Whose did you buy [___ book]?
[Whose book] did you buy? (Boeckx 2012c)

en que se arrastra la isla junto con el OS desplazado; y el *sluicing*

(71) *Who did John refute [the claim that Peter saw ___]?
John refuted the claim that Peter saw someone, but I can't remember who [elided: <John refuted the claim that Peter saw ___>] (Boeckx 2012c)

en que se elide el SI. Boeckx (2012c) añade a las estrategias de reparación el *wh-in-situ*, que, como en el caso del chino,

(72) Ni xiangxin Lisi mai-le sheme de shoufa
You believe Lisa bought what DE claim
'You believe the claim that Lisa bought what?'

(73) *Ni xiangxin Lisi wiesheme lai de shoufa
You believe Lisa why came DE claim
'You believe the claim that Lisa came why?'

permite evadir efectos de isla con los argumentos (72), y no con los adjuntos (73), al dejar el sintagma-q *in situ*.

Veámos que tras la obtención derivacional de las islas subyace la idea de que hay movimientos sintácticos prohibidos por cruzar ciertos nudos; sin embargo, Boeckx (2012c) la rebate con un título lapidario:

“If it was repaired, it means it must have been constructed in the first place.”

No podemos, pues, seguir creyendo que ciertos nudos sintácticos bloquean el movimiento cuando la *island circumvention* indica tan a las claras que el MI ha alcanzado una posición inesperadamente alta.

Llegados a este punto, Boeckx (2012c) da un paso hacia la unificación de *la island*

70 Estas definiciones son intuitivas, la explicación técnica se encuentra más abajo.

circumvention que le permite seguir indagando cuál puede ser la causa de los efectos de isla. Boeckx (2012c) unifica las diversas estrategias analizadas bajo una sola: la reasunción -algo lógico si todas se aplicaban al mismo fenómeno y el efecto que obteníamos de ellas era el mismo-.

La idea es que los pronombres reasuntivos están presentes en la sintaxis, ensamblándose al antecedente -de lo que se sigue que el tratamiento puramente fonológico de las islas es inadecuado (Boeckx (2012c))- . El antecedente es quien, en el curso de la derivación, se desplaza, dejando varado -*stranded*- el reasuntivo:

(74) Wh-element [... [... [resumptive pronoun [~~wh-element~~] ...] ...] (Boeckx 2012c)

De esta forma, se consigue combinar los enfoques de generación de base del reasuntivo con el del movimiento que en efecto está afectando al antecedente, y se establecen las dependencias conforme a lo que, por defecto, debiéramos esperar en el PM: primero localmente, luego por MI.

En referencia a la elipsis, lo que evitaría el efecto de isla sería, en realidad, la presencia de una proforma reasuntiva en el OS sometido a *sluicing*:

“John countered the claim that Fido bit someone, but I didn't hear who (deleted: John countered the claim that Fido bit *pro*)” (Boeckx 2012c)

así que, argumenta Boeckx (2012c), la elipsis sería tan sólo una forma de facilitar la legitimación del pronombre reasuntivo, licenciado por el antecedente *someone* en la frase superior.

En cuanto al *wh-in-situ*, el reasuntivo sería el elemento que permanece en la posición de base, mientras que elemento-q que ascendería sería un antecedente nulo. Así las cosas, la imposibilidad de reparar islas con adjuntos mediante el *wh-in-situ* se debería al hecho bien atestiguado de que las lenguas carecen de proformas reasuntivas para los adjuntos.

Por último, Boeckx (2012c), inspirado en el análisis de Cable (2010), explica el *pied-piping* como que el elemento que se desplaza no es el sintagma-q que tradicionalmente hemos identificado, sino un interrogativo nulo que lo dominaría. Así, podría establecerse un paralelismo con el *wh-in-situ*: el interrogativo explícito podría verse como un reasuntivo, y el movimiento no tendría, pues, nada de particular.

Ahora que sabemos que las islas no bloquean el movimiento, como evidencia la reparación mediante reasuntivos, Boeckx (2012c) se pregunta qué es lo que puede ocurrir en ausencia de la reasunción para que los efectos de isla emerjan, o, alternativamente, cuál es el papel que desempeña la reasunción.

El autor aborda la cuestión recuperando Boeckx (2003), que, a su vez, hace uso de la distinción de los tres subcomponentes del movimiento de Chomsky (2000): *match*, *agreement* y *copy-merge*. Si se pueden crear dependencias a través de las islas, y todas pueden explicarse a través del movimiento, Boeckx (2003, 2012c) se interroga por qué subcomponente puede ser el responsable de los efectos de isla: si hay uno prescindible, podemos achacar los efectos de isla a su intervención, y la reparación, pues, a su ausencia.

“if we want to blame islandhood on a property of movement, and at the time allow movement to cross islands (cf. repair contexts), we'd better find a property of movement that does not always (have to) obtain (and blame islandhood on that property), because otherwise island effects will be expected to always obtain in the context of movement.”
(Boeckx 2012c)

Habida cuenta de que bastaría que dos OS compartieran un rasgo para que se produjera MI, Boeckx (2003) defiende que la concordancia es el subcomponente prescindible: las islas, por lo tanto, pueden ser causadas por la presencia de concordancia y, *if agreement could somehow be suspended or suppressed, movement may be free of locality constraints* (Boeckx 2012c).

Hay, además, evidencias de que la concordancia tampoco puede establecer dependencias a través de las islas, por lo que las restricciones para el movimiento y la concordancia podrían ser las mismas -algo lógico si aquel depende de esta-. Si los reasuntivos son conjuntos rasgos de concordancia, podemos, por ende, considerar que se hacen cargo de la misma y liberan así el movimiento de las susodichas restricciones -la posible falta de concordancia entre reasuntivo y antecedente en que repara Boeckx (2012c) robustece esa posibilidad-.

En apoyo de la hipótesis, Boeckx (2012c:101) destaca que la concordancia entre OS tiene un “efecto congelante”, *blocking otherwise legitimate extraction*: es decir, puede provocar islas al igual que parecen crearlas el desplazamiento y la adjunción. Aunque Richards (2011) considere un problema el que se congele todo el OS desplazado, y no sólo el elemento que concuerda, Boeckx (2012c) deriva ese efecto -natural desde un punto de vista representacional- de la transitividad de las cadenas, según la cual serían interpretadas como una unidad al ser definidas en relación a sus hermanos.

Ya Richards (2011) -recoge Boeckx (2012c)- hizo una propuesta similar al defender que las cadenas, cuando valúan rasgos en demasiadas posiciones fuertes, devienen -metafóricamente- tan pesadas que se rompen, esto es: provocan problemas de linearización o de interpretación en la FLA.

A pesar de que Boeckx (2012c) no quiere perder de vista el efecto congelante de la

concordancia ni la importancia de las interfaces, censura de las propuestas recién analizadas una dependencia excesiva de las relaciones de cotejo de rasgos -véase el anexo 2-, la concepción del movimiento como una operación compuesta -contraviniendo la idea de que *MI* es pura terminología con que hablar de *merge*-; y una laguna en cuanto a la explicación de las islas con adjuntos, para con los que no cabe suponer que se de relación de concordancia alguna. Con todo, es crucial resaltar que, al hablar de la localidad sólo en términos de concordancia, Boeckx (2012c) la disocia del movimiento.

Ahora es cuando Boeckx (2012c) se desprende de toda estipulación acerca de rasgos o posiciones - *criterial*, fuertes, etc.- para abordar la pregunta minimista por excelencia: el por qué de las islas.

Repasemos. Basándose en Boeckx (2008b), el autor asevera que las cadenas equivalen a proyecciones o superproyecciones, definidas igualmente en relación a sus hermanos estructurales, y que como tales están sujetas a filtros o condiciones de buena formación. Es cuando las cadenas no cumplen esos requisitos, y no al cruzar ciertos, que emerge la localidad.

Las islas, por lo tanto, no son sino *relativized environments* en que de alguna manera se agota el potencial de los rasgos: son los elementos desplazados los que crean las islas para sí mismos y los OS que contienen,

The (sub)extraction/agreement generalization

Units that have entered into a strong agreement relation [...] can no longer be moved

(extracted), *nor can the elements that these contain be moved (subextracted)*(Boeckx 2012c)

a causa de haber entrado en ciertas relaciones; los OS adyacentes, en cambio, son inmunes a ellas. Por ejemplo, un SC puede constituir una isla para la extracción del sujeto si este entra en cierta relación con el complementante, y al mismo tiempo no ser isla para un objeto que es ajeno a la concordancia:

(75) *Who did you say [that ___ bought a book]?

What did you say [that Bill bought ___]? (Boeckx 2012c)

Así, Boeckx (2012c) vuelve a minar el enfoque derivacional al demostrar que las operaciones dejan de ser aplicables por su misma historia derivacional, y no por darse en cierto dominio predefinido (léxicamente).

Por otra parte, la revelancia de la concordancia en la creación de las islas contradice la idea tradicional de que las islas sólo implican relaciones de tipo A'. En atención a las estrategias de reparación, hemos visto que los reasuntivos, elementos A que entran en relaciones de concordancia

y caso, son justamente los que permiten evadir los efectos de isla, de modo que podemos reinterpretar el surgimiento de las islas como conflictos con movimiento A' cuando, previamente, el elemento extraído ha establecido cierta relación de tipo A.

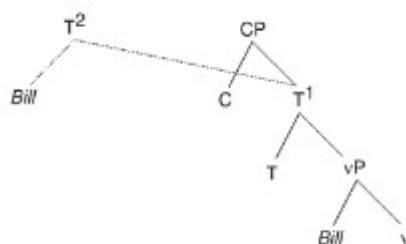
Ahora bien, Boeckx (2012c) advierte que no son todas las relaciones A las que impiden la extracción, puesto que los complementos también entran en ellas y, en contraste con los sujetos, son transparentes. Vamos a ver qué relaciones son las responsables de las islas.

Por lo que respecta a las islas que involucran un sujeto, podemos fundar la diferencia para con los objetos en que, al contrario que estos, los sujetos necesitan desplazarse para establecer una relación A. Una vez se ha creado tal cadena, los sujetos no pueden ampliarla o crear otra de tipo A' -los objetos, en cambio, no suelen necesitar crear la primera cadena A y pueden, en consecuencia, crear una A'-.

Boeckx (2012c) defiende que, intuitivamente, la relación que establece el sujeto al crear tal cadena A es demasiado compleja, provocando dificultades de interpretación en los sistemas externos, de modo que la carga necesita ser reducida por medio de la transferencia de una porción del árbol sintáctico. Es la obligatoriedad de la transferencia cuando se alcanza ese punto lo que provoca indirectamente el efecto de isla.

Más técnicamente, Boeckx (2012c) asocia la complejidad estructural conflictiva en que el ST, que contiene la cadena del sujeto necesita ser transferido, a la teoría de la herencia de rasgos analizada en 5.2.5 y 5.4 y a la propuesta de Epstein, Kitahara y Seely (2010). Pese a que aceptan la herencia de rasgos, estos autores advierten que ensamblar el sujeto en la posición de Espec-T -una vez C ha entrado en la derivación- es contracíclico: no se hace en el borde de la estructura -sino por medio- y se viola, por ende, la NTC. Así pues, Epstein, Kitahara y Seely (2010) proponen que la herencia de rasgos provoca la creación de una estructura como de doble raíz, en que C y T se encuentran al mismo nivel:

(76) [diagrama extraído de Boeckx (2012c)]

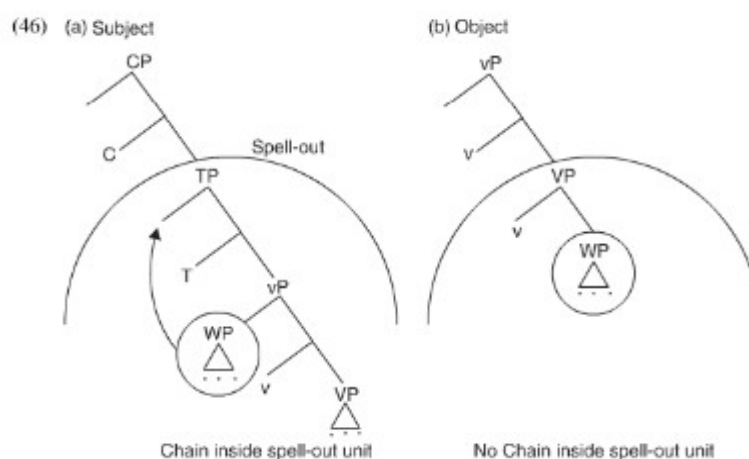


El eslabón que encabeza la cadena A del sujeto se ensambla con la reproyección de T, y la estructura pasa a necesitar de una transferencia inmediata para ser simplificada y que la derivación

pueda continuar. Cuando se transfiere ST, la cadena A del sujeto que llega a los sistemas externos es interpretada como una unidad, se cierra y deviene una isla.

Boeck (2012) contrasta este análisis con que los objetos, incluso cuando se tiene en cuenta la herencia de rasgos de v^* a V, no necesitan crear una cadena A para valorar el caso gracias a la hermandad estructural con la sonda derivada -por herencia-.

(77) [gráficos extraídos de Boeckx (2012c)]



Así, cabe pensar que en el caso de los objetos no se crea una cadena, tampoco una estructura *doubly rooted* ni la consiguiente isla cuando se transfiere la cadena para simplificar la estructura. Hay, sin embargo, una excepción en que los objetos devienen islas, y que, aun así, refuerza la teoría: construcciones de marcado excepcional de caso (MEC):

(78) *Who did John believe [pictures of ____] to have cause the riot? (Boeckx 2012c)

Así, lo que crea la isla no es nada particular de los sujetos en sí, sino cómo ellos mismos crean con su desplazamiento la cadena. Cuando los objetos necesitan ser desplazados por lo mismo, también emergen efectos de islas. Por lo que estas no dependen de los sujetos sino de que se genere una cadena para valorar los rasgos formales de un argumento.

En cuanto a los adjuntos, Boeckx (2012c) recupera la distinción de Chomsky (2004) entre *set-merge*, que consiste en el *merge* simétrico y crea conjuntos $\{a,b\}$, y *pair-merge*, que sería la operación mediante la cual los adjuntos entrarían a formar parte de la estructura creando *labels* más complejos como $\{<A,B> \{A,B\}\}$ con una asimetría intrínseca: es B quien se adjunta a A, y no al revés. Así, al igual que ocurría en el caso de los sujetos, la complejidad resultante de la adjunción

podría consistir en un árbol *doubly rooted* (Boeckx (2012c)) que necesitaría ser simplificado con la transferencia. En este caso, el adjunto se transferiría al completo -en términos de fases, la operación abarcaría tanto el borde como el complemento- y, en la FLA, el OS volvería a ser interpretado como una cláusula independiente o una unidad cerrada: en otras palabras, una isla.

Visto lo visto, las islas de sujeto y adjunto se deben a la opacidad fruto de la interpretación como unidad en la FLA. Si, posteriormente, el nuevo OS que se transfiera exige que se reprocese lo que ya había sido considerado una unidad, emergerá el efecto de isla. Boeckx (2012c) formula, pues, la siguiente generalización:

“Structures that induce immediate spell-out (e.g.m doubly rooted, adjoined structures) are islands for those elements (and the elements that these properly contain) that led to the construction of such structures and to which the external systems can assign independent, autonomous, complete status (A-chains, adjoined phrases)”

Los sistemas externos cerrarían interpretativamente las cadenas A, de forma que reabrirlos para acomodarle una extensión de tipo A' causaría que, metafóricamente, se “atragantasen” (Boeckx 2012c). Finalmente, el autor repasa algunas virtudes de la teoría: las islas involucran las dos partes de la FLA, semántica y fonética; la teoría, lejos de depender fuertemente de los rasgos, se vale de estructuras improcesables en la FLA; se predice, atinadamente, que los sujetos que no crean cadenas son tan transparentes como los objetos, así como pueden serlo aquellos adjuntos que no se inserten por medio de *pair-merge*; la reparación de islas se entiende de forma sencilla si los pronombres reasuntivos evitan que los OS generen cadenas A, etc.

5.6.1 Conclusión: “If you want to reconstruct something, you must destroy it first”

En atención de la discusión precedente, podríamos afirmar que: (1) las islas emergen postsintácticamente, y (2) que las fases, de entrada, no se corresponden con las islas. Ahora bien, ¿acaso podemos (3) disociar por completo fases e islas?

No todos los OS mapeados a los sistemas externos van a corresponderse con islas, por lo que no se puede establecer una equivalencia entre estas y la CIF; sin embargo, en términos bastante vagos, siempre que demos con una isla, esta va a corresponderse con una fase. Me explicaré: las estructuras *doubly rooted* que, por ser demasiado complejas o ambiguas, precisaban de la operación de *transfer*, estaban, en realidad, generando una fase.

Si bien es cierto que, pongamos por caso, para los sujetos la isla emergía postsintácticamente debido a que el OS transferido contenía una cadena A que podía interpretarse como una unidad cerrada, y que, por la misma razón, un OS transferido que hubiera contenido un argumento que no crease una cadena A no daría lugar a una isla, es igualmente cierto que, de no haberse producido la transferencia, no habríamos obtenido la isla en ese punto. Por lo tanto, como nota Boeckx (2012c), si en la dinámica de la derivación no se produjera la transferencia de una cadena A, y tal operación se retrasara, cabe pensar que que la cadena podría extenderse.

De forma harto intuitiva, podríamos decir que las islas serían el equivalente postsintáctico a una CIF más laxa. A la vista de que estas coincidencias parecen dar pie a ciertas redundancias, uno se plantea si no podría reformularse por entero la CIF y disociarse, de hecho, de la dinámica derivacional.

Si no todos los complementos de fase devienen islas -a saber, no todos se congelan-, ¿qué sentido tiene mantener la CIF tal como la concebimos? ¿cuál es su papel?⁷¹ La tentación primera es que gracias a la CIF explicamos el movimiento puntuado. No obstante, en el anexo 2 veremos, también basándonos en Boeckx, que lo que nos revela el hecho de que los OS no aparezcan en ciertas posiciones intermedias es que el sistema computacional establece la conexión con la FLA de forma puntuada, mientras que el movimiento, por otra parte, podría ser uniforme. En sentido figurado -y recurriendo a una metáfora del mismo autor-, podríamos equiparar el movimiento de OS al de un barco en un día de muy mala mar: si nos situáramos en la costa, sólo podríamos vislumbrarlo de cresta en cresta, pero eso no significaría que dejara de recorrer unos cuantos metros en la parte baja de la ola.

Así, los interrogantes no hacen más que proliferar: nótese que tanto para los adjuntos como para los sujetos -u objetos que sufran MEC, etc.- se necesita simplificar la estructura para hacerla digerible a los sistemas de la FLA -véase Boeckx (2010/en progreso), anexo 2- por medio de la transferencia, esto es, de una fase. De esta forma, al igual que considerábamos que la valuación de los rasgos formales necesitaba de la transferencia para evitar problemas interpretativos, la estructura sintáctica que hay tras las islas se transfiere con objeto de simplificarse de caras a los sistemas externos -evoquemos, de paso, Narita (2012)-. Por consiguiente, una y otra motivación de las fases respondería a necesidad conceptual virtual, aunque, de nuevo, asoma cierta redundancia y, con ella, nuestro recelo. ¿Cuál es la motivación más profunda? Queda fuera de duda que la de Boeckx (2012b) -véase la teoría de fases del autor en el anexo 2-, de forma que resulta lógico pensar que todos los fenómenos que creemos asociar a las fases en este anexo sean la manifestación superficial de otros más incrustados en el funcionamiento de la FL.

71 Repárese en que pongo en entredicho la CIF tradicional, no la transferencia ciclica.

Para tratar de responder a estos interrogantes, poniendo en relación las islas con reformulaciones de la teoría de fases me siento tan falto de tiempo como inepto todavía, pero intuyo que lo que Boeckx (2012c) persigue no es sino ponernos tras la pista de reconstrucciones de la teoría fases -anexo 2- para las cuales, primero, se deberán derrocar muchas asunciones extendidas actualmente.

5.7 Las fases y la variación. Prueba empírica

En el punto 5.5 hemos visto cómo la variación en los núcleos de fase puede desencadenar variación translingüística -incluso interlingüística-, pero todavía no se ha observado el tipo de variación que recogía -o esa era la intención- el modelo macroparamétrico: un *cluster* de propiedades a partir de un único elemento que varíe. Gallego (2010), sin embargo, muestra cómo la variación de un único rasgo formal puede alterar el comportamiento de las fases y cómo de ello puede seguirse una cascada de efectos.

5.7.1 La teoría de fases de Gallego (2010)

Gallego (2010) explota una de las conclusiones a las que nos condujo el desarrollo chomskyano de la teoría de fases en el punto 5.2 -la cual, como muchas otras, no me habría resultado así de visible de no haber leído Gallego (2010) con anterioridad a la redacción del trabajo-:

“Phase Condition

Uninterpretable features (uFF) signal phase boundaries” (Gallego2010)

Gracias a la *phase condition*, las fases están determinadas por algo presente en la computación -esto es, los *uFF*, que considero equivalentes a los formales en que tanto hincapié he hecho-, los efectos interpretativos que generan en los sistemas de la FLA pueden entenderse como colaterales, y se supera la teoría de fases como subnumeraciones de Chomsky (2000, 2001) -utilizada en Gallego (2004)-. De esta forma, Gallego (2010) esquivaría críticas a la teoría de fases, como la de Boeckx y Grohmann (2007), que descansaban sobre todo en la orientación errónea de las fases hacia las interfaces.

Por lo que respecta a rasgos formales, Gallego (2010) pone en pie de igualdad los rasgos-*phi* y de caso en las relaciones de concordancia, y defiende, basándose en Pesetsky y Torrego (2001) y en

la tesis de la interpretación radical, que estos últimos son rasgos de tiempo o aspectuales ubicados en el núcleo D. Dado que tal afirmación debería ser extensible al caso oblicuo asignado por los núcleos adposicionales, Gallego (2010) generaliza que las fases son *checking domains* para el caso y la persona -fomentando el criterio de convergencia para definir las explícitamente rechazado en Chomsky (2000)- y sitúa en cada una de ellas una sonda temporal: Ts -que asigna nominativo-, To -que asigna acusativo- y Tp -que asigna oblicuo-:

(79)[CP C [TP TSUBJECT [v*P EA v* [TP TOBJECT [VP V IA]]]]]
 [CP C[φ] [T] [TP TS [φ] [T:NOM] [v*P v*[φ] [T] [TP TO [φ] [T:ACC] [VP V [φ] [T]...]]]]]
 (Gallego 2010)⁷²

Así y todo, antes de avanzar cabría notar que Gallego (2010) se distancia de la propuesta de este capítulo en alguna que otra cuestión. Primero, al concebir los rasgos formales menos víricamente, gracias a una *phase-level-memory*, y al disociar la valuación de la interpretabilidad -en la línea de Pesetsky y Torrego (2001, 2004)-, Gallego (2010) pierde la explicación de por qué las fases se corresponden con la ubicación de los rasgos formales y pierde asimismo robustez la necesidad teórica de la transferencia cíclica -aunque podría reformularse-. Gallego (2010) apuesta por que, como propone Epstein (2008), la operación de transferencia se limite a eliminar los rasgos especificados de entrada como no interpretables y a enviar los interpretables a los sistemas externos.

Segundo, a pesar de que la variación en los rasgos formales va a permitir explicar variación entre lenguas como el inglés y el español, Gallego (2010) no está de acuerdo con que las fases varíen translingüísticamente, aunque esa ampliación es la que yo estimo acertada a no ser que *phases are regarded as emerging properties that reflect some deep (hence, universal) property* (Gallego (2010)) independiente de los rasgos formales -véase la teoría de Boeckx (2010/en progreso, 2012b) en el anexo 2-.

Tercero, bien que la condición de fase abre la puerta a ampliar la cantidad de fases, por darse la circunstancia de que los rasgos formales se localizan en numerosas categorías, Gallego (2010) deniega la ampliación de los núcleos de fase más allá de C, v* y P.

Cuarto, en Gallego (2010) los rasgos, en lugar de ser heredados, son compartidos -*feature sharing*-: dentro de una misma fase, todos los ILs tienen en común la misma dotación de rasgos involucrada en la concordancia -excepto algunos OS desplazados-. Así, Gallego (2010) resuelve algunos problemas, tanto teóricos como empíricos, de la herencia de rasgos: por un lado, con la compartición deja de violarse la NTC y se evita la creación de una operación computacional nueva

⁷² Nótese cómo en la estructura de arriba se aumenta el paralelismo estructural entre las fases de C y v.

aparte de *merge* y concordancia, y, por otro lado, se justifica la presencia de rasgos-*phi* en núcleos C y el hecho de que los especificadores de T, en lenguas románicas, presenten efectos semánticos ligados al discurso.

“Note that I use the labels P, N, and G, which stand for phase head, nonphase head, and Goal.

[P[Case] [ϕ] [N[Case] [ϕ] – G[Case] [ϕ]]]” (Gallego 2010)

Por otra parte, Gallego (2010), para explicar la variación lingüística en términos de fases, depende fuertemente del movimiento de núcleos como operación sintáctica, es decir, que tenga lugar en el sistema computacional. Los movimientos relevantes al análisis son los que implican al verbo: de V a v^* , de v^* a T, y de T a C.

El movimiento del núcleo V a v^* podría considerarse un proceso de formación categorial a lo MD -para nuestra exposición basta tal explicación-.El movimiento v^* a T y de T a C requiere, sin embargo, de una justificación más pormenorizada; para ello, Gallego (2010) se basa en Solà (1996):

“In order to insert a multicategorical word in a syntactic structure...

- a. Insert a copy of this word in each of the positions it contains features of.
- b. In each copy, read only the relevant features, and ignore the other features.
- c. Pronounce only the highest copy. [from Sola 1996:223]” (Gallego 2010)

Según Gallego (2010), las palabras multicategoriales son aquellas que contienen morfemas de diferentes categorías, como, pongamos por caso, *cantaremos* en español -*cant-* raíz, -*a* morfema verbal, -*re* sufijo temporal, y -*mos* sufijo nominal-, y son las involucradas en el movimiento de núcleos. Así las cosas, veamos un algoritmo de movimiento que toma de Solà (1996):

(80) a. [CP C If [TP John TS will ever [vP v be happy]]]

b. [CP C Se [TP Gianni TS sara mai [vP v sara contento]]] (Italian)

c. [CP C an mbeidh [TP Sean TS an mbeidh ariamh [vP v an mbeidh sasta]]](Irish)

(Gallego 2010)

El movimiento de núcleos, resume Gallego (2010), depende de si los morfemas son libres o ligados, o, desde otro punto de vista, de una especie de relaciones de cotejo de los ILs sobre una estructura de base. En lenguas no *pro-drop* como el inglés, el verbo no contiene ningún rasgo temporal que lo obligue a ascender a una posición donde pueda ser debidamente interpretado; por el contrario, en las lenguas que tipológicamente se han asociado al PSN, como el italiano, el verbo ha

de ascender a T⁷³. En lenguas de una morfología rica en extremo, como el irlandés, el verbo debe alcanzar C.

Ahora bien, a fin de dar razón de tales movimientos, hay que encontrar algo que tenga en común el núcleo v^* con los núcleos que lo dominan. A primera vista, el rasgo de T que equiparábamos al caso o los rasgos-*phi* parecerían buenos candidatos; sin embargo, Gallego (2010) los descarta en vista de que los SD que se hallan en cada una de las fases establecen unas relaciones de concordancia de las que se obtiene una valuación dispar de los rasgos -esto es, ni el de caso/tiempo ni el de persona son valores que compartan v^* , T ni C-. Entonces, Gallego (2010) defiende que C, Ts y v^* comparten un mismo rasgo: no el tiempo/caso que analizábamos, *but real Tense*, cuya morfología, frente a la temporal/aspectual/caso -con sus nominativo, acusativo y oblicuo-, consistiría en *presente, pasado y futuro*.

T/caso y [tiempo] no son, en definitiva, una misma cosa -lo cual podría, por intuitivamente redundante, debilitar un tanto el análisis del caso como valor temporal-: el tiempo auténtico debe entenderse como un *deictic formative* (Gallego 2010) que afecta a la frase por completo⁷⁴ y permite establecer la dependencia -entre C, Ts y v^* - en la que fundar el movimiento de núcleos.

En Gallego (2010) el ascenso de v^* a T no es una operación vácuamente sintácticamente, puesto que genera una especie de categoría híbrida v^* -Ts

(81) [CP C[TENSE] [TP v^* -TS[TENSE] [v^* P EA tv^* ...]]] v^* -to-T movement → v^* -TS
label
[CP TS-C[TENSE] [TP t T [v^* P EA v^* [TENSE]...]]] T-to-C movement → TS-C label
(Gallego 2010)

y se orillan problemas de antilocalidad, puesto que, antes del movimiento, la categoría v^* -T no se encontraba en la estructura.

Lo más importante es que este movimiento se relaciona con las fases: vendría a ser como si la fase de Sv se deslizara también hacia arriba, a ST, y provocase, rescatando ideas de Chomsky (1993, 1995), la ampliación del *checking domain* o, en otras palabras, la eliminación de la *barrierhood* que se encontraría en el núcleo de fase v^* -idea también basada en Chomsky (1986)-.

Este proceso de ampliación/desplazamiento de fase reformula la idea de Gallego (2004) de que el núcleo T podía estar presente en la subnumeración que contuviera v^* , recibe el nombre de *Phase*

73 También justifica el desplazamiento por minimalidad haciendo un paralelismo con la explicación del rasgo EPP de Boeckx.

74 Este desdoblamiento podría explicar que una frase donde el SC presenta especificación de futuro pueda acabar formando parte de otra frase con especificación de pasado:

[CP [TP [CP That the world will_{FUT} end tomorrow] TS_{PAST} frightened everyone]] (Gallego 2010)

Sliding, y posibilita que los núcleos de fase, pese a todo, no varíen -es decir, no tenemos que asumir que T sea una fase-. Dado que el movimiento de núcleos tiene lugar en el sistema computacional, v^* , núcleo de fase, puede seguir generando operaciones sintácticas desde la posición a la que se desliza, lo que crea los efectos de fase desde lo que creíamos el núcleo T.

El *phase sliding* obliga a Gallego (2010) a adoptar la CIF2, aunque la valuación, gracias al divorcio de la interpretabilidad, pueda producirse antes de la transferencia. El proceso derivacional consistiría en que cuando C se ensambla, ocurren dos operaciones: el movimiento de v^* y la transferencia cíclica:

- (82) a. [v^*P EA v^* [VP V IA]]] cyclic transfer waits (under PIC2)
 b. [CP C [TP TS [v^*P EA $v^*...$]]] C is merged
 c. [CP C [TP v^* -TS [v^*P EA $tv^*...$]]] v^* moves to TS (anti-minimality)
 d. [CP C [TP v^* -TS [v^*P EA $tv^*...$]]] v^* triggers cyclic transfer of v^*P (not VP!)

(Gallego 2010)

Con el *phase sliding*, pues, se incrementa la estructura que es transferida: en lugar del complemento de v^* , SV, se transfiere Sv^* . Esto tiene consecuencias de peso en relación a la valuación de caso del argumento externo (AE): si consideramos que Ts es el locus del caso nominativo, y que cuando se transfiere el complemento de v^* -T, el AE, en la posición de *Espec- v^** , ya ha sido valuado, es transferido y queda congelado a efectos sintácticos.⁷⁵ Consecuentemente, C no va a poder usar el AE para propósitos computacionales -no así en lenguas como el inglés donde no se produzca el movimiento del núcleo v^* -.

Gallego (2010) insiste en que el deslizamiento de fase no supone la existencia de una tercera fase en las lenguas donde se produce tal proceso, y que el autor asocia a las que muestran el PSN, sino que, como dijimos hace nada, sólo aboga por la CIF2: si v^* no aguardase a la aparición de C para transferir su complemento, habría que asumir que T es otro punto de transferencia -es decir, otro núcleo de fase- bastante independiente de v^* , obteniendo, por consiguiente, un sistema con 3 fases en la espina clausal.

“*Phase Sliding* implies neither cross-linguistic variation for phases [...] nor additional applications of cyclic transfer (in accord with the SMT).” (Gallego 2010)

Esta teoría vuelve a diferir de lo que asumimos en el punto 5.2: a la vista de que Ts valúa el caso nominativo del AE, los núcleos de fase no son los únicos que pueden sondear; y aunque T sea

⁷⁵ Nótese que Gallego (2010) también se ve obligado a desechar la herencia de rasgos para que T pueda sondear en el complemento de v^* antes de que C sea introducido.

portador de *uFF*, el sintagma que proyecta no va a ser ninguna fase. Gallego (2010) resuelve la adición de otras fases al considerar que los *uFF* de C y T son occurrencias del mismo *feature(-bundle) token*, de acuerdo con la compartición de rasgos:

“I will assume this SHARE process in the case of ϕ -features, but not Case or tense features, which I take to be directly generated in TS too. This is enough for TS not to qualify as an independent phase head, since tense and Case features are –I am assuming– interpretable on it.” (Gallego 2010)

- a. [CP C[*uFF*][TENSE][T] [TP TS[TENSE][T]...]] before share
- b. [CP C[*uFF*][TENSE][T] [TP TS[*uFF*][TENSE][T]...]]] after share (Gallego 2010)

Uno de los objetivos de Gallego (2010), el que más se corresponde con los intereses de este trabajo, es mostrar que el efecto estructural creado por el deslizamiento de fase tiene consecuencias para la sintaxis de los AE, cuyo rasgo de caso va a ser valuado antes de que la fase SC sea completada. Así pues, el deslizamiento de fase, que sólo se va a dar en lenguas morfológicamente ricas, va a ser responsable de parte de un *cluster* de variación con que distinguir lenguas *pro-drop* y lenguas no *pro-drop*. En lenguas como el inglés, el verbo aparece desnudo y nunca se crea esa dependencia con el resto de CFP; mientras que en lenguas *pro-drop*, la flexión rica sí la desencadena.

5.7.2. *Phase Sliding* y “macrovariación”

El *phase sliding* de Gallego (2010), un proceso desencadenado por un único rasgo morfológico sujeto a variación translingüística y asociado -ténganse en cuenta las puntualizaciones de arriba- a variación en las fases, permite capturar parte del PSN: la variación en el efecto *that*-huella -según el cual, a grandes rasgos, un sujeto interrogativo no puede ascender desde una subordinada si se interpone un complementante en la misma-, la supresión del complementante -*that-deletion*- y la variación en la inversión sujeto-verbo en algunas frases no declarativas.

En 5.8 analizaremos con algo de detalle las repercusiones teóricas de este análisis en relación al modelo macroparamétrico, pero quisiera resaltar ahora que Gallego (2010) es una prueba de cómo la variación lexicosintáctica por la que abogo en este capítulo puede seguir explicando *clusters*, sobre los que, si estuviéramos interesados, podríamos fundar tipologías.

Analicemos primero la obligatoriedad de la inversión sujeto-verbo en las frases interrogativas de

una lengua *pro-drop*, el español. La inversión, contra lo que se ha pensado en ocasiones, ocurre tanto si el sintagma-q desplazado es un argumento como si es un adjunto; cuando no se da este fenómeno, se obtienen efectos semánticos:

(83) *[CP C uándo C [TP Maria vino]]?
 Pero, a ver: cuándo Juan ha dicho eso? (Gallego 2010)

Gallego (2010) muestra que la falta de inversión deriva en una suerte de preguntas retóricas donde lo que parece cuestionarse es el valor de verdad de alguna aseveración previa -casos en que los uFF del núcleo C se podrían valorar por concordancia a distancia-. Hay, sin embargo, contraejemplos aparentes, donde el sintagma-q desplazado contiene una preposición y no parece obligar a la inversión:

(84) *no te imaginas cuanto tu padre me ha ayudado [vs]
 no te imaginas hasta qué punto tu padre me ha ayudado (Gallego 2010)

Así pues, la inversión sujeto-verbo es obligatoria en contextos no declarativos, con las salvedad de que se inserte cierto tipo de preposición o de que haya efectos semánticos.

Gallego (2010) asume que C necesita valorar un rasgo temporal, y que para ello el mecanismo usual es mediante el ascenso de T -del cual considera un caso lo que tradicionalmente ha sido un complementante: *que*-. Dando por sentado que este requisito del núcleo C es universal, las lenguas mostrarían diferencias respecto de cómo es valorado.

Así, los sujetos del catalán y del inglés, por ejemplo, presentan un comportamiento diferente, en tanto que los de la lengua *pro-drop* parecen incapaces de valorar el rasgo temporal de C -mediante su rasgo de tiempo/caso nominativo- y los de la lengua no *pro-drop*, en cambio, sí podrían.

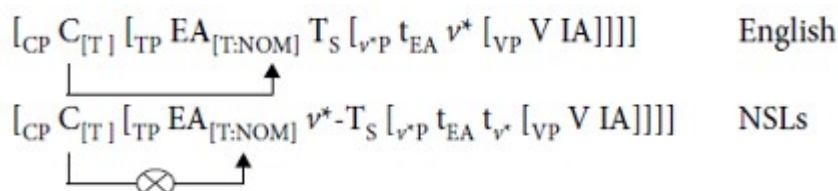
(85) a. I don't know [CP what_i C[T:NOM] [TP Mary[T:NOM] TS says t_i]]
 b. No sé [CP quèi C[T:NOM] diuk[T:NOM] [TP la Maria[T:NOM] tk ti]]
 c. *No sé [CP quèi C[T:NOM] [TP la Maria[T:NOM] TS diu ti]] (Gallego 2010)

Ahora, ¿cómo explicamos la variación en la inversión en términos de fases? La solución a estas asimetrías que se propuso en Gallego (2004) era variando las fases: el sujeto de las lenguas *pro-drop* quedaba congelado antes de poder ascender a C para cotejar un rasgo temporal, porque T, un núcleo de fase, lo valuaba antes⁷⁶. No obstante, la explicación de Gallego (2010) es en términos del

⁷⁶ Segú la teoría de las islas del punto 5.6 el AE no formaría una cadena A y no quedaría bloqueado; sin embargo, el mismo Gallego (2010) nos da una posible respuesta: el AE podría generarse en Espec-V, de modo que siempre

deslizamiento de fase: en las lenguas *pro-drop*, la interacción entre C y el rasgo T de los sujetos es imposible dado que el sujeto es transferido tempranamente por ser complemento del núcleo híbrido v^* -Ts; en el inglés, en cambio, cuando C entra en la derivación sólo es transferido el complemento de v^* , SV, de forma que el sujeto sigue disponible para relacionarse con el núcleo C.

(86) [diagrama extraído de Gallego (2010)]



Así pues, en las lenguas no *pro-drop* la falta de inversión se debería a que el AE, portador de un rasgo nominativo equivalente al rasgo temporal de Ts, no queda congelado y puede cumplir el papel que en español realiza el verbo.

Ahora podemos volver sobre el hecho de que las interrogativas en español exigen inversión, pero se da una excepción cuando intervienen preposiciones que, sin embargo, no se produce en inglés:

- (87) a. $[_{CP} \text{Por } que_i C [_{TP} C \text{ elia llamo a su hermana } t_i]]$?
 b. $?[_{CP} \text{En } que \text{ medida}_i C [_{TP} \text{la } C \text{ onstitucion ha contribuido a esto } i]]$?
 c. $?[_{CP} C \text{ on } \text{cuanto } \text{dinero } C [_{TP} \text{el } \text{Gobierno } \text{te } \text{ha } \text{premiado } \text{ti }]]$? (Gallego 2010)

Gallego (2010) propone que sean las preposiciones las que se encargan de valorar el rasgo temporal de C: si para escapar de ser congelados en el complemento transferido, los sintagmas-q ascienden al especificador de v^* -Ts tras producirse el deslizamiento de fase, y si los SPs contienen un rasgo temporal -pensemos en el Tp del punto anterior-, la preposición es el elemento con valor temporal que se encuentra más próximo a C -domina a T- y debe, de acuerdo con la minimalidad, ser quien ascienda.

(88) $[_{CP} C_{[T]} [_{TP} \text{hasta } \text{qué } \text{punto}[T:\text{OBL}] [\text{Juan}[T:\text{NOM}] v^*\text{-TS}[T:\text{NOM}] \text{me } \text{ha } \text{ayudado} \dots [_{v^*P} t_{PP} [t_{\text{Juan}} t_{v^*} [_{VP} V IA t_{PP}]]]]$ (Gallego 2010)

Gallego (2010) muestra que en inglés, en cambio, se obtiene un escenario muy diferente: aunque los sintagmas-q arrastren una preposición, la frase resulta agramatical si no se inserta un

necesitaría crear una cadena para valorar su rasgo de caso.

auxiliar, *do* -que no es sino el ascenso del núcleo T-

- (89) a. [CP In which city_i C *(does)_j] [TP Susan T_j work t_i]]?
 b. [CP For which company_i C *(do)_j] [TP you T_j work t_i]]?
 c. [CP With how many people_i C *(did)_j] [TP you T_j go to Boston t_i]]? (Gallego 2010)

Dado que en inglés no se produce *phase sliding*, los sintagmas-q terminan, al ser transferido el complemento de v^* , en una posición jerárquicamente inferior a T. Cuando el núcleo C sondea, se da la circunstancia de que Ts y el AE se encuentran siempre en una posición más cercana C, y, de nuevo en concordancia con el principio de minimalidad, debe ascender uno de ellos -para justificar que la ascensión del verbo por encima del sujeto, se puede echar mano de la equidistancia, que Gallego (2010) tiene también presente-.

Ahora que hemos podido explicar variación respecto de la inversión por medio del *phase sliding* -y por cómo ello afecta a los sujetos-, podemos extender el análisis al efecto *that*-huella y al *that-deletion*. En cuanto al efecto *that*-huella, confróntese el siguiente par:

- (90) a. Chi credi che parla? (Gallego (2010))
 b. *Who do you think that has talked?

En la lengua *prodrop* el núcleo Ts -realizado como *che* tras su movimiento de núcleo- se halla más próximo a C que el sujeto posiblemente atrapado para relaciones de tipo A en el complemento de v^* -T -obtenido por *phase sliding*-. Ts debe ser, cumpliéndose la minimalidad, el OS que ascienda para valorar el rasgo temporal de C. Por el contrario, el inglés, lengua no *prodrop*, dispone de un sujeto más cercano a C, en Espec-T, que no ha sido transferido a los sistemas de actuación y que puede ocuparse de la valuación de C.

Respecto de la variación en la *that-deletion*, compárase:

- (90) a. Mary says [CP C[T:NOM] that_i[T:NOM] [TP John does TS_i[T:NOM] not work]]
 b. Mary says [CP John_i[T:NOM] C[T:NOM] [TP t_i does TS[T:NOM] not work]]
 c. La Maria diu [CP C[T:NOM] que_i[T:NOM] [TP en Joan Ts_i[T:NOM] no treballa]]
 d. *La Maria diu [CP en Joan_i[T:NOM] C[T:NOM] [TP t_i TS[T:NOM] no treballa]]
 (Gallego 2010)

Al igual que ocurría con la inversión sujeto-verbo, de resultas del *phase sliding* el sujeto del catalán deviene inerte para C, y no así en el caso de la lengua no *pro-drop*. Así pues, en catalán el

núcleo T debe ascender, mientras que en inglés puede hacerlo el sujeto con valor temporal nomiativo.

Gallego (2010) es mucho más que esto -y una lectura sobre la que quiero volver-, pero en mi intento de ser compendioso no le hago justicia. Con todo, espero que esta haya sido una exposición persuasiva de cómo un único rasgo, sujeto a variación, puede alterar el comportamiento de las fases, cómo esto puede repercutir sobre los OS relacionados a tales dominios -sobre sus posiciones estructurales, su disponibilidad, etc.- y cómo así puede desatarse una cascada de variación.

5.8 Conclusiones e insuficiencias teóricas; las medias tintas; esto no son microparámetros

La conclusión a la que llegué en el capítulo 4 era que necesitaba de una base teórica más desarrollada, con objeto de eludir, al encarar la variación lingüística, un error mayúsculo que condenó la teoría macroparamétrica: aparte de que se no observaron suficientemente de cerca las lenguas, los parámetros fracasaron porque fueron construidos sobre un teoría errónea -bien que de una contribución al desarrollo de la ciencia lingüística difícil de equiparar-.

Bien, creo que a lo largo del anexo 1 se ha elaborado una teoría que, gracias a ahondar en el funcionamiento de lo universal de la FL, puede restringir tanto la explicación de la variación lingüística que la teoría, o bien falla estrepitosamente, o bien conlleva un acicate significativo a madurarla. Me explicaré: he defendido, en resumidas cuentas, que

- (i) los parámetros no existen,
- (ii) el léxico adquirido está sujeto a variación,
- (iii) el léxico adquirido alimenta el sistema computacional,
- (iv) la sintaxis es sólo sensible a los rasgos formales,
- (v) de acuerdo con la HCV, los rasgos formales, y sólo estos, introducen lo variable en la sintaxis universal,⁷⁷
- (vi) la valuación de los rasgos formales desencadena las fases,
- (vii) las fases son tan acategoriales como la distribución de los rasgos formales en los ILs,
- (viii) las fases varían, por lo tanto, translingüísticamente,

⁷⁷ Recuérdese la afirmación de que comparar dos derivaciones de dos lenguas en que la dotación de rasgos semánticos valuados en los ILs sea divergente equivaldría a comparar dos derivaciones que partieran de distintas numeraciones en una misma lengua-I.

(ix) de acuerdo con la HDOS, todas las operaciones sintácticas se generan en las fases,

(x) las relaciones a nivel de fase determinan las posiciones de los OS,

(xi) la variación de un sólo rasgo formal puede alterar las fases tanto como para que se generen *clusters*

(xii) la estructura generada se mapea de forma neutral a los sistemas externos,

(xiii) en la línea de la EMI, no hay operaciones postsintácticas, y tal estructura es sólo interpretada en ellos,

(xiv) la interpretación se obtiene composicionalmente -a partir de la estructura- y del contenido de los ILs,

(xv) de forma que la variación estructural generada por los rasgos formales puede tener efectos semánticos, como mínimo, ligados al discurso -relación entre ME y MI y la dualidad semántica-

Así las cosas, si las lenguas-I funcionan como describo, toda derivación va a generar determinada estructura en función de la composición de los ILs que entren en la computación, sin más; el producto de la sintaxis, en otras palabras, será una confabulación de cómo se distribuyen los rasgos formales en los átomos de la computación y de cómo esa computación se lleva a cabo cíclicamente a causa de la valuación de los rasgos formales -y, por supuesto, cómo afecta eso a los OS que portan tales rasgos-. Que sobre ese resultado los lingüistas queramos idealizar tipologías o queramos confrontar las derivaciones de una lengua-I con las de otra, es tan legítimo como ajeno a las propiedades de tales lenguas -esto es, vuelve a ser una relación intelectual-.

Dicho de otra forma, la variación lexicosintáctica por la que abogo no es, contra lo que se pudiera pensar, teoría microparamétrica: es fundamentalmente una teoría sobre cómo funcionan las lenguas que, de ser cierta, explicaría automáticamente la variación. Así, ahora puede cobrar verdadero sentido la afirmación, que he dejado caer en alguna ocasión a lo largo del trabajo, de que, una vez entendamos lo universal, la variación se explicará por sí misma: las derivaciones, en este marco teórico, van a ser completamente universales; la variación no será nada más que ver, desde fuera, cómo átomos computacionales diversos para diversas lenguas-I generan derivaciones lógicamente diversas entre sí.

Así pues, esta teoría de la variación lexicosintáctica, aunque compartiría algunas ventajas con la teoría microparamétrica -en referencia a los macroparámetros-, como que la adquisición se reduzca a fijar el lexicón o que la GU se adelgace, la superaría porque, principalmente,

(a) no habría ninguna opción predefinida en ningún locus

(b) si la teoría microparamétrica tenía la ventaja de explicar la variación entre dialectos, mi

propuesta llega al nivel de detalle de cada lengua-I, de cada derivación

(c) mientras la teoría microparamétrica parecía perder tipologías, ahora estas van a explicarse sencillamente porque la distribución de los rasgos formales está ciertamente restringida, y es esperable que, vinculada al proceso de adquisición, la fijación de los rasgos en los ILs sea semejante cuando los DLP se parezcan igualmente por razones historicogeográficas

(d) en contraste con la teoría microparamétrica, en este anexo queda perfectamente delimitado qué rasgos son los que, sujetos a variación, causan la variación relacional entre diversas lenguas-I

(e) la teoría es lo suficientemente restrictiva como para evitar malentendidos como los que se daban en relación a la teoría microparamétrica, por ejemplo: se ha dicho (Biberauer 2008) que fijar el PDN en algún rasgo de cada IL es altamente redundante y, aunque ahora parezca algo ilógico, ciertamente persiste el debate en torno a cuestiones de esta índole. En mi propuesta -que es mucho más de los autores de la bibliografía que mía-, no hay cabida para que los rasgos fijen nada relativo a la computación, porque los IL están faltos de parámetros y porque el primer y el tercer factor se han visto, por fin, liberados de la influencia del segundo.

(f) no sólo compagina una teoría sobre la variación lingüística con avances teóricos contemporáneos, sino que, con este método -no siempre explotado para con los microparámetros-, el desarrollo teórico de lo universal de la FL redundará, directamente, en mejoras para la explicación de lo variable

Por todo lo dicho, creo que esta teoría permite abandonar las medias tintas que, a mi juicio, no comulgan con el PM: la teoría macroparamétrica se presentaba como la preferible para relacionar grandes tipos de lenguas o lenguas muy diferentes; al tiempo que la microparamétrica se vendía como el mejor enfoque para cotejar las cercanas -aunque creo que esto descansa sobre el malentendido de confundir la causa con el alcance o los efectos de la variación-, pero en ningún caso acababan de adecuarse a los datos. La teoría del capítulo 5 tiene la ventaja de que o acierta, o no -aunque, obviamente, es susceptible de innumerables mejoras-, es decir, es tan rigurosa como la ciencia exige.

Ahora bien, ¿cómo confirmarla? Habría que investigar más sobre la variación, estar seguros de cómo varían los ILs, de qué rasgos los componen... y luego poner a prueba la teoría. Ni tengo tiempo para ello, ni quisiera malgastarlo, puesto que otros avances teóricos me han mostrado debilidades de este primer anexo cuya investigación no debería postergar:

(i) No se ha ofrecido ninguna explicación de la formación de los ILs

(ii) Tras la formación de tales ILs parece que subyazga computación presintáctica

(iii) Es cuestionable, desde un punto de vista biolingüístico, que los átomos de la computación sean los ILs descritos. Podrían ser universales y, por lo tanto, una suerte de principios inviolables

(iv) Que el léxico adquirido alimente la computación implica que, en ausencia de experiencia lingüística, el individuo no podrá pensar de la misma forma que alguien con un desarrollo normal de la lengua-I. Esto es algo que ignoro y requeriría de estudios adicionales

(v) No se ha argumentado contra el hecho de que toda lengua sea capaz de expresar exactamente lo mismo. Intuitivamente, creo que no, habida cuenta de soy incapaz, por ejemplo, de usar un *dizque* o una pieza equivalente en mis frases, ni siquiera proceso con naturalidad las que los contienen. En consecuencia, me resulta más verosímil que mis construcciones, hablando en plata, carezcan de una capa de evidencialidad. No obstante, esto es meramente intuitivo y necesitaría incorporar estudios del campo de la semántica, etc.

(vi) A pesar del intento de restringir la sensibilidad de la sintaxis a los rasgos formales, la teoría depende en exceso de unos rasgos que podrían tener estatus postsintáctico o que, en todo caso, están faltos del apoyo de teorías biolingüísticas

(vii) La STMF va revelándose como algo digno de tenerse en cuenta, por lo que la existencia de un componente morfológico, pese a complicar ligeramente el sistema, debería contemplarse -siquiera para descartarla luego-

(viii) De acuerdo con el anexo 1, habría lenguas-I más eficientes que otras: las que tengan una morfología más rica y, en consecuencia, mayor número de rasgos formales distribuidos, ganarán en ciclos derivacionales, reduciendo así la carga computacional. Por el contrario, surge la duda de si podría existir una lengua sin rasgos formales y de un solo ciclo. No afirmo que esto sea imposible, sólo noto que, como mínimo, también necesitaría de más estudio

(ix) No se establece ningún límite a la fijación de rasgos en los ILs, a despecho de la impresión, también intuitiva, de que no puede ser tan libre. Una vez más, es algo que requiere de más estudios.

(x) No se es resolutivo en cuanto a la existencia de morfemas nulos ni, por ende, de rasgos formales no realizados pero presentes de todas formas y que generen, pues, fases.

(xi) Pese a los visos de neutralidad en cuanto a los rasgos, hay un tratamiento asimétrico de los mismos: cuando se defiende que las fases dependen de los rasgos formales, lo que se está haciendo, en última instancia, es jugar con un tipo semánticos e ignorar los fonéticos

Así pues, voy a tratar de resolver esas lagunas desde lo que ofrece la variación postsintáctica.

6. Anexo 2: Variación postsintáctica o en la externalización

6.1 Introducción

En el anexo 1 se ha propuesto una teoría que trataba la variación lingüística a nivel lexicosintáctico: la mejor que he podido desarrollar si asumimos que un léxico variable, por estar sujeto a la adquisición, alimenta la computación. Aun con sus ventajas, quedaban lagunas teóricas, las más graves de las cuales son: la formación de ILs, átomos de la computación, no sólo quedaba sin explicar, sino que indirectamente implicaba la existencia de operaciones presintácticas para su formación -un problema que no basta con achacar al proceso de adquisición, sobre todo en ausencia de una teoría sólida sobre el mismo-; la violación de principios si consideramos, como apuntamos, que los átomos de la computación son -cuando menos, para los defensores de la variación postsintáctica y los sintactistas que tienden más a la biolingüística- universales; y una fuerte dependencia de los rasgos de los ILs, que determinaban incluso las fases y que, pese a la reducción de la variación a los rasgos formales, podría chocar con la existencia de un léxico universal fundado en otras capacidades cognitivas prelingüísticas.

Estos problemas son los que van a intentar resolverse en el anexo 2. Para ello, primero analizaré, en el punto 6.2, el que considero el mejor argumento a favor de la variación postsintáctica: la asimetría de la conexión entre la FLE y los sistemas CI y SM. De ello se seguirá la necesidad de un componente morfológico: en el punto 6.3 analizaré la teoría de la MD y en el punto 6.5 la de la nanosintaxis. Al comparar MD y nanosintaxis -punto 6.5-, concluiré que si bien la teoría nanosintáctica supera la MD, y ambas opciones evitan, bien que mal, las operaciones presintácticas en la formación del léxico, ninguna de ellas da argumentos sólidos desde un punto de vista biolingüístico a la existencia de un léxico universal, ni justifica la secuencia de jerarquización de las categorías ni limita la actuación del componente morfológico a la inserción de fonemas. Así, inspirado en los trabajos recientes de Boeckx, en el punto 6.6 analizaré la que considero la mejor base para una teoría de variación postsintáctica.

6.2 Asimetría en la conexión entre FLE y FLA, o STMF

La interfaz de FF o la conexión del sistema computacional con el sistema SM ha sido

“teóricamente molesta” desde, por lo menos, Chomsky (1995), cuando se fue gestando la idea de que tal conexión podría ser la causante de imperfecciones de la FL contrarias a la TMF, o bien estar imponiendo demandas impropias de las que deberían satisfacerse en la FLE:

“The special properties of the phonological component relate to the need to produce instructions for sensorimotor systems, for production and perception. As noted, this requirement may be the source of other imperfections of C_{HL} , and in this sense “extraneous” to language”. (Chomsky 1995:229)

Así pues, Chomsky (1995:265) se ve tentado por la hipótesis de que haya una relación más directa entre la computación sintáctica y la semántica, sobre cuyo producto la convergencia en FF obligaría a *anything beyond features to raise*. Y unos años después, Chomsky (2001) nos hizo reparar en que lenguaje parece diseñado de manera que los rasgos formales y los semánticos *intersect and are disjoint from [phonological]*.

Lo que he llamado la STMF⁷⁸ ha ido cobrando más y más fuerza. Chomsky (2004) contradice frontalmente la TMF “clásica” cuando, tras afirmar que -por lo que hace a la FL- el gran salto evolutivo pudo no ser más que la operación de *merge*, habla de la externalización como un proceso secundario:

“perhaps linked as a secondary process to the SM system for externalization and interaction, including communication as a special case.” (Chomsky 2004)

Una de las pruebas más socorridas en pro de la asimetría que viene ocupándonos guarda relación con la propiedad del desplazamiento de OS en la FL. Berwick y Chomsky (2011) notan que esta parece una operación costosa en su conexión con el sistema SM, de manera que para externalizar expresiones como *what John is eating what* (Berwick y Chomsky 2011), donde un sintagma-q ocupa dos posiciones, el sistema sólo realiza la última ocurrencia creada por MI.

De esto último se sigue que, en la externalización, la FL recluta un principio general de eficiencia computacional que choca con la eficiencia interpretativa, es a saber: la omisión fonética de todas las copias de los OS supone problemas de comunicación en la medida que el hablante debe reconstruir los huecos en que se hallan las demás copias no realizadas del OS.

Chomsky (2007) nota que este sacrificio de la externalización viola la NTC: a pesar de que hay evidencias de que todas las copias se mantienen en el sistema CI, pues, de lo contrario, no se obtendría la dualidad semántica, etc.; este es un hecho a todas luces falso en el sistema SM, donde se

78 El lenguaje es la conexión óptima entre el sistema computacional y el sistema CI.

“eliminan” todas las copias de los OS salvo una. Chomsky (2007) cree que los problemas de comunicación que se derivan de este proceso *would largely be overcome if all occurrences were pronounced*.

La violación de la NTC en el sistema SM plantea un problema teórico: ¿acaso la externalización puede violar principios de la FL? Lo deseable para el lingüista sería que no; Chomsky (2008), no obstante, cree que las lenguas tienen varios mecanismos para sobreponerse al diseño pobre de la FL con tal de satisfacer la eficiencia comunicativa:

These devices might be close to or even beyond the SM interface. Some of them are used to overcome prosodic difficulties[...] others yield “rearrangements” near the SM interface *that violate crossing constraints and have other properties that indicate that they are not operations of the narrow syntax.*” (Chomsky 2008: énfasis mío)

Aparte de que esta última posibilidad podría restar toda validez a los juicios de los hablantes sobre la gramaticalidad de las construcciones, esconde dos problemas que estimo mayores: primero, se permiten operaciones complejas a nivel postsintáctico; segundo, y aun más grave, si los principios que gobiernan sobre la FL pertenecen al tercer factor, han de ser inviolables incluso en el sistema SM -donde no hay ninguna razón para creer que no rigen, sino, por ser tan inespecíficos de la FL, todo lo contrario-.

Chomsky (2008) intenta salvar estos problemas echando mano de la TMF:

“Note that SMT might be satisfied even where NTC is violated *-if* the violation has a principled explanation in terms of interface conditions (or perhaps some other factor, not considered here). The logic is the same as in the case of phonological component, already mentioned.” (Chomsky 2008)

Creo que tras el último párrafo subyace un problema: la disociación extrema de la NTC respecto de la TMF. Si tanto la una como la otra son condiciones de buen diseño -con independencia de donde gobiernen-, y toda condición de buen diseño responde en última instancia al tercer factor, los dos requisitos son inviolables -siempre que sean ciertos-.

En relación a este desajuste entre eficiencia computacional y comunicativa, creo oportuna otra duda: a pesar de que la externalización, por las razones vistas, podría estar ocasionando problemas de comunicación, ¿en qué medida ello nos da razones para pensar que la conexión entre SE y el SM es imperfecta? Para empezar, los problemas son, en exclusiva, para el receptor: quien genere la expresión no tendrá duda ninguna.

No obstante lo cuestionable de que la discusión precedente justifique la STMF, hay otros argumentos que sí creo mejor encaminados: la externalización es independiente de la modularidad, esto es, la FLE puede conectar, aparte de con el sistema SM en su vertiente fonética, con uno gestual cuando se usa la lengua de signos. Como recoge Chomsky (2007) de las investigaciones de Petito, los niños crecidos en un entorno bimodal no muestran preferencias por el uso de la lengua oral sobre la de signos, de modo que, en palabras de la autora, *there exists tissue in the human brain dedicated to a function of human language structure independent of speech and sound*.

La última aserción sería cuestionable si hubiera diferencias notables a nivel estructural entre lenguas orales y de signos, pero Berwick y Chomsky (2011) deniegan esa posibilidad, además de afirmar que la adquisición sigue un curso parejo y las localizaciones neuronales parecen similares; es más, en la lengua de signos también hay una mano que domina sobre la otra -algo como unidimensionalidad- y las expresiones siguen una suerte de orden temporal de izquierda a derecha similar al que impera en la externalización oral⁷⁹.

Aún más adentro del terreno de la biolingüística, Berwick y Chomsky (2011) se basan en investigaciones sobre el gen FOXP2, que se había considerado capital para la FL, para desligar la externalización de la computación sintáctica: el gen parece más relacionado con el desarrollo de un control motor fino, cuya afección dificultaría la habilidad de poner sonidos o gestos uno tras otro en el tiempo. La dispraxia que exhibe la familia KE, por lo tanto, más que ser un defecto aislado y específico de la FL, dependería de discapacidades motoras más generales y ajenas, pues, a la FLE:

“We find that Foxp2-R552H heterozygous mice display subtle but highly significant deficits in learning of rapid motor skills . . . These data are consistent with proposals that human speech faculties recruit evolutionarily ancient neural circuits involved in motor learning” (Groszer et al. 2008: 359). (Berwick y Chomsky 2011)

Una de las ideas sería que la FLE tiene que conectar con el sistema SM, uno que se ha mantenido casi intacto durante muchísimo tiempo y que sería mucho más viejo que el sistema computacional, originado hace aproximadamente 50.000 años y que rozaría la perfección -en su conexión con el CI-.

De todo esto Berwick y Chomsky (2011) concluyen que la morfología y la fonología, las encargadas de hacer accesibles al sistema SM los OS, pueden hacerlo de formas varias y sujetas a *accidental historical events*, anteriores o posteriores a la migración de África. Así pues, la variación lingüística, la diversidad de lenguas atestiguada -en algún nivel- puede que se reduzca simplemente

79 Chomsky (2007) cotempla además el surgimiento espontáneo de lenguas de signos en comunidades sordas.

a que la externalización de un lenguaje del pensamiento uniforme en la especie puede llevarse a cabo de varias maneras.

En relación a este punto, Berwick y Chomsky (2011) advierten de la distinción entre el cambio histórico y el cambio evolutivo o genómico: desde el surgimiento de la FL en la especie no ha habido ninguna evolución, sino que se han dado meros cambios históricos en la externalización. En otras palabras, el cambio histórico no necesita de cambio evolutivo.

Si, radicalizando la hipótesis, la externalización no depende de ningún cambio evolutivo, Berwick y Chomsky (2011) dan por válido que el problema que plantea se ha resuelto simplemente reclutando capacidades cognitivas que existirían con anterioridad a la aparición de la FL. Lejos de ese accidente, todo lo que sea producto de la FLE es universal e invariable.

6.2.1 Conclusión

Hay argumentos para creer en la STMF/asimetría en la conexión de la FLE con los sistemas CI y SM: al abrigo de la no realización fonética de las copias de los OS, se observa un conflicto entre eficiencia de comunicación y eficiencia computacional en el sistema SM; en base a similitudes entre lengua oral y lengua de signos, la FL parece *modularity independent* (Berwick y Chomsky 2011); desde un punto de vista genético, parece que los sistemas encargados de la externalización son independientes de la sintaxis y bastante generales; desde una perspectiva evolutiva, el sistema SM se ha mantenido intacto a pesar de los cambios recientes y tan significativos que han experimentado otras capacidades cognitivas más ligadas al “pensamiento” y la FL.

Pese a que se han ofrecido algunos contraargumentos a parte de las hipótesis de arriba, no considero nada descabellado asociar la variación lingüística a la flexibilidad con que las lenguas pueden poner de manifiesto una suerte de “lenguaje del pensamiento” universal, esto es, al proceso de externalización.

Para quien todavía no haya sido persuadido, se me ocurre -con poca esperanza- un argumento muchísimo más pedestre a favor de la STMF: si coincidimos con Chomsky (2008) y Boeckx (2010b) en que no existe un pensamiento humano independiente del lenguaje -de nuevo caigo en un nivel descriptivo bastante casero-, y si la conexión del sistema computacional con los sistemas externos fuera directa en la misma medida para todos los casos, pensaríamos siempre en voz alta -o gesticulando-. En otras palabras, podemos computar e inevitablemente haremos asociaciones semánticas, etc. sin embargo, está claro que no siempre que computamos lo externalizamos, de modo que es plausible que haya algo “de por medio” entre la sintaxis y el sistema SM o, dicho de

otro modo, queden más lejos el uno del otra que la sintaxis y el CI.

De entrada, eso “de por medio” lo consideramos un proceso de “externalización” que conduce a la impresión de que -dejemos a un lado la voluntad de hablar- un componente arbitrario y sujeto al caos de accidentes históricos está interponiéndose entre lo que pensamos y cómo lo verbalizamos, y, como lingüista en ciernes, detecto en mí verdadero pánico a que algo se escape del control teórico.

““rearrangements” near the SM interface that violate crossing constraints and have other properties that indicate that they are not operations of the narrow syntax. PP-extraposition is a likely case, to which we return.” (Chomsky 2008)

Esto último me lleva a cuestionarme si no estaremos intentado formalizar un componente de las lenguas efectivamente arbitrario: una respuesta afirmativa es tan cómoda como insatisfactoria, puesto que entonces bien podríamos pasar a elaborar una teoría del lenguaje de espaldas a los datos; una, si no negativa, más detallada, aún es prematura. Darle un nombre a ese nuevo componente: “componente morfológico” queda lejos de apaciguar mis inquietudes, de modo que en puntos siguientes se analizará cómo afecta su introducción al diseño de la FL que se desprendía del anexo 1 y cómo afecta, en conjunción con la asunción de que hay un lenguaje del pensamiento ajeno a la externalización y a la variación, al lexicón -a más de otras consecuencias que se analizarán a su debido tiempo-.

6.3 Morfología distribuida

Para la exposición de la teoría de la MD me voy a basar, sobre todo, en Embick y Noyer (2007), aunque no se haga explícito idea por idea.

La idea esencial de la MD es que la composición de lo que conocemos como palabras obedece a los mismos principios sintácticos que rigen sobre cualquier tipo de OS, de forma que los ILs no serían aquellos objetos privilegiados en relación a la estructura gramatical que en el punto 5.1 considerábamos átomos de la computación. Al contrario, cualquier objeto complejo -esto es, que conste de varios rasgos-, lo llamemos sintagmático o léxico, va a ser producto del mismo sistema computacional: será sólo en un estadio posterior que a esa estructura puramente sintáctica se le superponga el material morfológico -que puede jugaros malas pasadas a la hora de comprender la simplicidad primigenia del sistema-.

Hay, pues, un componente morfológico que se sitúa entre el sistema computacional y el sistema SM. Este componente, al igual que la SE -con el movimiento de núcleos, etc-, tiene sus propios procesos, aunque son muy limitados, como la formación de palabras a nivel fonético. La morfología, en fin, se distribuye -o desdobra- en dos campos de actuación: hunde sus raíces en primitivos léxicos pero los filtra y los hace aflorar de forma diferente en el nivel de interficie de FF o en el sistema SM -lo cual no deja de ser una redundancia, bien que, quizás, ineludible-.

Embick y Noyer (2007) consideran que el nivel de FF es necesario para linearizar la estructura jerárquica, preparar las operaciones para dominios prosódicos... pero si no creemos en la FF, debería bastarnos la existencia del componente morfológico y que él o el sistema SM pudieran “traducir” la jerarquía en orden lineal. En cualquier caso, a nivel postsintáctico se está violando claramente la inclusividad, siendo el caso más extremo la inserción tardía de material fonológico que veremos a continuación -si bien esto puede ser esperable dada la STMF-.

Si los átomos de la computación no son los ILs del anexo 1, identifiquémos cuáles son según la MD. Se considera que los primitivos con que opera la sintaxis son piezas sensible a *merge* -interno y externo-, que constituyen los nudos terminales de los diagramas arbóreos de toda la vida , y se les da el nombre de morfemas. El inventario básico de morfemas se divide entre morfemas abstractos y raíces.

De nuevo en contraste con los ILs, los morfemas abstractos estarían compuestos por rasgos semánticos/sintácticos en exclusiva, y no fonéticos -verbigracia, [pasado]-: se identifican con los rasgos universales de la GU, las categorías funcionales, cerradas, etc. Las raíces, a su vez, serían ítems como CAT, OX o SIT (Embick y Noyer 2007), secuencias de rasgos fonológicos que carecerían de todo rasgo gramatical, idiosincrásicas -a saber, específicas de cada lengua-, que constituirían una clase abierta y, aunando sonido y significado aleatoriamente, vendrían a ser las categorías léxicas.

Nótese que estoy recuperando la distinción entre categorías léxicas y funcionales que cuestioné en 5.1.3; la razón es perfectamente entendible: antes considerábamos que para formar los ILs toda la información -rasgos- se obtenía de un mismo origen, como de conceptos prelingüísticos quizás. Ahora, por el contrario, se apela a dos orígenes diferentes para la distinción entre categorías: la GU frente a la adquisición.

Retomando el hilo, se puede decir que las raíces son piezas desnudas a efectos sintácticos, cuya categoría se obtiene en función de los rasgos abstractos por los que es seleccionada: *v*, *n*, etc., en consonancia con lo que se conoce como *categorization assumption*. Así pues, todas las categorías léxicas tradicionales son la combinación de una raíz y de un rasgo gramatical categorial.

Para la MD, todos estos morfemas son reemplazados por una realización fonética apta para ser

interpretada en el sistema sensoriomotor, incluso por morfos 0 en ocasiones. No quiero posicionarme en contra de los elementos nulos -de hecho, sospecho que habría contraargumentos machacantes- pero si no aceptamos que haya rasgos semánticos vacuos o sin contenido, ¿por qué aceptar que haya rasgos fonológicos que no se pronuncian? La respuesta podría relacionarse a la asimetría del punto 6.2.

En consecuencia, y de acuerdo con la hipótesis de la separación de Beard (1966, 1995), ambos tipos de morfemas carecerían de información fonológica que, por su parte, estará sin especificar en relación a los entornos sintactico-semánticos en que va a aparecer. Los morfemas llegan al componente morfológico y sufren la inserción tardía: los rasgos sintáctico-semánticos son reemplazados por otros fonológicos, en el proceso que técnicamente se conoce como inserción de vocabulario.

El vocabulario es la lista de los exponentes fonológicos que se corresponden a los diferentes morfemas abstractos, emparejados con condiciones de inserción. Veamos un caso práctico: para un morfema abstracto plural, situado en un nudo terminal del diagrama, el vocabulario contendría un exponente asociado tal que [s(rasgo fonético)]; insertado este en la estructura y reemplazando la información sintáctico-semántica, de tener, por ejemplo, CAT[pl], pasaríamos a tener CAT[s].

Un problema con el que se encuentra la inserción de vocabulario es la alomorfia contextual: normalmente, hay varios exponentes candidatos a reemplazar el morfema, entrando en una especie de competición. Los exponentes necesitan tener todos o parte de los rasgos del morfema, pero no otros que no estén presentes; sin embargo, puede haber varios exponentes que satisfagan esa condición que la MD atribuye principio del subconjunto, según el cual el exponente debe poder lexicalizar por lo menos una parte de los rasgos del morfema. Para resolver el conflicto, basta con que se inserte el ítem del vocabulario que más coincida con la estructura: se revisarán primero los más específicos, y si estos fracasan, se acabará recurriendo a un exponente por defecto, más general y, en consecuencia, de menor cantidad de rasgos.

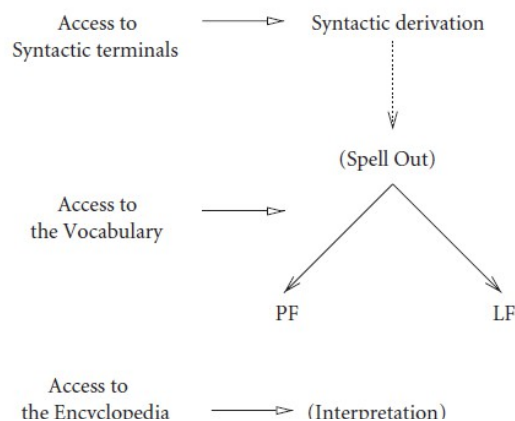
Tras este sistema se encuentra la primera motivación para la MD, esto es, el fenómeno del sincretismo: un mismo exponente se puede encontrar sistemáticamente reemplazando a morfemas diferentes a nivel semántico. Si separamos el componente fonológico de la sintaxis, podemos dar cuenta automáticamente de ello, alegando que, mientras los nudos terminales son completos en sí, los exponentes están inespecificados y no precisan de una correspondencia absoluta con el contexto en que se insertan. Por ejemplo, Embick y Noyer (2007) lo evidencian con el hupa, una lengua donde el marcador de objeto, en el plural, no distingue fonológicamente entre primera y segunda persona, sino que se usa siempre *noh*-. Si disociamos esa realización de la sintaxis -hasta cierto punto- podemos justificar que tras ella haya verdaderamente rasgos distintos, sólo que el

componente morfológico es, pobre de él, algo defectuoso.

Si hasta ahora hemos hablado de que se accede a una lista de morfemas abstractos y raíces, que son los nudos terminales de la sintaxis, y a otra lista de exponentes del vocabulario, que son como unas reglas que dan contenido fonológico a la sintaxis, vamos a tener que hablar de una tercera lista para todo aquello que no se obtiene composicionalmente: la enciclopedia, que contendría la información semántica de las raíces y de las expresiones idiomáticas -creo que sería más fácil extraer las raíces directamente de la enciclopedia, idea que pone de manifiesto que crear diversidad en los orígenes de los conceptos genera algunas incongruencias-.

Así, en las derivaciones, se accede a tres listas en distintos puntos de la derivación, como muestra el esquema de Embick y Noyer (2007):

(91)



Este modelo elimina la idea del anexo 1 de que había un lexicón en que OSs complejos se agrupaban conforme a reglas un tanto ajenas a la sintaxis y muy en deuda con el proceso de adquisición. Ahora, con la MD, todo puede generarse en la sintaxis, aun a costa de hacer más complejo el proceso derivacional -de nuevo en esa tensión teórica en que, siempre que recortamos de un lado, se nos escapa algo por el otro-.

Según la MD, los ILs del lexicón que observamos superficialmente son creados por medio del movimiento de núcleos, algo al estilo raíz-x-y-z. Cada uno de esos nudos se linearizaría conforme a la jerarquía, de modo que la estructura interna de las palabras reflejaría la una jerarquía sintáctica -si descompusiéramos lo suficiente los ILs del anexo 1, puede que también lo lográramos- sin tener que recurrir al *Mirror Principle* que he mencionado en el capítulo 2.

Hasta este punto la teoría puede parecer bastante elegante, y puede dar la impresión de que da mayor peso a la sintaxis, si no todo. Desafortunadamente, lo que sigue va a poner ese sintacticocentrismo en entredicho: suele ocurrir que el orden de los exponentes no encaja fielmente

con la estructura sintáctica que suponemos de fondo, de modo que hay que recurrir a reglas fonéticas que se aplican a un nivel postsintáctico.

Esto debilita la teoría indiscutiblemente, y si en el anexo 1 lo arbitrario estaba en la composición de los ILs -en obediencia a un misterioso proceso de adquisición-, ahora empieza a asomar a un nivel postsintáctico.

La MD considera que las operaciones que tienen lugar en FF o el componente morfológico son reajustes mínimos, exigidos por reglas particulares de las lenguas, por idiosincrasias aprendidas por los hablantes. Nuevamente, volvemos a algo como la periferia del capítulo 2, pero con la significativa ventaja de que estaría al margen de la sintaxis, y a la existencia de operaciones que violarán la EMI que defendí en el capítulo 3. Idealmente, el componente morfológico sólo debería encargarse de traducir rasgos sintácticos a rasgos fonéticos; es más, si es un componente postsintáctico y, ajeno por ello al mismo, no puede echar mano de operaciones que no se correspondan con ese estadio de la derivación. No obstante, para la MD -a mi juicio- sí tiene sentido hablar de operaciones de carácter sintáctico en un nivel ciertamente postsintáctico. Veamos.

En un enfoque como la MD, donde hay una estructura universal para cada construcción en la que no cabrían los morfemas vacuos, los rasgos formales son problemáticos -como lo eran para la variación lexicosintáctica en un comienzo, aunque le dimos la vuelta finalmente y los convertimos en lo más provechoso para el sistema-. Los rasgos formales son, para la MD, “ornamentales”, por no aportar nada a la semántica e insertarse en el componente morfológico.

En este tipo de sistema, es impensable que los nudos de concordancia se ubiquen en el nivel sintáctico, de modo que hay que recurrir a una regla en que al nudo de tiempo, por ejemplo, se le añada otro de concordancia postsintácticamente -siempre en obediencia a requisitos particulares de cada lengua-. Los rasgos ornamentales, pues, estarían presentes en el sistema SM a causa de algo así como una regla en el componente morfológico:

(92) T_{finito}-> [T AGR] (Embick y Noyer 2007)

En Embick y Noyer (2007) se afirma que este es un proceso de adjunción, que tiene lugar antes de la inserción del vocabulario: aparte de lo sospechoso de hablar de adjunción fuera de la sintaxis, esto me parece una de las violaciones más flagrantes de la NTC. Asimismo, el caso, un rasgo que tan útil ha sido para explicar fenómenos sintácticos, vuelve a ser algo que se insiere postsintácticamente, al nivel de D, y que se filtra a los núcleos que este domina, condicionando luego la selección de exponentes -no voy señalando sorpresas teóricas con ánimo de minar el modelo, sino para que no se pierdan de vista y tratar luego de mejorarlas-.

Estos morfemas ornamentales, que son redundantes pero no alteran ni eliminan información esencial, son llamados disociados

Dissociated features. A feature is dissociated iff it is added to a node under specified conditions at PF.

Dissociated nodes. A node is dissociated iff it is added to a structure under specified conditions at PF. (Embick y Noyer 2007)

y reciben su valor bien copiando rasgos, bien introduciéndolos -otro problema teórico, al tener que definir su origen-, siempre que no sean relevantes a la interpretación.

Así, a los rasgos interpretables sumamos los no interpretables, los ornamentales y los rasgos diacríticos -en que no hemos entrado, y que se relacionarían a raíces como lo hacen la conjugación o la *declension*-.

Además de la inserción de rasgos ornamentales, que puede parecer cosa de poca sustancia pero, en verdad, echa mano de la adjunción y modifica la estructura sintáctica preexistente, la MD admite ciertas operaciones entre los nudos terminales. Una es el empobrecimiento, cuya manifestación vuelve a ser que un mismo exponente lexicaliza morfemas distintos en cuanto a valor sintacticosemántico. Para ello, se defiende un principio de ordenamiento de los exponentes del vocabulario, del más específico al menos, junto con un sistema de búsqueda eficiente que garantiza que se inserte el exponente más adecuado en una gradación que llega a una suerte de *elsewhere condition* como la que se contempló en el capítulo 2.

El empobrecimiento permite la explicación de parte del sincretismo sistemático, pero, a priori -esto es, con lo que sabemos hasta ahora-, no tendría por qué ser ninguna operación que afectara estructuralmente al nudo sintáctico. Eso no es, sin embargo, lo que asevera la MD: en vez de que el sistema carezca de exponentes lo bastante ricos en rasgos para reglejar fielmente el morfema, es el rasgo del morfema el que se borra en cierto contexto, evitando, de forma indirecta, la inserción de cualquier exponente que ostentara el rasgo eliminado. La categoría, entonces, “fallará” al mostrar algo por defecto en lugar de algo específico que, en principio, estaría disponible en la lista del vocabulario, dando la sensación de *appear to be what [it is] not* y de ser un morfema menos marcado de lo que sintácticamente fue en origen (Embick y Noyer 2007).

Veamos un ejemplo de empobrecimiento extraído del mismo artículo. En árabe clásico, nombres y adjetivos se flexionan en caso y definitud. Por lo que hace al caso, el vocabulario dispone de *-u* para [+superior], *-i* para [+oblicuo] y *-a* para el resto -es decir, un ítem por defecto o “elsewhere”-; en relación a la definitud, [-definido] se realiza como *-n*. Así las cosas, hay raíces cuya

“ampliación” funcional explota esa “riqueza morfológica” de la lengua: *rajul-u-n*, *rajul-i-n*, *rajul-a-n*; mientras que otras, con los mismos rasgos a nivel semántico -en las proyecciones que las dominan-, presentan una realización fonética por defecto: *harun-u*, *harun-a*, *harun-a*.

La explicación que da la MD al fenómeno es que, habiendo disponibles exponentes que casan mejor con la estructura sintáctica de los que finalmente se realizan, y sabiendo que, por lo general, estos se aplican del más específico al más genérico, la única razón lógica por la que no han sido escogidos los ítems del vocabulario más adecuados es que el nudo terminal sintáctico ha perdido valores: se ha empobrecido. Esto vuelve a conseguirse por medio de una regla de la lengua -que me parece *ad-hoc*-

(93) “Arabic diptote Impoverishment

a. [+oblique] -> 0 / [diptote] + _____ + [definite]

b. [definite] -> 0/ [diptote] + case/number + _____

Once the values [poblique] and [definite] are removed, neither -i nor -n can be inserted, and default -a and ; are inserted instead.” (Embick y Noyer 2007)

El empobrecimiento, no obstante, contradice una de las ideas iniciales de la exposición: el que los átomos de la computación fueran nudos terminales que constaran, en el caso de morfemas abstractos, de un sólo rasgo dispuesto por la GU. Para hablar de empobrecimiento de cierto nudo, este no puede desaparecer, por lo que debe haber como mínimo otro rasgo que permanezca. En consecuencia, los nudos pueden ser complejos, demasiado vinculados a la arbitrariedad con que formábamos los ILs en el anexo 1 y, asimismo, pueden implicar una operación presintáctica de incrustación.

Volviendo a las operaciones postsintácticas, también se ha postulado la de fisión. Normalmente, a un nudo le corresponde un ítem del vocabulario, cosa que Halle (1990) formaliza con que los morfemas abstractos generen un par [F,Q], donde F son los rasgos sintácticos y Q el hueco para el exponente. Idealmente, esperaríamos que a cada morfema lo reemplazara un exponente fonético, pero hay excepciones algo frecuentes a esa relación de uno a uno -observan Embick y Noyer (2007)-. Por ejemplo, hay casos en que un morfema parece dividirse en varias piezas -es la fisión-: el huave, una lengua mexicana, expresa la concordancia con un sufijo o con prefijo, pero no con ambos afijos insertos a la vez. Aunque pueden coexistir el sufijo y el prefijo, sólo uno de ellos expresará la concordancia, mientras que el otro habrá de ser realizado con el exponente por defecto o de forma nula.

Podríamos pensar, intuitivamente, que cuando Q -recuérdese el par de Halle (1990)- del nudo de

concordancia que se ha adjuntado ha sido fijado, nada puede reescribirlo ni pronunciarlo en otra posición de la cadena fonológica o, estableciendo un paralelismo con la condición de actividad, que cuando los rasgos se asocian a un exponente, quedan como descargados.

Con todo, necesitamos renovar un tanto la teoría para que abarque la fisión y que más de un exponente se pueda aplicar a un mismo nudo terminal, aunque algo debe garantizar que un mismo exponente no pueda realizarse en dos posiciones distintas de la cadena fonológica.

Para lo primero basta hacer un poco más laxa la teoría, y pensar que en lugar de reescribirse Q, lo que hace el componente morfológico es construir, cíclicamente, una imagen del esqueleto sintáctico, sin que la relación tenga por qué ser de uno a uno: luego ya habrá otras reglas que se apliquen a la imagen y actúen de filtro.

Esas reglas son lo que permite salvar el segundo requisito y que no aparezca un mismo afijo concordante y específico a derecha e izquierda del verbo en huave. Si consideramos que tenemos una estructura donde el complejo v^* +raíz tiene adjuntado un nudo de concordancia, pero que este no impone ningún otro requisito que la adyacencia, podremos insertar tantos exponentes como se puedan linearizar -por supuesto, siempre que no violen la adyacencia ni, por otra parte, el principio de subconjunto-. Si los exponentes de la concordancia están inherentemente especificados desde la lista del vocabulario como prefijos o sufijos, el componente morfológico podrá, en efecto, adjuntar dos, uno a cada lado: los siguientes ya no estarían en contacto directo con el completo v^* +raíz. Si, además, una vez un exponente se asocia con los rasgos, los neutraliza o inactiva, cuando a un lado del verbo la concordancia satisface más de un rasgo, al otro no puede volver a hacerlo y debe emplearse un exponente menos específico. Como notan Embick y Noyer (2007), hay, en conclusión, dos tipos de bloqueo, uno posicional y otro de rasgos.

Para la MD, otros desajustes entre la estructura sintáctica y la morfológica que finalmente desemboca en el SM pueden achacarse a movimientos -violándose mi hipótesis de la EMI-. Por ejemplo, pese a que estructuralmente el orden de linearización esperable debiera ser X^*Y , si el exponente de Y resulta ser un prefijo, el orden superficial puede invertir potencialmente el original, dando Y-X.

Los movimientos en el componente morfológico, obra como de un *merge* sintáctico tráfuga, se cree que pueden aplicarse en dos puntos: antes de la inserción del vocabulario, donde va a tener que operar con estructuras jerárquicas -como es lógico, porque por el momento no hay nada más-; o después, sobre el producto de la inserción léxica y luego de la linearización, donde va a trabajar en términos de adyacencia lineal -cuando queda poco más que una cadena fonológica-.

Para el movimiento previo a la linearización, pero ya situado en el componente morfológico, se considera que la operación es *Lowering*, y que es capaz de descender un núcleo al núcleo de un

complemento, incluso saltando elementos interventores. ¿Por qué ese *lowering*? En Embick y Noyer (2007) no se aborda, pero la razón es intuitivamente tan directa como que, si el movimiento sintáctico sólo puede ser hacia arriba para no alterar objetos ya construidos, descargamos el problema en la morfología.

El *lowering* permite explicar el conflictivo caso de la afijación de T a *v* en inglés, que gracias a una regla puede resolverse fácilmente -pasando por encima de adverbios sin mayor explicación-. No obstante, creo que la MD vuelve a pecar aquí de ser demasiado sintáctica -por si el mover OSs no fuera poco-: veo razonable hablar de rasgos, pero no tanto de estructura. Dicho de otro modo, no sé si el componente morfológico debería ser demasiado consciente de qué es el complemento de qué.

Un caso de movimiento posterior a la inserción y la linearización, llamado “dislocación local”, es el que podemos ver en huave, donde el afijo *-ay* aparece antes del afijo flexivo del verbo *-si* es que hay algún afijo-. Entonces, se recurriría a una regla que obligue al afijo a *precede post-Root X, X a non-Root node* -si no hay X, no se aplica- (Embick y Noyer (2007)). Así, el afijo sería siempre periférico, pero se dislocaría localmente tras la linearización, permitiéndose la inserción de material en estructura ya solidificada.⁸⁰

Otra operación postsintáctica, considerada en Halle y Marantz (1993), que modificaría la estructura sería la de fusión -no confundir con la de *merger*; véase Halle y Marantz (1993:116)-. La fusión consistiría en tomar dos nudos terminales *that are sisters under a single category* y fusionarlos en uno solo, de tal forma que se reduciría la cantidad de morfemas independientes del árbol y sólo se insertaría un exponente del vocabulario, que tuviera un subconjunto de los rasgos de cualquiera de los dos nudos fusionados -o de ambos-. Un caso de fusión que mencionan los últimos autores sería el que se produce en las lenguas IE, en que un sólo exponente realiza la unión de los nudos de caso y número que en turco, por el contrario, son piezas expresadas independientemente -así como nudos terminales individuales en la sintaxis-.

En suma, hay todo un conjunto de operaciones de la MD que permiten explicar, mejor o peor, desajustes entre una sintaxis alimentada por un léxico universal y las expresiones que observamos entre lenguas-I. Sin embargo, ni siquiera sus partidarios pasan por alto que debería prescindirse de ellas a más no poder:

“In cases in which a syntactic analysis seems arbitrary, unmotivated, or unduly complex, PF operations of the type that we have outlined above have been appealed to. Two points must be emphasized with respect to these operations. First, they are only appealed to in

80 Otro problema, en mi opinión, es que si ya se ha producido la inserción y la linearización, choca un poco que el componente morfológico siga siendo capaz de “cortar” exponentes para injerir otros en su interior: a estas alturas deberíamos tener tan solo una cadena fónica que mandar al sistema SM.

instances in which the syntactic analysis is unworkable. Second, they arise only as departures from the ideal case, in which the syntactic structure is not significantly altered at PF.” (Embick y Noyer 2007)

6.4 Nanosintaxis

Este repaso teórico de la nanosintaxis está basado en Pantcheva (2011) pese a que, como he dicho otras veces a lo largo del trabajo, no se haga explícito reiterativamente.

La nanosintaxis, resume Pantcheva (2011), debe su nombre a la defensa de que los nudos terminales son diminutos, correspondiéndose solamente a un rasgo. La teoría, pues, encaja con los proyectos cartográficos y se sustenta en la idea de que el sistema computacional deriva las frases mediante el *merge* de rasgos -que ahora son los átomos computacionales-, y que lo hace de acuerdo con una jerarquía universal: la secuencia funcional. La morfología con que se externalizan las derivaciones viene a ser, en fin, tan sólo un reflejo de cómo complejos estructurales son almacenados en el lexicón.

En cuanto a variación, la idea crucial es que las lenguas pueden diferir en si esos exponentes léxicos, que podemos imaginar como “arbolitos” fragmentarios asociados a rasgos fonológicos, lexicalizan más o menos estructura; en cualquier caso, empero, la estructura morfemática es la misma que se deriva sintácticamente. Los exponentes, además, pueden presentar contenido conceptual dependiendo de si están asociados a la información enciclopédica del tipo de la MD.

Aunque tiene ciertas similitudes con la MD, Pantcheva (2011) nota que la nanosintaxis intenta desarrollar la idea de que la morfología y la sintaxis tienen lugar en un solo componente de la gramática: en otras palabras, vamos a evitarnos el problema de operaciones postsintácticas en un componente morfológico. Existe lexicalización de estructura, ciertamente, pero esta estructura no va a ser modificada -salvo con una posibilidad que abordaremos en el punto siguiente-.

La lexicalización o *spellout* es la operación que se encarga de sustituir piezas del árbol por piezas del lexicón: para ello, el sistema se ocupa de que la estructura del exponente y la estructura sintáctica coincidan, por lo que el *matching* puede, por ahora, equipararse a la identidad.

La forma que tiene la nanosintaxis de afrontar los alomorfos es dividir la operación de *spellout* en dos componentes, que Bye y Svenius (2011) llaman *L-Match* e *Insert*. El primero es de índole sintáctica y se basa en obtener la identidad de rasgos que mencionábamos arriba; el segundo, posteriormente, decidirá sobre cuestiones fonológicas, como si tenemos un D indefinido en inglés y hay que decidir si se inserta “a” o “an” dependiendo del contexto fonológico.

Pantcheva (2011) resalta que los árboles almacenados en el lexicón pueden abarcar múltiples nudos terminales -de ahí que hablemos de unidades submorfémicas cuando lo hacemos en referencia a los átomos de la computación-. La forma más simple de implementar esta idea es que

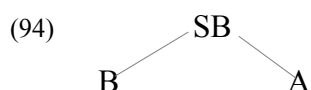
“lexical items whose lexically stored tree contains a phrasal node XP can be thus inserted into an XP node in the syntactic structure (Starke 2009, Caha 2009a,b, Fabregas 2009, among others).” (Pantcheva 2011)

La inserción léxica o la materialización puede ser, por lo tanto, sintagmática, y no reducirse a núcleos terminales como en la MD: es lo que se conoce como *phrasal spellout*. Así, se resuelven asimetrías entre nudos terminales y sintagmáticos, pues unos y otros están sujetos a la misma inserción léxica.

Por lo que hace al funcionamiento de la lexicalización, Pantcheva (2011) defiende que se da -evoquemos mentalmente un diagrama- de abajo hacia arriba y de derecha a izquierda. La razón por la que se prefiere el orden de derecha a izquierda se basa en que la lexicalización procede de forma cíclica, de forma que cada ME deriva en un ciclo -véase Caha (2010)- que a su vez desemboca en la búsqueda de exponentes léxicos -en notable, que no total consonancia con la idea de fases por cada aplicación de *merge*-⁸¹.

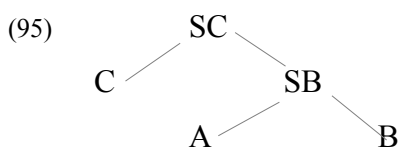
“There is a round of lexical access after each External Merge operation.” (Pantcheva 2011)

Si examinamos la lexicalización de una estructura abstracta como la de Pantcheva (2011), el primer ciclo de la derivación generaría:



Alcanzado este punto, se procede a una ronda de lexicalización, donde se inspecciona el lexicón en busca de correspondencias con A, B y SB. Supongamos que la lexicalización tiene éxito y que luego se da otro ME de C

⁸¹ Aunque MI no está generando ciclos nuevos.



al que vuelve a suceder una operación de lexicalización. Si consideramos que los nudos inspeccionados en la fase/ciclo anterior no necesitan volver a mirarse gracias a que el sistema tiene cierta memoria de la derivación -lo cual me parece ineludible si atendemos a la explicación de las expresiones idiomáticas de Starke (2011) y esencial para la eficiencia computacional-, el nudo C se va a lexicalizar con posterioridad a su nudo hermano SB, de forma que el orden de derecha a izquierda se obtiene automáticamente, así ahora como en los ciclos siguientes.

Si generalizamos esto por razones de uniformidad -la aplicación a los dos primeros nudos no funciona, un problema común también en términos de linearización, etc- y reforzamos la idea del ciclo, también se explica que la lexicalización vaya de abajo a arriba. En palabras de Pantcheva (2011):

“Note also that the bottom-up Spell-out, too, follows to a certain extent from the assumption about cycles—since each Merge of a new feature triggers lexicalization, lexicalization tracks the growth of the syntactic tree from its bottom to its top.”

Otra de las características clave de la operación de lexicalización es que todos los rasgos deben ser lexicalizados antes de que la derivación proceda al ciclo siguiente: si hubiera un rasgo que no recibiera expresión, la derivación fracasaría. Pantcheva (2011) recoge este principio de Fábregas (2007) y Ramchand (2008) :

“Cyclic Exhaustive Lexicalization:[Lexicalización cíclica exhaustiva (LCE)]
Every syntactic feature must be lexicalized at the end of a cycle.”

Conocidos estos rudimentos, ilustremos cómo podría materializarse la estructura de (95); las minúsculas representan entradas léxicas, las mayúsculas los rasgos y nudos del árbol:

(96) [gráfico extraído de Pantcheva (2011)]

- a. $a \Leftrightarrow \langle /a/, A \rangle$
- b. $b \Leftrightarrow \langle /b/, B \rangle$
- c. $c \Leftrightarrow \langle /c/, \text{BP} \rangle$
 $\text{B} \quad \text{A}$
- d. $d \Leftrightarrow \langle /d/, C \rangle$
- e. $e \Leftrightarrow \langle /e/, \text{CP} \rangle$
 $\text{C} \quad \text{BP}$
 $\text{B} \quad \text{A}$

En el primer ciclo, siguiendo el orden postulado anteriormente, A sería reemplazado por *a*, B por *b* y SB por *c*. Según Pantcheva (2011), una vez se inserta *c* en el nudo sintagmático, es como si el contenido fonológico que obtuvimos previamente, *b+a*, se sobrescribiera y se pronunciara solamente *c*. En el siguiente ciclo, *d* lexicalizaría C y *e* SC, de modo que la estructura se realizaría fonéticamente como *e*. Dado que se dispone de cierta memoria de la derivación, no se precisa de volver a lexicalizar la estructura inferior.

Repárese en que la lexicalización debía funcionar por fuerza, dado que disponíamos de exponentes suficiente, ahora bien, ¿y si el lexicón fuera más limitado? En la teoría nanosintáctica, aunque sólo dispusiéramos de *c* y *e*, la LCE continuaría siendo posible porque podríamos realizar los nudos sintagmáticos de los ciclos -esto es, *c* basta para lexicalizar toda la estructura de (94) y *e* para la de (95); si, por otra parte, sólo dispusiéramos de exponentes para los nudos terminales, podríamos obtener asimismo una derivación gramatical, puesto que, según la endocentricidad, las proyecciones máximas no contienen ningún rasgo que no se halle presente en los nudos que dominan. En suma:

- “A node X is successfully lexicalized if
- a lexical entry is inserted at X, or
 - the daughters of X are lexicalized.” Pantcheva (2011)

Pantcheva (2011) considera que en el primer caso los nudos se lexicalizan directamente mientras que en el segundo algunos lo hacen por “herencia”. Que el sistema lexicalice nudos sintagmáticos después de haber podido hacerlo con los terminales parece redundante y una operación innecesaria: para la autora, sin embargo, se debe a que la lexicalización actúe

“ciegamente”, lo cual siempre nos acaba dando un sistema más simple y menos estipulativo. Es más, esto permite a Pantcheva (2011) explicar realizaciones como *worse* en lugar de *bad-er*, cuestiones que antes se habían contemplado por el *morphological blocking principle* y que Starke (2011) ha reducido al teorema de que el exponente *biggest* gana.

La nanosintaxis, por ahora, parece muy elegante, pero tiene que afrontar problemas de los que tampoco estaba exenta la MD -y que va a encarar de forma superior-. Vayamos al del sincretismo, y reparemos en las siguientes frases del hindi:

- (97) “*baaa kaar-ke saamne-see calaa*
child car-GEN front-ABL walk-PERF
 (i) ‘The child walked via in front of the car.’
 (ii) ‘The child walked from in front of the car.’” (Pantcheva 2011)

(97) es una frase ambigua entre dos interpretaciones donde la preposición puede expresar origen o ruta, a cada una de las cuales le corresponde una estructura diferente. El requisito de identidad exacta entre la estructura sintáctica y los exponentes parece, por consiguiente, demasiado restrictivo: el marcador ablativo del indi *-see* está sirviendo, en efecto, para lexicalizar dos estructuras dispares.

Si la MD hablaba de inespecificación del vocabulario y del principio de subconjunto que, según Hale (1997), hacía que se insertara por cada nudo terminal un exponente que coincidiera al menos parcialmente en rasgos, la nanosintaxis apuesta -ahorrándose algunos problemas teóricos- por la alternativa contraria: el principio de superconjunto. Como notamos, el principio de subconjunto presupone, contrariamente a lo que dijimos al comienzo del 6.3, que los nudos terminales son complejos y, lo que es más importante, tolera que haya rasgos sin realización, contraviniendo frontalmente la LCE.

Así pues, la nanosintaxis captura el sincretismo del indi alegando que el material léxico puede estar sobreespecificado en relación a los nudos -del tipo que sean- que realizan:

- “The Superset Principle (Starke 2009, Caha 2009b):
 A vocabulary item matches a node if its lexical entry is specified for a constituent containing that node” (Pantcheva 2011)

Los árboles sintácticos almacenados en el léxico, por lo tanto, o bien son idénticos a los nudos en que se insertan, o bien son mayores; si consideramos que hay un Sintagma Ruta que domina un Sintagma Origen, y que el *-see* del indi está especificado para el sintagma mayor, SRuta, el

exponente puede lexicalizar perfectamente el nudo inferior SOrigen: simplemente, hay un rasgo que queda *unused* (Pantcheva 2011).

Asumido esto, debemos, sin embargo, garantizar que, de haber un exponente idéntico a la estructura, este prevalezca sobre el superconjunto. Veámoslo con ejemplos:

(98) [diagramas extraídos de Pantcheva (2011)]



Sabiendo que en bagdabal tenemos los exponentes *-a* e *-i* para las estructuras de (98), y que *-i*, cumpliéndose el principio de superconjunto, puede realizar perfectamente la estructura que lexicaliza *-a*, debemos prevenir que eso ocurra⁸². Para que se imponga el exponente con menos rasgos *unused* cuando dos estructuras satisfacen las condiciones de inserción, sólo hay que echar mano de el *elsewhere principle* basado en la *elsewhere condition* de Kyparsky (1973) que ya hemos analizado:

“Elsewhere Principle (Neeleman and Szendroi 2007)

Let R1 and R2 be competing rules that have D1 and D2 as their respective domains of application. If D1 is a proper subset of D2, then R1 blocks the application of R2 in D1.”

(Pantcheva 2011)

6.4.1 Nanosintaxis y variación lingüística

Starke (2011) propone, aunque de forma muy programática, una posibilidad teórica para afrontar la variación lingüística. Considerando que capturarla mediante rasgos supone expresar la *variation by stipulating it, via the stipulation of a brute-force marker*, cree que reducirla al tamaño de los exponentes léxicos que materializan la estructura sintáctica abre las puertas a una teoría, cuando menos, mucho más elegante.

⁸² Pantcheva (2011) nota que esto aporta un argumento poderoso contra el principio de subconjunto: si este rigiera, nada impediría que *-a* lexicalizara la estructura que es de *-i* -a menos que postulamos otras condiciones o filtros-.

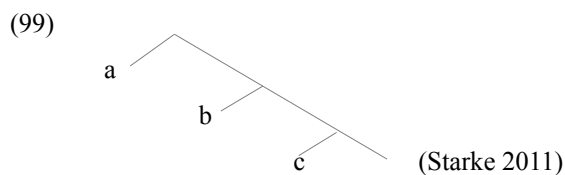
Según Starke (2011), lo que los proyectos cartográficos han puesto de manifiesto es difícilmente objetable: los átomos de la computación serían mucho más pequeños y numerosos de lo que se creía -siendo, consecuentemente, mucho más grande la estructura- y el orden en que esos átomos se ordenan se iría revelando como universal translingüísticamente. Así las cosas, no quedaría espacio para hablar de variación generada por rasgos sintácticos, para estipular que haya algunos que signifiquen, en términos llanos, “yo quiero moverme” -aunque en el anexo 1 he intentado restringir la variación a los rasgos formales que aquí no se están teniendo en cuenta-.

Para Starke (2011), hasta ahora hacíamos depender la variación lingüística de los ILs o morfemas, pero se habría demostrado que los nudos terminales de la sintaxis son menores, que los morfemas son demasiado grandes para *provide the right granularity of ingredients to build syntactic trees*. Es decir, el lexicón adquirido llega “demasiado tarde”, una vez ya se ha derivado la estructura, de modo que no puede influir en ella -pronto, sin embargo, nos surgirá una excepción-.

Pese a la independencia teórica entre exponentes y sintaxis, y la aislabilidad de cada uno de ellos, Starke (2011) detecta que, si bien de forma mínima, la sintaxis sí es sensible a qué exponentes lexicalizan la estructura. Esto se hace evidente con las expresiones idiomáticas: si consideramos que se va generando una estructura sintáctica hasta que se alcanza el exponente máximo que corresponde al idioma y tiene contenido enciclopédico, el sistema debe tener cierta memoria de qué ítems han sido insertados. Para asociar a la estructura sintáctica una expresión como, pongamos por caso, *kick the bucket* -que podría ser almacenada como tal en el lexicón-, se debe tener conocimiento de que la palabra *bucket* ha sido pronunciada en ciclos anteriores.

Así las cosas, la solución al problema teórico de la variación lingüística no puede venir más que de cómo una estructura universal, el lenguaje del pensamiento, se externaliza a través de la morfología postsintáctica, y, aunque cuantas menos mejor, de las diferencias mínimas que provoque la elección de determinados exponentes a los que -como acabamos de ver con las frases hechas- la computación ha de ser mínimamente sensible.

Traslademos estos presupuestos a una estructura simple



donde el exponente *how* del inglés lexicaliza el constituyente *b* y *c*, en tanto que el *jak* del eslovaco lexicaliza la estructura al completo. Según Starke (2011) las operaciones que afecten a Sa

afectarán asimismo a *jak*, pero no a *how*, y diferencias tan simples como estas podrían, por sorprendente que parezca, explicar toda la variación. Si, además, la sintaxis es sensible, más o menos, a la elección de los exponentes, habría cierta lógica en que pronunciar *how*, en vez de *jak*, pueda tener consecuencias sintácticas.

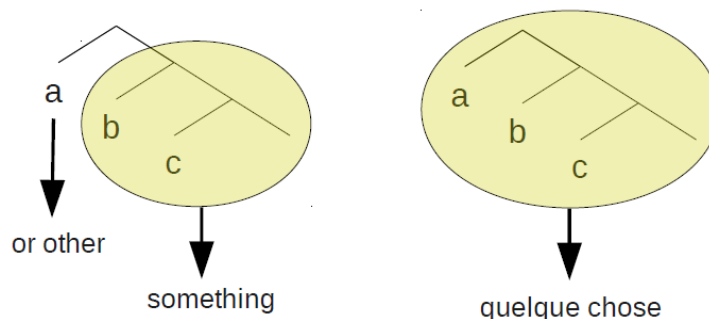
Si las operaciones sintácticas afectan a ciertos nudos, pero esos nudos están lexicalizados de manera diferente -sincréticamente, con varios morfemas, etc.-, sólo ciertos exponentes harán evidentes esas operaciones. Vayamos a algunos datos del inglés y el francés que recoge Starke (2011), y que muestran cómo el francés no tolera el equivalente al *or other* en construcciones indefinidas:

- (100) a. someone or other fell down
 b. something or other fell down
 c. He must have put this somewhere or other

- (101) a. * quelqu'un ou un autre (est tombé)
 b. * quelque chose ou un(e) autre (est tombé)
 c. * Il a bien du le mettre quelque part ou un(e) autre

Este fenómeno puede explicarse, según Starke (2011), achacándose sólo a una diferencia de tamaño en los exponentes. La construcción *or other* de (100) se asociaría, en la estructura de (99), a Sa; si en inglés los indefinidos lexicalizan Sb, pero en francés lexicalizan Sa, las frases de (101) serán agramaticales porque no se dispondría de estructura para insertar el equivalente a *or other*; *ou un autre*.

(102) [gráfico extraído de Stark (2011)]



Starke (2011) llama la atención sobre que un análisis en esta línea podría explicar la falta aparente de categorías funcionales en algunas lenguas, sin necesidad de recurrir a pronombres

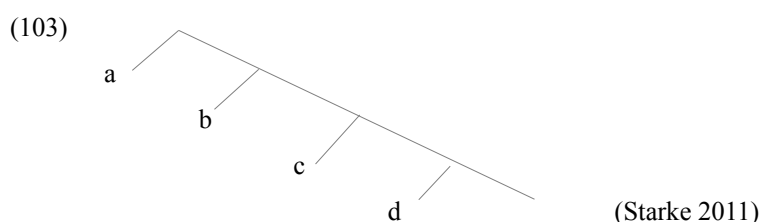
nulos.

Ahora, el tamaño variable de los exponentes puede desencadenar, defiende Starke (2011) variación en los movimientos que hagan ciertos exponentes, siguiéndose de ello variación estructural y de orden. A estas alturas hablar de variación estructural puede extrañar e ir contra postulados de la nanosintaxis: de hecho, choca hablar de variación postsintáctica que afecte, al nivel que sea, la estructura. No obstante, creo que es inexcusable contemplar consecuencias estructurales tal como plantea el autor el *Spellout driven movement* -movimiento motivado por spellout (MMO)- aunque, por otra parte, si sólo ME desemboca en ciclos, y no MI, las diferencias puede que se acaben reduciendo a linearización y no a nada semántico.

Dado que los rasgos sintácticos son universales y están ordenados según la secuencia funcional que también se supone uniforme translingüísticamente, el movimiento dispar de OSs no debería tener cabida. Sin embargo, si en términos de fases, he propuesto el MI como un mecanismo indispensable -basado en todos los autores que he ido citando- para evitar fracasos derivacionales en CI -cuando los rasgos formales no pudieran ser valuados en su fase-, Starke (2011) propone el movimiento también como un mecanismo para evitar el fracaso derivacional, aunque en el sistema SM.

No es, por lo tanto, tan grande la diferencia entre el disparador del movimiento propuesto en el anexo 1 y el que estamos contemplando ahora: sólo cambia, en esencia, la orientación de la operación sintáctica hacia determinado sistema. Además, ambos movimientos dependen del léxico, ya sea presintáctico o postsintáctico, y ambos, mal que pese a la nanosintaxis, tienen consecuencias estructurales. Vayamos, en definitiva, MMO.

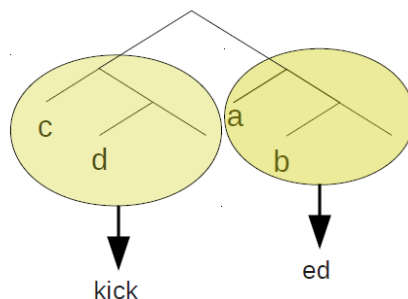
Consideremos una estructura



que, en inglés, se lexicalizaría como *kicked*. Si los exponentes que tenemos son *kick* para *c* y *d*, y *-ed* para *a* y *b*, nos encontramos con un problema: el árbol no puede realizarse fonéticamente, fracasando el *spell-out*, porque *-ed* lexicaliza un constituyente inexistente en el árbol sintáctico, *a+b* en exclusión del resto de la estructura. Así pues, Starke (2011) apunta a que podría darse el ascenso del constituyente *Sc* para permitir la satisfacción de la LCE y que la derivación pudiera, en

consecuencia, pasar a un ciclo siguiente:

(104) [gráfico extraído de Starke (2011)]

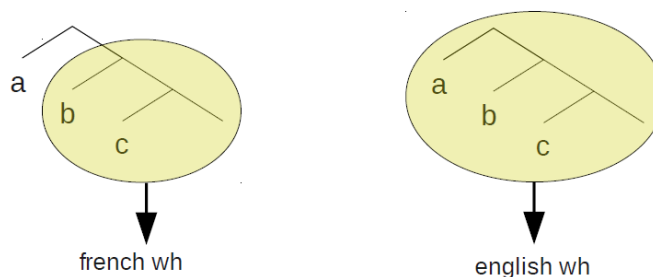


Este tipo de movimiento no recurre a fuerza bruta, sino es una operación para resolver el que determinada estructura no sea apta para la materialización; a despecho del ejemplo, el MMO no estaría limitado a morfemas, por lo que podría explicar el MI de “grandes sintagmas”. El MMO, además, vuelve comprensible que los movimientos, al ser conducidos por requisitos de inserción léxica, no tengan motivaciones sintácticas aparentes -un rasgo PPE, por ejemplo, es bastante *ad-hoc*- ni efectos semánticos, por lo general, detectables; podría explicar asimismo los *remnant movements*... y que las diferencias semánticas que desencadene el MI se derivasen de las posiciones finales alcanzadas por los constituyentes, que serían relativas al discurso, a relaciones operador-variable, etc.

Aceptar este movimiento implica debilitar la teoría, pero me parece una operación *principled* en tanto que, a mi juicio, responde, en última instancia, a exigencias de los sistemas que conectan con la FLE. No obstante, por si no hubiéramos tenido suficiente con este, vamos a asestar un nuevo golpe a la nanosintaxis: ¿no es de extrañar que hasta el momento hayamos podido prescindir por entero de elementos fonéticos nulos? Cuán redonda quedaría la teoría sin ellos; aunque me temo que, al afrontar la variación lingüística, habrá que postularlos.

Starke (2011) explica diferencias en el movimiento-q explícito o encubierto también en relación al tamaño de los exponentes que lexicalizan la estructura. Volvamos a la estructura de (99) y supongamos que el movimiento-q se aplica universalmente sobre el Sa. Habría lenguass, sin embargo, en que el SQ lexicalizaría Sa, y otras en que lo haría con Sb, dejando para *a* un pronombre nulo :

(105) [gráfico extraído de Starke (2011)]



Así, la diferencia de lenguas con elementos-*q* *in situ* respecto de otras con elementos-*q* desplazados se debería a que, en las primeras, ascendería un pronombre nulo, mientras que en las segundas ascendería el ítem que lexicalizara todo el Sa. El mayor problema de este análisis no es, sin embargo, la existencia del pronombre nulo, sino que obliga a hablar de movimientos de LF por razones semánticas, de los cuales había intentado deshacerme en el anexo 1.

6.5 MD vs nanosintaxis y carencias

A pesar de que Halle y Marantz (1993) defendieran que las operaciones que manipulan los elementos terminales en el componente morfológico estaban *well-motivated*, opino todo lo contrario: no se distribuyó solamente la morfología, sino que se distribuyó asimismo la sintaxis. Esto es, a nivel postsintáctico, de acuerdo con la MD, no sólo se insiere el vocabulario, que es la única operación que podría seguirse de necesidad conceptual virtual, sino que se permiten operaciones de una naturaleza sintáctica difícilmente cuestionable, e incluso otras de un poder aun mayor en tanto que violan alegremente los principios que rigen en el sistema computacional: los rasgos formales se insertan postsintácticamente mediante la adjunción, que no deja de ser, según Chomsky (2004), *merge* sintáctico, violándose además la NTC; el empobrecimiento vuelve a violar la NTC y la inclusividad como “a la inversa”, es decir, en lugar de insertarla desde un origen impreciso/no léxico/no configuracional, toleramos la pérdida de información relevante que se encontraba en los nudos; está la fisión por otra parte, que no puedo dejar de asociar intuitivamente a *re-merge* o a MI; los movimientos antes y después de la linearización me causan la impresión -estimo que bien encaminada- de que el diseño del componente morfológico es más complejo que cuanto se pretende, puesto que, implícitamente, se asume que la linearización marca un antes y después en las operaciones morfológicas, creándose un paralelismo, en términos muy vagos, con la EP y la ES; el *lowering* es una de las operación más antiderivacional que imaginarse puedan; la

fusión, en su formulación más simple, debería ser una suerte de desplazamiento de núcleos,;etc.

Con todo, el mayor problema no es que tales operaciones postsintácticas atenten contra la ciclicidad ni su carácter sintáctico “tránsfugo”, puesto que podría postularse -cosa que tampoco comparto- que el morfológico es un componente de un funcionamiento muchísimo más representacional, sino que la motivación de multitud de ellas, como sintetiza la paradoja de la Fusión (Pantcheva (2011)), responde a las características de piezas del vocabulario que todavía no han entrado en la derivación. Ejemplificándolo con la susodicha paradoja:

“the Fusion paradox is caused by the fact that the morphological operation Fusion applies only in the presence of a lexical entry which can spell out the fused nodes, yet the lexicon is not accessed before all syntactic and morphological operations (like Fusion) are performed.” (Pantcheva 2011)

La siguiente pregunta es: ¿compensan tantos sacrificios? La MD resuelve pocas de las lagunas teóricas a que había dado lugar la teoría del anexo 1: como demuestra la aceptación de la operación de empobrecimiento, los nudos terminales, a despecho de lo expuesto al comienzo de 6.3, son elementos complejos tan faltos de explicación como la formación de los ILs presintácticos del anexo 1; desde un punto de vista biológico y teórico, por lo tanto, tales primitivos computacionales/morfemas siguen sin estar justificados; los rasgos del vocabulario postsintáctico guían las operaciones tanto o más que los formales de los ILs presintácticos; aunque consideremos que los átomos computacionales son universales y su variación infringe otra suerte de principios, estos se violan masivamente a nivel postsintáctico; seguimos sin el apoyo de teorías de la adquisición; etc. Es cierto, sin embargo, que la MD parece más afín a la STMF, pero las arbitrariedades son tantas y tales que, a mi juicio, progresamos más bien poco a nivel explicativo.

Por otro lado, la nanosintaxis sí me parece, dada la extremada simplicidad del componente postsintáctico, algo más plausible. Como nota Pantcheva (2011), la nanosintaxis, a diferencia de la MD, no presenta los rasgos *pre-packaged* en los átomos de la computación, sino en estructuras binarias y sintácticas, lo cual es un avance sustancial, que no definitivo -véase el punto 6.6.2-, en la eliminación de las operaciones presintácticas que acarrea la agrupación de los rasgos en ILs durante el proceso de adquisición. El lexicón nanosintáctico, además, puede dar cabida a los rasgos formales que eran puramente ornamentales en la MD -y, como nota Boeckx (2010/en progreso) en referencia a los clíticos, puede que nos interese que en ciertos casos sean interpretados y, por ende, se hallen en la estructura mapeada-. Por otra parte, el proceso de lexicalización o inserción tardía e la nanosintaxis se muestra bastante más simple que el de la MD: sin una argumentación sólida, la

exclusión de materializar sintagmas resulta estipulativa y obliga, al mismo tiempo, a echar mano de operaciones como la fusión -visto lo visto, de dudoso fundamento-. Por último, Pantcheva resalta una última diferencia: la nanosintaxis, gracias a la imposición del superconjunto sobre el subconjunto y en obediencia a la LCE, no admite que haya rasgos sin pronunciar; ventaja que, a su vez, reduce notablemente -quizás del todo- la necesidad de postular morfemas nulos -que comportan otros problemas teóricos analizados en Pantcheva (2011), en los que, por razones de espacio y tiempo, no voy a entrar-.

La nanosintaxis, en definitiva, al equiparar los rasgos disponibles de la GU a los átomos computacionales, obtiene un léxico presintáctico mucho menos redundante que la MD; excepción hecha del MMO -operación que puede justificarse como mecanismo que evade el fracaso derivacional de forma pareja a lo que hacía el MI en el anexo 1-, el componente postsintáctico sí se limita a interpretar/traducir rasgos sintácticos/semánticos en información morfofonológica; consigue una independencia amplia, aunque no total, del componente computacional respecto de los rasgos de los ILs; casa mejor con la STMF, etc.

Ahora bien, ¿es la nanosintaxis la respuesta? No, no al menos sustentada⁸³ en el endeble desarrollo teórico que la aqueja actualmente. La nanosintaxis sigue sin proporcionar argumentos de peso a la existencia de un léxico universal; tampoco está justificando una secuencia funcional que, si bien de una precisión empírica impensable poco ha, reduce la explicación de todos los fenómenos sintácticos a algo como -en una síntesis brutalmente injusta-: “esto es gramatical porque encaja con la jerarquía, esto es agramatical porque no se corresponde. La jerarquía es, sin más, así porque así son los datos”. Pero, especialmente, en un intento, de primeras, a todas luces benéfico y bien encaminado, la nanosintaxis ha intentado simplificar tanto que se ha olvidado del tercer factor: en otras palabras, cuando uno afronta estudios de nanosintaxis queda poco satisfecha su curiosidad acerca de por qué el lenguaje es como es.⁸⁴

Por todo lo dicho, a uno lo asalta la adversa impresión de que los caminos abiertos por la hipótesis de la variación postsintáctica vienen a dar en vías muertas, y, nuevamente -véase 4- a causa de que la teoría no está suficientemente madura. Por suerte, confío en que el modelo de Merge- α de Boeckx, todavía en progreso, traiga consigo las respuestas a muchos de estos vacíos, así que, antes de desistir, avancemos hacia un último punto.

83 Sin ningún ánimo de desmerecer la rigurosa labor del proyecto, y menos aun teniendo presente cómo la universidad de Tromsø está creando escuela de verdadero espíritu científico al divulgar sus avances por medio de páginas como *lingbuzz*, en la que lingüistas ajenos a la teoría nanosintáctica también están haciendo una impagable contribución. Esto es verdaderamente extralingüístico pero, por principios, no podía callarlo.

84 Para otros problemas de la nanosintaxis, véase el punto 6.6.

6.6 Merge- α

En este apartado voy a esbozar, más que nada, un estado de la cuestión, en atención a lo promisorio, a mi juicio, del modelo, y debido a que apenas estoy en mi primer contacto con la teoría: pospongo, pues, el intento de conciliar los puntos que siguen con el resto del estudio, si bien es mi intención hacerlo cuando disponga de más tiempo del que me ha concedido el trabajo final de grado.

Los puntos siguientes están basados, sobre todo, en Boeckx (2008a, 2010/en progreso, 2012a, 2012b). Como he señalado en otras ocasiones, aunque por razones expositivas no haga explícita la fuente línea a línea -lo cual daría un resultado reiterativo y bastante enmarañado dado que son varios los textos-, las ideas son de Boeckx y los malentendidos míos.

6.6.1 Introducción. El lexicocentrismo

Boeckx (2010/en progreso) considera que el lexicocentrismo es un hábito de la práctica lingüística como ciencia cognitiva que ha supuesto un obstáculo interno a la teoría para ir más allá de la adecuación explicativa. El lexicocentrismo consistiría en el error teórico de creer que es el léxico el que da forma a la sintaxis; en el malentendido de que todo se halla codificado en rasgos, de tal forma que, determinísticamente, toda la acción ha tenido lugar con anterioridad a la derivación misma. Boeckx (2010/en progreso), sin embargo, hace notar que no estamos explicando nada sintáctico que no hayamos derivado.

En otras palabras, de acuerdo con Boeckx (2010/en progreso), gran parte del generativismo sufre de *featuritis*, esto es, de la creación de rasgos *ad-hoc* con objeto de resolver prácticamente todas las cuestiones: unos que guían la construcción de la estructura o el mismo *merge*, otros el movimiento -como el PPE-, el vastísimo repertorio de rasgos semánticos llegado de manos del proyecto cartográfico, etc. Así, estamos concibiendo todas las operaciones sintácticas *feature-driven*, hasta el extremo de que el *merge*, supuestamente irrestricto, se ha convertido en una mera operación legitimadora de estructura.

Así las cosas, Boeckx (2010a) -siempre abogando por un acercamiento multidisciplinar al estudio de la FL- confronta este problema de la lingüística teórica con otro del campo de la biología. Nosotros hemos confiado demasiado en los rasgos, y lo mismo han hecho los biólogos respecto de los genes:

“instead of putting genes in the driver's seat, biologists like West-Eberhard (2003) (see also the various contributions in Pigliucci and Muller (2010)) are now urging everyone to take genes to be followers, not leaders, stabilizing structural options, rather than generating these. We should adopt the same perspective in linguistics.” (Boeckx 2010a)

Así pues, los rasgos léxicos deben verse como seguidores y no líderes de la derivación, cuyo papel sería estabilizar la derivación a nivel postsintáctico, dependiendo de la morfología de lenguas particulares, y no, como se creía, el de dictar la construcción de una estructura abierta a ese tipo de opciones.

Otro problema⁸⁵ que detecta Boeckx (2010/en progreso) en la tradición guarda relación con la crítica que hice de la formulación de los parámetros en el punto 2.1.5: una cosa es cómo los hacemos inteligibles, otra, de todo en todo independiente, cómo son en un sentido sustantivo -si bien, finalmente, haya concluido que “no son”-. Asimismo, Boeckx (2010/en progreso) analiza cómo el haber confiado demasiado en una de las metáforas sobre el diseño de la FL puede habernos hecho perder de vista propiedades alternativas, pero igualmente posibles, que escapaban de dicha imagen: estoy hablando de la metáfora del reloj suizo, conforme a la cual el lenguaje es un sistema muy rico y articulado, de cuya rigidez estructural se sigue que pequeños cambios generen mucha diversidad -la idea subyacente al modelo macroparamétrico y a los *clusters* de la variación-.

En esencia, la metáfora del reloj puede reducirse a que para obtener un sistema complejo como una lengua-I, necesitamos un origen o estructura de base igualmente compleja. No obstante, Boeckx (2010/en progreso) propone un diseño de la FL basado en la metáfora opuesta: una montaña de arena, que permite la obtención de complejidades a partir de orígenes muy simples que se autoregulan. Veámoslo con algo más de detalle -aunque la digresión puede parecer excesiva, al final nos brindará una concepción nueva de la FL que, por lo menos, ha cambiado mi forma de entenderla-.

A ese respecto, Boeckx (2010/en progreso) vuelve a confrontar la lingüística con la biología. Algunos biólogos modernos han suscrito la visión darwiniana de la evolución, en que la única forma de obtener la complejidad organizada que se observa en los organismos es mediante la acumulación de fenómenos de selección natural. La contribución de Turing a la morfogénesis, sin embargo, puso en jaque esa idea: a no ser que concibamos los organismos vivos como una parte del universo regida por normas propias, debemos verlos como sistemas donde se aplican las leyes generales de la física. Así pues, lo primero que debe hacer el biólogo es preguntarse qué formas de vida pueden surgir, y sólo entonces contemplar qué influjo puede haber ejercido sobre ella la selección natural.

85 Cuya exposición nos devolverá finalmente al lexicocentrismo.

Lo que hacía Turing al apelar a medios químicos o físicos para explicar el origen de las formas (de vida) era equivalente a lo que ha hecho el PM con la preeminencia del tercer factor, esto es: creer que la complejidad puede explicarse desde lo simple y general. La complejidad de tipo histórico -variación lingüística en relación a nuestro objeto de estudio- que se le pueda superponer es un nivel extra del que no debe ocuparse el científico, cuya misión de desentrañar lo *lawful*, ahistórico y universal (Boeckx 2010/en progreso).

Turing inició el programa de investigación de los sistemas complejos, donde se explora cómo la autoorganización, el caos y las dinámicas pueden formar estructura y orden a partir de un medio homogéneo. Es entonces cuando Boeckx (2010/en progreso) recurre a la idea Bak de los objetos “autoorganizados críticamente” de forma que presentan un comportamiento crítico y robusto, invariable al margen de la introducción de varios parámetros, y es cuando usa la metáfora de la montaña de arena.

En una montaña de arena a la que vayamos añadiendo granos, se alcanzará un punto en que la masa “crítica” provoque una avalancha: el sistema, por consiguiente, tenderá a estabilizarse y a adoptar una forma similar a la del primer montón, sobre la que, si continuamos añadiendo arena, volverá a tener lugar una avalancha. De esta metáfora podemos colegir que desde un medio de elementos idénticos y sin apenas conexión, sin que haya nada predeterminado, podemos obtener patrones de estabilización; que en ese sistema, un cambio pequeño -el último grano de arena que añadimos y genera la avalancha- puede magnificarse y afectar sensiblemente al todo. No necesitamos, en fin, ninguna preestructura compleja con tal de obtener un comportamiento complejo:

“the complex whole is the output of simple processes and interactions, rather than the result of complex specifications.” (Boeckx 2010/en progreso)

Para Boeckx (2010/en progreso), esta idea no ha sido aun asimilada por los lingüistas y, aun deudores de metáforas como la del reloj, necesitamos seguir pensando en un preformacionismo complejo para obtener la FL. Este preformacionismo, en el PM, se ha llevado al léxico, a los rasgos, en cuya riqueza confiamos para explicar las complejidades que emergen en los sistemas de la FLA. Ahora bien, ¿y si la FL fuera como la montaña de arena⁸⁶? Esta es la propuesta de Merge- α .⁸⁷

Asimismo, pese a esa proliferación de rasgos, Boeckx (2010/en progreso) insiste en que el

86 El paralelismo entre la FL y la montaña de arena crecerá exponencialmente a medida que avancemos en la exposición por los puntos siguientes

87 Boeckx (2010/en progreso) nota que, en efecto, tanto una teoría como la otra sirven para explicar la FL, pero la ciencia nos ha enseñado que el favor a la simplicidad es la mejor -o la única- manera de progresar en todos los campos, por lo que deberíamos preferir la teoría que obtenga la complejidad por medios simples.

lexicón, lo que ha monopolizado la teoría, apenas ha sido estudiado: estamos faltos de una teoría biológica y cognitivamente plausible de qué son los ILs y los rasgos en quienes confiamos todo el trabajo. Es por todo esto que Boeckx (2010/en progreso) considera que la práctica del minimismo *instead of approaching syntax (and UG) from below, [...] approach[es] it in medias res [and does] not depart much from pre-minimalist practice.*

La falta de restricción teórica, por lo que respecta a los rasgos, convierte en una falacia el que la teoría sea restrictiva -lo cual afecta directamente a la explicación de la variación-. Boeckx (2010/en progreso) repara en que si el lexicón es como un apéndice de la gramática colmado de irregularidades, y achacamos a él la la variación, no estamos en disposición de afirmar cómo ni por qué varían las leguas.

Por todo lo dicho, desde la teoría de Merge- α , tanto el anexo 1 como los capítulos precedentes sufren de lexicocentrismo -al igual que gran parte del generativismo-. Boeckx (2010a) llama la atención sobre que la teoría está malentendiendo que todas las derivaciones son guiadas por rasgos morfológicos, a los cuales estábamos restringiendo también la variación, incurriéndose en el error que subyace tras las ideas de *last-resort*, *triggered merge*, de que la sintaxis es a prueba de errores, de que los *labels* pueden ser eliminados, etc.

Debería, por lo tanto, replantearse la teoría de la variación lexiconsintáctica del anexo 1, que depende, primeramente, de cómo se distribuyen los rasgos formales a través de los ILs. De hecho, a la luz de lo que se expondrá en 6.6.2, que en resumidas cuentas defiende que la agrupación de los primitivos de los rasgos rasgo tiene lugar en la SE y que las consecuencias de ello *will only be detected post-syntactically*, deberíamos desechar la variación presintáctica en favor de la postsintáctica, entendida en un sentido lo bastante amplio como para que abarque incluso los ILs.

Según Boeckx (2010a), PyP pecó de reduccionista al cerrar toda la adquisición y la consiguiente variación en la caja negra de los parámetros. Al igual que se ha apelado a principios del tercer factor para explicar lo invariable del lenguaje -capítulo 3-, deberíamos ser más genéricos y multidisciplinarios para explicar la variación. .

Boeckx (2010a) resume el cambio de la teórica paramétrica parafraseando los vítores a la realeza francesa: *the GB parameter is dead, long live the minimalist parameter!* (Boeckx 2010a). Sin embargo, hay razones para creer que los parámetros no son objetos reales -como vengo defendiendo a lo largo del trabajo-: los parámetros inespecificados son vácuos, los efectos de *cluster* pueden ser accesibles en la adquisición, etc. -para una discusión detallada, véanse los capítulos 2 y 3-. La variación emerge cuando la biología que determina la FL en su estadio inicial “calla”, cuando los sistemas con que interactúa esa FL la fuerzan a tomar decisiones de externalización.

En el PM, la CBC se ha considerado una forma de mantener el carácter restrictivo de la variación, pero dado el vacío teórico sobre el lexicón notado arriba, Boeckx (2012a) considera lo primero un mito. La CBC no sólo fue motivada principalmente por el fracaso del modelo macroparamétrico, más que por estar sólidamente fundamentada, sino que para Boeckx las palabras de Borer (1984) fueron malinterpretadas y se relegó la variación a la parte de la teoría que con más urgencia estaba -y sigue- necesitada de desarrollo, a la menos comprendida.

Boeckx (2010a) alerta que está siendo tal el crecimiento exponencial de los parámetros que: primero, desde el punto de vista del problema de Platón, empieza a ser razonable la duda de si no sería más accesible en cuanto a adquisición un sistema libre de parámetros; segundo, desde el punto de vista del problema de Greenberg, han fracasado empíricamente; tercero, desde una perspectiva biológica, las redes reguladoras que forman y parcelan la biología se usan para explicar la variación entre especies, y no dentro de una misma⁸⁸, aparte de que, recogiendo las ideas de Yang (2010) y de Hornstein (2009), Boeckx resalta que en la breve historia de la evolución del *homo sapiens*, la variación estructural en la FL es implausible, de forma que la especificidad aparente de la FL, entendida en PyP, debe ser un espejismo.

6.6.2 Formación de ILs sintáctica y consecuencias para la variación. “Nor are they affected by lexical parameters” (versión 2)

En la conclusión al anexo 1 -así como en alguna otra ocasión a lo largo del mismo y el siguiente-, una de las lagunas teóricas señaladas fue que no se ha explicado la formación de los ILs, tras la cual podría estar el mismo proceso computacional que genera cualquier estructura sintáctica. De ser cierto esto último, la variación en la formación de los ILs, átomos a la sazón de la computación, podría considerarse una suerte de violación de los principios -al igual que si defendemos que los átomos computacionales son uniformes translingüísticamente, como ya se ha apuntado y se hará en 6.6.5- y podría cobrar, en consecuencia, todo su significado la interpretación más radical de la afirmación de Boeckx (2010a) que daba título al punto 3.2 y que he rescatado asimismo para el del presente apartado. Vamos, por lo tanto, a volver sobre estas cuestiones.

Así como Boeckx (2010a, 2010/en progreso) recoge la idea de que los átomos de la computación no pueden llevar en sí incrustación -*embedding*- de un rasgo en otro, por ser una operación que construiría estructura sintáctica, Boeckx (2012a) señala que la agrupación -*bundling*- de los rasgos para formar ILs *is nothing but Merge operating in the (pre-syntactic) lexicon*.

⁸⁸ Los parámetros, en cambio, se ubicarían en un órgano de la FL común a toda la especie humana.

En otras palabras, si para el PM la operación de *merge* es la única generadora de estructura, no es posible que haya ILs con una estructura rica a nivel presintáctico, alimentando la computación. Esta afirmación choca frontalmente con las teorías actuales -y las expuestas en los capítulos 1-4 y el anexo 1- y, a pesar de los intentos de llevarla a cabo por parte de lingüistas, como Adger (2008), no ha resultado exitosa, razona Boeckx (2010a, 2010/en progreso), porque seguimos empeñados en que la gramática es un sistema combinatorio conducido léxicamente

Así pues, CBC equivaldría, más o menos, a reintroducir, a lo macroparamétrico, la variación en los principios: la variación se hace depender de la disponibilidad de constructos sintácticos que debieran construirse y estar disponibles por igual en cualquier lengua, pues los principios y los átomos de la computación con que trabaja cada una son los mismos. De esta manera, la variación léxica se torna sintáctica, y la superioridad presupuesta a la CBC queda anulada. Podemos pues, comprender, seguramente mejor que antes, que Boeckx (2012a) vuelva a abogar por la TUF y la idea de que la sintaxis se ve “afectada por parámetros léxicos”: los ILs son tan sintácticos y universales como los principios.

6.6.3 Variación postsintáctica

Boeckx (2008a) se interroga por qué cuenta como una propiedad léxica, qué es el lexicon y dónde está localizado respecto de la sintaxis. A pesar de que en el punto 6.6.5 se ofrecerá una teoría más detallada del mismo, bástenos, por ahora, adoptar la visión de Boeckx (2008a) de que, habiendo permitido Chomsky (2004) que el *merge* fuera tan libre como para que lo único necesario sea el RB en los ILs que se ensamblan, la sintaxis se ha vuelto inmune a idiosincrasias léxicas. Es decir, el común denominador relevante de los ILs es el RB, y este es el único rasgo⁸⁹ al que resultaría sensible la sintaxis.

Si en el capítulo 3 argumenté que el desplazamiento de la variación desde opciones predefinidas en los principios a los rasgos léxicos se debía, en parte, a que los principios se habían reducido drásticamente en número y desplazado a otros más generales -quedándose, pues, los parámetros sin espacio en la GU, y menos aun en el tercer factor-, Boeckx explica el desplazamiento de la variación desde un léxico presintáctico a un léxico postsintáctico en términos similares:

“once parameters are confined to the lexicon, and much of the lexicon is relegated to post-syntactic components, there is little chance left for (narrow) syntax to be subject to

89 Aunque, en realidad, no se trate de un rasgo en sí; véase el punto 5.1.5.

parametric variation.” (Boeckx 2008a)

“But as soon as we adopt a truly exoskeletal approach to the lexicon, as soon as we allow ourselves to construct (i.e., explain) properties of the lexicon, we make it theoretically impossible to state ‘parameters’ at the level of narrow syntax.” Boeckx (2010a)

Es decir, si presintácticamente sólo disponemos de primitivos computacionales mucho más básicos que los ILs -entiéndase sin estructura a nivel de rasgos- y de las operaciones de *merge transfer*, la variación en los rasgos debe desplazarse a un componente morfológico/postsintáctico. Aligerando en extremo, pues, el lexicon, Boeckx (2010a) logra deshacerse del lexicocentrismo incluso por lo que hace a la variación, al mismo tiempo que la teoría se vuelve del todo sintacticocéntrica. El bloqueo de la variación presintáctica, por lo tanto, no se estipula, sino que se sigue de la arquitectura de la gramática -véase el punto 6.6.2-:

Locus of variation

All ‘parameters’ reduce to realizational options (i.e., PF decisions rendered necessary by the need to externalize structures constructed by an underspecified syntactic component) (Boeckx 2012a)

Boeckx (2008a) se basa también en la STMF analizada en el punto 6.2; si la externalización es un apéndice de la sintaxis, la variación queda del lado del sonido y el signo. Dado que esa es la dimensión de la lengua que se usa para la comunicación e implica el aprendizaje, y la imitación y reproducción en esos procesos son imperfectas, tiene sentido rastrear la variación en la externalización -y no en lado del significado, del cual carecemos de evidencias semejantes-.

Así, Boeckx (2010a, 2012a) revive la idea de que hay dos componentes o dos “sintaxis” en palabras de Hale y Keyser (1993): la *s-syntax* y la *l-syntax*. La primera es dinámica, derivacional; la segunda, en cambio, es representacional, postintáctica, morfológica y, aunque descansa sobre el producto de la *s-syntax*, *they are not to be collapsed*. A esta segunda sintaxis es donde se desplaza el léxico adquirido y considerado presintáctico en el anexo 1 y, en consecuencia, también la variación.

Boeck (2012a) declara el influjo de teorías de inserción léxica tardía sobre su propuesta -puntos 6.3-6.5-, y aboga por una combinación de la inserción de vocabulario con el modelo exoesquelético de Borer (2005) radicalizado. De esta manera, logra liberar el componente sintáctico de obedecer instrucciones léxicas y, como hemos visto, cierra la puerta al potencial inevitable de variación que sí nos abría el léxico presintáctico. La tesis recibe, además, apoyo empírico de investigaciones que

muestran cuán irrelevantes pueden ser los rasgos en la sintaxis:

The clearest illustration of this that I know of comes from the work of Martina Wiltschko (see Wiltschko (2009)), who shows that although languages vary in the substantive content associated with functional categories (e.g., the functional category INFL, whose content, according to Wiltschko, can be 'tense', 'location' or 'participant'), the syntax of these functional categories is completely invariant. (Boeckx 2012a)

Con todo, Boeckx (2010a) adopta una variación postsintáctica más estricta que la teoría nanosintáctica, puesto que en esta última se permitía que los ILs influyeran en estadios subsiguientes al ciclo en que entraban en la derivación -recuérdese el MMO, punto 6.4.1- y el movimiento, en algunos casos, parece guiado por rasgos semánticos -confróntese el movimiento-q del punto 6.4-.

Otro problema de la nanosintaxis, para Boeckx (2010a), es que los rasgos proyecten propiedades semánticas de acuerdo con las cuales se jerarquiza la secuencia funcional, de modo que la teoría acaba siendo mucho más parecida a la semántica generativa de lo que querrían sus defensores. Es claro que nanosintaxis y cartografía sufren, además, del mismo problema que la CBC: la fortísima dependencia del lexicón, la necesidad de explicar qué cuenta como una posible entrada léxica o rasgo antes de que se produzca la derivación. Y a la hora de definir esos rasgos, la teoría parece haber llegado a un punto en que es demasiado fácil inventarlos y agruparlos presintácticamente, cayendo en el error de que la formación venga ya dada, aun cuando -si tenemos en cuenta las ideas previas y abogamos por un modelo exoesquelético- todos los átomos de la computación son idénticos en tanto que su única propiedad relevante a nivel sintáctico es la susceptibilidad de ser ensamblados.

Así las cosas, Boeckx (2010a) opta por el desarrollo de una teoría de la variación al abrigo de lo que, en su opinión -estimo que acertada-, propusiera Borer (1984)⁹⁰: divorciar por completo la variación de los principios, de manera que los parámetros dejen de ser necesarios en el proceso de adquisición si se entienden como “principios a medio fijar”. La variación postsintáctica que propone Boeckx estaría cerca de normas de lenguas particulares -postsintácticas, precisión esencial con que

90 Prestemos atención a las palabras de Borer (1984):

“The inventory of inflectional rules and of grammatical formatives is idiosyncratic and learned on the basis of input data. If all interlanguage variation is attributable to that system, the burden of learning is placed exactly on that component of grammar for which there is strong evidence of learning: the vocabulary and its idiosyncratic properties. We no longer have to assume that the data to which the child is exposed bear directly on universal principles, nor do we have to assume that the child actively selects between competing grammatical systems. (Borer, 1984, 29)” (Boeckx 2010a)

superar la periferia de PyP-; ahora bien, estas reglas están constreñidas y no deberíamos temer que el usarlas nos devolviera a las *dark ages of unconstrained variation* (Boeckx 2010a).

Boeckx (2012a) achaca lo limitado de la variación al hecho de que se sitúe entre dos sistemas con demandas muy estrictas: la sintaxis, cuyas estructuras deben ser externalizadas, y la morfología, que provee de las herramientas para llevar a cabo la externalización. Es en la intersección de esos sistemas donde se abren las variantes entre las cuales “escoge” el aprendiente: *learning a language indeed reduce to constructig one's own native (grammatical) vocabulary* (Boecx 2012a).

Boeckx (2010a) nota que las reglas no tienen por qué dejar de tener un impacto superficial notable en las estrategias de externalización de la lengua; Boeckx (2008a), que, a pesar de operar tan localmente, los efectos de las reglas pueden acumularse, como se ha creído que podrían los microparámetros para dar macrovariación. Más tarde, y en la misma línea, Boeckx (2012a) invierte lo que, frente a la teoría paramétrica, podría parecer un defecto de su propuesta, para presentarlo como una ventaja: en efecto, las normas léxicas no pueden generar los *clusters* de variación que se contemplaron en los capítulos 1 y 2, pero este es un hecho en plena correspondencia con que tales *clusters* no se cumplen -sobre la inarmonía véase el punto 2.2.2-.

Boeckx (2012a) ofrece, además, una explicación al por qué de la existencia de la variación -el tipo de pregunta de espíritu más minimista-: recuperando una idea de Richards, la variación existe porque *UG doesn't mind*. Boeckx (2008a) señala asimismo que la variación es inevitable habida cuenta de que las lenguas tienen tan poco especificado genéticamente y del papel decisivo que juega el tercer factor. Si la GU, en resumen, no especifica el dominio de la variación, parece contraproducente insistir, como lingüistas, en construir sus límites por fuerza bruta.

Que, después de haber tachado la periferia de PyP de amenaza al generativismo y de expresar mi renuencia a la pérdida de control teórico sobre ciertos fenómenos, uno acabe tratando de reglas sintácticas con bastante convencimiento puede que resulte sorprendente; unos meses atrás, cuando leía con disentimiento a Newmeyer (2005), ni yo mismo lo habría creído. No obstante, el tipo de reglas hacia las que nos conduce esta teoría sí constituyen una auténtica periferia, en tanto que mantienen intacta la sintaxis; al tiempo que Boeckx vincula la formación de reglas a una combinación de procesos del tercer factor y el proceso de adquisición -véase el punto 6.6.4- que permite, de una vez, que estas se desprendan de la aleatoriedad que parecía invadirlas intrínsecamente.

Concretando más en la variación posible, Boeckx (2008a) apunta a que las lenguas sólo diferirían en si expresan analítica o sincréticamente unos mismos rasgos; en si un rasgo F es vírico o no; y en si un núcleo de fase es fuerte o defectivo. En todos esos casos, argumenta el autor, *it is the same syntax*. No obstante, todas esas tentativas van a acabar desechándose -o esa es mi impresión-: por ejemplo, la teoría de fases que exponemos en el punto 6.6.7 no va a dar cabida a variación

respecto del momento en que se aplica la transferencia -sin que el OS mapeado deje de ser debidamente interpretado o procesable-, ni, en consecuencia, de la cantidad de material que se envía a los sistemas externos.

Vamos, pues, a ver cómo pueden conectarse las reglas con el tercer factor y con la adquisición.

6.6.4 Variación y adquisición. El *superset bias*

Afirmábamos que la teoría paramétrica se estaba desvinculando de la motivación inicial: dar respuesta al problema de Platón -véase Fasanella y Fortuny (2011)-. Boeckx (2010a) alerta de que la grieta teórica entre el trabajo del lingüista teórico sobre parámetros y los estudios de adquisición va abismándose, aunque sólo de su comunión puede esperarse la solución al problema de Platón. Una de las causas de ese distanciamiento es que la teoría de la variación se ha puesto al servicio de la tipología, a pesar de que nuestro objetivo es explicar las lenguas posibles y no las probables -véase Newmeyer (2005)- y de que la distribución de los sistemas gramaticales -esto es, la tipología- está plagada de residuos históricos y propiedades arbitrarias sobre las cuales el teórico no debe pronunciarse. Como resume Boeckx (2012a), el problema de Platón y el de Greenberg persiguen objetivos diferentes y desencadenan la misma tensión que se da entre la adecuación descriptiva y la explicativa. Vamos, pues, a intentar devolver el Problema de Platón a la posición central que le corresponde en la teoría de la variación lingüística.

Boeckx (2012a) recoge las ideas de Fasanella y Fortuny (2011), quienes defienden que un buen modelo paramétrico debe facilitar los elementos que guían al aprendiente a la hora de interpretar los DLP hasta alcanzar lo que hemos llamado E_L : la variación debe depender de elementos atómicos -y no de *clusters* de propiedades- accesibles a partir de las propiedades morfológicas de las expresiones⁹¹. Así, se propone una dimensión de la variación en que los ILs puedan realizarse analítica o sintéticamente, y en el primer caso, ligados o no. Este carácter asimétrico, aportado por Boeckx (2012a), casa mejor con lo datos.⁹²

Dada la atomicidad/accesibilidad de las evidencias a partir de las cuales se fijarían las reglas, la variación postsintáctica debe de tener *limited amount of deductive structure* (Boeckx 2012a). Esto que parece un defecto en relación a los *clusters*, vuelve a ser una propiedad que redundaría en beneficio de la teoría, puesto que podría prevenir que la lengua del aprendiente se desviara

91 De esta forma, Fasanella y Fortuny (2011) resuelven el problema de la localidad, según el cual para obtener el valor de un parámetro, el aprendiente, en el modelo macroparamétrico, tenía que analizar los DLP de una forma global y transversal, puesto que los parámetros se hacían depender de propiedades generales esparcidas por la lengua.

92 Otra manera de codificar la variación sería si hay un rasgo formal en una lengua que provoca el movimiento de su meta. Sin embargo, esta opción no me convence porque supone operaciones postsintácticas demasiado complejas.

sensiblemente de los DLP, y podría relacionarse, por lo tanto, con la adecuación explicativa. De hecho, la limitación de la *deductive structure* podría ser una característica de las redes bien diseñadas, respondiendo así al tercer factor.

Pensar en redes entronca con la JP del punto 2.2.3. En lo que a ella se refiere, el carácter atómico de la variación de Boeckx (2012a) induce a eliminar el diseño en que una sola raíz se va bifurcando en todo un entramado de parámetros, y a pensar que, más bien, habrá múltiples jerarquías, en correspondencia, en palabras del autor, con un mapa de metro. De la multitud de intersecciones en tal jerarquía se podría seguir el hecho de que la adquisición de una lengua lleve tiempo -punto 2.3.3.2- y los *learning paths* que en el punto 2.2.3 explicábamos, basándonos en Mendivil (2008), como que, tomadas ciertas decisiones, otras devienen inviables.

Ahora que sabemos qué tipo evidencias usa el aprendiente para fijar su lengua-I, resta por clarificar cuál es el sistema de aprendizaje. Boeckx (2012a) invoca el *superset bias* que vimos someramente en el capítulo segundo.

Boeckx (2008a) afirma que no todas las normas postsintácticas que se fijan dependen de estrategias de análisis gramatical, sino que habría ciertos *bias* en el proceso de aprendizaje que emergerían en la forma de lo que conocemos como *clusters* inarmónicos -los únicos que, en verdad, existen-. Así, el *superset bias* puede comprenderse en términos de economía (Boeckx (2008a, 2010a)), como una estrategia de aprendizaje de acuerdo con la cual el niño desarrolla las tendencias a partir de elementos menores o atómicos, de “abajo hacia arriba” -construyendo, posiblemente, las susodichas jerarquías-, intentando maximizar el alcance de las normas tanto como sea posible, haciéndolas más abstractas y, por lo tanto, más productivas.

De acuerdo con el *superset bias*, el niño sólo abandonará las generalizaciones al acumularse suficientes datos que las contradigan. Esta característica, nota Boeckx (2012a), es compatible con el modelo de Yang -véase punto 2.3.3.2- en que la adquisición y la productividad de las reglas morfológicas van de la mano: se da, por lo tanto, un compromiso óptimo entre la tendencia a generalizar sobre ítems y la tendencia al conservadurismo, en aras de evitar unas generalizaciones prematuras sobre las que luego resultaría más complicado echar marcha atrás.

En relación a los factores que intervienen en el desarrollo de la lengua, el *superset bias*, destaca Boeckx (2012a), puede incluirse en los principios de análisis de datos que se pondrían en funcionamiento durante el proceso de adquisición y, dada su tendencia a la regularización, en los principios de eficiencia computacional que definirían la arquitectura de la FL. Por consiguiente, *superset bias* sería otra bienvenida intervención del tercer factor, un avance en el que el sistema se autoorganiza -cosa que no sería posible sin la eliminación de los parámetros-.

Boeckx (2012a) repara en el conflicto posible entre el *superset bias* y el principio de

subconjunto del que hablamos en relación a la MD -entre otras-. El principio del subconjunto parece recibir apoyo de observaciones como la de Snyder (2007): los niños suelen producir construcciones “aceptables” en el entorno, cumpliéndose una suerte de conservadurismo gramatical; o, lo que es lo mismo, no se iría de lo más restrictivo a lo más general hasta que se reúnen evidencias suficientemente robustas.

No obstante, Boeckx (2012a) advierte con agudeza que esta es una tesis acerca de la producción de los niños, esto es, a nivel pragmático, que no atañe al *superset bias* -que se ocupa nada más que de la fijación de las normas-. Además, la teoría de Snyder (2007) analiza producciones de los niños a una edad en que seguramente los parámetros/normas ya hayan sido fijados.

6.6.5 El léxico

6.6.5.1 El léxico cartográfico no es verdaderamente minimista

A pesar de que en Merge- α se dé un papel mayor a componentes postsintácticos y de que se apueste por que un léxico universal sea el que alimente la derivación, cabe notar que las diferencias con el léxico de la MD -punto 6.3- y de la nanosintaxis -6.4- son notables.

Así, Merge- α se desmarca de la cartografía en que, en lugar de considerar el léxico el input generativo (Boeckx (2010/en progreso) y Fortuny (2008)), la construcción del léxico es exoesquelética. La nanosintaxis presupone un lexicón presintáctico bien organizado -de acuerdo con la secuencia funcional-, pero desde un enfoque exoesquelético tal jerarquía no es sino la interpretación postsintáctica que recibe la estructura en CI.

Además, Boeckx (2010/en progreso) nota que si las restricciones de orden son impuestas por el sistema CI, no es necesario tenerlas codificadas en la gramática, esto es: el componente sintáctico generará, inevitablemente, estructuras que serán interpretadas como *deviant* en los sistemas externos, pero tales sistemas podrán actuar como filtro.⁹³ La solución, por lo tanto, radica en adoptar un sistema más distribuido, en que interaccionen múltiples componentes.

Así pues, lo que pone de manifiesto la cartografía no son los verdaderos primitivos lingüísticos, sino el resultado de la interacción de varios componentes cognitivos. Si volvemos a la comparación entre lingüistas y biólogos, comprobaremos que ambos vuelven a sufrir de un *preformationism and Platonism* discordante con el funcionamiento de sus objetos de estudio: al igual que estos han esperado

⁹³ O, en otras palabras, la sintaxis no necesita de dispositivos que se ocupen del tipo de requisitos que deben ser satisfechos en la FLA.

entender los organismos secuenciando genomas, aquellos han sufrido la ilusión de que podíamos entender la sintaxis mediante las secuencias funcionales que se interpretaban en CI.

La nanosintaxis, por ende -opina el mismo autor- peca de la “falacia del gramático”, que consiste en creer que estamos explicando los fenómenos apelando a una estructura de base, que es violada en las construcciones agramaticales o no interpretables.

“Saying that it is theP that c-commands manyP (or DP, QP), and not the other way around, is not very different from saying that *the many men* is ok but *many the men* is not.”
(Boeckx 2010/en progreso)

Estas restricciones, sin embargo, deberían explicarse desde un punto de vista más biológico, conforme al cual los ILs, en vez de no encajar en la estructura, estarían enviando instrucciones de activar conceptos -que residirían en módulos de conocimiento dedicado- que entrarían en conflicto entre sí. Por ejemplo: *seven tons of cards* sería agramatical porque activaría a un mismo tiempo, en el componente del sentido numérico, el concepto de una gran cantidad vaga y el de una cantidad concreta.

Este enfoque no sólo permite apelar menos al lexicón presintáctico, que desde un punto de vista biológico resulta inverosímil -dada la limitadísima modificación estructural que puede haberse dado en la breve historia del *homo sapiens* y que la FL opera mayormente con mecanismos cognitivos generales-, sino que también aporta el beneficio metodológico de obligar al lingüista a prestar atención a otros módulos cognitivos, aumentando la interdisciplinariedad de su tarea por la que aboga Boeckx (2010/en progreso).

6.6.5.2 Un lexicón mínimo y biológicamente plausible⁹⁴

Desde el problema de Darwin, Boeckx (2010/en progreso) argumenta que la eliminación de los módulos internos especificados del lenguaje que pretendía ejecutar el PM no se ha conseguido: se han reemplazado por rasgos que, como dijera Hornstein (2001), no son más que más que nanomódulos -me permito la licencia de alabarlo como argumento refinadísimo-. Los rasgos presentan el mismo grado de especificidad interno del lenguaje y la misma encapsulación de la información que creaban los módulos de PyP; así que la alternativa está en considerarlos, al amparo

94 En este punto considero oportunas las palabras de Boeckx (2010/en progreso):

“I know (as Dick Lewontin never tires of telling me) that plausibility is not science, but it can be a good source of scientific motivation.”

de lo que se está haciendo en las teorías *evo-devo*, un epifenómeno que surge de la interacción de varios componentes, en abandonar así el aislacionismo/especificidad modular y buscar, en fin, cuáles son los verdaderos primitivos de la computación -tanto en lo que se refiere a los átomos como a las operaciones que trabajan con los mismos-.

Por lo tanto, Boeckx (2010/en progreso) toma el relevo de la MD en el sentido de que el antídoto para el lexicocentrismo es más sintacticocentrismo,⁹⁵ y aísla aun en mayor grado la sintaxis de los objetos culturales que serían las entradas léxicas. En Merge- α , la sintaxis no sigue instrucciones léxicas, sino que es quien construye el lexicon. Veamos, en fin, a partir de qué primitivos.

Siempre tras la necesidad conceptual, Boeckx (2010/en progreso) cree que el mecanismo generativo de la FL no necesita más que *combinar*, esto es, una operación *merge* muy básica de *setformation*. Como hemos discutido arriba, los ILs que Merge combina no pueden ser conjuntos de rasgos, por ser objetos demasiado complejos e idiosincrásicos, ni tampoco rasgos individuales, por ser demasiado específicos y fruto de la interacción de varios componentes.

Si, apegados a teorías más lexicocéntricas, considerásemos que los rasgos activos son los que guían la computación, no podríamos capturar la propiedad definitoria de la FL: la reusabilidad de los medios, la recursividad. En cambio, Boeckx (2010/en progreso) argumenta que el RB es suficiente a este respecto, porque capacita a los átomos de la computación para ser usados tantas veces como quiera la sintaxis y posibilita, por consiguiente, que *Merge* sea verdaderamente irrestricto.

Si la única propiedad de los ILs a la que es sensible la sintaxis es el RB, todos los ILs devienen iguales, a pesar de que, posteriormente, emerjan propiedades semánticas muy distintas, etc. Boeckx (2010/en progreso) defiende que un conjunto *-pool-* de esos ILs indiferenciables sintácticamente, que él llama *conceptual adresses* y yo traduciré como direcciones conceptuales, es la condición inicial que necesita el sistema computacional: la POCA, *pool of conceptual adresses*, o “piscina de direcciones conceptuales” (PDDC)-.

El papel de las direcciones conceptuales de Boeckx (2010/en progreso) es apuntar a otras entidades y, como si fueran instrucciones, activarlas más tarde; tales entidades serían conceptos disponibles en otros sistemas de conocimiento. Así pues, las direcciones conceptuales no son copias de los conceptos, sino que tienen un efecto “atomizante”, debido al cual pasamos de la rica estructura mental de los conceptos a entidades indiferenciables o de contenido opaco sintácticamente (Boeckx (2012b)) -a saber, la sintaxis es insensible a hechos como que las

95 Aunque, como nota el autor, la MD no esperaba derivar sintácticamente los lexemas funcionales ni las jerarquías que forman

direcciones apunten a reinos conceptuales distintos-. De esta forma, los ILs, describe Boeckx (2012b), se han vuelto como bolas de billar entrando en colisiones aleatorias y son para propósitos sintácticos completamente llanos, sin estructura e incapaces del proyectar: el filtrado de rasgos, la *percolation*, el cotejo... son inenunciables; sólo disponemos de *merge* como origen único de las estructuras.

Aunque los conceptos no pueden dejar de estar presentes en la rica vida mental de otras especies, las direcciones son el germen de la *humaniqueness* (Boeckx (2010/en progreso)). Los conceptos tendrían una capacidad combinatoria limitada, mientras que las direcciones conceptuales, mucho más promiscuas gracias al efecto atomizante, derivarían en la capacidad del hombre de conectar varios módulos mentales -véase Boeckx (2010b)-. Por lo tanto, la lexicalización ha dotado al hombre de una falta de especificación, de la capacidad de trascender los límites de esos módulos de forma sistemática y ponerlos en plena conexión gracias a *merge*. Podríamos, pues, dejar de hablar de una FLE para empezar a hablar de una *human cognition in narrow sense* o un *language of thought narrow* en palabras de Fodor (1995).

La existencia de direcciones conceptuales como átomos de la computación no sólo es biológicamente coherente, sino que constituye un argumento bastante poderoso en contra del lexicocentrismo: el lexicocentrismo introduce restricciones de selección... cuando, en realidad, el surgimiento de la FL -nota (Boeckx 2010/en progreso)- ha sido justamente un proceso de desmodularización que ha permitido que *merge* sea ilimitado -de lo que se sigue la recursividad del lenguaje-. Este carácter distribuido refleja la tendencia al pluralismo a nivel metodológico a la vez que se muestra más fiel al funcionamiento de la mente, donde los procesos de alto nivel son también producto de la interacción de múltiples componentes.

El pensamiento *cross-modular* hace que la mente se convierta en un sistema algebraico donde, libres de estímulos, los conceptos puedan combinarse: surge así el aspecto creativo de la FL y el *hombre sapiens* deviene *homo combinans* (Boeckx 2010/en progreso), capaz de hacer representaciones de representaciones y conceptos de conceptos.

Volviendo a la metáfora del punto 6.6.1, la PDDC es, como los granos de arena, un conjunto homogéneo que forma una clase natural para la sintaxis. Así, con Merge- α se hace realidad la hipótesis de Chomsky (2004) que, sin embargo, no había acabado de cuajar en la práctica: *merge* puede ser ilimitado y la distinción entre MI y ME es puramente terminológica.

Desaparecen, pues, del reino de la sintaxis los numerosos rasgos morfosintácticos que sí intervenían en capítulos anteriores y, en consecuencia, las derivaciones ya no van a poder serlo de lenguas específicas a nivel sintáctico -cf. punto 5.8-. El objeto de estudio del sintactista es la FL libre de la influencia léxica, y no el estadio final de las lenguas-I, porque son una mixtura entre las

entidades biológicas y los procesos culturales.

6.6.6 La simetría

De la PDDC, donde el lexicón presintáctico es homogéneo, y del *merge* que ensambla esas direcciones conceptuales y que, en su formulación más simple, crea un conjunto simétrico, se sigue que en Merge- α tanto la entrada como la salida del sistema computacional es, por ahora, simétrica. Si las direcciones conceptuales son indiferenciables, la teoría sólo permite que el componente sintáctico genere conjuntos gigantes como:

(106) {A, {A, {A, {A, {A, {A, . . .}}}}}} (Boeckx 2010/en progreso)

un conjunto que, de hecho, equivaldría desde un punto de vista interpretativo a {A}, y donde todo se ha vuelto predecible. Si pensamos en los tests fonológicos realizados a los niños, al repetir una y otra vez el sonido [a], la producción deviene *uninformative*, de modo que para evitar la habituación o la degradación de la señal se deben introducir elementos discordantes (Boeckx (2010/en progreso)).

Así pues, aunque la simetría es el nivel explicativo por defecto, deseable teóricamente, porque evita cuestiones inmediatas como “¿por qué se está dando tal asimetría en tal dirección y no en la otra?”, Boeckx (2010/en progreso) argumenta que una salida del sistema computacional como la de (106) no es apta para que los sistemas de la FLA asocien sus propios recursos a la estructura que reciben, de manera que debemos crear sistemáticamente puntos de anclaje desde la sintaxis, que faciliten a los sistemas externos instrucciones de dónde y cuándo interpretar.

Sabemos a ciencia cierta que los sistemas externos interpretan multitud de asimetrías postsintácticas: los rasgos, las diferencias tradicionales entre extracción y ligado, el mando-c asimétrico, los papeles temáticos, las de alcance o ámbito, etc. Boeckx (2010/en progreso) señala que el error del lexicocentrismo era la urgencia por construir tales asimetrías presintácticamente en el lexicón.

Si volvemos ahora a la metáfora de la montaña de arena, sabemos que un sistema dinámico no exige la creación de las asimetrías de base, ya que la complejidad puede surgir debido a la dinámica misma del sistema. Así, el autor recurre al *symmetry-breaking* -pensemos en el último grano de arena que desencadenaba la avalancha por sí mismo-, esencial en el estudio de los sistemas complejos, y lo localiza en la misma sintaxis, que es lo *lawful* y ajeno a las idiosincrásicas léxicas,

para dar un paso más allá de la adecuación explicativa (Boeckx (2012b)). La dinámica de la computación sintáctica, en definitiva, creará las asimetrías por sí misma, las mismas derivaciones dictarán qué asimetrías se encuentran en las lenguas naturales.

6.6.7 Fases y asimetría

6.6.7.1 Desmantelar las fases “tradicionales”. Las fases desde la necesidad conceptual

Coincidiendo con Koster (2010) en que desde PyP ha habido poquísimos avances teóricos, pese a los grandiosos avances empíricos y cartográficos, Boeckx (2010/en progreso, 2012b) explora una teoría de fases alternativa que sea capaz de ir más allá de la adecuación explicativa, en que su existencia obedezca a necesidad conceptual virtual. Como afirmé en 5.6.1, para reconstruir algo, debemos derrocarlo primero: hagámoslo con las fases.

Boeckx (2012b) señala que han sido dos los argumentos a favor de las fases “tradicionales”: pueden explicar, por medio de la CIF, tanto el movimiento cíclico como las posiciones de aterrizaje de los OS. No obstante -como aboceté asimismo en el punto 5.6.1-, tal teoría se construye sobre la premisa de que el movimiento es *punctuated*, sobre todo teniendo en cuenta la ausencia de efectos de reconstrucción en determinadas posiciones.

Boeckx (2010/en progreso) argumenta que esto último sólo tiene validez bajo la asunción de que todas y cada una de las copias que deja tras de sí el movimiento pueden ser reconstruidas, *which we know independently is untenable*. Aparte, en Merge- α se está dando por sentado que el MI es tan libre como ME; si, en contraste con la libertad de *merge* -que desemboca en la posibilidad de que el *path* del movimiento sea uniforme-, sostenemos que la transferencia de los OS sí es “puntuada” -véase el punto 5.6.1-, podemos colegir que las cadenas son leídas por los sistemas externos de la forma entrecortada que imposibilita reconstruir el paso del OS por aquellos eslabones a los que la FLA ha sido ciega.

De ser cierta esta hipótesis, las fases no determinan ni la ciclicidad de MI ni las aparentes posiciones habilitadas para su aterrizaje. La motivación de las fases en el componente sintáctico, en definitiva, parece perdida, de modo que, si queremos mantenerlas en la teoría de Merge- α , debemos justificarlas en términos de necesidad conceptual (Boeckx (2012b)).

En 6.6.6 apuntábamos que, si no podemos crear los puntos de anclaje presintácticamente, debemos permitir que lo haga la misma derivación. Es entonces cuando Boeckx (2010/en progreso) recurre a la transferencia cíclica por fases: los puntos de transferencia distribuidos a lo largo de la

derivación regularán el proceso de *merge*, a fin de evitar una pérdida masiva de información en los sistemas externos, que ahora sí van a tener puntos a los que asociar las asimetrías.

Lo que en la teoría clásica hacían representacionalmente los *labels* o los rasgos, en Merge- α se obtiene derivacionalmente y sin redundancia ninguna por medio del *spell-out* cíclico (SOC) -*cyclic spell-out*:-

“they [transferencias cíclicas] construct points at which differences that independently exist get expressed linguistically. They render a Merge model informative (that is, meaningful/fully legible) from the perspective of the (mind-internal) external systems.”
(Boeckx 2010/en progreso)

La FL, pues, es un sistema que se autoorganiza, evitando así el deterioro propio de la entropía (Boeckx (2010/en progreso)). Si comparamos su funcionamiento con el de la montaña de arena, el paralelismo es ahora aun más claro: la constante adición de energía/materia, granos de arena o direcciones conceptuales, lleva a la destrucción de la estructura generada, la transferencia o la avalancha, y se vuelve a un punto estable anterior. También en ambos casos, cuanto más material añades, antes alcanzas un punto crítico y vuelves a una estructura en que la adición desencadenará otra destrucción de la estructura, y así sucesivamente.

En definitiva, las fases de Merge- α están relacionadas sólo indirectamente con la localidad y son la fuente de todas las asimetrías que se interpretarán postsintácticamente⁹⁶. Anclar todas las asimetrías a las fases responde a la idea de que la transferencia cíclica, por definición, crea por sí misma una asimetría: hay una parte de la derivación que se transfiere pero otra que no. Boeckx (2012b) nota que la transferencia debe ser cíclica para evitar que el OS que llegue a los sistemas externos sea un conjunto gigantesco completamente homogéneo.

Esta teoría de las fases de Merge- α aventaja la teoría de fases del anexo 1 en que los núcleos de fase, al no ser predefinidos léxicamente, no se estipulan; evade controversias como las que giran en torno a qué núcleos deben ser fases; y permite más de dos fases por frase, lo cual, nota Boeckx (2010/en progreso), es lo esperable si las fases reducen la carga computacional y si una frase mayor requiere mayor cantidad de asimetrías.

En relación a estos último, Boeckx (2010/en progreso) responde a dos críticas de Gallego: el incremento de fases podría aumentar la carga computacional y obligaría a perder la relación entre los dos dominios de C y ν , y la dualidad semántica. El primer contraargumento es que en un sistema que se autoorganiza, el hecho de aumentar la cantidad de fases a medida que crece la derivación

⁹⁶ Antes de desenvolver la teoría, cabe resaltar que con asimetrías no hacemos referencia a la variación translingüística, sino a las asimetrías generadas por el sistema computacional para que los OS mapeados puedan ser interpretados en los sistemas externos (Boeckx (2012b)).

está en plena correspondencia con el tercer factor. Inspirándose en la ley de Mezerath-Altman, conforme a la que cuanto más crece un constructo lingüístico más pequeños devienen sus constituyentes, Boeckx (2010/en progreso) intuye que *the longer the sequence to memorize [o computar], the more one chuks it*. Reducir, por lo tanto, el tamaño activo del espacio de trabajo es la forma más natural de minimizar la carga computacional.

En referencia a la pérdida de la dualidad semántica capturada por la existencia de C y *v* como únicos núcleos de fase, Boeckx (2010/en progreso) nota que esta es una relación que sólo se da bajo las circunstancias más básicas; que los bordes de los sintagmas suelen *contribute to discourse articulations*; que la semántica superficial puede analizarse también en una estructura de argumento/evento con *higher* papeles temáticos; que se producen varias intersecciones contradictorias: los SN se mapean de forma similar a los SC, hay cláusulas SC que funcionan como argumentos, etc. En suma, la dualidad semántica podría ser el resultado -en oposición a la causa- de las dos dimensiones en que puede formularse *merge*: interno y externo o primer *merge* y *re-merge*.

Por otra parte, veremos en el punto siguiente que Merge- α vuelve a superar la teoría más “tradicional” de fases en que la distinción entre tipos de fase y *phase-tokens* es clara; en el anexo 1, sin embargo, no hacíamos estas distinciones ni quedaba claro si C y *v* eran el mismo tipo de fase -aunque eso parece-.

6.6.7.2 Fases reformuladas

Ahora que sabemos qué papel juegan las fases, tenemos que definir las con más exactitud. Boeckx (2010/en progreso) defiende un uso “juicioso” de las fases, en el sentido de que, para que las fases creen asimetrías, necesitamos también *non-phases*, esto es: un abuso de ellas por cada *merge* no sirve para crear puntos de anclaje. Tal idea “abusiva” -más o menos al estilo de la nanosintaxis del punto 6.4- se basaría en que cada conjunto ensamblado corresponde a una unidad interpretativa y que las proyecciones máximas disponen siempre de puntos de aterrizaje para el movimiento en el borde. Boeckx (2010/en progreso), la rebate al insistir en que la relación entre fases y movimiento cíclico debería debilitarse, y al notar que la unidad interpretativa debe ser el complemento transferido -y no una fase al completo-.

De momento, por razones expositivas, vamos a vincular las asimetrías que debemos a las fases a las categorías gramaticales que emergen en el nivel postsintáctico -tanto las consideradas léxicas como las funcionales-. Boeckx (2010/en progreso) afirma que el poder de las teorías se mide por cuánto bloquean como imposible; sin embargo, la teoría actual sobre categorías no es nada

excluyente, ya que simplemente confiamos en los datos para ver qué parece existir y qué no, sin preguntarnos el por qué -como debería ser imperativo en el PM-. Merge- α sí da este último paso. Dado que el lexicón presintático/direcciones conceptuales es acategorial, al estilo de las raíces en la MD, las categorías también son algo que debe surgir a partir de la dinámica de la computación y por cómo esta conecta los sistemas de la FLA.

Así pues, para descubrir qué hay tras las categorías debemos preguntarnos, en primera instancia, qué OS puede enviar el sistema computacional a los sistemas externos, y de entre ellos, preguntarnos cuáles pueden ser digeridos -puesto que, si se filtran postsintácticamente, no todos los productos de la FLE serán aptos para la FLA-. Al igual que Hale y Keyser (1993) consideraban que la plantilla de la X' producida por la sintaxis era la que aprovechaba el componente semántico para asignar sus papeles temáticos,

“To paraphrase Kant, structural templates without conceptual notions are empty; conceptual notions without structural templates are blind.” (Boeckx 2010/en progreso)

necesitamos saber qué formato tiene la información enviada a la FLA y cuáles son los primitivos sintácticos para esclarecer la base estructural sobre la que se interpretan las categorías.

En el enfoque que estamos analizando, la computación consiste solamente en *merge* y en los puntos de transferencia sobre las estructuras que genera. La diversidad del formato de los OS enviados a la FLA, pues, tiene que depender del momento en que se efectúa la operación de transferencia, dejando siempre un residuo por transferir llamado borde. Por lo que hace al formato de las fases, Boeckx (2010/en progreso) cree indispensable la separación entre borde y complemento de fase: si las fases reducen el espacio de memoria de la computación transfiriendo parte de la derivación a los sistemas externos, no todo puede ser transferido, sino que debe haber algún elemento que sobreviva en el *workspace* para que podamos crear jerarquía y no volvamos siempre a empezar de cero.

Aun así, en este sistema, Boeckx (2010/en progreso, 2012b) favorece que la transferencia, al igual que el *merge*, sea una operación libre cuyo producto se filtre en la FLA cuando no sea “digerible”: así, no podemos estipular ninguna condición presintáctica ni sintáctica sobre dichas operaciones.

Esto último puede ofrecer una solución al problema del borde de la última fase de la derivación: permitamos que la última fase sea transferida por entero, que ello marque el final de la derivación y que sobre ese OS se realice un juicio de verdad. Asimismo, también debería haber libertad de que el

núcleo de fase sea transferido o no, una posibilidad que, a juicio de Boeckx (2010/en progreso), es sugerida por el análisis ciertos análisis de las relativas libres. Aparte, para saber la forma de todos los OS que reciben los sistemas de la FLA debemos medir el tamaño del complemento y el borde de fase.

Como preámbulo introductorio, podríamos señalar que, desde el punto de vista de la eficiencia computacional (Boeckx 2012b), lo deseable es que el complemento transferido sea lo más grande posible, restando lo mínimo para que la derivación pueda seguir su curso.

“In technical language: minimize the size of the pase edge, ad maximize the size of the phase complement.”

Sin embargo, maximizar el tamaño del complemento supone retrasar el momento de la transferencia, de manera que la creación temprana del borde de fase debería preferirse -minimizándose, consecuentemente, el tamaño del complemento-.

Dado que la transferencia actúa libremente, queremos que cualquiera de las direcciones conceptuales que son ensambladas en un conjunto pueda transferirse. Para que esto sea cierto, los sistemas de la FLA deben poder digerir elementos únicos. Boeckx (2010/en progreso) se vale de la teoría de Pylyshy (2007), quien ha argumentado, a partir del estudio del sistema visual, que la mente parece capaz de conectar con el mundo mediante identificación de entidades únicas, formando una estructura del tipo THING (x), equivalente a un demostrativo desnudo y donde x es el elemento percibido.

En el terreno del lenguaje, Boeckx (2010/en progreso) relaciona eso que parece un primitivo cognitivo con las unidades -en tanto que direcciones conceptuales únicas- transferidas desde la sintaxis a los sistemas externos, y que, una vez allí, recibirían una interpretación nominal como “cosa” -WHAT en Boeckx (2012b)-. Así pues, el elemento transferido sería categorizado en los componentes interpretativos como N y el núcleo de fase -que, por lo general, quedaría en el borde- sería interpretado como *n* -también al estilo de la MD-.

Que el núcleo de fase reciba una interpretación categorial de *n* puede considerarse el resultado de que los elementos presentes en la derivación adquieren identidad al relacionarse con la transferencia, creándose una especie de historia o memoria derivacional. Así, aunque no sea transferido, el borde de fase queda ligado al “destino” del dominio que sí se transfiere. De esta forma, evidencia Boeckx (2010/en progreso), la simetría formada por *merge* se rompe espontáneamente debido a la transferencia, y las asimetrías generadas constituyen *the basis for further asymmetries*.

Identificado un tipo de OS que es digestible para los sistemas de la FLA, las unidades, cabe preguntarse si son digestibles objetos más complejos. Si la transferencia es libre, nada obliga a que tenga lugar inmediatamente cuando se disponga de una unidad transferible. Boeckx (2010/en progreso) vuelve a Pylyshyn (2007) para encontrar otro primitivo conceptual: además de conectar visualmente con “cosas”, podemos localizarlas en *some referential axis* en una estructura del tipo PLACE (x,y) -categoría WHERE en Boeckx (2012b)-, en que x equivaldría a THING (x). Así pues, aparte de demostrativos desnudos, tendríamos locativos desnudos, que serían interpretados en la FLA como elementos adposicionales: P el complemento transferido y *p* el núcleo en el borde de fase.⁹⁷

Antes de seguir, podría ser necesario matizar que la búsqueda de primitivos en el sistema visual puede parecer exótica, pero es perfectamente lógica si, como afirma Boeckx (2010/en progreso) el visual es un sistema anterior a la FL y tiene sentido pensar que parte de recursos disponibles fueron reclutados de nuevo para el lenguaje -sobre todo a la vista del problema de Darwin y de la “crosmodularidad” creciente en la visión de la FL, cuyo origen se remonta a la distinción de la FLA amplia definida en 2.1-. Además, esta dicotomía categorial tiene un correlato neurológico, terreno en que dos canales que conectan con los lóbulos temporal y parietal parecen ser el medio del *what* -el ventral- y el *path* del *where* -el dorsal-.

Hecho este apunte, vemos que en un contexto lingüístico y en relación a las categorías, se podría hablar de protonombres y protoadposiciones, nombres que escoge Boeckx (2010/en progreso) para evitar la carga morfológica -postsintáctica- que llevan en su significado las palabras “nombre” y “adposición”. A partir de estos dos únicos primitivos, los sistemas de la FLA deben poder interpretar todas las categorías que se han identificado incluso en la cartografía.

A pesar de que dos tipos de OS parecen insuficientes para derivar tal riqueza, la literatura sobre gramaticalización revela que muchas categorías halladas translingüísticamente pueden rastrearse hacia nombres o verbos en su origen -Heine y Kuteva (2007) tratan, de hecho, de verbos sin tiempo, por lo que lo están lejos de las adposiciones de la teoría que exponemos-, por lo que el resto podrían ser versiones categoriales más complejas de esas dos clases básicas.

Boeckx (2010/en progreso) hace hincapié en que, aunque por razones expositivas se hable de protonombres y protoadposiciones, esta información categorial no existe a nivel sintáctico, sino que se obtiene mediante el CSO: qué se transfiere y qué permanece en la derivación. Así, lo transferido se categoriza postsintácticamente de una forma u otra en función de si la transferencia se da después del primer *merge* o un poco más tarde. El primer caso de estos dos patrones, en que se materializa

97 Como veremos, esta expansión del complemento es necesaria para los fenómenos de valuación y concordancia, donde sonda y meta deben ser parte del dominio transferido

una única unidad, Boeckx (2010/en progreso) lo identifica como frase intransitiva -y Boeckx (2012b) como *intransitive phase option*-; el segundo, en que por lo menos se transfieren dos direcciones, lo denomina fase transitiva -o *transitive phase option* en Boeckx (2012b)-.

La distinción entre fases intransitivas y transitivas parecen un medio suficiente para capturar la distinción entre elementos relacionales y no relacionales comúnmente asociados a adposiciones y nombres, respectivamente, y la distinción entre predicados y argumentos -sin embargo, Boeckx (2010/en progreso) cree que la composición semántica se basa en un único tipo semántico, el predicado-.

Ahora que hemos identificado dos tipos de fase, necesitamos averiguar el tamaño de los complementos complejos de las transitivas. Si, como hemos explicado, no sólo el elemento transferido adquiere una identidad -N en las fases intransitivas- sino que el núcleo de fase o elemento hermano del complemento de fase, que queda en el borde, adquiere otra ligada al punto de transferencia -n en las fases intransitivas-, lo deseable en un sistema cíclico es que este último elemento en el borde no vuelva a ser recategorizado, esto es, que ni se borre ni se reescriba información ganada en estadios anteriores.

Dado lo anterior, cada dominio transferido debería contener un elemento que no hubiera sido categorizado previamente, o, si no, la operación sería simplemente vacua. Así, tras el primer caso de *merge*, la transferencia de la siguiente fase debe esperar a que el complemento tenga como mínimo dos direcciones conceptuales: una sin categorizar, pero la otra categorizada -por ser hermana de la porción transferida antes-.

Teniendo, pues, justificada la presencia de dos elementos en el complementno de fase, necesitamos averiguar si es posible la inserción de más direcciones conceptuales junto con un retraso de la transferencia. Boeckx (2010/en progreso), cercano a la idea de la *Anti-identity avoidance* de Riemsdijk (2008), defiende entonces que cada OS mapeado sólo puede contener una dirección sin categorizar, porque dos elementos idénticos en un mismo dominio supodrían una ambigüedad letal -computacionalmente hablando- en los sistemas externos. Si la categoría se adquiere en función de la transferencia, y dos elementos sin categorizar son transferidos a la vez, lo lógico es que ambos adquieran la misma categoría; si las fases sirve para crear asimetrías, una simetría como esta sería una ambigüedad no digerible -pensemos, por ejemplo, en términos de linearización: el sistema SM no podrá linearizar un mismo elemento que se encuentre en más de una posición-.

En suma, retrasar la transferencia a la introducción de demasiados elementos supone la introducción de demasiadas direcciones conceptuales por categorizar, de modo que podemos hablar de fases transitivas pero no de fases ditransitivas o supertransitivas. Este formato de las fases

transitivas, trasladado a toda la estructura, encaja con un ritmo fluctuante de fase-nofase-fase-nofase... que formaría la base de las asimetrías en las interfaces.

Desde el punto de vista empírico, esta teoría predice que todas las construcciones de tipo “nombre nombre” esconden una preposición encubierta.

“The existence of a null P may account for the semantic underspecification of many N-N compound relations (e.g., banana box: box for bananas? box made out of bananas? box in the shape of a banana?), for the adjectival/modifying role of one of the Ns, and also may provide a way to understand the link between availability of productive N-N compound and double object structures (Snyder (1995, 2001)), where covert Ps have also been posited (see, among others, Pesetsky (1996)).” (Boeckx 2010/en progreso)

Boeckx (2010/en progreso) refuerza su teoría con las observaciones de Moro (2000, 2007) sobre cómo en dominios locales, como las cláusulas reducidas, no puede darse la coexistencia de dos elementos de la misma categoría:

- (107) a. **pro* copula [SmallClause DP DP]
 b. **sono molte foto del muro la causa della rivolta*

y las observaciones de Richards, en la misma línea, de que elementos adyacentes de la misma categoría resultan en agramaticalidad.

- (108) a. \It's cold" said [John]
 b. \It's cold" said [John to Mary]
 c. **\It's cold" told [John Mary]*

Boeckx (2010/en progreso) matiza que no es el caso de que dos elementos adyacentes de una misma categoría no sean digeribles: el inglés, de hecho, permite construcciones de doble objeto. La generalización correcta sería que no se permiten dos elementos idénticos en un mismo dominio de fase, de modo que en las construcciones de doble objeto hay que postular la existencia de un núcleo de fase entre objeto directo e indirecto.

El hecho de que sólo pueda haber un elemento sin categorizar en el complemento transferido encaja con que el CSO mantiene el espacio de trabajo activo al mínimo, redundado en la eficiencia computacional. Finalmente, podemos evocar la distinción entre tipos de fase y *phase-tokens* mencionada en 6.6.7.1: fases puede haber muchas en la derivación, pero todas serán sólo de uno de

los dos tipos posibles.

6.6.7.3 Asimetrías

La idea esencial es que todas las asimetrías -categorías, *labels*, instrucciones para interpretaciones especializadas, etc- se reducen a los puntos de transferencia, las fases. A partir de las dos categorías básicas formuladas en el punto anterior, se debería poder obtener toda la diversidad que han identificado los proyectos cartográficos, esto es: el reto ahora es pasar de protonombres y protoadposiciones (Boeckx 2010/en progreso, 2012b) a C, *v*, D, T... incluso a los *flavors* morfológicos como C_{Fuerza}, C_{Finitud}.

“phases provide, perhaps for the first time, the basis for a non-parochial, non-linguistic specific mode of categorization whose primitives are rooted in the faculty of language in the broad sense” (Boeckx 2010/en progreso)

Todas las categorías, en fin, nacen como primitivos iguales, pero se especializan después de la transferencia, cuando ocurre la inserción del vocabulario, la interpretación, etc. Si tratáramos de conciliar los tipos de fases con la multitud de rasgos/categorías que defiende la cartografía, no tendríamos más remedio que volver a codificar las asimetrías en los rasgos -o algo parecido-. Y no sólo eso, sino que fallaríamos al reconocer las supercategorías y perderíamos de vista, en consecuencia, la multitud de semejanzas que hay entre su profusión.

Ahora, ¿cómo llegamos desde las categorías más básicas a lo más granulado? La manera de hacerlo, según Boeckx (2012b), no puede ser otra que configuracionalmente, al igual que propusieran Hale y Keyser (1993) para los papeles temáticos.

Boeckx (2010/en progreso) considera que las categorías morfológicas “adicionales” -es a saber, aparte de *n* y *p*- se pueden obtener a través de un proceso parecido a otro bien conocido en la biología -donde la variación abunda-: la duplicación y divergencia.

“T, C, *v*, and so on become akin to what geneticists call paralogs (genes related by duplication within a genome. Whereas so-called orthologs retain the same function in the course of evolution, paralogs evolve new functions, even if these are related to the original one).” (Boeckx 2010/en progreso)

El componente morfológico de la FL, como la selección natural, reciclaría o jugaría con los

escasos recursos de los que la provee la SE, fases intransitivas y transitivas, y sobre ellas añadiría los sabores morfofonológicos que nos han ocultado cuáles son los auténticos primitivos. En términos evolutivos, se podría establecer un paralelismo con el *descent with modification*: al igual que las mutaciones y la selección natural acaban desembocando en cambios en la especie, a pesar de que la “base” sea la misma, el contacto imperfecto de la FLE con el componente morfológico y cómo este está sujeto a accidentes históricos acaba camuflando lo primitivo en las nuevas categorías.

En efecto, hay estudios que muestran que una misma categoría aplicativa se especializa en función de la posición en que se ensambla a la estructura, derivando en aplicativos medios, altos, super altos, etc. Lo cual es extensible a la morfología de las demás categorías:

“the nominal category Person may be regarded as high *n* (low *n* corresponding to Gender/ [+animate] Class). Similarly, the distinction between PPlace and PPath plausibly reduces to high *p* and low *p*. Ditto for Force and Finiteness: high *C* and low *C*.” (Boeckx 2010/en progreso)

Ahondando en el desenmascaramiento de la categorización postsintáctica, Boeckx (2010/en progreso) apunta a que D debería ser comprendido como un caso de fase transitiva, una *p* que selecciona la categoría nominal clave en lo tocante a relaciones de selección, concordancia, etc. Este paso permite al autor revivir un paralelismo de Kayne (1994) entre C y D, gracias al cual, para solventar los problemas de selección en que D intervendría, el nombre puede ascender y re proyectar como se propuso para las subordinadas relativas.

En estos mismos términos se afrontan la recurrente idea de que C puede ser bien nominal, o bien adposicional -C podría categorizar a T como *n* a N, proporcionar un lugar en el tiempo así como lo hacen las preposiciones, etc-; las similitudes en el comportamiento de conjunciones y adposiciones -compárese *y* con *con*-; la posibilidad de descomponer adjetivos en SP -compárese *angry* con *with anger*-, etc.

Tal simplificación, apunta Boeckx (2010/en progreso), no es nada exótica si uno atiende a otros estudios sobre gramaticalización que, como notábamos arriba, tratan como categorías primigenias V y N. Entonces, el autor llama también nuestra atención sobre que, si nos olvidamos del tiempo, verbos y preposiciones no son tan diferentes: la estructura de aspecto/evento y la estructura adposicional rayan en la igualdad; los verbos ligeros casi equivalen a las preposiciones ligeras; en las lenguas altamente analíticas, *it is hard, and perhaps syntactically irrelevant, to distinguish between serial verbs as V-V compounds and serial verbs as (light) P-V combinations*, etc.

En resumen, cuanto más analítico sea el patrón de la expresión categorial, más especializado

será cada caso de la categoría en cuestión (Boeckx (2012b)). En lenguas morfológicamente pobres en extremo, el inventario de las categorías podría reducirse al más básico, nombres y preposiciones.

Otra ventaja de Merge- α es que resuelve los problemas teóricos de la distinción entre categorías léxicas y funcionales planteados en el punto 5.1.3: todo el lexicón presintáctico es acategorial. Todas las categorías, además, licencian especificadores y complementos -contra Baker (2003b, 2008a)- : lo único que distingue protonombres de protoadposiciones es que los primeros son el resultado de una fase intransitiva; si la fase se ampliara a transitiva, simplemente las direcciones conceptuales serían categorizadas de forma distinta.

6.6.8 Rasgos formales y herencia

Boeckx (2010/en progreso) advierte que los rasgos formales, dondequiera que estén, requieren valuación. Incluso aunque esta tenga lugar postsintácticamente, la configuración de *checking* en que se produce no sólo es una asimetría que la sintaxis deba construir, sino que debe distinguirla como una configuración especial -en oposición a las configuraciones en que no haya valuación-. Puesto que en el anexo 1 se ha tratado profusamente de rasgos formales, baste con tener presente, como punto de partida, que Boeckx (2010/en progreso) equipara valuación e interpretabilidad y que usa una reformulación de la herencia de rasgos.

Si la teoría de herencia de rasgos va bien encaminada, la valuación de los rasgos formales debe limitarse a fases transitivas, que son los dominios aptos para la concordancia -las fases intransitivas, al ser transferido solamente un elemento, no habilitan suficiente espacio para que la herencia se produzca-.⁹⁸

Boeckx (2010/en progreso) advierte que para que un IL presente un rasgo sin valorar, debe, por lo menos, tener uno valorado. Ahora bien, ¿qué sería un rasgo *unvalued*? Algo falto de contenido, de interpretación en la interfaz... así que el autor estima que la mejor forma de representarlo es por medio de un conjunto vacío $\{ \{ \} F \}$. La interpretación de esta estructura es que F, un elemento funcional -rasgos de caso, *phi*...- corresponde a un núcleo de fase que, en vez de una raíz, selecciona como complemento un conjunto vacío -de ahí la falta de contenido-.

Dado el modelo exoesquelético por el que estamos abogando, la inserción de los rasgos formales en ILs no es plausible, por lo que la mejor forma de expresar esta adición del rasgo formal

⁹⁸ Nótese que esto obliga a que los nombres no tengan rasgos formales y que el de caso, por lo tanto, se aloje en D o en una categoría superior -simplifico por razones expositivas, puesto que ya hemos visto que D es una fase transitiva, una protoadposición, etc.-.

La hipótesis también encaja con la idea de Kayne (2010) de que los nombres no se asocian con rasgos formales por ser singletons que autoproyectan con selfmerge.

sería por medio de la adjunción: ora a nivel sintáctico, ora a nivel postsintáctico. La dualidad de la adjunción es necesaria porque si queremos que los rasgos formales sean interpretados, esta debe producirse en el curso de la computación -para así alcanzar el sistema CI-; mientras que, si no queremos que reciban interpretación semántica, debemos postergar la inserción de los rasgos formales -a lo MD-

“otherwise the semantics will blindly follow the interpretive path carved by the syntactic computation, and will seek to assign interpretation to all the categories it is being fed.”
(Boeckx 2010/en progreso)

Aunque el primero de los casos puede parecer contradictorio, puede sernos de utilidad para explicar los clíticos (Boeckx 2010/en progreso).

Una de las consecuencias de admitir la existencia de fases sin raíz o *rootless* es que podemos eliminar distinción entre CIF1 y CIF2 (Boeckx (2010/en progreso)): si los rasgos formales son fases *rootless*, al adjuntarlos, lo que en realidad estamos haciendo es unir dos fases, la del rasgo formal con la que estuviéramos derivando en paralelo. Si permitimos, por lo tanto, la coexistencia de dos fases, el patrón de transferencia de la CIF1 se vuelve una ilusión óptica:

“it really is a “PIC2” pattern, albeit one where the introduction of the higher phase head follows so closely upon the introduction of the lower phrase head that the distance is barely perceptible”

Esto causaría la impresión de que el complemento de la fase inferior es transferido inmediatamente.

Así, de la misma forma que en el punto 5.6 la transferencia cíclica nos permitía resolver complejidades estructurales imposibles de procesar en los sistemas externos, ahora la transferencia de la fase inferior es una forma de evitar un crecimiento excesivo de la memoria activa de trabajo, un exceso de niveles de incrustación de resultados de la presencia de un segundo núcleo de fase. Formulado diferente, tan pronto como se añade a la derivación la fase *rootless* por adjunción, el *workspace* contiene dos núcleos de fase consecutivos, adyacentes, y por la lógica de la CIF2, tiene que descargar algo de material -esto es, mapearlo- con tal de mantener el espacio de trabajo a un mínimo constante.

Llegados a este punto, defiende Boeckx (2010/en progreso), estamos en verdadera disposición de entender el proceso de herencia de rasgos: no se trata de ninguna operación nueva -ni del *sharing* de Gallego (2010) visto en el punto 5.7-, sino que es simplemente un proceso de readjunción desde el

núcleo de fase a un elemento que será transferido. La siguiente cuestión es a qué elemento: Boeckx (2010/en progreso) nota que no puede ser la meta, ya que los rasgos formales y los valuados, al producirse la valuación -valga la redundancia- se volverían indiferenciables y causarían una violación la antiidentidad *XX vista en 6.6.7.2, por lo que la adjunción tiene que ser a la raíz, que es distinta de la meta y que va a encontrarse entre el rasgo formal y esta última.

Así, cualquier tipo de adjunción de un núcleo de fase al otro tiene que casi llevar automáticamente a la CIF1: como era preciso en el punto 5.6 para evitar las estructuras *doubly rooted* que generaba la adjunción, el complemento de la fase *rootless* readjuntada debe ser transferido. Dicho de otro modo: si recuperamos la idea -punto 5.6- de que la adjunción es, de por sí, un proceso asimétrico, debe tener lugar en el punto que se realice la transferencia, y tiene que implicar un núcleo de fase

“since we want to be appeal to labeled structures to be able to express that a certain kind of constituent is adjoined to an already existing structure. This way of characterizing adjunction makes clear that the adjunct must be reduced to a ‘point,’ a unique lexical item, a simplex edge so that it (as a whole) is added to a set formed by Merge. This is, I claim, the true meaning of Pair Merge” (Boeckx 2010/en progreso)

Vemos, en fin, que la existencia de rasgos formales y la adjunción hacen precisos los dos patrones de la CIF. Hay, además, dos consecuencias de arquitectura a causa de la concordancia. Primero, la concordancia es realmente inevitable en un sistema donde no podemos impedir sintácticamente que núcleos de fase se ensamblen a conjuntos vacíos -quedando justificada la existencia de los rasgos formales-; segundo, dado que la concordancia requiere de adjunción de la fase *rootless*... la existencia de fases transitivas o de un workspace más amplio es ineludible.

6.6.9 Conclusiones

Este título es ciertamente paradójico. Merge- α supera con creces lo expuesto en apartados precedentes: hay análisis de clíticos como núcleos de fase *rootless*, de contenido tan empobrecido que crean el espejismo del MI; del PPE, en términos de herencia de rasgos, donde una violación de la minimalidad entre el núcleo de fase y la meta, causada porque la sonda derivada interviene, hace imperativo el ascenso de la meta, de una forma totalmente ciega a si la misma es o no el sujeto -las asimetrías entre sujeto y objeto se seguirán de la estructura-; se plantea una solución a los problemas de selección, en que los nombres se re proyectan sobre todo su dominio, de forma

paralela al ascenso en las relativas de Kayne (1994); se explica la antilocalidad de construcciones ambiguas en la FLA; etc.

Asimismo, el análisis de los rasgos formales expuesto aquí puede justificar las observaciones sobre fases “más superficiales” del anexo 1; el componente morfológico bien definido, revivir la periferia; las tendencias en el aprendizaje, reformular los *clusters*; el peso del tercer factor en la adquisición, resolver definitivamente el problema de Platón; la construcción de reglas, devolver la credibilidad a lo que fue concebido en origen como una jerarquía de parámetros; etc.

Aparte, la teoría hace predicciones de lo más tentadoras teóricamente, como que una vez obtenida la primera frase intransitiva, el ritmo fase-nofase se impone y no podemos escapar de una sucesión de fases transitivas en la espina clausal, si bien podemos adjuntar fases intransitivas como las *rootless*. De este modo, si las fases intransitivas sólo se encuentran en la posición más baja de cada estructura -pueden darse derivaciones en paralelo-, se explica por sí misma la imposibilidad de interpretar postsintácticamente SNs en el interior de la estructura principal, y que estos deban estar incrustados en los OS que se ensamblen en el borde.

Profundizar en cuestiones como estas requiere de un tiempo del que no dispongo, por lo van a permanecer abiertas de caras a mi investigación futura, a lo largo de la cual trataré de seguir bien de cerca cómo los avances en Merge- α van arrojando luz sobre todos esos puntos oscuros que no hacen de este estudio sino un punto de partida emocionante.

6.7 To be continued...

8. Bibliografía

- Abels, K. 2003. Successive cyclicity, anti-locality, and adposition stranding. Tesis doctoral, University of Connecticut.
- Adger, David. 2008. A minimalist theory of feature syntax. Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/000583>
- Baker, Mark. 1985. The Mirror Principle and Morphosyntactic Explanation. *Linguistic Inquiry*, 16: 373-416
- Baker, M. 2001. *The Atoms of Language*. New York: Basic.
- Baker, M. 2003a. Language Differences and Language Design. *Trends in Cognitive Sciences*, 7, 349-353.
- Baker, M. 2003b. *Lexical categories: Verbs, Nouns, and Adjectives*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Baker, M. 2005. The Innate Endowment for Language: Underspecified or Overspecified?. *The Innate Mind: Structure and Contents*. Carruthers P., Lawrence S. & Stich S. (eds.). Oxford, Oxford University Press, pp. 156-174.
- Baker, M. 2008a. *The Syntax of Agreement and Concord*. Cambridge: Cambridge UP.
- Baker, M. 2008b. The Macroparameter in a Microparametric World. En *The Limits of Syntactic Variation*. Biberauer T. (ed.), Amsterdam, John Benjamins, pp. 351-374.
- Beard, R. 1966, The Affixation of Adjectives in Contemporary Literary Serbo-Croatian, doctoral dissertation, University of Michigan.
- Beard, R. 1995, *Lexeme-Morpheme Based Morphology: A General Theory of Inflection and Word Formation*, Albany, NY: State University of New York Press.
- Berwick, R. 1982. *Locality Principles and the Acquisition of Syntactic Knowledge*. N.p.: n.p.
- Berwick, R y Chomsky, N. 2011. The Biolinguistic Program: The Current State of its Development. En *The Biolinguistic Enterprise: New Perspectives on the Evolution and Nature of the Human Language Faculty*, Boeckx, C. y Di Sciullo. Oxford: Oxford UP.
- Biberauer, Theresa. 2008. *The Limits of Syntactic Variation*. Amsterdam: John Benjamins Pub.
- Boeckx, C. 2003. *Islands and Chains: Resumption as Stranding*. Amsterdam: J. Benjamins Pub.
- Boeckx, C. 2006. *Linguistic Minimalism: Origins, Concepts, Methods, and Aims*. Oxford: Oxford UP, 2006
- Boeckx, C. 2008a. Approaching Parameters from Below. Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/000641>

Boeckx, C. 2008b. *Bare Syntax*. Oxford: Oxford UP

Boeckx, C.(2010/en progreso). Elementary syntactic structures. Ms., ICREA {UAB. [Part A, \Defeating lexiconcentrism" disponible en <http://ling.auf.net/lingBuzz/001130>.]

Boeckx, C. 2010a. What Principles & Parameters Got Wrong. Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/001118>

Boeckx, C. 2010b. *Language in Cognition: Uncovering Mental Structures and the Rules behind Them*. Chichester, U.K.: Wiley-Blackwell

Boeckx, C. 2011. *The Oxford Handbook of Linguistic Minimalism*. Oxford: Oxford UP.

Boeckx, C. 2012a. Considerations pertaining to the nature of logodiversity, or How to construct a parametric space without parameters. Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/001453>

Boeckx, C. 2012b. Phases beyond explanatory adequacy. En *Phases: developing the framework*, Gallego, Á., y Noam Chomsky. Berlin: De Gruyter Mouton.

Boeckx, C. 2012c. *Syntactic Islands*. Cambridge: Cambridge UP.

Boeckx, C. y Grohmann, K. 2007. Remark: Putting phases in perspective. *Syntax* 10: 204–222.

Boeckx, C y Di Sciullo. 2011. *The Bilingual Enterprise: New Perspectives on the Evolution and Nature of the Human Language Faculty*. Oxford: Oxford UP.

Borer, H. 1984. *Parametric syntax*. Dordrecht: Foris.

Borer, H. 2005. *Structuring Sense*. Oxford: Oxford UP.

Boskovic, Zeljko. 2012. Now I'm a phase, now I'm not a phase: On the variability of phases with extraction and ellipsis. Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/001437>

Bosque, Ignacio, y Javier Gutiérrez-Rexach. 2009. *Fundamentos De Sintaxis Formal*. Madrid: Akal, 2009.

Bye, P. y Svenonius, P. 2011. Non-concatenative morphology as epiphenomenon. Disponible en <http://ling.auf.net/lingBuzz/001099>.

Cable, S. 2010. *The grammar of Q*. Oxford University Press.

Caha, Pavel. 2009. The Nanosyntax of Case. Tesis doctoral, University of Tromsø.

Caha, Pavel. 2010. The parameters of case marking and spell-out driven movement. En *Linguistic Variation Yearbook 2010*, Jeroen Van Craenenbroeck (ed). John Benjamins.

Chomsky, Noam. 1981. *Lectures on Government and Binding*. Dordrecht, Holland: Foris Publications.

Chomsky, N. 1986. *Knowledge of Language. Its Nature, Origin, and Use*. New York NY: Praeger.

Chomsky, N. 1993. A minimalist program for linguistic theory. En *The View from Building 20: Essays in Linguistics in Honor of Sylvain Bromberger*, K. Hale & S.J. Keyser (eds.), 1–52.

Cambridge MA: The MIT Press.

Chomsky, N. 1995. *The Minimalist Program*. Cambridge MA: The MIT Press.

Chomsky, N. 2000. Minimalist inquiries: The framework. In *Step by Step. Essays on Minimalist Syntax in Honor of Howard Lasnik*, R. Martin et al. (eds.), 89–155. Cambridge MA: The MIT Press.

Chomsky, N. 2001. Derivation by phase. In *Ken Hale: A Life in Language*, M. Kenstowicz (ed.), 1–52. Cambridge MA: The MIT Press.

Chomsky, N. 2004. Beyond explanatory adequacy. In *Structures and Beyond. The Cartography of Syntactic Structures*, Vol. 3, A. Belletti (ed.), 104–131. Oxford: OUP.

Chomsky, N. 2005. Three factors in language design. *Linguistic Inquiry* 36: 1–22.

Chomsky, N. 2007. Approaching UG from below. En *Interfaces + Recursion = Language? Chomsky's Minimalism and the View from Syntax-semantics*, U. Sauerland & H-M. Gartner (eds.), 1–30. Berlin: Mouton de Gruyter.

Chomsky, N. 2008. On phases. In *Foundational Issues in Linguistic Theory. Essays in Honor of Jean-Roger Vergnaud*, C. Otero et al. (eds.), 134–166. Cambridge MA: The MIT Press.

Eguren, L. J., y Soriano, O. 2004. *Introducción a una sintaxis minimista*. Madrid: Gredos.

Embick, D y Noyer, R. 2007. Distributed Morphology and the Syntax-Morphology Interface. En *The Oxford Handbook of Linguistic Interfaces*, Ramchand, G. y Reiss, C. (ed). Oxford: OUP

Epstein, S., Kitahara, H. & Seely, D. 2008. Uninterpretable features: What are they and what do they do? Ms, University of Michigan / Institute of Cultural and Linguistic Studies at Keio University / Eastern Michigan University

Epstein, S., Kitahara, H. & Seely, D. 2012. Exploring phase based implications regarding clausal architecture. A case study: Why structural Case cannot precede theta. En *Phases: developing the framework*, Gallego, Á., y Noam Chomsky. Berlin: De Gruyter Mouton.

Fabregas, Antonio. 2007. The Exhaustive Lexicalization Principle. En *Tromsø Working Papers on Language and Linguistics*: Nordlyd 34.2: 65–199. University of Tromsø, Tromsø. CASTL, Tromsø. Disponible en <http://www.ub.uit.no/baser/nordlyd/>.

Fábregas, A. 2010. An argument for Phrasal Spell Out: Indefinites and Interrogatives in Spanish. Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/000998>

Fasanella, A. 2009. Los parámetros en la teoría sintáctica: historia y revisión crítica. Ms. Universitat Autònoma de Barcelona.

Fasanella, A. y Fortuny, J. (2013). Deriving Linguistic Variation from Learnability Conditions: the Chunking Procedure. Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/001831>

Fodor, J.A. 1975. *The language of thought*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

- Fortuny, J. 2008. *The emergence of order in syntax*. Amsterdam: John Benjamins.
- Gallego, Á. 2004. Phase effects in Iberian Romance. Ms, UAB/EHU.
- Gallego, Á. 2007. Phase theory and parametric variation. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Gallego, Á. 2010. *Phase Theory*. Amsterdam: John Benjamins Pub.
- Gallego, A. 2011. Parameters. En *The Oxford Handbook of Linguistic Minimalist*, Boeckx, C. (de) Oxford: Oxford UP.
- Gallego, Á. y Noam Chomsky. 2012. *Phases: Developing the Framework*. Berlin: De Gruyter Mouton.
- Gilligan, G. 1987. A cross-linguistic approach to the pro-drop parameter. Ph.D. dissertation, USC.
- Greenberg, J. H. 1963. *Universals of Language*. London, MIT Press.
- Haespelmath, M. 2008. Parametric versus functional explanations of syntactic universals. En *The Limits of Syntactic Variation*, Biberauer et al. Amsterdam: John Benjamins Pub.
- Hale, K. y Keyser, S. 1993. On the argument structure and the lexical expression of syntactic relations. En *The View from Building 20: Essays in Linguistics in Honor of Sylvain Bromberger*, K. Hale & S. Keyser (eds.), 53–109. Cambridge MA: The MIT Press.
- Halle, M. 1990. An Approach to Morphology, en Proceedings of NELS 20, GLSA, 150–84.
- Halle, M. 1997. Distributed morphology: Impoverishment and fission. En *MITWPL 30: Papers at the Interface*, ed. Benjamin Bruening, Yoonjung Kang y Martha McGinnis. MITWPL, Cambridge, 425-449.
- Halle, M. y Marantz, A. 1993. Distributed morphology and the pieces of inflection. En *The View from Building 20. Essays in Honor of Sylvain Bromberger*, K. Hale & S. Keyser (eds.), 111– 176. Cambridge MA: The MIT Press.
- Hauser, M., Chomsky, N. y Fitch, W. T. 2002. The Faculty of Language: what is it, who has it, and how did it evolve?. *Science*, 298, pp. 1569-1579.
- Heine, B., and T. Kuteva. 2007. *The genesis of grammar: a reconstruction*. Oxford: Oxford University Press.
- Hinzen, W. 2012. Phases and semantics. En *Phases: developing the framework*, Gallego, Á., y Noam Chomsky. Berlin: De Gruyter Mouton.
- Hornstein, Norbert. 2009. *A Theory of Syntax: Minimal Operations and Universal Grammar*. Cambridge, UK: Cambridge UP.
- Joos, Martin, and Eric P. Hamp. 1957. *Readings in Linguistics*. Washington: n.p.
- Kayne, R. 1994. *The Antisymmetry of Syntax*. Cambridge, MA: MIT.

- Kayne, R. 2005. *Movement and Silence*. New York: Oxford UP.
- Kayne, R. 2010. *Comparisons and Contrasts*. New York: Oxford UP.
- Kiparsky, P. 1973. 'Elsewhere' in phonology. En *A Festschrift for Morris Halle*. Holt, Rinehart and Winston, New York.
- Koster, J. 2010. Language and tools. Ms., Universiteit Groningen.
- Lorenzo, G. 2006. El vacío sexual, la tautología natural y la promesa minimalista. Madrid: A.Machado Libros.
- Mendívil, J. L. 2008. ¿Qué nos dice la diversidad de las lenguas sobre la facultad del lenguaje? Apuntes para una teoría paramétrica minimalista. Ms. Universidad de Zaragoza.
- Moro, A. 2000. *Dynamic antisymmetry*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Moro, A. 2007. Some notes on unstable structures. Ms, Università Vita-Salute San Raffaele/Harvard University.
- Müller, G. 2010. On deriving CED effects from the PIC. *Linguistic Inquiry* 41:35-82.
- Narita, H. 2012. Phase cycles in service of projection-free syntax. En *Phases: developing the framework*, Gallego, Á., y Noam Chomsky. Berlin: De Gruyter Mouton.
- Newmeyer, F.J. 2005. Possible and Probable Languages. A Generative Perspective on Linguistic Typology. Oxford: Oxford University Press.
- Obata, M. 2012. Feature-splitting Internal Merge and its implications for the elimination of A/A'-position types. En *Phases: developing the framework*, Gallego, Á., y Noam Chomsky. Berlin: De Gruyter Mouton.
- Otero, C. 1976. The dictionary in a generative grammar. Presentend at the 91st Annual Convention of the MLA, New York.
- Ouhalla, J. 1991. *Functional categories and parametric variation*. Routledge.
- Pantcheva, M. 2011. Decomposing Path: The Nanosyntax of directional expressions. Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/001351>
- Pesetsky, D. & Torrego, E. 2001. T-to-C movement: Causes and consequences. In *Ken Hale: A Life in Language*, M. Kenstowicz (ed.), 355–426. Cambridge MA: The MIT Press.
- Pesetsky, D. & Torrego, E. 2004. Tense, Case, and the nature of syntactic categories. In *The Syntax of Time*, J. Gueron & J. Lecarme (eds.), 495–537. Cambridge MA: The MIT Press.
- Pylyshyn, Z. 2007. *Thing and Places: How the Mind connects with the World*. Cambridge, Mass.: MIT Press
- Ramchand, G. 2008. *Verb meaning and the lexicon: a first-phase syntax*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Richards, M. 2007. On feature inheritance: An argument from the phase impenetrability

condition. *Linguistic Inquiry* 38:563-572.

Richards, M. 2011. No phase is an island(?). Ms., University of Leipzig

Richards, M. 2012. On feature inheritance, defective phases, and the movement-morphology connection. En *Phases: developing the framework*, Gallego, Á., y Noam Chomsky. Berlin: De Gruyter Mouton.

Riemsdijk, H. 2008. Identity Avoidance: OCP-Effects in Swiss Relatives. En *Foundational issues in linguistics*, ed. R. Freidin, C. Otero, and M.-L. Zubizarreta, 227-250. Cambridge, Mass.: MIT Press.

San Segundo, R. 2013. Exaptación: un nuevo enfoque de la variación lingüística. Presentado en el simposio de la SEL 2013

Sato, Y. 2012. Phonological Interpretation by phase: Sentential stress, domain encapsulation and edge sensitivity. En *Phases: developing the framework*, Gallego, Á., y Noam Chomsky. Berlin: De Gruyter Mouton.

Snyder, W. 2007. *Child Language: The Parametric Approach*. Oxford: Oxford University Press

Sola, J. 1996. Morphology and word order in Germanic languages. In *Minimal Ideas: Syntactic Studies in the Minimalist Framework*, W. Abraham et al. (eds.), 217–251. Amsterdam: John Benjamins.

Starke, M. 2009. Nanosyntax - A short primer to a new approach to language . Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/001230>

Starke, M. 2011. Towards elegant parameters: Language variation reduces to the size of lexically stored trees. Disponible en <http://ling.auf.net/lingbuzz/001183>

Svenius, P. 2003. On the edge. Ms., University of Tromsø.

Uriagereka, J. 1999a. Multiple spell-out. En *Working Minimalism*, N. Hornstein & S. Epstein (eds.), 251–282. Cambridge MA: The MIT Press.

Yang, C. 2010. Three factors in language acquisition. *Lingua* 120:1160-1177.

Yang, C. 2011. The three design factors in evolution and variation. En *The Biolinguistic Enterprise: New Perspectives on the Evolution and Nature of the Human Language Faculty*, Boeckx, C. y Di Sciullo. Oxford: Oxford UP.